

Buenas y malas palabras

Una selección

Ángel Rosenblat

Fundación Editorial



elperroylarana

Buenas y malas palabras

Una selección

Fundación Editorial



elperroylarana

© Fundación Editorial El perro y la rana, 2017 (digital)

© Ángel Rosenblat

Centro Simón Bolívar, Torre Norte, piso 21, El Silencio,
Caracas- Venezuela, 1010.

Teléfonos (0212)7688300 / 7688399

CORREOS ELECTRÓNICOS

atencioalescritorfepr@gmail.com

cmunicacionesperroyrana@gmail.com

PÁGINA WEB:

www.elperroylarana.gob.ve

www.mincultura.gob.ve

REDES SOCIALES:

Twitter: @perroyranalibro

Facebook: Fundación Editorial Escuela El perro y la rana

DISEÑO DE PORTADA

Carina Falcone

EDICIÓN AL CUIDADO DE

Arlette Valenotti

Carina Falcone

HECHO EL DEPÓSITO DE LEY

DEPÓSITO LEGAL: DC2017002918

ISBN: 978-980-14-4064-2

Ángel Rosenblat

Buenas y malas palabras

Una selección

PALABRAS PRELIMINARES

Al reunir en volumen mi labor dispersa sobre el castellano de Venezuela, quiero respaldarla con algunas palabras de justificación o de defensa.

En primer lugar, estas notas son un anticipo del *Diccionario de venezolanismos* que prepara el Instituto de Filología Andrés Bello de la Universidad Central de Venezuela. Las he publicado en los periódicos y revistas de Caracas con el fin de despertar el interés del público culto por los problemas de la Filología moderna. Y para llegar de modo más directo a ese público, he tenido que aligerarlas de todo aparato erudito, lo que en terminología marítima se llama *alijar*. Cualquier observación se apoya, sin embargo, en numerosos testimonios de la lengua oral o escrita o de la investigación filológica nacional y extranjera. El futuro *Diccionario...* facilitará ordenadamente todos esos materiales, que se encuentran además en el Instituto a disposición de los interesados. Representan en gran parte una colaboración abnegada de alumnos y de amigos. Tengo que resignarme a callar sus nombres, porque nunca podría darlos todos.

Debo justificar también el título. *Buenas y malas palabras* fue el que me sugirió Mariano Picón Salas, con cierta picardía, para mi colaboración en el «Papel Literario» de *El Nacional*. Desde mi punto de vista filológico no hay «malas palabras». Toda palabra, cualquiera que sea la esfera de la vida material o espiritual a que pertenezca, tiene dignidad e interés histórico y humano. Como el médico, el filólogo procede sin gazmoñería, con absoluta austeridad e inocencia. Pero de todos modos, un volumen destinado al gran público, aun a los alumnos y alumnas de colegios, y de colegios hispanoamericanos, no podía permitirse ese lujo o

esa ostentación. No hay, pues, en esta obra malas palabras en ese sentido, y se verá defraudado el que las busque.

El título puede apuntar a otro aspecto, el de la corrección o incorrección. La labor filológica en Hispanoamérica, aunque no es de ayer, es todavía labor de gabinete. La gente cree que el filólogo tiene la exclusiva misión de decir si un uso es correcto o no, de regañar al prójimo, de salvar a la lengua de la corrupción que por lo visto la amenaza. No conciben que pueda haber algún otro interés filológico. Sin embargo, el problema de la corrección o incorrección es para el filólogo o lingüista el menos interesante y el de menor cuantía. Lo importante es ver la vida actual de la lengua y el juego de valores de cada expresión dentro del sistema general; y además, desentrañar el origen y desarrollo de cada acepción. Comprender e interpretar es nuestro oficio.

Si una expresión es del habla popular o familiar, tiene su legitimidad en sí misma. La manera de hablar del pueblo venezolano, o del colombiano, argentino, castellano o andaluz, debe inspirar siempre el mayor respeto. La voz del pueblo es casi siempre la voz de Dios. Pero con el habla culta, la del libro, del periódico o de la conferencia, la actitud debe ser distinta. La lengua se afina desde la escuela hasta la universidad, desde la carta hasta el libro o el periódico, desde la conversación hasta la conferencia, y el filólogo no puede de ningún modo permanecer indiferente ante el uso del lenguaje o la educación del lenguaje. La lengua popular y familiar debe tener color local, debe ser espontánea y vivaz. En cambio, la lengua culta obedece a normas generales de unidad hispánica. Mientras que la variedad y la diferenciación es el sino forzoso del habla popular y familiar, la unidad es el ideal de la lengua culta, y corresponde a la comunicación cultural y a la educación acercarnos constantemente a ese ideal. El habla culta tiene, además del peligro de la incorrección, el de caer en la afectación y la pedantería. Y contra todos esos peligros sí cabe extremar el rigor.

Con todo, no hay divorcio absoluto entre habla popular o familiar y habla culta, y el criterio normativo no es siempre tan

claro y elemental. El habla popular penetra a veces en la lengua culta, y viceversa. ¿Habría que condenar —como hacen algunos puristas recalitrantes— una palabra tan expresiva como *íngrimo*, que encontramos en la alta prosa de Mariano Picón Salas o en el noble verso de Ida Gramcko? Creo que son los escritores y poetas los amos de la lengua y que el *íngrimo* nuestro tiene tanta dignidad como el *lígrimo*, salmantino del verso de Miguel de Unamuno.

De todos modos, lo fundamental para mí ha sido en cada caso la solución de un problema lexicológico. Y para plantearlo o resolverlo, pongo todas las cartas sobre la mesa. Las cuestiones de léxico son sin duda las más tentadoras, pero también las más peligrosas, porque son las de apariencia más clara, las que permiten el juicio de todos y la intervención polémica del público. He procurado presentarlas con la máxima claridad a fin de que sean accesibles a todos, para que todos se sientan estimulados a discutir las. He practicado una Filología de puertas abiertas. El hecho de que estas notas hayan circulado ya por todo el país constituye sin duda una primera prueba de fuego. Después de ella, con la experiencia recogida y las observaciones de lectores y amigos, he rehecho lo que no me parecía satisfactorio y he procurado ponerlo todo al día.

Por mi parte, he tratado las palabras venezolanas con la mayor simpatía. Otros podrán juzgarlas con otros criterios o con otros estados de ánimo. No tengo instintos represores. Pero si alguien los tiene, podrá en cada caso encontrar los elementos de juicio, formarse una idea más completa del problema y dejarse llevar por su temperamento o sus ideas. Mi interés fundamental ha sido aclarar cada problema.

El criterio de corrección es más complejo de lo que suponen algunas personas. Hay quienes se mueven con mucho aplomo apoyados en dos muletas: el *Diccionario* y la *Gramática* de la Real Academia. Cuando no encuentran una palabra en el *Diccionario* le arrojan en seguida el anatema: «¡No existe!». Y si algo no está enteramente de acuerdo con la *Gramática*, se exasperan: «¡Es un disparate!». Ser filólogo de esa manera no parece profesión difícil.

Pero sí un tanto expuesta al ridículo. Porque al año siguiente sale una nueva edición del *Diccionario* o de la *Gramática* y acoge la expresión antes condenada, que entonces empieza a «existir» (no es la inclusión en el *Diccionario* lo que le da existencia, sino su existencia lo que le gana un lugar en el *Diccionario*), o convierte el «disparate» en norma sagrada. He estudiado con todo interés la historia de la Academia desde 1713, y la he seguido a través de una serie de vacilaciones, fluctuaciones, avances y retrocesos. Es institución humana, y la Real Academia Española ha sido siempre mucho más liberal y progresiva que la Academia Francesa. A través de una labor muy útil y vasta, ha procurado estar a tono con la lengua culta y seguir sus pasos. No le toca ser paladín de vanguardismo, sino desempeñar una honorable función conservadora.

Hay una forma útil de purismo y hay una forma negativa, esterilizante. Si una expresión «no existe», es claro que no se puede estudiar. El purista que así procede hunde la cabeza en la arena y se niega a ver y oír. Elimina así automáticamente una parte importante del lenguaje y le niega todo interés humano. Para nosotros, por el contrario, todo lo humano tiene interés, y nada humano, en materia de lenguaje, nos es ajeno.

¿Cuál será entonces el criterio de corrección si no siempre puede uno atenerse a la Academia? Pues el mismo que tiene la Academia al adoptar una innovación: el uso de la lengua culta, la consagración social. Cada generación tiene sus aportaciones, sus preferencias, sus gustos idiomáticos. Y la persona que asuma la tremenda responsabilidad de juzgar el habla del prójimo no sólo deberá tener a su disposición los dos instrumentos académicos, sino seguir al día el movimiento lingüístico y cultural de su tiempo. Y aun así, en muchas ocasiones el criterio decisivo no será el tajante de corrección o incorrección, sino el más delicado, flexible e imponderable del buen gusto o del mal gusto. Esto del gusto es en última instancia el tribunal supremo.

Y aún otra cuestión. Mi punto de partida y mi método ha tratado de ser siempre lingüístico. Pero a través de lo lingüístico

hay en estas páginas una tentativa de comprensión de lo venezolano. Como la forma articulada del lenguaje, con su juego permanente de tradición y de innovación, es expresión de una forma interior, espiritual —de acuerdo con la fecunda concepción de Guillermo de Humboldt—, se puede penetrar, a través de los usos venezolanos, en el alma venezolana, creadora y moldeadora de esos usos. Porque detrás de las palabras, a veces oculto o disimulado en ellas, está siempre el hombre. Quizá estas *Buenas y malas palabras* ayuden a entender algunos aspectos de la historia y de la vida de Venezuela.

Ángel Rosenblat

DEFENSA DEL HABLA VENEZOLANA¹

*...sus criollos [de Caracas] son de agudos y prontos ingenios, corteses, afables
y políticos; hablan la lengua castellana
con perfección, sin aquellos resabios con que la vician en
los más puertos de las Indias...; son en general de espíritus
bizarros y corazones briosos, y tan inclinados a todo lo
que es política, que hasta los negros (siendo criollos)
se desdeñan de no saber leer y escribir.*

José de Oviedo y Baños,
*Historia de la conquista y población
de la provincia de Venezuela*
(Madrid, año de 1723)

Encontramos a cada paso personas que menosprecian la manera venezolana de hablar, sobre todo la caraqueña o central. El venezolano se come las *eses* o las *des* y se bebe las *eres* o las *eles* (¿no son líquidas acaso?). Y los que le echan en cara ese tremendo desbarajuste del consonantismo castellano lo achacan casi siempre a dos pecados capitales: el analfabetismo y los negros. ¿Será verdad?

Tomemos como piedra de toque, para aclarar el problema, una lengua como la francesa, que se precia justamente de aristocrática. ¿Qué ha hecho el francés con todas sus *eses* finales de sílaba? Se las ha comido. Escribe *les femmes*, pero pronuncia *le fam*. Todas las *eses* del plural se han perdido salvo cuando han tenido el apoyo de una vocal de la palabra siguiente, que las ha convertido

1 Publicado en *El Nacional*, Caracas, 3 de agosto de 1953.

en intervocálicas: *les hommes*. La pérdida de la *s* ha sido más radical en francés que en cualquier región del analfabetismo hispánico. El latín *isla* dio *isle* y luego *île*. Ningún habitante de Barlovento ha llegado a tales extremos.

Un andino, en contrapunteo verbal con un caraqueño, puede decirle, remedando su habla: «¿Me vaj a matá?». Efectivamente, en Caracas hasta la gente culta dice *voy a comé, quiero cantá, etc.*, comiéndose las *eres* finales. Pero ¿qué ha hecho el francés? Se las ha devorado todas sin misericordia: *je vais manger, je veux chanter, etc.* Y pronuncia su *monsieur* sin *r*, como aquí o en Andalucía el *sí señó*. Si las escribe es porque el francés, desde hace muchos siglos, se deleita en engalanar su escritura con muchas consonantes parásitas o mudas. Pero como buen glotón que es, se ha merendado hasta algunas vocales. ¡Vaya malabarismo el que hace con la llamada *e muda*! Escribe *ils pensent*, pero pronuncia algo así como *il pans*. Por lo menos una vocal y tres consonantes han desaparecido sin dejar rastros. El francés tiende a convertirse en lengua monosilábica, como el chino. En su derecho está, indudablemente. Pero ¿podrá un francés echar en cara a algún venezolano cierto coqueteo con las *eses* o las *eres*?

Hay dos tendencias del habla venezolana que son generales en todo el país, aun entre la gente culta: el seseo y el yeísmo. El seseo (*corazón, ciencia, etc.*, con *s* y no con *z*) se da en toda América y parte de España. ¿Y en francés? Pues en francés ha triunfado por completo: *décence* se pronuncia como si se escribiera con *ss*; *zéphir* como si se escribiera con *s* (sonora). Seseo absoluto. ¿Y el yeísmo? La *y* en lugar de *ll*, en voces como *fille*, ha triunfado en el siglo XIX de manera tan definitiva, que las personas que todavía pronuncian la *ll* se consideran provincianos que no han soltado el pelo de la dehesa. En América hay grandes regiones —la meseta de Bogotá, el Paraguay, etc.—, que conservan la *ll* (en Venezuela, en cambio, está impuesta la *y* en *calle, caballo, etc.*). Pero en francés, la pronunciación yeísta se considera bella y buena, y la conservación de *ll*, rústica. Es evidente que la lengua francesa es muy innovadora. Nadie lo considera un defecto, y quizá sea

hasta una virtud. Y en trance de explicarlo, no se recurrirá ni al analfabetismo ni a influencia argelina, sino a evolución interna, al llamado genio de la lengua.

¿Y el inglés? Nunca ha tenido fama de gastrónomo, pero, con todo lo puritano que es, ¡menudo banquete se da con sus vocales y consonantes! En el apellido de Churchill, líder conservador, hemos intentado en vano oír la *r*, que no conservan ni sus más devotos correligionarios políticos. En el inglés más irreprochable de la metrópoli (el que tenga sus dudas que recurra a un fonetista como Daniel Jones) no se pronuncia la *r* de *church*, *scholar*, *bachelor*, *mother*, *later*, *beer*, *world*, *emperor*, *short*, etc. El pronunciar esa *r* se considera, por el contrario, rasgo dialectal. Un nombre como Somerset Maugham se ha reducido a algo como *Samset Mom. Folklore*, una ciencia nueva y respetable, se pronuncia sin la primera *l*, porque es muda la de *folk*, como la de *half*, *chalk*, *walk*, *calm*, *psalm*, *should*, *could*, *Lincoln* y aun la intervocálica de *colonel*. Tampoco se pronuncia la *s* de *isle* ni la *t* de *often*. Pero se escriben, como reverencia a una época en que sí se pronunciaban. A nadie se le ocurrirá echarles en cara esos ni otros destrozos, porque no están limitados a una región o a una clase social inferior, sino que han llegado a los prestigiosos círculos de Oxford. Es decir, porque han triunfado. Y lo que ha triunfado tiene cierto derecho divino.

Ahí está el quid de la cuestión. Las transformaciones fonéticas del habla venezolana han quedado relegadas en general a la gente de los pueblos y de los campos, y aunque coinciden con las de otros países hispánicos, y hasta de muchas regiones españolas, no tienen la consagración de la lengua culta, no han triunfado. Podrán imponerse con el andar de los siglos u olvidarse por completo (no lo sabemos), pero hoy se consideran vulgares, y en la medida de lo posible la escuela debe corregirlas. Aun así, de ningún modo son motivo de bochorno nacional o de escándalo, ni hay por qué atribuir las al analfabetismo ni a influencia africana. Son tendencias internas de la lengua. Porque si no, tendríamos que admitir que el analfabetismo y la influencia africana se han

impuesto en Francia e Inglaterra. ¡Y Dios nos libre de tamaña imputación!

Lo mismo puede decirse de una serie de cambios en la morfología, la sintaxis o el léxico. No hay tendencia del habla popular de Venezuela que no tenga su paralelo en las lenguas más cultas de Europa. Y desde luego en el castellano literario. Hoy se dice *propio*, pero en la época antigua y clásica se decía *proprio* (del latín *proprius*); se dice *oprobio*, pero antes era *oprobrio* (del latín *oprobrius*). *Cirugía* viene del griego, a través del latín *Chirurgia*. Y si ahí se ha perdido una *r* (lo que llamamos «disimilación de eres»), como hace hoy el habla popular en *madrasta* o *padrasto* por *madastra* y *padastro*, en cambio en *estrella* se ha infiltrado una *r* intrusa o «epentética» (procede del latín *stella*), sin duda por influencia de *astro*. Decimos *riqueza forestal*, pero *floresta*, con una *l* que se debe sin duda a influencia de *flor*. Y *sombra* (del latín *umbra*), con una *s* inicial que es probablemente la de *sol*. E *invierno* (y no *ibierno*, como todavía en los campos de Venezuela, del latín *hibernum*), posiblemente por influencia de *infierno* y otras voces que empiezan con *in-*. En Venezuela se confunden ciertamente la *r* y la *l*, y aun hay personas cultas que dicen *delantar* y *casar* por *delantal* y *casal* (un *casar* de palomas o de niños), pero en castellano se ha impuesto *Guillermo* cuando lo etimológico era *Guillelmo* (del germánico *Wilhelm*), o *roble* (de *robre*, latín *roburem*) y alternan *arveja* y *alverja* (los rústicos del teatro clásico decían a cada paso *habrar* por *hablar*, *plática* por *práctica*, y otras lindezas semejantes). *Crocodilo* debiera decirse, como se decía en el período clásico, respetando el latín y el griego, y sin embargo se ha impuesto *cocodrilo*, que al principio fue tan disparatado como hoy *Grabiél* o *dentrífico*. Centenares de formas que empezaron siendo incorrectas han alcanzado plena consagración en la lengua culta. *Mapa* debiera ser femenino, como en latín, pero la pedantería de algún seudoerudito lo convirtió en un masculino anómalo: *el mapa*. Todas esas formas están bien porque han triunfado. Pero las mismas tendencias fonéticas o morfológicas, por analogía o por cruce de palabras, se manifiestan en el habla

popular de Venezuela. El castellano popular de Venezuela y de toda Hispanoamérica, como el de las distintas regiones de España, prolonga viejas tendencias que actuaban ya sobre el latín hace dos mil años y que actúan de manera análoga sobre todas las lenguas del mundo. Las lenguas están en permanente evolución.

Y todavía hay más. A veces la evolución se impone en la lengua general porque ha triunfado en el núcleo que tiene la hegemonía política y cultural, y en cambio el habla regional o rústica mantiene las viejas normas. ¿No es una injusticia que *máma* y *pápa*, como se dice en los campos de Venezuela, como se ha dicho siempre en español o en latín (de ahí el *Papa* o Santo Padre), sean hoy vulgarismos reprensibles sólo porque en España se han generalizado desde el siglo XVIII *mamá* y *papá* por influencia francesa? En los campos de Venezuela todavía se dice *haiga*, *truje*, *semos*, *vide*, *mesmo*, *asina* o *ansina*, *dende*, *manque*, *agora*, *endenantes* o *enantes*, *cuasi*, etc., como en la buena literatura del Siglo de Oro, ¿y no parece pura arbitrariedad considerar malas unas formas tan bien conservadas sólo porque la lengua general ha sido infiel a ellas? He aquí que lo rústico consiste en la fidelidad al Siglo de Oro.

Venezuela, que en muchos aspectos es innovadora, es, en algunos otros, una de las regiones más conservadoras, más arcaizantes de Hispanoamérica. Un rasgo conservador es el mantenimiento de la vieja *h* aspirada (pronunciada como *j*) en muchísimos casos: *humo*, *hacha*, *hallar*, *huir*, *hecho*, *hierro*, *hablar* y un centenar más, que, con mayor o menor arraigo, se oyen en todas las regiones del país. Con aspiración pronunciaban esas voces Garcilaso y Fray Luis de León, y todavía en 1611 el castellano don Sebastián de Covarrubias y Orozco consideraban que pronunciar *humo* y *heno* sin esa aspiración, como *umo* y *eno*, era propio de «pusilánimes, descuidados y de pecho flaco».

Casos parecidos se pueden acumular hasta el infinito. A pesar de los sucesivos cambios de monedas, y de su complicada nomenclatura oficial y popular, se conservan los nombres de *peseta* y *real* (*tener real* es símbolo de riqueza, y *gozar un realero*,

de felicidad). Y se habla de *calle real* o de *camino real*, como en tiempos de la monarquía. En los cuentos populares aún interviene la *sacarrialmajestá* (convertida alguna vez en *Misia Carramajestá*). Y tienen plena vida *aguaitar*, *esguazar*, *corral* (patio), *candela*, *taita*, *catar* (mirar), *alferecía*, *anafe*, *avante*, *hatajo*, *dilatarse* (tardar), *latir* (ladrar), *mercar* (comprar, en Maracaibo), *mata* (árbol), *pasar trabajos*, *estrallar*, *pelar* (azotar), *guargüero*, *ansias* (náuseas), *puño* (puñetazo), *carriel* (garniel), *afeitar* (cortar el pelo), *su mercecita* (en los Andes), *misia* (mi señora), *vagamundo*, etc. Aun en la lengua culta, la modernización del léxico se produce a ritmo lento, y sobreviven viejas formas: *de pies* por *de pie*, *escogencia* por *selección* o *elección*; *aplanchar* por *planchar*. En general hay cierto apego al siglo XVIII español. En muchísimos casos en que la lengua general ha cambiado, el venezolano se mantiene fiel al léxico colonial.

Entonces se peca en unos casos por espíritu innovador, en otros por fidelidad conservadora. Si la ensartas pierdes; y si no, también. Tanto por lo que ha innovado como por lo que ha conservado, el castellano de Venezuela se ha alejado bastante del peninsular o del de otras regiones hispánicas. ¿Será ello malo? Malo o bueno —no lo sabemos,— es por lo menos fatal, y no está en las fuerzas humanas el evitarlo. Lo mismo le ha sucedido —en forma mucho más radical— al inglés de los Estados Unidos o al portugués del Brasil. La diferenciación, mayor o menor, es el sino de las comunidades lingüísticas, ya se trate de dos aldeas separadas por un riachuelo o de dos continentes separados por un océano.

Los rasgos diferenciales del habla venezolana son, pues, legítimos. Un campesino dice *naide*, *haiga* o *habemos*, y es perfecto. El habla popular y campesina de Barlovento, de Cumaná o del Zulia, las múltiples formas del diálogo familiar, desde el ¡*gua!* caraqueño, hasta el ¡*jala!* tachirense, tienen siempre su dignidad, y hasta su belleza. El habla popular y campesina es buena tal como es, y cualquiera que se acerque a ella debe hacerlo con respeto.

Pero cada cosa en su sitio. ¿Debemos todos amoldarnos a esa habla popular y campesina? Ése es otro cantar. El niño que pasa por la escuela aprende que no debe decir *querramos*, *andé*,

habemos, hacen diez años, sino queramos, anduve, estamos o somos, hace diez años. La cultura impone a todos los habitantes del país, por encima de sus diferencias regionales, muy legítimas, una norma superior, que es la de la lengua general. Allá en su rincón, rústico o familiar, cada cual puede hablar la lengua que le dé la gana. Pero en la cátedra, en la prensa, en el libro, en la tribuna, hay unos imperativos categóricos. La lengua representa una unidad de cultura, y la demagogia lingüística es disgregadora. Dentro de esa unidad, flexible y viva, caben la severidad académica, la espontaneidad juvenil y la constante actividad creadora del hombre. El hablante o el escritor culto de lengua española tiene la inestimable fortuna de que su palabra puede llenar un ámbito que abarca veinte naciones y que es, en importancia numérica, con sus ciento ochenta millones de hablantes, la tercera del mundo. Y la responsabilidad de mantener en la plenitud y belleza de sus medios expresivos una lengua que es —digámoslo con palabras de Andrés Bello— «un medio providencial de comunicación y un vínculo de fraternidad entre las varias naciones de origen español derramadas entre los dos continentes».

¡PELE EL OJO!²

¡*Pele el ojo!*, o bien, ¡*Ojo pelao!*, es advertencia amistosa. Se le puede decir a un padre: «¡Ojo pelao, mire que su muchacha se ha puesto muy bonita!». O bien: «Con estas muchachas va a tener que estar ojo pelao». O se les dice a ellas, cuando tienen un pretendiente: «¡Ojo pelao, y no coma cuentos!». Un profesor advierte a los alumnos en un examen: «¡Ojo pelao con la ortografía!». Se preocupa uno por la suerte de un amigo en inminente peligro, y le recomienda: «¡Ojo pelao con esa catira!». O en otro orden de cosas: «¡Ojo pelao con estos fríos de enero!». Y para precaver al hijo que va a la capital a iniciar sus estudios: «¡Pele el ojo, que ahí nadie lo va a cuidar!». Cuando alguien cuenta mentiras, o cosas fantásticas, increíbles, es frecuente decir, con entonación escéptica: «¡Ojo pelao!» (antes era más frecuente ¡*el ojo de la mona!*). Y se acompaña con un ademán expresivo: se retrae el párpado inferior con el índice, en actitud de ampliar la órbita del ojo.

Pelar el ojo puede ser vigilar: «A este muchacho hay que pararle mucho el ojo, porque si uno se descuida está perdido». También *pelar los ojos*: «Pela bien los ojos, no te dejes engañar». Para encomiar a alguien que no se descuida jamás, se dice: «Tiene los ojos pelados como vendedor de prendas». *Pele el Ojo* se llama todavía una esquina de Caracas, en el ángulo noreste del viejo parque de la Misericordia, el actual Parque Carabobo. Contigua a ella estaba otra esquina, la de *Quitacalzón* («de Pele el Ojo a Quitacalzón» era una de las señas más típicas de Caracas), hoy desaparecida (parece que hubo por lo menos dos esquinas de

2 Publicado en el «Papel Literario» de *El Nacional*, Caracas, 4 de febrero de 1954.

Quitacalzón en la Caracas vieja). Sí subsiste todavía «Pele el Ojo a Peligro». Además, Pele el Ojo se llamaba un lugar, no lejos de Caracas, en el que, según relata González Guinán, se libró una acción de guerra en 1862. El *Nomenclador* de Venezuela, de 1944, trae nueve lugares distintos con ese nombre, en Miranda (dos caseríos), Aragua, Bolívar, Zulia y Falcón. El Padre Las Casas habla de unos bajos que Colón llamaba islas de Babueca y los marinos Abre el Ojo.

También, en lugar de *¡ajo pelao!*, se dice *¡ajo de garza!*, aludiendo a la actitud avizora o expectante de la garza: «Con este muchacho hay que estar ojo'e garza, porque es terrible», «¡Ojo'e garza muchachos!» («ojo de garza, boca de iguana», recomienda a la vez atención escrupulosa y silencio prudente). Díaz Rodríguez usa *ojo de grillo* en *Peregrina*: «Ande a recogerlo, ¡Y ojo de grillo!». Aunque hoy se conoce poco, fue popular en Caracas un dicho, bastante ingenioso: «¡Ojo de grillo, que gallina no ve de noche!». En Barlovento se conoce *¡ajo'e cucharacha!* Más se usa *¡ajo a la tijera!* (y con juego humorístico, *¡ajo a la tijereta!*, aludiendo a la rapaz y chillona tijereta de las aguas marinas), que parece de sastres y murmuradores, pero es, según Picón Febres, exclamación de equilibristas y maromeros, pues la *tijera* es la que sostiene la *maroma* o cuerda floja de los circos. Y también *¡ajo al parche!* («Me debes quinientos bolívares, ¡ajo al parche!»), sin duda traslación de «¡oído al parche!», «¡oído al tambor!» («¡Oído al parche!» usa Arniches en su comedia madrileña *La chica del gato*; la Academia ha aceptado recientemente *oído al parche* y *oído a la caja*, «probablemente —explicaba Julio Casares— voces con que el instructor de los quintos reprendía a los que no marcaban bien el paso»). O simplemente *¡eche ojo!* Es indudable que la amistosa advertencia de precaución, el *¡ajo!* de la lengua general, tiene rica terminología en Venezuela. Pero la advertencia puede no ser tan amistosa: «¡A mí no me venga con bromas, ojo pelao!».

Pelar el ojo (o *los ojos*) se usa también con valores análogos, en gran parte de Colombia, América Central, las Antillas, Méjico, y llega en su expansión hasta el Ecuador y Perú, pero me parece que

no se conoce en ninguna parte de España. Malaret registra como copla argentina o venezolana (de la Argentina no la conocemos), la siguiente:

Las viejas para coser
piden anteojos prestados;
para celar a sus hijas
tienen los ojos pelados.

Y otra de Colombia, que también se conoce entre nosotros:

En el otro lao del río
taba la muerte en camisa;
ella que me pela el ojo,
yo, que me muero de risa.

Y, finalmente, una de Méjico:

Al pasar por un panteón
vi una matita de ruda.
¡Qué ojos me pelara el muerto
si me viera con su viuda!

En algunas parte de Méjico se juega además con la expresión: *pegar el ejote*, *pegar el jalisco*, etc. Y también en Costa Rica: *pelar las guayabas* (las *guayabas* son los ojos). También se puede en Venezuela *pelar la oreja*, o *los oídos*: «Pela bien la oreja en la clase; si no, te van a quebrar». Que también se encuentra en *El Señor Presidente*, de Miguel Ángel Asturias («los policías que esperaban a la puerta pelando la oreja se lanzaron a golpear a los pordioseros»). Pero más frecuente entre nosotros es *parar la oreja*.

¿Y de dónde viene ese *¡pele el ojo!* u *¡ojo pelao!*? Es una prolongación de *pelar los ojos*, que es abrirlos, sobre todo de manera desmesurada, por asombro u otra razón: «No pude

dormir; estuve toda la noche con los ojos pelados»; «¡Cuando se lo conté, peló tamaños ojotes así!» (se acompaña con un ademán expresivo); «Todo llanero se duerme con un ojo pelao». En *Doña Bárbara* se presentan los indios yaruros en la casa cuando Marisela está sola. Ella, para atemorizarles, les dice que por allí andan los cuibas, y luego cuenta: «Fue como si les hubieran nombrado el diablo. Pelaron los ojos y me preguntaron: Comadre, ¿tú has visto cuibas?». Más adelante la misma Marisela cuenta a Santos cómo murió su padre: «De pronto hizo un esfuerzo por sentarse en el chinchorro y se me quedó viendo con los ojos pelados y gritó: ¡El tremedal! ¡Me traga!». En *Las lanzas coloradas*, de Arturo Uslar Pietri, un negro, ante un auditorio espeluznado, cuenta los fusilamientos de Caracas en los días de la guerra a muerte:

Yo era el que los llevaba a enterrar... Y sucede que un día, ¡ah, malaya!, va y cae el que era amo mío, un isleño pichirre y maluco... Al condenado lo puse yo encimita, hasta por consideración... ¡Y cuando salgo de la ciudad para afuera, siento que me agarran una canilla con una mano fría...! Yo no me atrevía ni a ver para abajo del puro miedo. Pero al fin voy y veo al condenado isleño que con los ojos peladotes, me tenía agarrada la canilla. La carrera que pegué la fui a parar al Valle...

Y aun se aplica el *pelar los ojos* al juego intencionado de miradas de hombre a mujer, y viceversa: «Se la pasa pelándole el ojo a las muchachas». Que es un equivalente de *hacerle ojitos*: «Deja de hacerle ojitos a Fulano, que está casado».

Así como se *pelan* los ojos, como si fuesen frutas (los párpados son la piel que los protege), se *pelan* también los dientes, que es ponerlos al descubierto, abrir la boca. Y también *pelar los dientes* tiene una serie de valores figurados. En primer lugar, sonreír. Federico Landaeta, en *Rastrillo*, presenta entre los presos a un negro que posee una hermosa risa blanca: «Le dicen Trinitario por su origen, y el *Diente Pelao* por su sonrisa sempiterna». El sonreír puede ser interesado, y de ahí que *pelar los dientes*

sea también insinuarse en el ánimo de otro, adularle con mala intención. Y se aplica a la mujer que enamora a los hombres: «Se la pasa pelándole el diente (o *chinándole el diente*) a los hombres»; «Fulana es una peladientes». Pero también *pelar los dientes* es mostrarlos en actitud de morder (como el *arregañar a denta* del gallego que es enseñarlos amenazadoramente, como el perro antes de pelear): «Me tiró de las orejas hasta que pelé los dientes». Y aun *pelar las muelas*. Oímos a un andino: «Me dio miedo el perro, porque tenía peladas las muelas».

Nuestro *pelar el diente* aparece ya en *El Pica-y-Juye*, de Caracas, el 14 de julio de 1858 (*pelar el ojo* el 2 de mayo del mismo año). También se usa en Colombia (en los *Cuentos de Carrasquilla*, *pelan los dientes*) Y en Costa Rica alterna con *pelar la mazorca*.

Pero también sin sonreír ni amenazar se puede *pelar el diente*, en el duro trance de la muerte: «Fulano peló el diente el año pasado». En *Farallón*, la novela falconiana de Agustín García, Desiderio sueña con la guerra, y explica para qué:

si yo la deseo no más que por ve a tanto morciélagó'e marchante con las alitas frunciás y los denticos pelaos.

He aquí que un inocente verbo, que en su origen equivale a «quitar la piel de semillas y frutas» (*pelar el café, el maíz, los ajos, el cambur, la naranja*), se ha elevado, por vía metafórica, a través de *pelar los ojos* y *pelar los dientes*, a planos expresivos en que entra en juego toda la afectividad. De modo análogo, el inglés familiar de los Estados Unidos dice, como recomendación de alerta: «Keep your eye (o your eyes) peeled», es decir, tenga su ojo pelado. ¿Habrá venido nuestro uso de los Estados Unidos? Ya a fines del XVIII era frecuente en Méjico. El pícaro Periquillo Sarniento, en la mala, se encuentra con su amigo Enero, que va a iniciarlo en la vida de tahir y le aconseja (I, cap. XVI):

has de advertir desde ahora que nunca te atrevas a arrastrar muertos, ni te armes con paradas que pasen ni aun lleguen a un peso, siempre

con muertos chiquillos y paraditas de tres a cuatro reales, que pagados siempre con dobles, y como el interés es corto, se pasan, no se advierte en cuál de los dos que disputan está el dolo, y uno sale ganancioso; lo que no tiene con las paradas grandes, porque como que interesan, no se descuidan con ellas, sino que están sus amos pelando tantos ojos sobre su dinero, y ahí va uno muy expuesto.

No es imposible que haya venido de Méjico en el período colonial, cuando nuestro cacao establecía una conexión permanente entre La Guaira o Maracaibo y Veracruz. De todos modos, en España es bastante frecuente, aunque nada fino, *mondarse de risa*: «Ayer me mondé de risa». En todas partes el espíritu humano juega con las mismas imágenes. El mismo *pelar*, por otro camino, ha pasado a significar azotar (despellejar a azotes), y de ahí *la pela*, la zurra. Apenas roza la piel humana, el verbo se carga de insospechados valores. La piel humana es indudablemente muy sensible.

MAMADERA DE GALLO³

¿Por qué la castiza *tomadura de pelo* es entre nosotros *mamadera de gallo*? Aunque últimamente ha llegado hasta Bogotá y la costa de Colombia, ninguna expresión es más típica de Venezuela que ésta de *mamar gallo*: «Déjese de mamadera de gallo», «No me mame el gallo». A veces se abrevia: «Deje la mamadera», «¡Ah, como que es mamacito!»». Y si a un recién llegado puede parecerle grosera, se convencerá en seguida de que es enteramente inocente y no evoca nada pecaminoso.

La expresión ha nacido sin duda en el siglo XIX. La encontramos por primera vez en *La Granuja*, un periódico humorístico de Caracas, del 10 de febrero de 1887 («El Diario» y «El Mortero», de Valencia, están *mamándole el gallo* a «Cara de Burro»). En 1893 la usa Gonzalo Picón Febres en *Fidelia*, y en 1897 la registra Julio Calcaño. Desde comienzos de 1901 aparece con frecuencia en *La Linterna Mágica*, de Caracas («aunque me mamara el gallo», 21 de enero; «sempiternos mamacos de gallo», 28 de marzo; «no mames, no mames, chico», 9 de febrero), sobre todo en los famosos diálogos de Tirabeque y Pelegrín. Hasta se juega con ella: «Me están lactando el gallo» (10 de abril; *lactear el gallo* el 19 de marzo). *El Nuevo Tiempo*, del 5 de febrero de 1909, consideraba que *mamar el gallo* tenía ya las apariencias de un vicio nacional, «si no es, como quieren algunos, una fórmula de profunda sabiduría práctica».

3 Publicado en el «Papel Literario» de *El Nacional*, Caracas, 6 de agosto de 1953.

Rómulo Gallegos la recoge en casi todas sus novelas. En *Canaima*, Arteaguita es un *mamador de gallo* profesional, y Marcos Vargas quiere que haga de fraile fantasma para divertirse a costa de unos buscadores de entierros:

Arteaguita, que todo lo sacrificaba en aras de chistes y chuscadas, tuvo que sacrificar su miedo, que, según él, era la única cosa grande con que lo echaron al mundo.

—¡Qué se hace! —exclamó—. Esos son los gajes del oficio de mamador de gallo.

Y, en la misma novela, míster Davenport, un norteamericano atraído a Guayana por el espejismo de las minas y que ha quedado varado allí por los encantos del trópico, explica su admiración por la tierra venezolana:

—Esta cosa sabrosa de contestar a todo lo que te proponen: «Déjalo para mañana, chico. Del apuro no queda sino el cansancio». Esta tierra donde todo es amor y poesía. Y mamadera de gallo, por encima de todas las cosas.

Ventura García Calderón la consideraba tan peculiar, que, en sus *Instantes del Perú*, la ponía —un poco anacrónicamente, nos parece— en boca de Bolívar, en un imaginario monólogo interior: «Ese Santander, ¡tan mañoso con sus melosidades bogotanas...! Su *ingenuo amigo* firma alguna vez las cartas para mamarme el gallo».

Ya Julio Calcaño intentaba explicarlo: «Procede de la costumbre que tienen los jugadores de gallos de reanimar al animal en la riña chupándole la sangre que mana de las heridas de la cabeza y los ciega». Y como parecía imposible pasar de esa significación a la figurada, Silva Uzcátegui trató de hacerlo más plausible, añadiendo: «...y a veces alargan intencionadamente esta labor». Más satisfactoria nos parece la explicación que nos da Orlando Araujo. Sucede con frecuencia en las riñas de gallos

que uno de los contrincantes, por debilidad del pico o por herida, no puede picar al enemigo con la firmeza necesaria para dar el espolonazo. Se dice entonces que el gallo es *mamón* o *mamador*, porque no pica, sino que *mama*. También en el careo de gallos, ejercicio a que se somete a los de riña a fin de probar su fuerza y condiciones, se *embotan* los gallos, es decir, se les cubren los espolones con una cinta de tela y los picos con pequeños cilindros de cuero o *botas*, a fin de que no puedan picar con libertad. Los gallos sólo *maman*. José Antonio de Armas Chitty, en su estudio de las riñas de gallos, dice:

Abunda [el coleador] que sólo quiere ganar con triquiñuelas, el que unta a sus gallos en el pescuezo diariamente, en la sombra, nata de leche, para que el pico del gallo enemigo resbale o se ponga *mamador*, es decir, que agarre y no dispare.

Luis G. Márquez, en el *Reglamento del Club Gallístico de Caracas*, de 1954, explica cuándo se dice que un gallo es *mamador*: «Cuando el gallo pica a su contrario y se queda pegado sin lanzar. Este tipo no es apreciable».

Nos parece evidente que de ahí surgió la *mamadera de gallo*, que consiste en *mamar* y no picar. «Esto es mamadera de gallo», se dijo probablemente de una lucha incruenta, de una corrida de toros poco peligrosa, de algo que no había sido lo que debía ser. Y hoy es frecuente: «Eso se volvió mamadera de gallo». Las formaciones en-*dera* son comunes en Venezuela: de *morir*, *moridera* («Le dio la moridera»); de *llorar*, *lloradera*; de *hablar*, *habladera* («Deja la habladera»), etc., y por eso la *tomadura de pelo* se ha hecho en Venezuela *tomadera de pelo*. Además, *mamar* se usa bastante en el sentido de «chupar»; «No esté creyendo que me mamo el deo», dice un personaje de Samuel Darío Maldonado («¡Llegaos, que me mamo el dedo!», decía Sancho Panza, que no presumía de tonto). Y un personaje de *Farallón*, de Agustín García, «le mamaba la candela al tabaco vuelto al revés».

El castellano tiene un derivado de *mamar* que se acerca algo a la *mamadera de gallo* venezolana: *hacer a uno la mamona* (o *la mamola*) es burlarse del prójimo, poniendo la mano debajo de la barba, como para acariciarlo, o darle golpecitos debajo de la barba en señal de mofa. Es frecuente, o lo era, entre muchachos, y tiene su variante venezolana: «¡Mira el pajarito sin cola! ¡Mamola!». Algo distinto era en la época de Cervantes. Don Quijote, indignado de que Sancho, contra toda la tradición de la andante caballería, le pidiera aumento de salario, le increpa y lo remite a los libros de caballerías:

—Éntrate, éntrate, malandrín, follón y vestiglo, que todo lo pareces, por el maremágnun de sus historias; y si hallares que algún escudero haya dicho, ni pensado, lo que aquí has dicho, quiero que me le claves en la frente, y, por añadidura, me hagas cuatro mamonas selladas en mi rostro.

Esas *mamonas* selladas de Don Quijote han dado quebraderos de cabeza a los eruditos, y parece que se hacían —según opina Rodríguez Marín— dejando escapar con fuerza el índice de la mano derecha, sujeto hasta entonces por el de en medio de la izquierda, para que diera en la nariz de la víctima, en tanto que se le tenían puestos sobre la cara los otros cuatro dedos de la primera de dichas manos.

De *mamadera de gallo* se hizo posteriormente *mamar el gallo*, que vino a coincidir con *tomar el pelo*, en todos sus valores (burla, engaño, entretenimiento, etc.). Lo curioso es que también la *tomadura de pelo* es modernísima en castellano y ha nacido seguramente en el calamitoso siglo XIX: *tomar el pelo a uno* entra en el *Diccionario* de la Academia apenas en 1899 (todavía en 1896 Juan Valera lo encontraba achulado y disonante, aunque lo oía ya «hasta en boca de damas distinguidas»). Y psicológicamente la *mamadera de gallo* coincide con la *tomadura de pelo*, que no consiste en tirar violentamente el pelo, sino apenas *tomarlo* (frente al afrentoso *mesar* el pelo o las barbas). Y también con el inglés *to*

pull one's leg («You are pulling my leg»), que es tirarle a uno de la pierna. Actitudes todas ellas suaves, que en malas manos pueden convertirse en violentas. Porque el leve cosquilleo de la broma inocente se transforma a veces en herida venenosa y mortal.

Pero lo normal es que no llegue la sangre al río. La *mamadera de gallo* está a tono con el carácter burlón y alegre del venezolano. Nos parece que el venezolano no es propenso al ánimo trágico. En los trances más duros, disuelve la tragedia en acción o en humor. Cuando no tiene a su alcance la acción heroica, se desahoga en el humorismo. La *mamadera de gallo* y la *guachafita* son las dos vertientes por las que abre su cauce el fondo tempestuoso de su alma. Dice Alejandro García Maldonado, en su enjundioso ensayo dedicado a la *mamadera de gallo*:

Nos ha ayudado a sobrellevar históricamente muchas calamidades. Sin el típico humor venezolano, por ejemplo, la etapa gomecista hubiera alcanzado probablemente, por la ausencia de puntos de referencia humanos, los sombríos contornos de un flagelo medioeval. La *mamadera de gallo* nos permitió no tomar en serio algo tan perfectamente serio como la figura de Gómez. Hasta la fatalidad pierde su ominosa significación cuando la afrontamos con ánimo festivo y lengua presta.

Y todavía hay algo más. Es significativo que el venezolano, para denominar una de las formas de su humorismo, haya recurrido a un juego como la riña de gallos, que es, además de juego, un espectáculo de guerra a muerte. La pasión del juego es otra de las vertientes por la que se evade la violenta capacidad pasional del venezolano. En los garitos parece que nació la *guachafita*. Del juego de naipes surgió el *flux*, que antes de designar al traje de vestir era una suerte que consistía en tener las cartas del mismo color (como el *flush* del poker). Del juego de dados procede una expresión tan significativa como *tirar la parada*. Sin mencionar otras más recientes, como *estar enllavados*, de las modernas

carreras de caballos. La pasión del juego puede que empobrezca a la gente, pero indudablemente enriquece el lenguaje.

ESTOY EN LA CARRAPLANA⁴

El amor a la expresión figurada y al juego verbal, con intención humorística, ha creado una rica fraseología venezolana para la falta de recursos. Muchas de las formas son pasajeras, ocasionales, y hasta individuales. El chisporroteo de ingenio necesita constante renovación. Pero junto a las expresiones fugaces, que son las más, queda siempre un fondo estable, permanente, que es el legado de la tradición. De todas, sin duda la más típica de Venezuela es ésta de *estar en la carraplana*.

El testimonio más antiguo que tenemos es de 1856, pero debe ser mucho más vieja. Ese año Luis Delgado Correa publicó en el *Mosaico* un «embrión dramático» —así lo llama— titulado, *El mundo al revés*. En una cantina, en que conversan muy animadamente, el clérigo dice al médico:

Doctor de la carraplana
¿sufre usted hipocondría?

Luego la encontramos en *La Abeja*, un periódico de Mérida, del 15 de enero de 1859: «Las Rentas estaban, como decimos por acá, en la carraplana». Después lo usa Jabino, seudónimo de Miguel Mármol. En un cuadro de costumbres de la segunda mitad del siglo pasado describe una boda. Son padrinos el Primer Magistrado de la República con sus siete ministros, el Gobernador del Distrito Federal, el Prefecto, el Arzobispo, el Presidente del Congreso, etc. El novio, como se habrá adivinado, es empleado

4 Publicado en el «Papel Literario» de *El Nacional*, Caracas, 28 de octubre de 1954.

público. Los invitados, entre copa y copa de champagne, se entretienen en descuartizar a la novia, al novio y a los padres:

—No digo que sea un mal muchacho; pero no tiene nada.

—¡Hombre!... Pero Escorsonera posee algunos bienes...

—Eso creará el muchacho, porque Escorsonera es un faralón... Le digo a usted que está en la carraplana... Esta casa la ha retrovendido para la fiesta nupcial. ¡Figúrese usted!

En 1883 anotaba José D. Medrano en Maracaibo: «*Amanecer a la carraplana. Estar a la carraplana...* No tener para el gasto del día, estar sin un cuarto». Luego Rivodó, en 1889, *quedarse en la carraplana*, quedarse uno en la calle, perder la hacienda o los medios para mantenerse. En *La Linterna Mágica* del 20 de marzo de 1901 dialogan Tirabeque y Pelegrín:

—Entonces no estaba tan limpio como ahora.

—Lo supongo, porque la carraplana es completa.

Víctor Manuel Ovalles explica de manera anecdótica la siguiente frase criolla: «Cuando Silva tenía real». Silva era un excéntrico herrero de San Juan de los Morros que se arruinó con la guerra: «Entonces, para completar su desgracia, se entregó a la embriaguez y llegó a la carraplana». Y en ese estado él mismo solía gritar con desesperación: «Cuando Silva tenía rial, Silva silbaba; y ahora que Silva no tiene rial, silba..., silba... y no silba nada».

En una de sus crónicas neoyorquinas (del 16 de marzo de 1953), Antonio Arráiz describe un período de crisis de la agricultura norteamericana, con quiebras de bancos y suicidio de comerciantes e industriales: «En esa época, hace apenas veinte años, esos agricultores estaban, por decirlo con una expresión bien venezolana, en la verdadera carraplana».

También hemos oído: «A Fulano le llegó la carraplana», «Carlos, después de haber sido rico, quedó en la carraplana», «Se lo llevó la carraplana». Y más enfáticamente: «Está en la

carraplana negra», «Estoy en la carraplana del chivo». En los Campos de Lara se usa, según Silva Uzcátegui, como equivalente de hambre: «Tengo una carraplana que me devora». Y en Curazao, según nos informa Antero Dupuy, cuando ven una casa ruinosa o en escombros dicen: «Es una carraplana». Junto a *carraplana* se oye en casi todo el país *carramplana*, ya menos usado hoy. Y una vieja familia de Caracas mantiene, por tradición familiar, otra variante: *carrataplana*.

Fuera de Venezuela no se conoce la palabra. Sólo en el Cibao (Santo Domingo) se la ha anotado, pero con el valor de necesidad, y *carraplanear* con el de importunar, bromear, charlatanear. Nos inclinamos a creer que esos usos dominicanos pudieron deberse a remedo de la expresión venezolana en el siglo XIX, en la época de las guerras civiles y de la emigración (la emigración siempre *está en la carraplana*). Y no sabemos si ese *carraplanear*, charlatanear, no tendrá algo que ver además con la *replana*, nombre de la jerga de los delincuentes en el Perú.

Nos parece evidente que nuestra *carraplana* está emparentada o relacionada con otra expresión: «Se lo llevó Caplán». Cuando alguien ha quedado arruinado o cuando algo se ha perdido definitivamente, se dice: «Se lo llevó Caplán» o «Se lo llevó la carraplana». El doctor Pedro Manuel Arcaya nos dice que en Coro ha oído además: «Se lo llevó la Caplana». Antero Dupuy, a quien consultamos sobre este uso, nos informa que hay personas que lo conocen, y que quizá aluda a la mujer del diablo. Ya hemos visto que Caplán es uno de los nombres venezolanos del demonio, y que a veces se llama Carramplán en el Guárico y Carramplemple en Barlovento (Carrampempe en Perú). Y si a alguien le sucede una cosa tremenda, que lo deja aplastado, como si le hubiera pasado una aplanadora por encima, dicen en el Guárico: «¡Carramplán!».

Los nombres del diablo, sobre todo los que tienen valor eufemístico, se transforman muchas veces por mutación brusca, con juegos de fonética impresiva. El cambio de Caplán en Carramplán quizá se explique por el ¡carrataplán! o ¡carracataplán!

del tambor (= ¡*rataplan!*), que en otras épocas anunciaba los bandos o la temida recluta. Pueden haber influido también otras palabras. Por ejemplo, *carramplón* (de *carrao* + *ramplón*, según Cuervo), que en regiones occidentales de Venezuela y en Colombia se aplica a los zapatos chillones («Me dio una serenata con música carramplona», ha oído además Luis Beltrán Guerrero en Carora), y que también significa flacucho en Lara, según Silva Uzcátegui. O bien *carranclón*, que se dice despectivamente del vejete o vejestorio en gran parte del país: «Es una vieja carranclona» (o *carrancla*). Da la coincidencia de que en España se llama Carracuca un personaje de muy mala fama, que ha fijado una expresión: «Está más perdido que Carracuca».

El paso de *Carramplán* a *carramplana* es más fácil de explicar. Si a alguien se lo llevó Carramplán es natural que amanezca *a la carramplana* o *a la carraplana* (es la expresión que registraba Medrano). Nos parece indudable que a través del modo adverbial se llegó a nuestra *carraplana*. De manera análoga, hacer algo endiabladamente, de muy mala manera, es hacerlo *a la diabla*. La asociación entre la pobreza y el diablo es habitual en la lengua; para decir que alguien es pobre de solemnidad, y además un infeliz, ¿no decimos que es un *pobre diablo*?

De *amanecer a la carraplana* se pasó fácilmente a *quedarse en la carraplana*, *estar en la carraplana*. Y se dice sobre todo cuando uno ha tenido dinero, cuando ha caído de la opulencia en la miseria. La *carraplana* se ha convertido así en una especie de reino de la inopia, en que se duerme a la intemperie, o bajo los puentes. La expresión se independizó enteramente de su origen. Y hoy nadie siente que *estar en la carraplana* es, al menos etimológicamente, estar en las posesiones, tan vastas, del demonio.

TRATADO DE LA LIMPIEZA⁵

El castellano tiene una impresionante serie de expresiones para denotar que uno está sin dinero, en la inopia, en la miseria. Pero en ninguna región hispánica hemos encontrado tantas como en Venezuela. Lo cual no carece sin duda de significación.

Estar *limpio* es común en España y casi toda América, y a veces se acompaña con el ademán —no siempre sincero— de dar vuelta a los bolsillos o abrir la cartera. Pero entre nosotros se expresa de manera variada y enfática: «Está más limpio que talón de lavandera», «Está limpio de pila», «Está limpio de perinola», «Está limpio de metra», «Está limpio de bola» («limpio de pelotica», en Job Pim), «Está limpio de solemnidad» (de *pobre de solemnidad*), «Está más limpio que una pepa de guama», «Está más limpio que una rata de iglesia», «Está más limpio que pata de perro de agua», «Está más limpio que un resbaladero», «Está como talón de angelito» (o «como angelito serena»), «Está como cueva de loro sin pichones», «Está más limpio que un purgao», «Está como bolsillo de estudiante», «Está como sobaco de rana», «Está como espalda de frasco», «Está como hueso de sabana», «Está como el alma de la vaca». A veces se asocia con una alusión monetaria: «Está limpio de a puya» (o «está de a puya»), «Está de a centavo», «Está de a locha», «Está de a medio». O con sus equivalentes: «Está de a huevo» (el huevo fue en una época valor monetario), «Está de a folio». A veces el énfasis expresivo recurre al símbolo religioso: «Está más limpio que la mano de un santo» (o «la cara de un santo»), «Está limpio como pata de santo» (¿no es irreverente eso de *pata?*), «Está como la

5 Publicado en el «Papel Literario» de *El Nacional*, Caracas, 21 de octubre de 1954.

patena de Cristo», «Está más limpio que la conciencia de Cristo», «Está como Dios quiere (o *tiene*) sus almas». A veces se emplean para menosprecio, y otras para defenderse de un sablazo. También hemos oído: «Estoy limpiando para sembrar». La limpieza es indudablemente una virtud, pero las virtudes nunca deben llegar a ciertos extremos.

También puede uno *estar pelado*, que es otra forma de limpieza. *Pelar* a alguien es, como en la lengua general, desplumarlo, por lo común en el juego o en los negocios: «El domingo me pelaron en el Hipódromo», «Lo pelaron con el cuento del paquete chileno». De ahí que sea frecuente: «Me he quedado pelado», «Con tantas fiestas estoy pelado». Es uso de casi toda América; y aún más, en Méjico y en el suroeste de los Estados Unidos (New México), el *pelao* es el hombre de la última clase social, como el *roto* chileno. Y también el *estar pelado* se expresa enfáticamente: «Está más pelao que una rata». O bien: «Está pelando una rata». Y *dejar a uno pelando una lata* (o «pelando papas») es dejarlo arruinado. En Lara y Portuguesa se oye:

Dicen que los barrigones
son amigos de la plata.
Pero he visto barrigones
que están pelando una lata.

Además, se puede, por ejemplo en el Táchira, *estar pelón*, que es —nos dicen— «lo peor que hay en la vida». Ese valor de *pelón* se encuentra ya en la *Celestina* (acto XVIII). El Maestro Correas registraba en el siglo XVII: «Pelón, pelado, que no tienes blanca ni cornado» (*pelón* llamaban —dice— al hidalgo pobre, «notándole de la pobreza y miseria»). En nuestros días recogía Daniel Granada, en el Río de la Plata: «Padrino pelao, padrino pelao, que no tiene un cobre para bacalao». En 1605 la Pícara Justina, en la Dedicatoria de su rica autobiografía, jugaba con el mote de *pelada* y *pelona*, que, entre otros más afrentosos que empezaban con P, le

daban a ella, y se amparaba en la mitología: a la diosa Pandora, por haber sido soberbia, los mismos dioses que le habían dado todas sus galas la pelaron y desplumaron, y la llamaron la Pelona o la Pelada: «De ahí — dice — ha venido que algunos pobres hidalgos, que de ordinario traen la bolsa tan llena de soberbia cuan vacía de moneda..., los llamen pelones, porque son pobres pelones como la diosa pelada». También Cervantes, en *El casamiento engañoso*, jugaba con las dos acepciones: «Halléme verdaderamente hecho pelón, porque ni tenía barbas que peinar, ni dineros que gastar». Y en el *Quijote*, después de la aventura de la cueva de Montesinos, el hidalgo se encuentra con un mancebo que marcha alegre, cantando seguidillas, a alistarse en unas compañías de infantería, y dice: «Más quiero tener por amo y señor al Rey, y servirle en la guerra, que no a un pelón en la Corte».

Con el juego infantil de las metras se asocia otra expresión: «Quedé ruche». Es decir, perdí todo lo que tenía, me quedé sin nada. Es muy frecuente: «Estoy ruche», «Ando ruche», «Me dejaron ruche» (o «me rucharon», «estoy ruchao»). Y aunque parece indígena, es española: «Anda a ruche o «Está a ruche» se dice en Extremadura, Andalucía, León, Valladolid, Rioja, Murcia y Canarias. Viene sin duda de *ruche*, «burro», en gran parte de España. En Murcia — dice Corominas —, en ciertos juegos de naipes se dice del perdidoso que *quedó ruche*. Quizá venga del juego del *burro* o de la *burra* (nuestro *carga la burra*). También el vasco *puchi*, que designa al perdidoso total en el juego, viene de *puche*, con que se llama, se arrea o se designa al burro: así, nuestro *ruche* — dice Vicente García de Diego, en *Etimologías españolas*, pp. 687-689 — debió venir del juego de naipes y de otros distintos en que el perdidoso queda *ruche*, *puche* o *burro*.

Hace un siglo registraba Núñez de Cáceres en Caracas, para la acción de desplumar a alguien por engaño o fraude, las siguientes expresiones, que ya no encontramos hoy: «Lo dejó repicando vísperas» o «repicando con la chica», «en el navajo», «de plantón», «de visión», «como juego de pelota», «jalando el fuelle», «como el ojo de un mono», «como fusil de sargento»,

«con el capital del perro (trago de agua y chorrito en la pared)». O bien, «Quedó en el chirimoyo», «Quedó para mayordomo de las Concepciones», «Lo encalomó» (*de encalomocó*), «Lo mandó a buscar la aurora», «Lo mudaron y quedó en el vecindario», «Está pidiendo la ñapa para comprar». Como se ve, la terminología está en constante renovación. De las que él registraba, sólo subsisten hoy dos: «Lo dejó limpio como patena», que es del español general, y «lo dejó como Dios quiere las almas».

También es bastante frecuente *estar ambilado*, que es un estado muy complejo: se dice del que está embobado o en la luna, del desdichado en amores, del alelado, del que no tiene un céntimo. Suma tremenda de desdichas (¡mal de amores y falta de dinero, en Venezuela!). El *ambil* es una esencia espesa, oscura y amarga que se extrae del tabaco y que se agrega además a la hoja de tabaco cuando se quiere aumentar su fuerza: *tabaco ambilado* (*ambire* era «jugo de pez cocido» en los vocabularios del siglo XVII, y *ambir*, según el P. Simón, una masa fuerte, hecha de la hoja y el zumo del tabaco cocido con algunos polvos de jurao, que es cierto salitre que se saca de una lagunilla cerca de la ciudad de Mérida, y esa masa es tan cálida y vehemente, que se empleaba como contrahierba para venenos; también Vázquez de Espinosa dice que el *ambir*, o quinta esencia del tabaco, era un remedio contra las flechas envenenadas). Según Julio C. Salas, en su *Etnografía de Venezuela*, con el *ambir* preparaban los cuicas y otros indios el chimó. Hoy se oye a veces entre nosotros: «Ese tipo está como ambilao. Parece que le hubieran echao algo». Y también: «No voy al cine porque estoy ambilao», «Estoy tan ambilao, que no tengo una locha para tomar café», «Luis es un ambilao, no tiene un centavo». Hay ahí una asociación muy significativa entre pobreza y embobamiento o pobreza de espíritu. En algunas partes de España se ha hecho el camino inverso: *estar en la inopia*, que es estar en la mayor pobreza, ha pasado a significar también estar en la luna, estar embobado. Esa asociación ¿no se encuentra ya en los textos evangélicos? Las distintas versiones implican quizá la misma identificación entre

pobres y pobres de espíritu que nuestro *estar ambulado* o el *estar en la inopia*.

Una asociación análoga se encuentra también en *apolismado* (del castellano *aporismarse*), al menos en Lara y Barinas; está *apolismao* el que está aporreado, decaído, triste y sin dinero. El refranero lo sintetiza con elocuencia: «La madre de la desgracia es la pobreza».

Dos suelen ser los signos de la miseria, o de la derrota social, moral y económica. Uno muy visible, que es la manera de vestir o el aspecto externo, y se expresa con una terminología variada: *está descachalandrado* (tiene bastante extensión americana), *desguañangado*, *desguarilado*, *desmanguerrillado*, *desgolletado*, *desmanganillado*, *desmorgallado*, *desgalichado*, etc. Así, se dice: «Esta mujer está bien escachalandrada», «Ése es un escachalandrao como yo», «Anda todo esguañangao», «Hoy me siento esguarilao», «Estaba esmanguerrillao», «Se esmanguerrilló», etcétera (alternan *-es* y *des-*, como un *desmirriado-esmirriado* y aun en *desplicar-explicar*, etc.). El otro signo, a veces menos visible, es la falta de comida: «Esa muchacha sí está flaca; se ve que en su casa tienen el pesebre alto» (en cambio, cuando la comida abunda, el pesebre *está bajito*). Y como es frecuente que se dé de comer y beber a aves y animales domésticos en un tronco excavado o en una canoa, también se dice: «Tiene la canoa alta». Y en Anzoátegui: «Tiene la vara alta». Que no es lo mismo, sino más bien todo lo contrario, *que tener vara alta*.

La privación económica se expresa además de otros modos: *estar corto*, *estar recortado*. Que tienen también su fraseología: «Viene más corto que el muchacho del agua» (de los tiempos de los muchachos aguadores). «Es más zancón que falda de bailarina» (*pantalón zancón* es el corto). *Estar sin un maíz que asar* sí es pobreza, sobre todo en la tierra de la arepa. También se dice de alguien que *está a tira y jala*, o que *vive a tira y jala*, muy medido, sin dinero. Y aun se combinan las dos expresiones: «Siempre están a tira y más jala (*a tira y más tira* en España), y nunca tienen un maíz

que asar». Igualmente se puede, en el mismo sentido, *vivir de las mechas*.

Eso de no tener un maíz que asar nos lleva a otra expresión: *estar asado*. Se oye en Lara y otras regiones: «No puedo ir esta noche al cine porque estoy asao», «Ando asao, no tengo ni con qué montarme en el autobús», «¡Yo no voy a bailar con ese *asao!*», «¡Qué te va a prestar éste, si es un asao!». *Asao* es también el mal trajeado, el de mala presencia, y por extensión el incapaz: «Ese profesor me parece muy asao». Y se extiende a las cosas y acciones: «Fulano cargaba un flux asadísimo», «¡Ah, clases bien asadas las del profesor de Historia!». Quizá sea una prolongación intensiva de *frito* (*estar frito*) o una imagen de la carne excesivamente asada. También, quizá por anatonimia: «Estoy congelado» (es, además, estar triste o afligido). Y evoca otra expresión, muy usada en oriente y Guayana: «No tengo ni una puya, estoy josemaría», «Carlos está medio josemaría». Que se debe sin duda al eufemismo: *estar jo... semaría*. En gran parte del país (Falcón, Anzoátegui, Guayana, etc.), se dice que alguien *está matado* cuando está maltrecho, harapiento, arruinado, lo cual quizá venga de las *mataduras* de caballos, mulas y burros, aunque podría deberse a los usos figurados de *matar*. En el Táchira dicen: «Al hombre pobre y sin plata hasta la cama lo mata». La imagen de la desnudez absoluta se expresa en la frase siguiente, de origen español: «Está con una mano alante y otra atrás». O bien: «Estoy mano sobre mano», «Quedó mano sobre mano».

Y aun hay otras: «No verle la cara a Bolívar» es una verdadera desdicha, sobre todo en la patria del Libertador (en España se decía «No conoce al Rey por la moneda»). Hace treinta años —nos dice Miguel Otero Silva— era frecuente *estar en el destino búfalo*, quizá generalizado por los viajes a los Estados Unidos (alude al búfalo del centavo norteamericano). Y otras, y otras: «No tengo ni un cuero (o “ni una estera”) en que caer muerto» (ya Quevedo observaba que dónde caerse muerto es lo único que uno tiene siempre), «Estoy pasando la mar negra», «No tengo ni una chiva para una vela» (la *chiva* es el centavo),

«Me ahorcan por una puya», «Estoy sin un siruyo» (en Trujillo), «No tengo un chipe», «No tengo un churupo», «Estoy chivado», «No tengo una huérfana» (en Carache), «No tengo una viuda» (es la *locha* en Carabobo), «Estoy en la mala», «Me voltean boca abajo y no largo ni picadura» (*ni picadura de tabaco*), «Me cayó la machucadora», «Estoy en la malévola», «Estoy azul», «Estoy silbando Aragua» (en Guárico y Carabobo), «Me quedé lucio» (el *medio lucio* es el *medio liso* en Lara, Falcón, etcétera), «Estoy tuyuyo» (en el Guárico), «Estoy ladrando», «Estamos tirando piedras», «Estoy de la misericordia de Dios». Y una que las resume todas: «Estoy en el dolor». Sobre todo cuando le piden a uno dinero: «Mi hermano, tú sabes, estoy en el dolor».

En su tiempo, Núñez de Cáceres mencionaba la siguiente: «Se quedó tirando puñados de tierra al aire». Hoy es *tirar pelotitas al aire*, o *a la luna*. En *El forastero*, de Rómulo Gallegos, el maestro dice que no está al borde del hambre, sino «en el pleno fondo, tirándole peloticas a la luna». Y también se puede *tirar sapos con carabina*, o *con escopeta de piñón*. Que aluden sin duda a los esfuerzos vanos por salir del atolladero.

Quedan aún algunas expresiones groseras, impublicables. Y dos muy importantes, usadísimas. Una *estar en la lona* (a veces también *estar en el esterero*), que no procede del ring, como parece a primera vista, sino del lenguaje automovilístico: un caucho o llanta está en la lona cuando está en las últimas, cuando ha llegado al extremo desgaste y ya no da nada de sí. Y la otra es *estar en la carraplana*, que hasta ahora había sido para nosotros enteramente enigmática, y que hoy nos atrevemos a explicar, o al menos a intentarlo. Pero la dejamos para más adelante.

La falta de dinero se asocia continuamente, como es natural, con el hambre, la desnudez harapienta, el decaimiento físico y moral, la desdicha, la incapacidad. La sociedad suele ser implacable con el desposeído, y la lengua lo refleja a cada paso: «¡Pobre hombre!» todavía indica conmiseración y simpatía; «¡Es un pobre hombre!» es ya expresión de desprecio; «¡Pobre!» se dice del enfermo, del desdichado y también del pobre. ¿Hay

acaso un insulto más duro, más ofensivo que ¡*miserable!*, que se remonta a la triste miseria? Nietzsche habría podido agregar un nuevo capítulo a su *Genealogía de las ideas morales*. La desdicha, que debiera inspirar respeto, es descalificadora: *infeliz, desdichado, desgraciado*, son hoy palabras insultantes, y el tono las convierte en dardos emponzoñados. La pobreza todavía podía ser motivo de orgullo en el París o el Madrid de los buenos tiempos. Hoy en América (¿o en el mundo?) se tiende a valorar a las personas por lo que tienen o por lo que ganan. La falta de dinero se está convirtiendo en estigma, en oprobio. ¡Oh la santa pobreza!

UNA INSTITUCIÓN DE NUESTRA VIDA ECONÓMICA: EL SAN⁶

Venezuela no tiene Banco Hipotecario Nacional ni Caja Nacional de Ahorro. Pero tiene en cambio el *san*.

El *san* es un sistema de ahorro de los pobres. Su secreto encanto nace de ser, además, una forma de juego. Es decir, concilia dos cosas por naturaleza inconciliables: el ahorro y el juego. El eje de la institución es el *sanero* o *dueño del san*. Que casi siempre es *sanera*. Diez personas, por ejemplo, se anotan en un *san* por la cantidad de cien bolívares. Cada una entrega diez bolívares por semana durante once semanas. Y cada una va a recibir, la semana que le corresponda, por turno o por sorteo, cien bolívares. Al *sanero* le corresponderán también cien bolívares.

¿Cuál es entonces la ventaja del *san*? Hay, desde luego, una ventaja incuestionable para el *sanero*, y por eso hay quienes se dedican al oficio, como actividad principal o secundaria, y recorren ministerios, oficinas, negocios, casas, anotando gente en un *san* o en muchos *san*es. ¿Y los demás? Puede tocarles en la primera semana, si les favorece el sorteo, o la buena voluntad del *sanero*, y eso equivale a un anticipo de dinero: «Necesito plata, déme el primer número del *san* de mil bolívares». Pero más frecuente es que personas incapaces de ahorrar y que van a necesitar una cantidad fija en una fecha determinada (para festejar un santo, una primera comunión, un bautizo, una boda) se inscriban en un *san* y paguen religiosamente sus cuotas para tener el dinero en el momento preciso. Cada participante debe pagar todas sus cuotas, aun después de haber cobrado el total.

6 Publicado en el «Papel Literario» de *El Nacional*, Caracas, 7 de marzo de 1957.

El monto del san puede ser variable, las cuotas pueden ser también quincenales o mensuales y a veces pueden anotarse veinte o treinta personas. Y hasta puede recibirse, a cambio del dinero, valores en especie: «Entré a un san de vestidos y me tocó esta semana», «Anótate en un san de medias» (cuando es en especie se llama a veces *club*). Pero con todas sus variantes, la institución es sustancialmente la misma; una forma colectiva de ahorro capitaneada por el dueño del san. El cual lo convida a uno siempre generosamente: «¿Te quieres anotar en un san?». ¿Quién se niega? Hasta personas de dinero se anotan, a veces caritativamente, por ayudar a una sanera. Y, sin embargo, hay quienes rechazan de plano la fortuna: «A mí no me gusta meterme en sanes».

Ya Pocaterra, en *El doctor Bebé*, nos habla de los *sanes*, a los que tenía que recurrir misia Efigenia, entre capelladas y cartas a las personas pudientes, para costear la educación de su hijo. En *El Sol*, de Caracas, el 1º de diciembre de 1923, dialogan los populares Tirabeque y Pelegrín:

—¿Y cuándo piensa usted irse de esa casa?

—En lo que me toque el san en que estoy apuntado.

—¡Ah, usted es también de los hombres que se apuntan en san?

—Si, señor; yo estoy en uno de a cinco pesos.

¿Y el nombre? Es evidente que en la institución hay algo de santidad, o al menos de inocencia, aunque la santidad del sanero parece dudosa. Pero el nombre más antiguo, y todavía lo recuerdan así las personas ancianas de Caracas, es *sam*. Y eso ya descarta toda idea de santidad y nos lleva fuera de Venezuela. Fuera de Venezuela se conoce y se practica, con el mismo nombre y en la misma forma, en Santo Domingo, donde es habitual *jugar un san*. Y hasta se puede allá *coger un san*, que es, en sentido figurado, recibir uno su merecido.

También fuera de Venezuela se practica en nuestra vecina Curazao. Y allá lo llaman *sam* (*junga sam* es jugar san), igual que nuestras abuelas.

En cambio, en el Perú se conoce con el nombre de *pandero*, según me informa la doctora Martha Hildebrandt: «Fulano está haciendo un pandero», «¿Quieres entrar en un pandero?». La señora May de Henríquez ha tenido la gentileza de proporcionarme una serie de noticias complementarias: en las islas de Granada y Trinidad se llama *su-su*; en Barbados, *meeting*. Me informan, además, que en Bahamas se llama *esu*; en la Guayana británica, *box*, y en Surinam, *kasmoni* (de *cash money*).

Es frecuente considerar como variante del san otro juego, que nada tiene que ver con él. Es lo que se llamó entre nosotros *rifa americana*, *ruleta de la suerte*, *gallo tapado* o *push*, y en los Estados Unidos, de donde procede, *push-card* o *punch-board*. Y tampoco tiene que ver con él la llamada *lotería de animales* (o *de animalitos*) que periódicamente revive en distintas partes del país (Miguel Carmona la encontró en Valera; tenemos noticias periodísticas de su difusión, a pesar de estar prohibida, en Ejido, Boconó, Ciudad Bolívar, Barcelona, El Tigre, Petare y hasta Caracas), y que Alejo Carpentier relaciona con la *charada china* de Cuba (esa *charada china* hizo también furor en Caracas en 1909: véase *El Universal*, del 24 de junio) y el *juego de los bichos* (*Jôgo do bicho*) del Brasil y que en Trinidad se conoce con el nombre de *we-we* (me dicen que ha venido de China y que allá se llama *jua-jui*). El san es de otra naturaleza, aunque las saneras eran muy aficionadas a la rifa americana, a la lotería de animales y a otros juegos.

¿De dónde viene, pues, nuestro *san*? Es la hispanización de *sam*, y este *sam* ha venido indudablemente de Curazao. En holandés, *saan* o *samen* (emparentado con el alemán *sammeln* y el inglés antiguo y dialectal *to sam*) significa junto o juntamente, y en holandés es popular la expresión *sam-sam* cuando se hace una *vaca* (reunión de dinero entre varias personas para una inversión), o un convite en que cada uno de los invitados aporta algo para comer o beber. *Sam-sam* equivale a «cada uno pone lo suyo» o «cada uno recibe lo suyo». Y ahí está la esencia del san.

¿Y la institución misma? Se le ha atribuido origen africano (yoruba) y se ha dicho que es una variante, adaptada a la economía

monetaria, del modelo de agrupación cooperativa de África occidental. Pero mis amigos chinos me han dado una serie de noticias concluyentes que descartan el origen africano.

En China el san es muy popular, y en las regiones campesinas es casi la única institución de carácter bancario. Se practica de diversas maneras. Un organizador anota, por ejemplo, diez personas que van a pagar una cuota fija. El que quiera obtener el total del dinero el primer mes debe abonar un interés o prima (a veces se asigna el número uno al que ofrezca un interés más alto, o se fija previamente la prima que corresponde a cada número). El organizador del san no paga interés y, además, puede disponer del dinero desde el principio. El san tiene a veces carácter cooperativo (en el último tiempo ha empezado a llamarse entre nosotros *cooperativa* un san en el que le reintegran a uno todo lo que ha puesto). Una persona necesitada que debe afrontar un pago organiza un san, y sus amigos le ayudan inscribiéndose en él, con lo cual van reuniendo su propio dinero. Así puede ser una institución de ayuda mutua, sobre la base de la confianza. Y hasta es costumbre que los participantes se reúnan en una amistosa comida periódica para celebrar el sorteo o asignar el total. Tenemos noticias de que todavía se practica en Hong Kong, por ejemplo, para diversos fines (una especie de suscripción popular anticipada para asegurarse una compra en un plazo determinado). El nombre chino es *jui*, que significa reunión. Es decir, lo mismo que *meeting*, el nombre de Barbados, *sam*, el nombre de Curazao.

Hay que admitir, pues, que ha sido la inmigración china de las Antillas, tan numerosa desde mediados del siglo pasado, la que ha introducido el san (también la lotería de animales o *charada china*), y que han sido los chinos mismos los que han traducido el nombre al inglés de Barbados y al holandés de Curazao. Al Perú lo han llevado, sin duda, directamente los chinos, tan importantes en Lima. Y la difusión por Venezuela y Santo Domingo se ha producido probablemente desde la vecina Curazao.

Así, pues, el nombre de *san* es de origen holandés, y la institución misma es de origen chino. ¡Curiosa contribución de

pueblos y culturas tan diversas para implantar entre nosotros una extraña y pintoresca institución en una época de economía superbancaria! A lo mejor alguno de nuestros grandes banqueros, inspirado en el arte o las artes de nuestras saneras, pueda infundirle nueva vida.

LOCO DE BOLA⁷

He aquí una expresión típica de Venezuela, con que uno se encuentra a cada rato. Habitantes de otras tierras hispánicas la sienten como grosera, y en realidad no lo es. Estar *loco de bola* es estar completamente loco. Y de modo análogo, *limpio de bola* es el que está en el extremo de la *limpieza*, el que no tiene una puya. También se puede estar *borracho de bola* («y cuando menos pienses te embriagarás de bolas», en Job Pim). O ser *tonto de bola*, que es el de capirote. Pero el colmo es estar *muerto de bola*, o sea, irremediamente muerto. En *Doña Bárbara*, Mujiquita lee el sumario:

«El cadáver presentaba síntomas de descomposición avanzada.»

—¿Síntomas? —interrumpió ño Pernalete—. ¡Si estaba podrido de bola!

El médico de *Canaima*, míster Davenport, acostumbraba sacar el reloj y decir al paciente, sugestionándolo, al hacerle tragar su buena dosis de ipecacuana:

—Tú no vomitas esta cosa porque tú eres un palo de hombre (así fuese mujer o niño el enfermo). Tú aguantas esto dentro de tu estómago una hora por mi reloj y estarás curado de bola.

Anotamos en *Tierra nuestra*, de Samuel Darío Maldonado: «Me sacaron de bola a las primeras de cambio», «Me quedaba

7 Publicado en el «Papel Literario» de *El Nacional*, Caracas, 14 de febrero de 1957.

dormido con los claros del alba y perdía de bola», «De golpe nos vamos a deshacer por dentro y se nos sale de bola el poco juicio que trajimos al mundo». En *Rastrillo*, de Federico Landaeta, un preso comenta el fracaso de una tentativa de robo: «Se cayeron de un coco, porque el dueño no guardaba sino cuentas, deudas, papeles. ¡Fallaron de bola!»

En *La linterna mágica*, un periódico humorístico que se publicaba a principios de siglo en Caracas, aparece la expresión con frecuencia. Como término de galleras: «¡Si lo pica de frente, lo saca de bola!» (30 de enero de 1900). Para ilustrar un dibujo de primera plana: «Nosotros los agricultores de Carabobo no nos arruinaremos, porque ya estamos arruinados de bola» (14 de enero de 1901). O en los diálogos de Tirabeque y Pelegrín: «Entro de bola» (21 de enero de 1901).

La expresión tentó, como era natural, a Job Pim. En su *Sal de Pim*, el profesor Couenot se dedicaba a cruzar ratones blancos y negros:

Y bien, después de dos generaciones
de muy blancos ratones,
en la tercera halló, por carambola,
uno negro, de bola.

Gonzalo Picón Febres registraba como usos de todo el país: «Al Ministro de Guerra lo han tumbado de bola», «Al negro Manuelote, por travieso, lo machetearon de bola en Tinaquillo». En *Un caudillo de parroquia*: «Mandan matar de bola a quien se les atraviesa», «No lo dejecutaba [=ejecutaba o hacía] tan bonito y tan de bola sino Juan Manuel». En todos esos casos equivale a enteramente, definitivamente. También en *Las lanzas coloradas*, de Arturo Uslar Pietri. Un negro está contando relatos de guerra. El indio Matías andaba alzado por los lados del Pao y tenía pacto con Mandinga. De pronto se le enfrenta un puñado de gente con la que venía un hombre chiquito y flaco, con patillas y unos ojos duros:

— Cuando Matías ve la gente, pela por la lanza y se abre con el potro. Los otros se paran viendo lo que pasaba. ¡Y ahora es lo bueno! Y va Matías y le pega un grito al hombre chiquito: «¡Epa, amigo! ¿Usted quién es?». Y el chiquito le dice como sin querer: «¿Yo? Bolívar». Persignársele al diablo no fuera nada; echarle agua a la candela no fuera nada; pero decirle a Matías: «¡Yo soy Bolívar!». Paró ese rabo y se fue como cotejo en mogote, ido de bola, con todo y pacto con Mandinga.

Ido de bola es definitivamente ido, del todo, para siempre, donde siempre ha habido hondas inquietudes filológicas: «Como buen preso de bola (frase muy usada en nuestros corrillos), le hago algunas consultas». Una persona a la que han conducido, por una infracción, a la comandancia de policía, pregunta ingenuamente:

— ¿Estoy detenido?

— Usted está preso de bola —contesta autoritario el sargento.

En *Puros hombres*, de Antonio Arráiz, cruda novela de la prisión, advierte Besugo, pesimista: «Después de los desayunos, de bola que viene el mar de leva» (seguramente, con toda seguridad). En Zaraza (llanos del Guárico) puede equivaler a efectivamente: «De bola, ésa es la muchacha que vimos ayer». Un barinés de Caldas dice: «¡De bola que sí!», que equivale a claro que sí. Y aun se da el siguiente diálogo:

— ¿Cómo lo mataste?

— ¡De bola!

Es decir, de un solo tiro, en el acto. A veces se confunde lo efectivo, lo inmediato y lo definitivo: «¡Eso era de bola!». Es decir, tenía que ser necesariamente así.

Tiene tanta vitalidad, que la *bola* de la expresión se suele sustituir con una serie de equivalentes, quizá, de paso, para jugar

con ella o hacerla menos chabacana: *pelota* o *pelotica*, *boliche*, *metra*, *perinola*, *pila*, *tángana*. El loco de remate puede ser *loco de metra*, *loco de perinola*, *loco de pila* y aun *loco de tángana*. El *limpio de bola* es igualmente *limpio de metra*, *limpio de perinola*, *limpio de pelotica* o *limpio de pila*. Todas ellas tienen amplia vida popular y literaria. Para explicarlas hay que partir de la más usada, que parece además la originaria: *de bola*.

¿Por qué *de bola*? Un amigo nos contesta: «Por lo redondo». El castellano dice efectivamente *cayó en redondo* con el mismo valor que nuestro *cayó de bola*. Pero no nos parece que la expresión venga de ahí y sea simple traslado metafórico.

Nuestro *de bola* es prolongación y desarrollo de un uso del español clásico. Un pasaje del *Guzmán de Alfarache*, de Mateo Alemán (año 1604), es concluyente. El pícaro cuenta una de sus aventuras, o desventuras, de Roma. Muy galán y peripuesto, se encuentra en el cuarto de su amada Nicolotea, criada de una hermosa señora romana. En la caballeriza vecina se había metido un enorme puerco cebón. El caballero sorprendió al puerco, cogió una estaca y le dio de palos. El cebón salió huyendo como un toro, se metió por el postigo y embistió contra Guzmán de Alfarache, que cuenta la terrible peripecia: «Cogióme de bola. Quiso pasar por entrepiernas, llevóme a horcajadillas y, sin poderme cobrar ni favorecer, cuando acordé a valerme ya me tenía en medio de un lodazal».

Cogióme de bola equivale a me cogió de lleno, como la bola cuando da de lleno en el bolo y lo derriba y arrastra. La expresión procede del juego de bolos. En el período clásico era frecuente *llevar de bola*, que era arrastrar, derribar, arrollar, y equivalía a *llevar de calle*, del mismo juego. Otro personaje, de la misma cofradía del Guzmán de Alfarache, el pícaro Estebanillo González, la emplea en 1646. Se encuentra con su amo frente a una plaza sitiada en Silesia y cuenta:

Nos tiró la villa un cañonazo tan derecho, que, al bajar la puntería, nos llevaba a los dos de bola o a uno de calles.

Es curioso que las dos expresiones del *Estebanillo* hayan tenido vitalidad. *Llevar de calle* se usa hoy bastante en España y parte de América. Aparece una muchacha en una reunión social y produce conmoción en el público masculino. Una señora comenta: «Se los lleva de calle». Un orador tiene embelesado a su auditorio: «Se lo lleva de calle». Un profesor renombrado se presenta a unas oposiciones: «Se las lleva de calle». Es decir, arrampla con todo. Se usa mucho en las lides deportivas, también en Cuba: «Se los llevó de calle» (en los frontones), «Ganó de calle». ¿Y entre nosotros? Hemos oído, en vísperas de elecciones: «Larrazábal gana de calle». José Antonio de Armas Chitty nos describe el ambiente de las galleras: «Si lo que se impone sin interrupción en las primeras riñas son *negros* o *blancos*, nuestro gallero dirá en secreto que el *negro* o el *blanco* están ganando de callejón». La *calle* se ha convertido en *callejón*, que es término de nuestra lotería: *el callejón* lo forman los cien números que acompañan en su centena al premio mayor, excepto el inmediato anterior y el posterior, que son la *aproximación* (el premio grande es, por ejemplo, de 120.000; la *aproximación*, de 20.000; *el callejón*, de 500 bolívares).

De modo análogo se explica el triunfo del *de bola* entre nosotros. De *coger de bola* o *llevar de bola* surgió *de bola* como modelo adverbial equivalente a *de lleno*, *por completo*, que es valor que tiene entre nosotros. El Maestro Correas, en su *Vocabulario*, hacia 1630, registraba, sin explicarla, la siguiente expresión refranesca: «Eso pido, y dos *de bola*» (según Rodríguez Marín, procede del juego de la argolla). Parece que se aplicaba al que reclamaba demasías. Pero ya se ve que el *de bola* era frecuente en el siglo XVII. El juego de bolos (su forma actual es el *bowling* norteamericano, que también llamamos *boliche*) era entonces muy popular y dio además otras expresiones: *escurrir la bola* (hurtar el cuerpo de algo), *echar a rodar los bolos* (tomar una resolución violenta), *mudarse los bolos* o *trocarse los bolos* (mudar la suerte), *tener bien puestos los bolos* (cuando uno ha tomado todas las medidas para el logro de algo), *presentarse bien* (o mal) *los bolos*,

bolos son diablos (no se puede confiar en ellos). Todavía hoy en Colombia *tumbar bolo* es dar el golpe, causar asombro.

El uso venezolano es, pues, conservación de un uso clásico. Ya nadie lo asocia con el viejo juego de bolos, y es frecuente que se crea que está relacionado con el *de bola a bola*, o sea la carambola fácil del billar. Y aunque históricamente no es así, el *loco de bola* se convierte a veces en *loco de banda*. Con clara alusión a las bandas del billar. Era natural que también el billar tuviera sus reflejos en el habla venezolana. La lengua general tiene el *pifiar* y la *pifía*, aplicados hoy a las actividades más diversas. El billar tuvo su gran época en el siglo pasado y a principios del nuestro. De juego de reyes y nobles pasó a ser democrático entretenimiento de casinos, cafés y bares. Si los naipes, los dados, las riñas de gallos, las carreras de caballos y el béisbol han enriquecido el habla venezolana (el *flux*, el *tercio*, la *mamadera de gallo*, el *picón*, el *tirar*, la *parada*, el *andar enllavados* y muchas más), algo tenía que dejarnos el billar. Junto a la bolada o el bolaón y las transmutaciones del mingo (*mingón*, *mingonear*), el *loco de banda* es apenas un recuerdo de su época de gloria.

Fuera de Venezuela se conserva *de bola* también en Santo Domingo: «Estaban borrachos de bola», «A la media noche ya estaban de bola», «Préstame un peso, que estoy de bola». Este *estar de bola* representa un grado más avanzado de desarrollo y sugiere el *estar como bola* de Puerto Rico, que es estar borracho. ¿No viene también de ahí el *estar bolo*, que tiene ese mismo valor en toda América Central? En Nicaragua y Guatemala se usa además *boleco*. Y en Guatemala, *bolencia* es borrachera, y *bolina* (jugando con la terminología marítima) es el inefable estado a que han llegado muchas personas reunidas que se encuentran, como diríamos nosotros, *rascados de bola*. Inesperados desarrollos lingüísticos del inocente juego de bolos.

MANGUAREO⁸

Una palabra típica de Venezuela —no se encuentra en ningún otro país, que sepamos— es *manguarear*, y su derivado *manguareo*. Pero no nos envanecemos: si el verbo es venezolano, la acción (¿es realmente acción el manguareo?) es universal. O por lo menos muy hispánica, y sin duda se remonta a los tiempos gloriosos de la picaresca, o aún más lejos, a los del harén y del muecín, que fueron evidentemente la edad de oro del manguareo.

La palabra tradicional, todavía usada en el país, es *mangonear*, que era manejar algo con disimulo o malas mañas, y también, como en España, zanganear, perder el tiempo, andar vagueando sin saber qué hacerse: «Fulano está mangoneando». Ese *mangonear* es un derivado de *mangón*, holgazán, remolón, emparentado con *mangante*, sablista, vago, persona sin escrúpulos. *Mangante* y *mangón* proceden de *mangar*, robar, pordiosear, voz muy usada en el argot español, y también en el habla popular y familiar de España.

De ese *mangar* se formó *mangancia*, muy conocido en la Península, y de ahí en gran parte de América *manganzón*, que entre nosotros ya registraba *El Monitor Industrial*, de Caracas, el 20 de junio de 1859, con el valor de flojo, perezoso, ocioso; el Gran Manganzón llamaban los estudiantes a una enorme estatua de Guzmán Blanco que se elevaba en la cumbre del Calvario (la derribaron en 1889). Tenemos, pues, *mangonear*, *mangoneo* y *manganzón*, hermosa familia de palabras. ¿Cómo se desprende de ella *manguarear*, su digno vástago?

8 Publicado en *EL Nacional*, Caracas, 2 de enero de 1953.

Muy sencillamente, me parece. Sobre *mangonear* se formó humorísticamente *manguarear*, por influencia, o injerto, de *guarear*, voz muy venezolana que designa los balbuceos de los niños: «Tiene dos meses y ya está guareando». Ese *guarear* es un derivado de *guaro*, nombre de un tipo de loro muy locuaz (no parece que tenga nada que ver con *guarrear*, variante de *berrear* que el *Atlas lingüístico y etnográfico de Andalucía* registra en la provincia de Córdoba). Tanto, que se aplica también al charlatán: «El guaro ese que se calle». Así, pues, *manguarear* es *mangonear* guareando, es decir, pasarse el tiempo sin hacer nada y charlotteando como un loro.

Este sentido nuevo todavía se percibe claramente en *Puros hombres*, la áspera novela de Antonio Arráiz. El cabo de presos le dice a Pepito: «En las horas de servicio no me estáis *manguareando* por ahí, sino que te estáis aquí, al lado del buzón, a lo que se presente». Es decir, *manguarear* era andar por ahí charlando, pero no lo era quedarse inactivo junto al buzón del calabozo. Hoy hasta se puede decir ya *manguarear* en silencio.

Mangar y *mangonear*, por su especial significación, se prestan para una serie de transformaciones de tipo expresivo, ya desde los orígenes¹. De todos modos, nuestro *manguarear* parece formación relativamente reciente. Lo encontramos por primera vez en *El rompimiento*, un sainete de costumbres caraqueñas de Rafael Guinán, estrenado en Caracas el 5 de enero de 1917. Dice Ramona (escena XVIII):

—El novio de Tomasita lleva dos años y medio *manguareando*, y la gente hablando...

Luego lo recoge Rómulo Gallegos en *El forastero* («Yo lo que he hecho es *manguar* siempre»), «Ya me había acostumbrado al *manguareito*») y en *Doña Bárbara* («gente *manguareadora*»). Y Agustín García, en *Farallón*, y Antonio Arráiz, en *Puros hombres*.

Job Pim, en un artículo humorístico sobre «Trabajo y *manguareo* en el alfabeto» (*El Heraldo*, 23 de junio de 1933), dice

que a la *x* le gusta manguarear, porque en palabras como *lección*, *acceso*, *occidente*, en que debía usarse por razón del sonido (así lo creía él), «le deja su tarea a la pobre *c*, que para desempeñarla tiene que doblarse». Pero fue Rómulo Gallegos el que le dio magnitud nacional cuando la convirtió, ilusoriamente, en consigna de su presidencia: «¡Que se acabe el manguareo!».

Nota

1 Si *mangar* es —como sostienen Max Leopold Wagner y Carlos Clevería— de origen gitano, ha sufrido sin duda la influencia de *manga*, al menos en algunas de sus significaciones (ya Américo Castro y Leo Spitzer han estudiado *manga* con el valor de trampa o negocio turbio, en el período clásico). Y sin duda también ha influido en el desarrollo el viejo *magancés* de Cervantes, etc., que alude al traidor Galalón, de Maganza o Maguncia (*magacería* trae Lope de Vega). Y probablemente también *vagancia* (*magancia* o *magantería* se dice en Murcia, *magancia* en Chile, *maganza* en Colombia y Ecuador, *magancear* en Colombia y Chile). Otras asociaciones ofrecen *mangullón* o *manguán* de Asturias (*mangallón* y *manguán* dicen en el castellano de Galicia), *mangarrán*, haragán charlatán, de Navarra (*manguada* o *manguara* es trampa, artimaña o jugarreta, y *mangutero* el embustero), *mangarza*, vagancia, en Salamanca (también *mangajón*, andrajoso, que en el Ecuador es *mangacho*), y *mangajo*, badulaque, en el Perú. *Mangonear*, que aparece ya en el *Cancionero* de Baena, se encuentra en Moratín; en Colombia usan también *hacer manga*, y en Guatemala y Uruguay, *manganear*, que es robar; en Puerto Rico, *manguear* (y su derivado *mangueo*), que en la Argentina y Chile es guiar o atraer con cautela el ganado o un animal (de *manga* de ganado). Moratín usó también *maniganza*, manejo oculto, del francés *manigance*, que se encuentra ya en Calvino. Todavía el *manguarear* de Venezuela se ha hecho en Lara, Portuguesa, y los Andes *mangüerear* (como *aguaitar* se hace *agüeitar*, etc.) y luego *mangüelear* (por lo menos en Lara y Portuguesa, que Silva Uzcátegui explica por influencia de Vicente Amengual, nombre de un político de gran habilidad en las situaciones difíciles. Sobre la etimología de esas voces, véase el *Diccionario* de Corominas.

¿QUERRAMOS O QUERAMOS?⁹

En una carta de Bolívar, del 8 de abril de 1813, leemos:

...con justa razón se me deberá culpar como a Correa, por no haber penetrado hasta Caracas, estando las puertas abiertas, los espíritus dispuestos a acogernos favorablemente y hallándome a la cabeza de más de 1000 fusileros, con su correspondiente tren de artillería y la caballería que querramos levantar..., si no liberto a Venezuela con un ejército respetable y victorioso.

¿No es extraño en Bolívar, tan correcto, sobre todo en sus notas oficiales, ese *querramos*? Es verdad que entre nosotros hasta los profesores de castellano incurren en él: «No nos lo dará, por más que querramos», «Aunque no querramos, tenemos que hacerlo», «Querramos o no, las cosas son así y no hay más remedio que aguantarlas». ¿Pero, Bolívar?

Tranquilicémonos. Ese *querramos* no es de Bolívar. La carta original, que se encuentra en la Casa Natal del Libertador, dice claramente *queramos*. El *querramos* es, pues, una errata de imprenta que se le escapó al editor, quizá porque estaba muy habituado a usarlo. Sin embargo, hay otro *querramos* en las cartas de Bolívar. En una del 30 de mayo de 1825 le dice a Santander, desde Arequipa: «Guatemala y Chile y Alto Perú harán lo que nosotros querramos». La carta original no es autógrafa, y parece que el *querramos* hay que atribuirlo a uno de sus amanuenses. De todos modos nos atestigua su antigüedad.

Pero si no lo usó Bolívar, sí lo usó el general Páez, aunque no siempre se puede asegurar que sean realmente suyos sus escritos.

9 Publicado en el «Papel Literario» de *El Nacional*, Caracas, 19 de agosto de 1955.

En una alocución dirigida a sus conciudadanos el 1º de agosto de 1830 (*Autobiografía*, II, p. 88), a favor de la paz republicana, dice:

La obediencia y el tiempo son los bálsamos de la patria. No querramos ser ni dejar de ser; sea la voluntad una propiedad exclusiva de nuestros representantes, y nosotros, ciudadanos obedientes.

¿Y acaso no se encuentra en Teresa de la Parra, prosista tan fina, con su sentido tan entrañable de la lengua? En carta a Rafael Carías, desde París, el 16 de enero de 1931, le dice:

La única ventaja que veo yo en la vida de las grandes ciudades es que es más fácil aislarnos de la gente, haciendo vida de solitario gracias al anonimato, pudiendo ir cuando querramos hacia lo que nos cultiva, nos distrae o nos levanta el espíritu.

No, no es traición editorial. Así está en la carta misma de Teresa, con su *rr* clarísima, como todos los rasgos de su letra fina y menuda. Era su habla familiar caraqueña, que llevó consigo hasta sus últimos días.

¿Y en Rómulo Gallegos? Es sin duda errata de imprenta. En el discurso que pronunció en la Universidad de Michoacán el 24 de julio de 1952, con motivo del natalicio del Libertador, recogido en *Una posición en la vida*, leemos:

No hemos perdido todavía totalmente la inclinación a las formas poéticas de sentido trascendental, por muy hombres de nuestra época materialista que seamos o querramos ser.

Ese *querramos* se da también en el Perú, Ecuador, Puerto Rico, Cuba, Costa Rica, Guatemala, Méjico y, seguramente, en otras partes. Y se explica fácilmente. El futuro de *querer* es *querré, querrás, querrá, querrémos, querréis, querrán*. Y el potencial

o pospretérito, *querría, querrías, querría, querríamos, querríais, querrían*. Esa *rr* es una irregularidad, una anomalía, por pérdida de la *e* interior de *querer he, querer hía*, etc. Y esa anomalía se ha extendido subrepticamente a la persona nosotros del presente de subjuntivo (en lugar de *queramos*, con una *r*, como *quiera, quieras*, etc.), que tiene siempre, por lo demás, cierto valor de futuro. Por motivos análogos, en algunas partes de Méjico (Tlascalá, por ejemplo), se dice *querría* por *quería*: «Ayer querría venir...». La analogía se abre paso en las personas verbales que tienen la misma desinencia, y no en las otras.

La gran fuerza reguladora del idioma es la analogía. La tendencia general es regularizar lo que es irregular. Por eso se oye mucho *andara* por *anduviera*, *andé* por *anduve* («Yo le andé alante», dice un personaje de *Canaima*), *satisfaciera* por *satisficiera*. Por eso es usual entre nosotros, y en gran parte del dominio hispánico, *díceselo* por *díselo*, o *pónelo* por *ponlo*. El femenino *la mano* es anómalo, por terminar en *o*. La lengua trata de regularizarlo en la derivación: *la manita, la manilla, la manecilla, la manija, la manaza*. Pero gran parte del dominio hispánico mantiene, sin embargo, muy firme la anomalía: *la manito*. Analogía y anomalía, o semejanza y diversidad —ya lo notaba el romano Varrón—, son dos grandes fuerzas que actúan no sólo en el lenguaje, sino en todos los usos (construcción, mobiliario, etc.) de la vida colectiva, y responden a un juego constante y variado entre la utilidad y el gusto. Pero las irregularidades mismas tienden a extenderse, a crear «analógicamente» su propio sistema: es el caso de *querramos*. Las anomalías pueden ser contagiosas.

¿LA MANITO O LA MANITA?¹⁰

Me preguntan por qué en España dicen la *manita* y en Venezuela *la manito*. En realidad, *la manito* no es sólo de Venezuela, sino de casi toda la América del Sur (Colombia, Ecuador, Perú, Chile, la Argentina), de Costa Rica y Nicaragua y de Puerto Rico y Santo Domingo. En España se conoce también, por lo menos en Andalucía, junto a *la manita*. En Álava llaman *manitas de Dios* a la madre selva, pero también *manicos de Dios*.

En materia de lenguaje toda generalización es aventurada. *La manito* no se da en toda Venezuela. En los Andes hasta la gente del pueblo dice *la manita*. *La Abeja*, de Mérida, al hablar, el 16 de noviembre de 1858, de los garitos, decía: «Es fama que algunos agentes de policía, grandes y chicos, han echado a veces su manito por modo de diversión». Pero Tulio Febres Cordero registra, en el cancionero infantil de Mérida (se canta mientras sacuden la mano al niño marcando el compás):

La manita la tengo quebrada
y no tengo huesito ni nada.

Todo el resto del país sí usa *la manito*, sin distinción de clases sociales: «¡Écheme una manito!», «Déme una manito de cambur». En sus tiempos lo defendió Baldomero Rivodó. Es la forma de la canción infantil: «¡Qué linda manito que tengo yo!, ¡Qué linda, qué bella que Dios me la dio!». En *El mestizo José Vargas*, de Guillermo Meneses, un jugador insiste: «¿Otra manito, don Pablo?». En *El forastero*, de Rómulo Gallegos, Edecán

10 Publicado en el «Papel Literario» de *El Nacional*, Caracas, 17 de octubre de 1955.

o «Comemuerto» juega con Gabiare su partida matinal de *bolos* (*bolas criollas*), y dice: «Va la última, General. Pa que sean cuatro de esta sola manito. Porque las otras tres ya me se arrimaron al mingo». Y en *Tierra del sol amada*, de Pocaterra, María rechaza al impetuoso galán: «¡Eh, señor Relámpago, las manitos quietas!».

Ha habido una violenta reacción contra *las manitos* de América. Cuervo, en sus *Apuntaciones*, de 1885, lo consideraba una repugnante vulgaridad (en las ediciones posteriores figura simplemente como vulgar, sin duda porque lo de repugnante le pareció exagerado o injusto). Ramón Gómez de la Serna, al encontrarse con el uso argentino, en un ingenioso artículo de 1941 titulado «Áteme esa mosca por el rabo», decía:

Damos la mano, y vemos en todo la mano de Dios y estrechamos la mano al amigo y vemos la mano señaladora a la salida de los teatros, y de pronto las manos se convierten en *manitos* al caer en diminutivo. ¿Por qué no *las manitas*? El niño, que es el más aludido con *las manitos*, sufre así una irregularidad en la dicción que le irregularizará el lenguaje, que tiene leyes de lógica y de armonía. ¿Por qué de *las manos* han de venir *las manitos*? ¡Áteme esa mosca por el rabo!

Tratemos de atar esa mosca por el rabo. *La mano* y *el día* son, en rigor, las dos únicas voces que, desde el latín hasta hoy, han mantenido su género a pesar de la terminación: *la mano*, a pesar de la *-o* al final; *el día*, a pesar de la *-a* final. Son, pues, dos casos anómalos en el sistema de la lengua. ¿Y cuál es el diminutivo de *día*? Es el *diíta*, manteniendo la *-a* final. Así también *poemita* (de *poema*), *poetilla* (de *poeta*), etc. Lo mismo sucede en los nombres femeninos de persona acabados en *-o*: *Rosarito* o *Charito*, *Consuelito*, *Amparito*, *Socorrito*, *Milagritos*. Es el mantenimiento de la anomalía en la derivación. Y también en los femeninos *Dolores* o *Mercedes*: *Doloritas*, *Merceditas*, como *Carlos* hace *Carlitos*. Y aun con un adverbio como *lejos*, que hace en diminutivo *lejitos* y en superlativo o elativo *lejísimos* (entre nosotros también el

aumentativo lejotes), aunque el habla familiar dice muchas veces *Dolorita, Mercedita, lejito y lejísimos*, regularizando la terminación.

En cambio, los diminutivos castellanos *manita, manilla, manecita, manija*, representan una ruptura de la anomalía de mano, una regularización: *la manita* es ya un femenino acabado en *-a*, en contraste con *la mano*. Frente a ello, el uso americano de *manito* responde más consecuentemente al sistema de derivación de nuestra lengua.

Veamos todavía algo más, para completar nuestra perspectiva. Sustantivos como *azúcar* o *almíbar* hacen el diminutivo, en las distintas regiones, de dos modos: *azuquita, almibita* (Venezuela, la Argentina, Chile, Cuba) o bien *azuquítar, almibítar* (Andalucía, Perú, Ecuador, etc.). En Santo Domingo alternan los dos modos. En el Perú y el Ecuador se oye además *Cesítar, Victítor, Bolivítar* (en Venezuela, en cambio, un *bolivita* o un *bolivarito*, y también *azucarita*). En los dos resultados contrapuestos hay también el juego de dos tendencias: primacía del sufijo (*azuquita, almibita*, quizá favorecidos por el desvanecimiento o pérdida de la *r* final de *azúcar* o *almíbar* en muchas regiones) o conservación de la estructura morfológica del primitivo: *azuquítar, almibítar*. Rabanales analiza en Chile las formas *Osquítar, azuquítar, Carlitos*: el sufijo diminutivo se ha transformado en infijo.

Analícemos ahora el problema sin prejuicios. España ha hecho *manita* aplicando el sistema general, de que los sustantivos femeninos terminan en *-a*. En cambio, la mayor parte de América ha hecho *manito* manteniendo la irregularidad de *mano*. Han actuado dos fuerzas distintas: el sistema general de la analogía y el sistema particular de la anomalía. ¿No son dos fuerzas de acción permanente en toda la vida de la lengua, y en la vida de todas las lenguas? Ya en Alejandría y Pérgamo, y luego en la Roma antigua, los gramáticos peleaban denodadamente por los principios contrapuestos de la analogía y la anomalía (César alternaba su conquista de las Galias con la composición de un tratado sobre la analogía). Los analogistas habrían defendido la *manita*; los

anomalistas, *la manito*. Nosotros, en cambio, vemos en la lengua el juego armónico de las dos fuerzas.

«¡NO SEAS GAFO!»¹¹

¿Cómo es posible que una palabra que en la época antigua y clásica designaba al leproso y que en la vieja tradición española era una de las más ofensivas, haya adquirido la significación relativamente suave que tiene en Venezuela? Los fueros municipales de la Edad Media castigaban al que motejaba a otro de *gafo*. Hubo pueblos de *gafos*, o malditos, en partes de Aragón y Navarra, y en el sur de Francia. Y la *Nueva Recopilación* de las leyes del Reino decía: «Qualquiera que a otro denostare y le dixere *gafo* o *somético* [sodomita], o *cornudo* o *traydor*, o herege, desdígalo ante el Alcalde». Y aquí en Venezuela es fácil tratar a un amigo de *gafo*, sin que él pueda invocar la protección de las leyes.

Gafo equivale entre nosotros a tonto, bobo, necio, lelo, y me parece que se dice más de la mujer que del hombre, o más entre mujeres, no porque la mujer sea habitualmente más *gafa*, que eso está por ver, sino porque el hombre inspira vocativos más contundentes (*animal*, *bruto*, *estúpido*, *idiota*, *cipote*, *zoquete*, *virote*, sin mencionar los groseros). Y así se oye: «Esa mujer es *gafa*», «Tiene cara de *gafa*». O se juega con la derivación: «Es una *gafota*», «No seas *gafoncio*», «Es *gafilandia*». Vamos a comprar un libro, y el empleado no nos atiende con la debida premura, o nos da lo que habíamos pedido, y nos impacientamos: «¡Este hombre es *gafo*!». Un amigo nos cuenta un chiste malo, y lo despachamos con cajas destempladas: «¡No seas *gafo*!». A Fulano de Tal le ofrecen un alto cargo y vacila en aceptar. Pero la mujer le increpa: «¡No seas *gafo*, aprovecha la oportunidad!». Y como él insiste en la negativa, ella se pone violenta: «¡No hagas esa *gafería*!». Y

11 Publicado en el «Papel Literario» de *El Nacional*, Caracas, 12 de noviembre de 1953.

terminará por hacerle caso: «El consejo de la mujer es poco, y el que no lo sigue es loco!».

Se puede ser *gafo* por naturaleza, y entonces equivale a idiota o retardado mental: «Es un gafo», «Tiene un hijo gafo» («el hermano gafo», de «Estrellas sobre el barranco», un cuento de Rómulo Gallegos). Pero más frecuente es serlo ocasionalmente: «¡Sí soy gafa!».

Equivale en este caso a torpe, y suele aplicarse a la criada que rompe los platos o al muchacho que deja caer la taza.

Hasta hay quien se hace el *gafo*, lo cual suele ser más provechoso que hacerse el loco, el *musiú* o el *pájaro bravo*. Se puede decir sin acritud del niño tímido, o compasivamente de la muchacha boba: «Es una gafita». A veces el ¡*qué gafa eres!* se acompaña con una morisqueta expresiva: se remeda con los carrillos, y aun con la voz, la actitud del bobo. Y entre niñas al ¡*No seas gafa!* se replica haciendo rima, como si respondiera el eco: ¡*Jirafa!* «¡Cómo no va a ser gafa, si es toñeca!»), oímos a propósito de una muchacha mimada por los padres. «¡No seas tan gafo, chico!»», dice una muchacha a su hermano. Y con el mismo amor fraternal (por algo *dar fraterna* es aquí dar al prójimo muy mala vida), acostumbra él reaccionar ante cada una de las torpezas de ella: «¡Linda, bella y gafota!».

Pero también se usa con tono de menosprecio, ante una impertinencia: «¡Hoy estás gafo, chico!».

O como equivalente de desgraciado o infeliz (¿no es triste que *desgraciado* o *infeliz* puedan servir en nuestra lengua como insulto?): «El gafo ése yo no lo puedo ver».

No sabemos que en ninguna otra región hispánica la palabra tenga ese valor. *Gafo* era el leproso (*gafo* o *malato*, el que se le apareció al Cid en el *Cantar de las Mocedades*, y que resultó ser San Lázaro). O bien el que padecía un tipo particular de lepra, la *gafedad* o *gafez* que hace encorvar los dedos de las manos, y a veces también de los pies: *manos gafas* se encuentran así en Cervantes y en Gracián. Ya se sabe que la lepra, en la tradición del Viejo Testamento, y en la creencia medieval, se consideraba una enfermedad maldita e infamante. La *gafedad* era la forma más horrible de la lepra. Los nombres de *lázaro* o de *leproso*, que

poco a poco sustituyeron al de *gafo*, representan una atenuación, una actitud más moderna y humana ante la terrible enfermedad. Y a medida que lo desplazaron, *gafo* fue perdiendo poco a poco su significación afrentosa.

Hoy en España designa simplemente al que tiene encorvados o paralizados los dedos de manos y pies, y el término se ha incorporado a la patología médica (*la mano gafa* puede deberse a afecciones reumáticas, a esclerosis, a histeria, etc.). En *El pelo de la dehesa*, de Bretón de los Herreros, dice uno de los personajes:

—De oír a ustedes me chafo,
y de ver que estos enredos
me engarabatan los dedos
como si estuviera gafo.

Pero tiene además bastante vida regional. En Galicia equivale a enfadado, irritado, furioso, y también a leproso o infecto. En Extremadura se dice del lleno de pulgas, piojos, etc. En Asturias es ponzoñoso, fiero, irritado: tienen *gafez* o *gafeza* los animales venenosos y dañinos, y hasta un hombre puede estar *fecho una gafura*. O bien es infectado, echado a perder: «Ese grano está gafo», «Eso está gafo» (o *engafentáu*). Y también tullido o falto, según Cejador. En León (al menos en el Bierzo), *gafa* es la persona de mala suerte («Pedro es muy gafo»), o un terreno malo de cultivar. *Gafar*, que parece que era «contagiar la lepra» (por lo menos lo es todavía en portugués), pasó a ser modernamente en casi toda España «dar mala suerte» (como nuestro *empavar*), y de ahí creo que salió como postverbal *gafe* (del mismo tipo que *cierre* o *escape*, de *cerrar*, *escapar*), un equivalente de *cenizo* que se ha generalizado en el habla moderna de España (en vista del uso leonés, no creemos que pueda venir del francés *gaffe*, que, además, es cosa muy distinta). Hasta ahí alcanza, que sepamos, la productividad moderna de *gafo* en España.

A América llegó sin duda la significación atenuada: *gafo*, dicho del que tenía encorvados o paralizados los dedos (en el

siglo XVII el Padre Ruiz Blanco, en su Diccionario cumanogoto y palenque, registraba «gafo de manos», «gafo de pies»...). De ahí que en Colombia, Costa Rica, Puerto Rico, Guatemala, etc., se aplique al caballo despeado, al que, por haber andado mucho sin herraduras sobre terreno duro, tiene la planta del casco irritada y no puede andar sin dolor. Y en Méjico, o en parte de Méjico (Zacatecas, Querétaro, etc.), al encorvado o entumecido de frío (también al borracho, quizá por su torpeza de movimientos). No estamos muy lejos de la significación venezolana.

El eslabón que une los dos usos se encuentra todavía en parte del país. En Falcón se dice que es *gafo* el contrahecho (recuérdese el tullido de Asturias): «Si vemos que tiene las manos torcidas comprendemos que es gafo». Y en el alto Guárico el que tiene los dedos agarrotados. Un caporal dice a un peón: «Agarra bien el cuero, parece que eres gafo». De contrahecho o entumecido se pasa fácilmente a la significación de idiota, muy viva hoy, como hemos visto. Una serie de deformidades o defectos de los miembros se asocian, en la creencia popular, con la deficiencia mental. Y de la significación fuerte de idiota se pasa sin dificultades a la atenuada de tonto. Las injurias se desgastan fácilmente por el uso. Lo que puede darles fuerza nueva es el énfasis o el tono. Y el tono también puede hacerlas cariñosas.

¿EL SARTÉN O LA SARTÉN?¹²

El sartén es general en Venezuela, no sólo entre cocineras y dueñas de casa, sino aun en la lengua escrita: «El sartén eléctrico hace milagros», pregonan los anuncios. Está consagrado además en el refranero: «Cuando el sartén chillaba, algo hay en la villa».

Lo mismo sucede en casi todas las regiones hispánicas (se ha documentado en Asturias, Bilbao, Canarias, gran parte de América y en judeoespañol). En Chile es popular el refrán: «El sartén le dijo a la olla: —Quita allá, que me tiznaís». Que en España es: «Dijo la sartén al cazo: —Quítate allá, que me tiznas».

En general, todos los sustantivos terminados en *-én* son masculinos: *andén, edén, almacén, terraplén, vaivén*. Por eso *herrén* y *llantén*, que eran femeninos en latín (*ferrago, plantago*), se han hecho masculinos en castellano. Casi sucede lo mismo *con sartén*. Pero mientras las señoras lo prefieren masculino, los gramáticos, que siempre quieren tener la sartén por el mango, se han empeñado en que siga siendo femenino.

12 Publicado en el «Papel Literario» de *El Nacional*, Caracas 29 de agosto de 1955.

PAVA Y MABITA¹³

Llama la atención la profusión de términos venezolanos para el mal agüero: *pava* (o *pavita*), *mabita*, *guiña*, *mayén*, *fucú*, *mariposa negra*, etc. El más común es *pava* o *pavita*. *Tener pava* o *tener pavita* o *estar empavado* es realmente tener mala suerte. Y aun se expresa dramáticamente: «Me cayó la pava», «¡Qué pava la que me ha caído!». O bien «Ese hombre es pavoso», «Esa mujer es una pavita». Y el colmo de la *pava* es una *pava ciriaca*: «Ese pobre hombre tiene una pava ciriaca: se le han muerto todos los hijos, y ahora la mujer», «Una pava ciriaca no se quita ni con cariaquito morao».

La expresión procede, como todo el mundo sabe, de la *pavita*, una avecilla rapaz, nocturna o crepuscular (*Claudicium brasilianum*), que Eduardo Röhl describe como una bella lechuza enana: de unos 16 centímetros, la parte superior de color gris leonado o marrón rojizo, la inferior blancuzca, con listas pardorrojizas y las alas con manchas leonadas y blancas. Tenía sobre todo una condición para transformarse en nuestra ave agorera (como lo son el cuervo, el grajo, la corneja, el búho, la lechuza, etc., en la tradición española): su canto nocturno. Su canto, que no es propiamente canto, sino un silbido o graznido, un ¡*pi, pi, pi!*!, sordo, largo, repetido y monótono, parecido al del polluelo del pavo:

Si la pavita canta,

13 Publicado en «Papel Literario» de *El Nacional*, Caracas, 26 de noviembre de 1953.

alguien se muere.
Esto no será cierto,
pero sucede.

Y, también:

Si triste canta la pava,
más triste canta el paují.
¡Qué triste está el corazón
cuando me acuerdo de ti!

La pavita ha triunfado así sobre una serie de pájaros venezolanos de mal agüero: la gallineta, la guaca, el cárabo, la paraulata, el paují, la viudita, la piscua, el chaure, la paloma casera de Santo Domingo, el yacabó, etc. La literatura venezolana está llena de alusiones al canto agorero de la pavita. En *Pobre Negro*, de Rómulo Gallegos: «Lejos, en un árbol de la opuesta margen del Tuy, cantó una pavita. Negro Malo se llevó la diestra al inseparable amuleto terciado sobre su pecho para conjurar el maleficio de las aves agoreras». En *Canaima*, dice Arteaguita a Marcos Vargas: «Confieso que soy supersticioso, y ese canto de la pavita que acabamos de oír me ha dejado la empalizada contra el suelo». En *Las lanzas coloradas* de Arturo Uslar Pietri: «La noche era silenciosa. A veces de lo lejos venía el aullido triste de un perro, o un canto de pavita, monótono y de mal agüero». Y en *Peregrina*, de Manuel Díaz Rodríguez: «A la hora de costumbre la pavita cantó entre las frondas que ensombaban el establo de las vacas, provocando esta vez en Candelaria una explosión a un tiempo de lágrimas e ira, con su canto agorero».

Mabita es una variante de *pavita*, y tiene sus mismos usos y sus mismos derivados: «Le cayó la mabita encima», «¡Qué mabita tan grande!», «Fulano tiene mabita» o «Es mabitoso», «Lo enmabitaron», etc. Y con cierto énfasis: «¡Tiene una mabita negra! No se le quita ni con ensalmo». O bien: «Tiene una mabita espesa». Job Pim juega con la palabra:

Sé que a la reina Mab cuando estaba chiquita
todos sus familiares la llamaban Mabita.

Tiene también rica vida literaria. En *Canaima*, el propietario de unos terrenos donde querían hacer excavaciones dice: «Esos negocios de desenterrar tesoros siempre resultan mabitosos, como decimos por aquí. Median cosas de ultratumba, que nunca traen buena suerte». Y en *Tierra del sol amada*, la novela maracaibera de Pocaterra, Pinillos empinaba el codo y decía, a propósito del fracasado paseo dominguero por el lago, «que lo del naufragio y la *mala pata* en el paseo se lo debían a la Merchán, que era más mabitosa que el pariente Jonás antes de tragárselo el pez».

¿Cuál es el origen de la palabra? *Mabita* designa unas manchas blancas, producidas por unos piojillos vegetales que infestan las hojas del mango, del naranjo, del rosal, etc., o una especie de arácnido o arador que estropea los cueros, o una especie de hongo que se desarrolla en algunas plantas. Según me informa Francisco Tamayo, *maba* o *mabita* es nombre que en algunas partes de Lara dan a la arigua, una abeja silvestre; los campesinos suelen criarla en troncos secos o ahuecados, que cuelgan de los aleros de las chozas, o en ollas de barro cocido. ¿Vendrá de ahí, como creía Lisandro Alvarado, la sinonimia con *pavita*?

Francisco Tosta García, en sus *Leyendas patrióticas*, de 1898, da otra explicación. El general Gregorio Mac Gregor, un escocés incorporado ya en 1810 a la causa emancipadora, no tenía suerte en la guerra, y campaña o expedición en que intervenía, a pesar de sus dotes militares y de su valor a toda prueba, era un fracaso. Por eso lo llamaban *la Pavita*. Pero el 6 de septiembre de 1812 ganó la batalla de los Alacranes, derrotando, con ayuda de Monagas y de Zaraza, a las fuerzas realistas. Al entrar triunfal en Barcelona, en medio de músicas, repiques, arcos y banderas, se empinó sobre los estribos en medio de la plaza y gritó:

—¡Mí no ser mabita!

Monagas lo abrazó muerto de risa. Soublette no pudo contenerse. De los oficiales, la *mabita* de Mac Gregor pasó a todo el ejército y luego a toda Venezuela.

Francisco Gustavo Chacín recoge hoy entre los viejos de Zaraza, El Chaparro y Aragua de Barcelona una versión muy parecida. La noche antes de librarse la batalla de Alacrán entre patriotas al mando del general Mac Gregor y realistas al mando de Rafael López (6 de septiembre del 1812), el general patriota preguntó disgustado cómo se llamaba un pájaro que no le dejaba dormir. Le contestaron que era la pavita. Esa noche una avanzada realista chocó con su campamento y hubo muertos y heridos. Al día siguiente vencieron los patriotas, pero con dificultad. De allí marcharon al Chaparro y luego a Aragua de Barcelona, donde acamparon. Al hacerse el silencio, una pavita que estaba en unos naranjos de la casa empezó a cantar. El general Mac Gregor, asociando el canto del pájaro con los sucesos recientes, más bien adversos, llamó a un oficial, y con su acento extranjero, y no buena memoria verbal, dijo:

—¡Espante esa *ma-vi-ta*, que siempre parece anda con nosotros!

Al día siguiente fue derrotado. Los soldados patriotas recordaban la *mabita* de Mac Gregor siempre que a alguien le sucedían cosas adversas: «Dicen que lo persigue la mabita» o que «está enmabitado».

La Filología desconfía sistemáticamente de las etimologías ingeniosas o anecdóticas. Sin embargo, me inclino a admitir ésa por las siguientes razones: 1ª, *mabita* y *pavita* sólo se diferencian por un pequeño trueque en el sonido inicial (*m-p*) y parecería mucha casualidad que no fueran la misma palabra; 2ª, *mabita*, con su aire de diminutivo castellano, no tiene, sin embargo, una forma positiva *maba* (la *maba* o *mabita* de Lara, nombre de la arigua, parece pura coincidencia); 3ª, no hay ningún otro indicio para explicar el origen de la palabra, que es exclusiva de Venezuela. Nos

inclinamos, pues, a creer que las acepciones concretas, la *mabita* de las plantas y cueros, es una extensión de la *mabita* humana.

Más fácil es explicar la *guiña*, del francés *guigne*. No es vieja en Venezuela (todavía en 1898 Tosta García escribía *guigne*, en francés, y tampoco es vieja en Francia, donde se generalizó de 1860 a 1870. Sin duda pareció a ciertos sectores sociales más elegante la *guiña* francesa que la *pava* o la *mabita* criollas. Hay que tener en cuenta la importancia que tenía hasta hace poco, en nuestra vida social y cultural, el francés, hoy muy venido a menos, por desgracia. La *guiña* se considera contagiosa. Teresa de la Parra la consagró en *Mamá Blanca*:

Uno de los rasgos que más caracterizaban la fisonomía moral de Primo Juancho era su perpetua exaltación contra sí mismo, o mejor dicho, contra su mala suerte. Aseguraba con los ojos desorbitados que, desde Job hasta nuestros días, no se conocía un caso de *guiña* tan perenne o sin tregua como aquella tenaz que le perseguía a él... ¿A que no saben lo que me pasó hoy? Una cosa única, increíble, una cosa que no le pasa en el mundo entero sino a este pedazo de Juan, que es el dios de la *guiña*, el Júpiter de la mala suerte...

La Linterna Mágica del 1° de febrero de 1900, en un artículo editorial, habla del amarillo (el color de los liberales) como «el *guiñoso* color». Una crónica de *El Tiempo*, Caracas, 22 de septiembre de 1911, se titula: «Sobre *Guiñología*». Y da remedios para conjurar «la *guiña* o *bicha*». En 1913 el bachiller Munguía (Juan José Churión) hablaba, en su *Viaje extravagante*, de la piel de tigre y la *guiña*. Dice Ramón Díaz Sánchez en *Cumboto*: «La *guiña* cayó sobre la familia». Y en *Puros hombres*, de Antonio Arráiz, el coronel Faustino, en su habla andina, increpa a un compañero de prisión que duda de sus virtudes proféticas: «No servís sino para *pavita*. Vos sos quien nos tiene *guiñados* a todos, pájaro negro». *Guiñados* o *enguñados*, que es más frecuente. La *guiña* llegó hasta el mundo de *La vorágine*.

Mayén, en cambio, es voz indígena. En guajiro —según me informa la doctora Martha Hildebrandt— *mayéiñwaa* es estar gravemente enfermo o herido (*mayéiñniá*, él está muy enfermo o se ha agravado). Desde el Zulia se extendió por todo el occidente (los Andes, Lara, Falcón) y llegó hasta Colombia (Santander): «Estoy como si me hubieran echado mayén», «Le echaron mayén a la casa para que se fuera la gente lo más pronto». En un diálogo del bachiller Munguía, citado por Lisandro Alvarado, tenemos:

—¿Y tú qué pones?

—Yo pondré la buena intención, para que no haya mal de ojo, mabita, mayén o guiña.

Gonzalo Picón Febres, en su *Libro raro*, se detiene especialmente en el mayén: «Es lo mismo que *guiña* o *mabita*, pero al que causa mucho estrago en el paciente se le dice *mayén verde*». Registra *enmayenarse*, y una copla, no muy brillante:

Una vieja me dio un beso
que me tiene enmabitado,
porque los besos de vieja
dan mayén, del ensebado.

También hemos oído *mayén floreado*, lo cual hace pensar que ha sido en su origen de nombre de planta o de árbol. Job Pim decía de *mayén*: «Persona entre necia y guiñosa». Lo cual coincide bastante con el uso actual en Falcón: «Fulano tiene un mayén que ya no puede» (está como alelado). Y también equivale allá a desmayo: «Me iba dando un mayén...». Lo cual coincide con el uso de Curazao: «E tin mayén» (tiene un desmayo).

Se usa además *mariposa negra*. Se considera de muy mal augurio (también en el Brasil) que entre una mariposa negra en la casa (anuncia desgracia), y se explica porque tiene todos los aires de pájaro nocturno, con sus grandes alas extendidas. Y así se dice: «Fulano de Tal es mi mariposa negra», «A Fulano lo persigue la

mariposa negra». Y como en gran parte del país las mariposas se llaman *taras*, también se oye: «Me persigue la tara negra». Y en el Guárico: «Me cayó la bicha negra», «¡Tiene una bicha negra!». O bien: «Tiene una bicha espesa».

Aún no hemos agotado la terminología. Hay, además, expresiones regionales. En Falcón se usa todavía *fucú*, que se extiende por Colombia y Santo Domingo. Según nos comunica Antero Dupuy, hace veinticinco años no se usaba en Falcón *pava* ni *mabita*, sino *fucú*: «Fulano tiene mucho fucú», «¿Cómo me quito yo este fucú de encima?». Hoy ya casi no se conoce, ante la invasión de los usos caraqueños, que tienen más prestigio. Pero sí es frecuente en Curazao, de donde quizá procede.

En los últimos años ha cundido otra: «Me cayó frutero», «¡Hoy sí nos cayó frutero con la lluvia!». Viene del habla de los choferes. El carrito de los frutereros, que desemboca de pronto en las bocacalles e impone un ritmo lento y azoroso a la circulación, es frecuente desesperación de los automovilistas. Y aún hay otras menos frecuentes.

Desde luego, se usan también los términos españoles: «¡Qué mala pata!», «¡Qué mala sombra!». Estamos enteramente dentro de la vieja tradición española de la mala sombra, que se asocia frecuentemente con el mal de ojo, tradición que es europea, o universal. Cada región hispánica tiene su terminología: *gafe* o *cenizo*, en España; *yeta*, del italiano *gettatura* o *gettatore*, en la Argentina (Uslar Pietri, en *Un retrato de la geografía*, lo recoge junto con *mabita*, *mayén*, *pava* «y cien más» de la gente venezolana); *ñeque*, en Cuba (una persona o cosa está *ñeque* o *salada*), etc. El humorismo argentino creó la personificación del pavoso: *Fúlmine*, difundido por casi toda América. Pero no sabemos que en ninguna parte haya una terminología tan abundante como en Venezuela, ni con tanta vitalidad. Quizá al viejo fondo español (al que se ha incorporado, además de lo mediterráneo y europeo, gran parte de lo árabe y lo gitano) haya venido a agregarse al acervo supersticioso del indio y del negro. Hay efectivamente en el pueblo venezolano una extraordinaria afición a la magia, a la brujería, a la superstición,

a los daños, espantos y entierros, a los ensalmos y conjuros. Y aun en capas cultas, la creencia en el mal de ojo, en los amuletos, los horóscopos y la astrología.

Hay quienes tienen la virtud de *echar marusa* (con los cinco dedos unidos en forma de salero), *echar moján* o *echar la pava*. Hay temibles *echadores de daño*: le dan a uno, en la comida o en la bebida, un poco de *tierra de muerto* (sacada de una tumba), para que se ponga como un dedito o un fideíto y se muera, o entierran en su casa un frasco maléfico con esencias, pelos, alfileres, etc.

Pero también existe la profilaxia de la pava: una serie de recursos preventivos, de *contras*. En primer lugar, la *contraguña*, que es la señal de los cuernitos con el índice y el meñique (también suele cubrirse el índice con el dedo del corazón), lo cual se acompaña a veces con la exclamación ¡*lagarto!* o ¡*zape!*, o con las dos: ¡*Zape, lagarto!* Además, tocar madera, o un mazo de llaves que uno lleva preventivamente en el bolsillo. Después, una cantidad de amuletos protectores, sobre todo de azabache, o escapularios con la cruz de Caravaca. Y otra serie de recursos mágicos: bañarse con cariaquito morado, o con pazote, rompesaragüelo o botuco; hacer sahumeros con incienso, cáscaras de naranja, etc.; llevar una bolsita con el propio ombligo desecado, como Pobre Negro (o con azogue o con limaduras e imán); tener colgada en el zaguán una planta de zábila bautizada el viernes santo, o llevar la pepa de zamuro. Pero el recurso más eficaz parece ser la piedra del zamuro, versión venezolana de la famosa piedra bezar o bezoar, que los conquistadores españoles buscaron por toda América. Con esas *contras*, *a uno no le entra ni coquito*.

Nos engañaríamos, sin embargo, si en el auge de la pava viéramos sólo la fuerza de la superstición. Hay una serie de cosas que se consideran efectivamente pavorosas, mabitosas o guiñosas: toparse con un tuerto, bailar con vieja, tener un mono en la casa, ver un cuero de tigre, pasar por una calle y encontrarse con un entierro o con un bizco estando en ayunas, etc. Pero mucho más rico que la superstición es el juego con ella misma. «No creo en brujas —dice el venezolano—, pero de que las hay, las hay». Lo

pavoso no es sólo lo que trae mala suerte. Es también lo cursi, lo pasado de moda, lo ridículo y afectado, y el buen gusto caraqueño ha elaborado listas profusas de cosas *pavosas*: flores de papel, alpargatas con medias, zapatos de orejita, cortinas de lágrimas de San Pedro, zaguanes empapelados, caracoles para sujetar la puerta, pianolas, muebles enfundados, baúles, leontinas con monedas, pantuflas bordadas, cocuyos disecados montados en prendedores de oro, perchas de carameras de venado, viajar con un morrocoy, etc. Y hasta llega a ser pavoso todo lo desagradable: el cobrador de mensualidades atrasadas, la asignatura antipática o difícil, el profesor exigente y amargo.

Ya Gonzalo Picón Febres, en 1912, lo aplicaba ampliamente: la persona molesta, latosa, impertinente y fastidiosa, un palomar en la casa, una familia interesada y especuladora, la gente confianzuda, un parásito, un vagabundo, una niña de quince años que da guerra a todas horas, un perro sucio y feo que ladra frente a la casa, una señora que tiene por oficio tirar la gruesa piedra al vecindario y esconder la fuerte mano detrás de los trapos de la iglesia, las señoras fisgonas, la dama pedigüeña, el comerciante chillón, disparatado o presumido, un pésimo cronista de mentiroso diario caraqueño, un crítico senil y sin talento, un autor de torpes libros, un olímpico que se las echa de genio. Es decir, todo lo que a él le fastidiaba.

En nuestros días, *El Morrocoy Azul* ha ampliado el repertorio de lo pavoso, y han surgido virtuosos y eruditos de la pava (antes Job Pim, hoy el fino Aquiles Nazoa, el humorista venezolano por antonomasia), que han elaborado listas enciclopédicas de objetos que traen mala suerte, y la *contra* más eficaz para cada uno de ellos. De la superstición se ha pasado a una especie de valoración estética o de sanción *contra* el mal gusto. Y aún más, al puro juego humorístico. Nos encontramos de nuevo con la eterna afición venezolana al juego.

¿LOS ANALFABETAS O LOS ANALFABETOS?¹⁴

En nuestra literatura oficial y pedagógica es frecuente hablar de los *analfabetas*. No es raro que se diga: «Ese profesor es un analfabeta», lo cual parece una «contradictio in terminis», y en realidad no siempre lo es. En 1907 escribía Manuel Díaz Rodríguez en carta a Gil Fortoul (*Entre las colinas en flor*): «Pizarro, analfabeta»... Y en 1909 Rómulo Gallegos (*Una posición en la vida*): «nuestros analfabetas preceptores».

El mismo uso de *analfabeta* en masculino se ha señalado en Colombia, Méjico, Guatemala, Nicaragua, Puerto Rico, Cuba, Perú, Chile, etc. Pero en el castellano general se dice: «Juan es un analfabeto», «María es una analfabeta». El latín tardío formó, con raíces griegas, la palabra *analphabetus* para designar al que no conocía ni las letras. De ahí el *analfabeto* moderno, documentado en castellano ya en 1609. ¿Cómo se explica entonces esa difundida forma en *-a* para el masculino?

Sanín Cano, en la *Revista de Indias*, de 1945, dice que él fue el primero en usar *analfabeta* en Colombia, al traducir en 1887 *Il secolo nevrotico*, de Paolo Mantegazza. La palabra no figuraba en ninguna forma en el *Diccionario* de la Academia y la adoptó del italiano por analogía con otros masculinos en *-a*: *ilota*, *poeta*, *nauta*, *atleta*, *acróbata*, *autodidacta*, *esteta*, etc. Pero hay que distinguir los acabados en *-a* etimológica (*poeta*, *nauta*, etc.) de los que tienen una *-a* ultracorrecta, que no se justifica ni por el griego ni por el latín. De este tipo es *autodidacta*, muy usado en Hispanoamérica

14 Publicado en «La vida de las palabras, en *Periscopio*, Caracas, n° 2 y 3, 1952.

(«Sarmiento era un autodidacta»), aunque hay actualmente una fuerte tendencia a favor de *autodidacto*, que es lo etimológico y lo académico. Del mismo tipo es *analfabeta*.

Analfabeta y *autodidacta* no son de ningún modo casos excepcionales. Una cantidad de cultismos de origen griego tienen *-a* final en masculino a pesar de que en griego acababan normalmente en *-o* (ómicron). En la lengua general parece impuesto *políglota*, que la Academia admite hoy junto a *polígloto*, que trató de imponer en vano. Y también *autómata* (en el siglo XVI era *autómato*), *hermafrodita* (la Academia también admite *hermafrodito*), *rapsoda* (se usa también bastante *aeda*, aunque lo académico es *aedo*) y *estratega* (la Academia prefiere *estratego*). En nuestros tiempos se han impuesto de manera análoga *psiquiatra* y *pediatra* (*iatros* es el médico en griego), que en rigor etimológico debieran ser *psiquiatro* y *pediatro*.

Claro que no vamos a rehacer la lengua, porque tendríamos que retroceder dos mil años y hablar el latín de los clásicos, que por lo demás también había evolucionado bastante. Por fortuna, nos basta con hablar en buen castellano. La lengua ha impuesto una serie de «incorrecciones», y sus razones tendrá, aunque a veces la razón gramatical no las entienda. Pero ¿cuál será el criterio para determinar si una forma está bien? Me parece sencillo: si está impuesta en la lengua general de España y América, en el habla de la gente culta, estará bien aunque rabie el criterio etimológico. El uso es señor absoluto de las lenguas. Por eso me parecen correctos *autómata*, *pediatra*, *psiquiatra*, etc. Pero si sólo se emplea en una región (o varias) y contrasta con el uso culto de las demás, no estará bien. La universalidad hispánica es criterio de corrección.

Universalidad hispánica en la lengua culta. Pero si se trata de objetos locales o de utensilios domésticos hay que resignarse al particularismo, porque la lengua familiar tiene sus propios fueros. Aunque ya nadie prepare en él el ponche, se llamará *ponchera* en Venezuela (y en algunas partes de Colombia) el recipiente para lavarse, y el que se atreva a llamarla *aljofaina* correrá grave riesgo de que no le entiendan. Se dirá *platico*, *gatico*, etc. porque es el

uso general de la familia venezolana (también en otros países), y parecerá afectado que una persona nacida en esta tierra diga *platito* o *gatito*. Se llamará *tetero* (igual que en Colombia) a lo que en otros países de América (la Argentina, Chile, Méjico, Guatemala, etc.) llaman *mamadera*, y en España (lo han tomado del francés en el siglo XIX) *biberón*. Pero si es voz culta, de la lengua científica o literaria, debe corregirse. Por eso me parece mal que los médicos digan *diábetes* o que los pedagogos usen *el analfabeta*: *analfabeta* será probablemente la mujer, pero es malo que lo sea el marido.

¿LOS MACHADO O LOS MACHADOS?¹⁵

*La discreción es la gramática del buen lenguaje,
que se acompaña con el uso.*
Cervantes, *Don Quijote*

Continuamente nos consultan: ¿es obligatoria la flexión de plural de los apellidos? Ha sido tema de enconadas polémicas y vale la pena abordarlo con calma.

La Academia prescribe categóricamente la flexión, y creo que hasta el siglo pasado ha sido uso castellano invariable: *los Escipiones, los Gracos, los Sénecas, los Plinios, los Argensolas, los Moratines*. Rufino José Cuervo ha recogido *Centellas, Solares, Moncadas, Castros, Sotomayores, Laras, Tellos, Girones, Aguilares, Manriques, Mendozas, Portocarreros, Ponces*, etc., en el Marqués de Santillana, Tirso, Jovellanos y Zorrilla. Julio Calcaño documenta además *Albornoces, Ayalas, Giles, Carrillos, Guzmanes, Avellanedas, Villaseñores, Valcárceles, Silvas, Caros, Pimenteles, Quiñones*, etc., en Pérez de Hita, Mariana, Duque de Rivas y otros. Era famoso ya en el siglo XV el «Romance de los Carvajales». Y hay otro, del XVI (Rivadeneira, XVI, pp. 150-151), que convoca a toda la cristiandad a la guerra contra los turcos y trae una impresionante cantidad de plurales. Todavía hablamos de *los Borbones* o de *los Austrias*. Es evidente que no escasean los ejemplos. Quizá el más elocuente sea el de Cervantes, Vivaldo, persona discreta y de alegre condición, le pregunta a Don Quijote por el linaje, prosapia y alcurnia de Dulcinea del Toboso, y el hidalgo contesta:

15 Publicado en el «Papel Literario» de El Nacional, Caracas, 22 de agosto de 1955.

—No es de los antiguos Curcios, Gayos y Cipiones romanos, ni de los modernos Colonas y Ursinos, ni de los Moncadas y Requesenes de Cataluña, ni menos de los Rebellas y Villanovas de Valencia, Palafoxes, Nuzas, Rocabertis, Corellas, Lunas, Alagones, Urreas, Foces y Gurreas, de Aragón, Cerdas, Manriques, Mendozas y Guzmanes, de Castilla, Alencastros, Pallas y Meneses, de Portugal, pero es de los del Toboso de la Mancha.

Esa sucesión de plurales tiene evidente intención cómica. De todos modos, era la norma castellana general, como prolongación de la latina (*Tarquinius, Gracchi, Scipiones, Pisones*, etc.). Pero el latín no tenía artículo y la pluralización debía recaer forzosamente en el nombre. También en francés y en italiano la flexión es lo tradicional. Pero en el francés moderno se inicia una vacilación (*les Goncourt, La fortune des Rougon, Les Rougon-Macquart, La Chronique des Pasquier, Les Oberlé, Les nouveaux Oberlé, Les Thibault*, etc.), que está dando que hacer a los gramáticos empeñados en encontrar un criterio diferencial entre los usos. Y en el italiano moderno se ha impuesto la invariabilidad (*i Croce, i Soldo, i Giocosa, gli Anguillara, i Malavoglia*, etc.). La vacilación castellana es más reciente. ¿Cómo se explica?

El problema se debatió en Bogotá en 1864, y un periódico (*La Caridad*), en cuatro números, recogió las distintas opiniones, entre ellas una muy categórica de Miguel Antonio Caro, que aducía, en favor de la flexión, el uso constante desde el latín hasta su tiempo. Rufino José Cuervo abordó el tema en sus *Apuntaciones* y se manifestó igualmente por la pluralización, que encontraba en todos los autores, desde los tiempos más remotos: «salvo uno u otro de modernos escritorzuelos chafallones, ninguno se hallará en contra». La práctica de privar a los apellidos de las inflexiones que les pertenecen le parecía «neciamente pedantesca», y consideraba que había que declararle una guerra tenaz e incansable.

El mismo criterio sustentaba el maestro Marco Fidel Suárez, en uno de sus *Sueños de Luciano Pulgar* (el *Sueño de los Santamarías*).

Los antioqueños —nos dicen— usaban no sólo los *Arangos*, *Jaramillos*, *Posadas*, *Restrepos* y *Uribes*, sino también los *Peláeces*, en lo cual eran más *papistas* que el Papa. Pero en Bogotá era práctica «pasmarse el apellido, diciendo *los Umaña*, *los Tobar*, *los Urdaneta*, de tal manera que, en son de burla, se moteja a los bogotanos de decir *los Landín*, por *Landines*; *los Linar*, por *Linares*»..., etc.

Ha sido el criterio de todos los gramáticos, con absoluta rigidez. En Chile, Manuel Antonio Román, en 1901, prescribía *los hermanos Valdeses*, *las hermanas Bravos*. Entre nosotros, el larense Pedro Montesinos, fanático de la forma de plural, no se arredra ante nada: defendía *los Alcaláes*, *los Avileses*, *los Muñoces*, *los Quiroses*, *los Garcías*, *los Corteses*, *los Garceses*, *los Bolívares*, *los Echegarayes*, *los Arangús*, o *Aranguyes*, *los señores Irigóyenes*, *las señoras Iribárrenes*, *los doctores Espelosines*, *los generales Campinsens*, y también *Garcías Hermanos* de las razones sociales, *los hermanos Acebedos*, *los Simones Bolívares*, *los Cristóbaes Colones*, *los Dumases*, etc.

Los partidarios de la invariabilidad del apellido alegaban, en cambio, que la flexión del plural presenta ciertos inconvenientes: en *los Reyes* no se sabe si el apellido original es *Rey* o *Reyes*, pues los dos existen. En el Perú, Ricardo Palma sostenía también la invariabilidad, en su *Gramatiquería*:

En lo relativo a la pluralización del apellido, raro es el escritor hispanoamericano que acata la prescripción existente en la Gramática de la Academia. No somos los americanos muy partidarios de los Pizarros, los Almagros, los Girones, etc., y decimos y escribimos los Pizarro, los Almagro, los Girón, etc. El apellido lo heredamos y no encuentro derecho o razón fundada que nos autorice para alterarlo en letra o en sílaba.

Se apoyaba además en que la pretendida pluralización queda invalidada por el cúmulo de excepciones: se dice *los Martínez*, *los Cárdenas*, etc., no se pluralizan *los Abad*, *los Olid*, *los Madrid* y muchos otros.

La aplicación de la regla académica choca a veces, efectivamente, con dificultades insalvables. ¿Cómo voy a hacer el plural de *Picón*? ¿Los *Picones*? Y cuando quiera referirse a Juan y Arturo Uslar Pietri, ¿voy a decir los *Uslares*? Cuando alguien me habla de los *Torres*, ¿cómo puedo saber si el apellido original es *Torre* o *Torres*? Si tengo que referirme a varias personas de apellido Conde, Blanco o Leal, ¿tendré que hablar de *los Condes*, *los Blancos*, *los Leales*? Un apellido como Aranguren, ¿formará un plural *Arangúrenes*? Hay una serie muy grande de casos análogos (*Fuente-Fuentes*, *Solar-Solares*, *Gil-Giles*, *Franco-Francos*, *Rosal-Rosales*, *Herrero-Herreros*, *Malavar-Malavares*, *Corral-Corrales*, etc.), y el consejo de Cuervo para eludir las dificultades («más vale maña que fuerza») obliga a una serie de rodeos, a veces embarazosos.

Hay una razón más a favor de la invariabilidad. Los apellidos de origen extranjero, ¿tendrán también flexión de plural? Bello decía en su *Gramática*:

Los apellidos extranjeros que conservan su forma nativa no varían en plural: *los Canning*, *los Washington*; a menos que en su terminación sea de las familiares al castellano, y que los pronunciemos como si fueran palabras castellanas: *los Racines*, *los Newtones*.

No creo que ninguna persona culta dijera hoy *los Racines* o *los Newtones*. Hubo efectivamente una época en que se trataba de hispanizar los apellidos extranjeros, y nosotros hemos tenido *los Belzares* (los Welser), y Capmany escribía *los Bossuetes*, *Fenelones*, *Bacones*, *Swifs*, etcétera (¿por qué no *Swiftes*?). Hoy se respeta la forma original. La Academia, que antes prescribía que se acentuaran ortográficamente de acuerdo con las reglas castellanas (*Wáshington*, *Wágner*, etc.), lo cual era hasta cierto punto una hispanización, a veces bien arbitraria, autoriza la supresión de este fastidioso acento en sus nuevas normas. Es decir, el apellido extranjero se mantiene invariable. ¿No es también de rigor esa

invariabilidad en la formación del plural? Nadie diría *los Wágneres*, *los Churchiles*, *los Roosevelts*, etc. ¿Y quién se atrevería a decir *los Betancourtes*?

Me parece que hay además un respeto moderno por la intangibilidad del apellido, y a ello se debe quizá fundamentalmente la actual tendencia contra la flexión. ¿Será ésa, como se ha dicho, una tendencia exclusivamente hispanoamericana? No lo creemos. En Ortega y Gasset encuentro *los Machado*: «los Machado, hermanos y poetas» (*Obras*, I, p. 563), y creo que es hoy lo general en España. Siempre hemos oído *los Quintero* (los Álvarez Quintero). En el centro de Madrid hay una calle llamada «Los Madrazo». Y otra, no tan céntrica: «Los hermanos Bécquer». Salvador Fernández, en su *Gramática*, dice que en casos como éstos hay vacilación en España: *los Quintero (s)*, *los Machado (s)*, *los Zuviayurre (s)*, y agrega que la forma de plural es más frecuente en el habla familiar, pero que la lengua literaria tiende, desde época reciente, a suprimirla.

Hoy no puede decirse que la invariabilidad es propia de «modernos escritorzuelos chafallones». El escritor vizcaíno Antonio Trueba publicó, en 1887, sus *Leyendas genealógicas de España*, y aunque escribe alguna vez *los Salazares*, *los Osorios*, *los Baronas*, *los Bamondes*, *los Luzones*, *los Herreros*, *los Lasos*, *los Luxanes*, lo más frecuente, aun en los títulos, es la invariabilidad: *los Barba*, *los Manrique*, *los Trueba*, *los Escalante*, *los Cosío*, *los Morán*, *los Osorio*, *los Marroquín*, *los Gato*, *los Pastor*, *los Marino*, *los Bolaño*, *los Medrano*, *los Cabeza de Vaca*, *los Girón*, *los Lozano*, *los Leal*, *los Ponce de León*, *los Fajardo*, *los Romo*. En nuestros días, Américo Castro escribe *los León de Castro* (¿debió decir *los Leones de Castro*?). Pío Baroja, en *Zalacain el aventurero*, usa sistemáticamente *los Ohando* (*Obras*, I, pp. 177, 178, etc.); en *La veleta de Gastizar*, *los Garat* (III, 871 a), pero alternan *los Darralde* y *los Darraldes* (892). Gabriel Miró, en *El obispo leproso* (Madrid, 1928, pp. 43, 45, 264), habla de *los Valcárcel* y de *los Galindo*. Pedro Montesinos señala además *los Vegallana* y *los Carraspique* en *La regenta*, de Clarín, y *los hermanos Amunátegui* en la *Antología de*

poetas hispanoamericanos, de Menéndez y Pelayo, el cual usa además *los hermanos Arteaga Alemparte*.

Quizá en América esos usos sean más frecuentes. Detengámonos en Venezuela. Rómulo Gallegos, respetuoso de las normas, usa *los Cedeños*, en su cuento «La rebelión»; *los Jaramillos*, en *Cantaclaro*. Mario Briceño Iragorry, académico y tradicionalista, titula su novela de 1957: *Los Riberas*. En cambio, Pocaterra, uno de los grandes escritores criollistas, titulaba una de las suyas: *La casa de los Ábila*. En sus *Vidas oscuras*, de 1916, usa a veces *los Gárate*, otras *los Gárates*. Laureano Vallenilla Lanz, en su *Cesarismo democrático*, usa *los Iturbe*, *los Quero*, *los Arcaya*, etc. Amílcar Fonseca, en sus *Orígenes trujillanos*, encuentra *los Espinoza*, *los Ayala*, *los Ybarra*, *los Montilla* en el sociólogo Pedro Manuel Arcaya, y *los Rojas y Michelena*, *los Bello* y *los Marcano* en Manuel Díaz Rodríguez, el gran prosista del modernismo venezolano, en el cual vemos además —en *Peregrina*— *los Blanco*. Pedro Montesinos señala en *Ídolos rotos*, del mismo autor, *las Madriz*, *los Soria*, *las Uribe*; en Rufino Blanco Fombona, *los Saavedra*, *los Posada*, *los Balcarce*, *los Álvarez Thomas*, *los Rivadavia*, y muchísimos más (fuera de Venezuela, *los Espejo* y *los Mantúfar*, *los Rocafuerte* y *los Moncayos*, en José Enrique Rodó). Caracciolo Parra Pérez, en su *Historia de la Primera República*, alterna *los Toro*, *los Bolívar* (I, pp. 260, 261), con *los Toros*, *Bolívares*, etc. (I, p. 276; II, pp. 90, 140). ¿Vale la pena multiplicar los ejemplos al infinito? Mientras que Pereda escribía *los Ruiz* (en *Peñas arriba*), nosotros tenemos en Caracas *los Ruices*, nombre de una urbanización. El ejemplo más viejo que tenemos de invariabilidad es el siguiente. Don Vicente de Emparán, el último gobernador y capitán general de Venezuela, escribe sistemáticamente *los Toro* en la Relación que envió al Rey sobre los sucesos del 19 de abril de 1810. Y el último es el siguiente: Pablo Neruda titula *Los Pacheco* (usa también *las Pacheco*) un poema de 1959.

Si el uso es tan vacilante entre muy buenos escritores de España y América, si puede hablarse de una tendencia moderna a la invariabilidad del apellido, ¿cabe aconsejar una norma

inflexible? En casos ya consagrados por la tradición, me parece mejor el mantenimiento de la forma de plural: *los Argensolas*, *los Moratines*. Pero en general defendemos la libertad. También la defiende últimamente —en el *Boletín de la Academia Colombiana* de 1959— el académico colombiano López de Mesa, que se inclina a dejar esta materia a la discreción y habilidad de la gente. La misma Real Academia que prescribe *lápiz-lápices* o *ciprés-cipreses*, ¿por qué no hace *Gómez-Gomeces*, *Valdés-Valdeses*? Los nombres propios constituyen una categoría especial (es la categoría esencial u ordinaria de los nombres, según Bröndal), y tienen comportamiento también especial. Más aún los apellidos. Hasta tienen propios fueros ortográficos. Se sustraen igualmente a la flexión genérica (*las Galindo*, *las Barranco*), salvo en casos excepcionales, como los nombres populares o familiares de las actrices (*la Pacheca*, *la Calderona*). El apellido no designa un coroto cualquiera.

¿PLATITO O PLATICO?¹⁶

Se usa en toda Venezuela el diminutivo en *ico*: *platico* (en los Andes hay *dulces de platico*, en almíbar), *platica*, *momentico*, *matica*, *sirvientica*, *Vicentico*, *Albertico*, *zapatico*, *cogotico*, *maestrica*, *Petrica*, *metricas* (canicas), *teatrico* («Es un teatrico simpático», en *Vidas oscuras*, de Pocaterra), *adentrico* («Mejor es que se arrime más adentrico», en *Ana Isabel...*, de Antonia Palacios), *corotico*, *asuntico* (en *Dámaso Velázquez*, de Arráiz), *preguntica* («Ayer tarde me hizo usted la misma preguntica», en *Cantaclaro*), *latica*, *estatuica*, *violetica* («violeticas de mayo», en Andrés Eloy), *Viruticas* (apodo de un personaje de *El forastero*, de Rómulo Gallegos), *endenantico*, *encuantico* (en *Pobre Negro*), *alantico*, *contentico* («Dijo que estaba contentico»), *completico*, etc. En los Andes es frecuente *tantico*: «Espera tantico», «En tantico voy», «En tantico llegaste y ya querés», «Deme tantico pan», «Deme tantica carne». Y al que pide de ese modo le suelen replicar, con alusión picaresca: «Tantico le da la gata, bastante le da la burra».

Obsérvese que ese diminutivo en *-ico* se forma únicamente cuando hay una *-t-* en la sílaba final de la palabra. En los otros casos se emplea siempre el sufijo más general *-ito*: *loquito*, *mismito* («Ahí mismito», «Ahora mismito»), *unito*, *ahorita* (orita, pues, en los Andes), *cafecito* («Tómese un cafecito»), *acaíta* («Acércate más acaíta»), *favorcito*, *marroncito*, *mediecito*, *realito*, *solito*, *conlehecito*, *un machetacito* («Lo mataron de un machetacito»), *azulito*, *sabrosito* («¡Sabrosito el joropo!»), *trabajandito* («Aquí me tiene trabajandito, trabajandito», decía Vicente Cochocho en *Mamá Blanca*, de Teresa de la Parra, con lo cual «quería decir que

16 Publicado en el «Papel Literario» de *El Nacional*, Caracas, 7 de octubre de 1954.

trabajaba con gusto y buena voluntad, pero sin mayores ventajas pecuniarias»), *criandito* («Criandito sueño con este runrún de los raudales en la noche silenciosa» —contestaba el Sute Cúpira, en *Canaima*), *hasta lueguito*, etc. En *Mamá Blanca*, las niñas de Piedra Azul diferenciaban el nombre de la vaca y el becerro por medio del diminutivo: el becerro de Noche Buena, Noche Buenita; el de Nube de Agua, Nube de Agüita. Alguien quiere dar impresión de extrema pequeñez: «Es asinita, chico», y lo acompaña con un ademán que indica el tamaño de la uña. Con la variedad profusa de sus diminutivos el habla familiar se impregna de afectividad.

Los dos sufijos se combinan muy armónicamente. Y así, de *rato* se hace *ratico*, y luego *ratiquito*, y aun *ratiquitico*. De *ahora*, *ahorita* y luego *ahoritica* («Oritica voy»). De *todo* y *nada* salen *toíto* y *naíta*, y luego *toitico*, *naitica*. De *chico*, *chiquito* y luego *chiquitico*. Y aun *chirriquitico* (igual que en Fernán Caballero) o *chiquirritico* (en *La feria de los discretos*, de Baroja, *chiquirritito*). Por ejemplo, en un aginaldo larense recogido por Olivares Figueroa:

¡Ay, chiquirritico!
¡Se muere de frío!
¡Una cobijita
pal recién nació!

Del mismo modo, de *poco*, *poquito* (Teresa de la Parra, en su última hora, cuando le ofrecieron un poco de café contestó: «Yo comeré una poquita de tierra»). Y de *poquito*, *poquitico*: «Ni tú que eres fabricante de urnas —dice don Pablo en el *Viaje al amanecer*, de Mariano Picón Salas— sabes cuándo uno está maduro para la muerte. Cuando ya estamos pidiendo nuestro poquitico de tierra».

Hay en eso absoluta regularidad. El habla venezolana, con cierto preciosismo, evita la terminación *-tito*, que le repugna. Aun entre la gente culta ciertos diminutivos como *platito* o *momentito*,

que adoptan algunos venezolanos por influencia de la lengua literaria, suenan a afectados y provocan sonrisas y burlas.

Nos encontramos ante un uso tradicional en Venezuela. El viejo romance de las señas del marido se canta así:

Mi marido es chiquitico,
bien vestido a lo francés.

En un documento de Carora, de 1768, aparece repetidas veces *matica* («la tuatúa es una matica»). *Taitica*, de *taita* (padre), llamaban a Boves sus secuaces de 1814. San Diego de Cabrutica se llama una población del estado Monagas que sonó mucho en la guerra de la Independencia (su nombre, que procede seguramente del siglo XVIII, está relacionado con Cabruta, la población del Orinoco). En carta de Bolívar a Manuelita Sáenz, del 6 de octubre de 1826, una de las pocas cartas suyas a Manuelita que se han salvado, le dice:

Estoy tan cansado del viaje y de todas las quejas de tu tierra, que no tengo tiempo para escribirte con letras chiquiticas y cartas grandotas como tú quieres.

Y aun antes, en agosto de 1799, don Pedro Palacios informa a su hermano Carlos, desde Madrid, sobre el comportamiento de su sobrino Simón Bolívar: «Está sujetico y observa mediana conducta». Es decir, ya en el período colonial el diminutivo en *-tico* estaba generalizado entre la gente culta.

Ese uso, con las mismas circunstancias, se da en otras partes de América: en Colombia, Panamá, Costa Rica (a los costarricenses los llaman sus vecinos *ticos* o *hermaniticos*, precisamente por el uso y el abuso de estos diminutivos), Antillas (Cuba y Santo Domingo, pero no Puerto Rico) y el Ecuador (*estico*, etc.). Es decir, gran parte del área del Caribe, con expansión hacia el Ecuador.

¿Y en España? No hay que confundir nuestro uso con el aragonés, que ha generalizado *-ico* en todas las circunstancias (*Pilarica, mesica*, etc.), lo cual sucede también en Navarra, Murcia, Granada y el judeo-español. El *-ico* de Venezuela es, en cambio, condicionado y tiene raíz castellana.

En la *Celestina*, *-ico* alternaba con *-illo*, *-ito*, *-uelo*, con la particularidad — como ha señalado Fernando González Ollé, en la *Revista de Filología Española*, de 1960 — de que en el primer acto el único personaje que usa las formas en *-ico* es Celestina misma, por lo demás con la misma frecuencia que *-ito*; ¿Se consideraría más vulgar? Sin embargo, se encuentra luego en Fray Luis de Granada: «El pollico que nace se pone bajo las alas de la gallina, y lo mismo hace el corderico» (además, *versico*, etc.). Y aun más en Santa Teresa, que tenía el deleite del diminutivo: «Al primer airecico de persecución se pierden estas florecicas» (usaba *frailecico, centellica, portalico*, etc., junto a *tantito*, etc.). En el *Quijote* tenemos, por ejemplo, *zapatico* y *tantico* («Si vuesa señoría fuese servido de darme una tantica parte del cielo, aunque no fuese más de media legua, la tomaría de mejor gana que la mayor ínsula del mundo» — dice Sancho a su amo). Pero también *bolsico, bonico* (y *bonito*), *borrico, pajarica* (y *pajarillo*), *perrico* (y *perrito*), *Sanchico*, etc. Igualmente, en su *Comedia famosa de la entretenida* se encuentra en *tantico* junto a *casica, Cristinica, Sabinica*. Lo mismo en toda su obra (*gitanica, Preciosica*, etc.). O en la de Quevedo (*angelicos, Pablicos*, etc.). O en la de Lope de Vega: «Mañanicas floridas del frío invierno», «Mañanicas floridas del frío diciembre». Y en un villancico cordobés de 1665:

Pasitico, airecillos,
que se duerme el Sol;
queditico, avecillas,
no recuerde el amor.

En el siglo XVIII todavía era frecuente en España. El P. Isla en sus *Cartas familiares*, usaba *recientica, quartico, junticas*,

poquitico, asistenticos, tantico, santicos, cartica (Riv., 423 a, 425 b, 441 a, 479 a, 481 a, 514 a, 552 b, 553 a, 570 a, etc.). Pero también *Pepico, dichicos, derechico, Isabelicas* (464 b, 479 b, 617 a, 620 a), *esqueletillo, pelotilla, textecito, cumplimentillos*, etc. (449 a, 450 a, 619 a). Del mismo modo, en el sainetista de la época, Ramón de la Cruz, que refleja el habla popular de Madrid, encontramos *ratigo, toditico o toitico, juguetico, gatico, espuertica, ¡chitico!*, junto a *Catalinica, sombrerico, cenica y a juntitas, ratitos, mojigatica, prestito, calentica*, etc. (además *chocolatillo, capotillo, juguetillo, sainetillo, culantrillo, canastillo*, etc.). Es frecuente, como se ve, la terminación *-tico*, pero también se encuentra *-tito o -tillo*.

Lo mismo sucede en el siglo XIX, por ejemplo en Pereda. En una misma página de *El sabor de la tierruca*, encontramos *tantico y ratito* (*Obras completas*, 1205 b). En otra, de su *Pedro Sánchez*, *tantico* junto a *estudiantillo, puntillos* (1306 a). Y en esta novela un estudiante, extremeño y poeta, que se llamaba Mata se había convertido para todo Madrid en Matica. De esas vacilaciones han quedado algunas formas fijadas en la lengua general: *borrico, Marica* («hermana Marica»), *Perico de los Palotes, villancico, puntico de honra*. De *Catalina* se formó *Catalinica*, y luego *catalnica*, para designar un tipo de cotorra.

Así, pues, se observa en la lengua general, desde el siglo XVI, una alternancia entre los sufijos *-ito, -ico, -illo*, con cierta inclinación a evitar la terminación *-tito*. Pero en ninguna región de la Península se ha llegado al uso sistemático de *-tico* (*-ico* sólo ante *-t-*) que hemos visto en Venezuela y en nuestra zona del Caribe. Nos encontramos aquí ante un hecho nuevo, producido en América. ¿Cómo se explica?

No creemos que pueda pensarse en un proceso fonético de disimulación: *-tito* transformado en *-tico* (*platito-platico*, etc.), porque el cambio sólo se produce en la terminación diminutiva (*batata* o *batuta* mantienen invariable la segunda *t*). Es evidente que ha habido una fijación o una preferencia selectiva entre dos usos vacilantes. Todavía Bolívar escribía *Juanica* («mi hermana Juanica»). El sufijo *-ico* se fijó cuando había una *-t-* anterior, para

evitar la terminación *-tito*, que se sentía cacofónica. Aun en el terreno de la morfología gramatical pueden prevalecer impulsos estéticos. El hombre no se deja llevar sólo por un afán utilitario. También le mueve —y el lenguaje lo prueba a cada instante— un permanente afán de belleza.

¿DÍCESELO O DÍSELO?¹⁷

Entre nosotros hasta la gente culta usa: «¡Díceselo a Juan!», «¡Díceselo a tu mamá!». ¿No ha incurrido en ese uso Simón Bolívar? En una carta dirigida a María Antonia, su hermana, el 30 de marzo de 1824, le dice:

He celebrado infinito el que me hables de Lino... Siento infinito que las circunstancias no me permitan servirle como merece. Díceselo así, con el mayor esclarecimiento, y que no lo olvidaré jamás.

De esa carta no existe el original, sino una copia. No creemos que Bolívar, con su extraordinario dominio del idioma, incurriese en tal falta, ni siquiera en una carta familiar. Aun el «esclarecimiento» quizá sea «encarecimiento». El *díceselo* hay que atribuirlo, indudablemente, a incorrección de la copia.

Pero de todos modos es viejo entre nosotros. Ya Miguel Carmona, en *El Monitor Industrial*, de Caracas, el 25 de febrero de 1859, lo consideraba voz corrompida. Y también se ha señalado en Colombia, Guatemala, Méjico, Nuevo Méjico, Santo Domingo, Puerto Rico, Perú y Chile, y también en Andalucía. En cambio, las regiones de voseo, de Venezuela y gran parte de América, usan *decíselo* (de *decídsele*). Y en algunas partes alternan las dos formas.

Obsérvese que ese *díceselo* representa una igualación entre la tercera persona del presente (*él dice*) y la forma del imperativo. En las tres conjugaciones castellanas coinciden esas formas: *¡canta!*, *¡come!*, *¡sube!*, y *él canta*, *él come*, *él sube*. Pero hay unos

17 Publicado en el «Papel Literario» de *El Nacional*, Caracas, 28 de septiembre de 1955.

pocos imperativos irregulares que rompen la coincidencia: *di-dice, pon-pon, haz-hace, sal-sale, ten-tiene, ven-viene*. El habla popular, en Venezuela y otras regiones, tiende a restablecer la regularidad. Y a eso se debe no sólo el *díceselo*, sino también los usos siguientes, que se dan entre nosotros con mayor o menor frecuencia:

«Póneme ese coroto en el bulto», «Póneme las medias»,
«Compóneme este reloj», «Dispone tú»;

«Hácelo, pues», en *Flor de las selvas*, un cuento de Urbaneja Achelpohl, de 1898; «Háceme el favor de buscarme la falda», «Te dejé la tela para el vestido de Helena. Háceselo para el domingo», «Desháceme eso»;

«¡Sale, bicho!», «Sale de ahí» (repetidas veces en el habla de los personajes de *Puros hombres*, de Antonio Arráiz); «Sale, perro, sale», en un cuento de Julián Padrón (*Antología del cuento moderno venezolano*, II, p. 98);

«Entretiéneme a los niños», «Mantiénemelo despierto», «Detiénemelo», «Retiénemelo aquí»;

«Previéneselo a Juan».

Esa tendencia regularizadora se da también en España, al menos en la provincia de Salamanca: *hace* (haz), *pónelo* (ponlo). Y ha triunfado plenamente, en la lengua general, en los compuestos de *decir*: *contradice, desdice, predice, bendice, maldice*. Hoy ya nadie diría *contradílo, bendílo, maldílo*, aunque todavía hay cierta vacilación en los partidarios de *bendecir* y *maldecir*; en los tiempos compuestos se ha impuesto el participio regular (*he bendecido, fue maldecido*), pero subsiste el anómalo en el uso adjetivo (*el bendito apóstol, la generación maldita*) y en frases exclamativas en que hay cierta transición hacia el uso adjetivo: «¡Bendito sea el patio de los naranjos!» (expresa entre nosotros sorpresa o desagrado), «¡Maldito sea!».

La tendencia regularizadora, ¿actúa como una fuerza fatal, incontrastable? Nada en el lenguaje, o en la vida cultural, tiene ese carácter. Veamos un ejemplo: *Rompido* es un participio regular

que parecía triunfante en la lengua clásica («las santas leyes de la verdadera amistad, ahora por tan poderoso enemigo como el amor por mí rompidas y violadas», en el *Quijote*, 1ª parte, cap. XXXIV; también en Gracián y Góngora, y en nuestro Juan de Castellanos), que Bello prefería en los usos intransitivos («Ha rotpido en dichterios», «Ha rotpido con su amigo», «Ha rotpido por todo») y que todavía figura como perfectamente correcto en la *Gramática* de la Academia, se siente hoy como rústico o como infantil (entre nosotros lo usaba el general Páez en carta a Bolívar, el 25 de mayo de 1826, y subsiste aún, en la forma *rompío*, en coplas llaneras). Ha habido una reacción moderna a favor del participio anómalo *roto*. No todas las tendencias están llamadas a triunfar. Algunas que parecían victoriosas llegan a abortar, y termina por imponerse el uso antiguo. La historia de la lengua es compleja y muchas veces desconcertante.

Volvamos a nuestro *díceselo*. Su uso, como el de *póneme*, *hácelo*, *sale*, *entretiéneme*, *previéneselo*, es manifestación de una tendencia general a regularizar los imperativos irregulares. Es decir, manifestación de una de las grandes fuerzas que gobiernan la vida de la lengua: la analogía. ¿Habrà que considerarlo entonces admisible? La analogía es una fuerza tiránica e igualitaria, es la fuerza de gravitación del sistema. Frente a ella la anomalía representa un principio de diferenciación, de asimetría, de variedad, de libertad individual. El analógico *díceselo* es expresión de la corriente niveladora. Pero hasta ahora la lengua culta general lo rechaza como vulgarismo o provincialismo y sólo admite el anómalo *díselo*. ¿No hay en ello, como en el caso de *roto* frente a *rompido*, el triunfo de una subterránea selección estética? Las lenguas vivas representan siempre un equilibrio entre la analogía y la anomalía. Equilibrio inestable, como todo equilibrio vivo.

COROTO¹⁸

Belarmino, el zapatero filósofo de Pérez de Ayala, quería inventar una lengua en que las palabras adquiriesen un sentido amplio, espacioso. Su ideal era encontrar una sola palabra en la que cupieran todas las cosas, como una especie de horma maravillosa que sirviese para todos los pies. ¡Qué lástima que no hubiese conocido nuestro *coroto*!

En la palabra *coroto* cabe el universo entero. Aunque se conoce también en el Ecuador, Colombia Panamá, Santo Domingo y Puerto Rico (con el valor de trastos, trebejos, bártulos, barajitas), en todas esas regiones su uso es limitado, y se debe sin duda a expansión venezolana.

Sobre el origen de *coroto* hay una hermosa anécdota. Se dice que Guzmán Blanco trajo de París un lienzo de Corot, el famoso paisajista. El general solía recomendar machaconamente al servicio: «¡Cuidado con el Corot!». Las criadas empezaron a burlarse del *coroto* del general, y la expresión se extendió a los objetos más diversos.

Una variante de la anécdota atribuye dos cuadros de Corot al general José Tadeo Monagas. Al desplomarse la dictadura monaguista, el pueblo saqueó la residencia presidencial y arrastró por las calles los dos Corots, particularmente apreciados por el presidente. Uno de los ex contertulios, al ver la suerte infortunada de los cuadros, exclamó: «¡Adiós corotos!».

18 Publicado en *El Nacional*, Caracas, 2 de enero de 1953.

La explicación es demasiado bonita para ser verdadera. Además, la palabra *coroto* era general ya antes de la época de Guzmán Blanco, antes de la caída de los Monagas, que fue en marzo de 1858, y seguramente antes de la existencia misma de Corot. El testimonio más antiguo que tenemos hasta ahora es de Núñez de Cáceres, en su *Memoria sobre Venezuela y Caracas*. Aunque el amargo Núñez de Cáceres llegó de Santo Domingo en 1823, su *Memoria* es probablemente de 1851 o 1852, pues cita una sentencia del 5 de agosto de 1850. Todo lo caraqueño lo veía con pesimismo y desagrado, y decía de las casas: «A los ocho o diez años es ya preciso reparar techos y mudar o entremeter vigas, porque están carcomidas, y la casa es un *coroto* viejo, como dicen vulgarmente».

Ya tenía amplia trayectoria en 1858, cuando aparece en Caracas *El Pica-y-Juye*, consagrado a la sátira política. El 20 de junio menciona, en un presunto catálogo de libros: «Arte de publicar bandos por música», por Felipe del Coroto. El 14 de julio está en polémica con él y le replica con una carta («Mi estimado Felipito») que lleva el siguiente epígrafe, en un sendo latín macarrónico:

Magister. — Quid est Corotus?

Discipulus. — Res inutilis, sicut cascus rotus

(Juvenal, *Sát.* X).

Ya se ve que *coroto* era la cosa inútil, el cacharro roto. Esa carta, en la que aparece repetidas veces la palabra («mi cabeza es un coroto»), termina con un decreto:

Nos, *Pica-y-Juye*, de la Orden del Algarrobo, de los encorotados del 15 de marzo...

Considerando

1º Que Felipito Coroto me ha dirigido por la prensa insultos y amenazas imperdonables...

Decreto

Artículo 1º Felipito Coroto queda borrado para siempre de la lista militar del Algarrobo y de la Legión del Libertador del 15 de marzo...

Artículo 2º De ahora en adelante no se llamará Felipe Coroto, sino simplemente Felipe o Felipito, sin más añadidura.

En 1859 Daniel Mendoza, en *Un llanero en la Capital*, lo convierte ya en exclamación eufemística: ¡corotos! Luego hay profusión de *corotos* en toda la literatura venezolana, desde *Peonía* y *El Sargento Felipe* hasta hoy. En Maracaibo lo señalaba José D. Medrano en 1883. Y en Colombia, Rufino José Cuervo en sus *Apuntaciones críticas*, desde la primera edición, de 1872; es frecuente además en los *Cuentos* de Tomás Carrasquilla.

Después, los testimonios en toda la literatura venezolana son infinitos, y las acepciones, diversas. Puede designar un objeto de nombre desconocido o que no se quiere nombrar: «¡Alcánceme ese coroto!», «¿Qué coroto es ése?». O un objeto despreciable: «¡Tire ese coroto!». Pero puede abarcar todos los objetos de una casa, incluyendo los muebles, o todas las mercancías de un establecimiento, con la estantería: «Fulano se marchó con todos los corotos», «Estoy mudando los corotos». «¡Fulano con sus corotos!» se oye alborozadamente en las prisiones, porque es anuncio de libertad. *Coroto* puede ser también asunto, negocio. Es decir, que absorbe todos los usos de la palabra *cosa*: «Tengo que hablarte de un coroto», «Tengo que hacer un coroto». En *Fiebre*, la novela de Miguel Otero Silva, el maestro Eusebio dice a los que le proponen que entre en un complot contra Gómez y reúna a sus amigos:

Yo no puedo invital a más naiden sin decirle, junto con proponerle el coroto:

—Aquí tiene un perol pa que zumbes tiros.

Y hasta puede designar el poder, con todas sus prebendas, como en *Vidas oscuras*, de Pocaterra:

- ¿Por qué fue que tumbaron a los godos?
- Porque querían el coroto para ellos solos.

Por eso dice un personaje de *Estación de máscaras*, de Arturo Uslar Pietri:

—Si yo llego algún día a ponerle la mano al coroto, van a saber lo que es mando. De eso sí sé yo.

Y Alberto Castillo Arráez, en su novela *Al alba los centinelas nocturnos*:

Doña Felipa, en la retaguardia, organizaba a los crespistas para cuando —como ella decía gráficamente— Crespo volteara el coroto y se diera la cosa.

Basheigh, en *The Criollo Way*, registra el refrán: «Cuando la gallina canta, huevo tiene en el coroto». Que equivale al dicho tradicional: «Cuando el río suena, piedras trae».

Estar metido entre los corotos es estar de punta en blanco, luciendo las mejores prendas. ¡*Adiós, coroto!* es expresiva exclamación de asombro. Y *entregar los corotos* (como *entregar los papeles*) es morir: «¡Qué vida! ¡El día menos pensado uno entrega los corotos!». Y no nos detenemos en usos más restringidos, y hasta impúdicos.

¿Y de dónde viene una palabra tan afortunada, si nada tiene que ver con Corot? Su origen es realmente humilde, como el de casi todas las cosas grandes. Es sin duda una voz indígena. El sentido primitivo de la palabra, que todavía se conserva en el Apure, en el Guárico y en Portuguesa, Cojedes y Barinas, es de escudilla o vaso hecho de la corteza de la tapara o de la totuma: es

la tapara o totuma después de sacada «la tripa». Si se corta el fruto por la mitad, resultan dos *corotos* de totuma, pero lo general es que se corte únicamente la parte posterior. También se usa el *coroto* de coco, para beber agua. El llanero llevaba siempre su coroto en la silla, para su uso personal, y en él bebía su aguardiente. Hemos tenido ocasión de encontrar *corotos* de éstos en la rústica cocina llanera. Como muchos de los recipientes se hacían igualmente de la corteza de totuma, poco a poco todos se llamaron genéricamente *corotos*, y hasta se llamó *troja de los corotos* a una especie de tarima en la que se colocaban todos ellos. Finalmente, pasó a designar cualquiera de los utensilios, y luego cualquier cosa. Al principio, sin duda despectivamente, pero poco a poco como simple expresión familiar.

La misma carta del *Pica-y-Juye* que se burla de Felipe Coroto (14 de julio de 1858), dice: «Cuando recibí tu carta me estaba comiendo un coco más sabroso, y roía el coroto como muerto de hambre, porque me gustan mucho los cocos», «Tenía la cabeza como un coroto, o chirimoyo, o cosa parecida». Y comenta sus versos: «enciérralos bien en un coroto, y después sácalos uno por uno». En esa época no se asociaba el *coroto* con Corot, que, efectivamente, empezaba a ser famoso en Francia. Era viva aún en Caracas la acepción de escudilla o recipiente y hasta el coroto de coco.

Proceso enteramente análogo se ha cumplido con *perol*, que empezó siendo un modesto utensilio de cocina (todavía lo es en España), y se ha transformado, como *coroto*, en designación genérica de cualquier objeto. Y hasta se puede también *estar metido entre los peroles* o expresar la sorpresa con un enfático ¡adiós, *peroles!* Y hasta hay *perolada* como *corotada*, *perolaje* como *corotaje* y *perolero* como *corotero*. En el Táchira es frecuente *la corota*: «Deme esa corota», «Yo no me monto en esa corota». Que se corresponde con *la perola* de otras partes: «¡Echa palante, que te atortillo la perola!», oímos a un impaciente chofer caraqueño.

Del mismo tipo genérico («comodines» las llama Beinhauer) hay una serie de voces en Venezuela, además de *coroto* y *perol* y de las castellanas *cachivache*, *cacharro*, *trasto* (se oye mucho

traste, como en otras partes de América) o *trebejo* y *bártulos*, que también se usan. Quizá los más frecuentes sean *bicho* y *bicha*, y sus derivados *bicharaco*, *bicharango*, *bichurango*, *bicharanga*: «Tráeme acá ese bicho» (en general es todo animal, pero además un libro, un florero, un serrucho, etc.), «Coloque ahí esa bicha» (un paquete, una cosa cualquiera), «¿Cómo se llama ese bicharaco?», «Niño, cógeme ese bicharango que está ahí», «Ese bichurango arrímelo p'ayá» (en el Táchira; también *bichurangas*, *bichuraco*, *bichuraca*), «Deme la bicharanga esa». Pero también otras: «Recoja sus macundales y márchese» (o *sus macundos*, en *Doña Bárbara*). «Ese tereque de silla hay que mandarlo para la barranca» (ya lo registraba Miguel Carmona hace un siglo y se encuentra en Urbaneja Achelpohl y en Pocaterra), «Páseme ese pereto» («¿Para qué guarda ese perete?», en Lara y Portuguesa; «Arrunce esos pereques payá», en el Táchira), «Bote ese peco, que no sirve para nada y estorba» (en el estado Sucre), «Me molestan mucho esos perendengues» (pueden ser de adorno o no), «Bote esos chécheres», «Está allá arriba en el cuarto de los chécheres» (en el Táchira), «Páseme la guarandinga esa», «¿Qué guarandinga es esa?» (en ciertas circunstancias también se pueden usar con valor genérico *coso*, *jaiba*, *jeringa*, *lavativa*, *varilla* y la groserísima *vaina*). Además, tienen vida regional con el valor de baratijas o cosas inútiles, *magaya* («Los buhoneros no cargan más que magayas», en el Guárico) y *guachapeto* («Hacéme el favor de quitar esos guachapetos de aquí», en Falcón). Miguel Carmona registraba *triquitinales*, que hoy no encontramos. Y aun les corresponden dos verbos típicos: *curucutear*, escudriñar, andar en busca de objetos diversos («Fulano anda por ahí curucuteando») y *bichanguear*: «¡Bichanguéeme ese paquete!», que puede ser, en Lara, desátelo, átelo, cárguelo, etc., según Silva Uzcátegui. De todas ellas el *pereto* y el *peco* coinciden bastante con el *coroto*: designan la mitad de una tapara (o un trozo de tapara) y cualquier trasto viejo y hasta una persona inútil. Según me informa madame Catrysse, lo mismo ha pasado en gran parte de Bélgica (en Hainaut, por ejemplo) con el francés *bidon*. De nombre de un recipiente ha pasado a designar

los objetos más diversos: «J'emporte tous mes bidons», «Je déménage tous mes bidons».

Para el origen y trayectoria de nuestro *coroto* tenemos una serie de noticias. Humboldt, en su viaje de 1800 por los valles de Aragua, encontró entre Valencia y Güigüe, una serie de montículos que se elevaban de improviso en la llanura, algunos de los cuales —dice— conservaban el nombre de islas (libro V, cap. XVI: «verbigracia, el Islote, y la Isla de la Negra o Corotozona»). Julio C. Salas, en sus *Etimologías americanas*, lo interpreta como «lugar de pericos», pues dice que en la lengua Opone *coroto* era el perico (según G. von Langerke, citado por Goeje). Agrega que *Coroto* o *Corotare* era nombre propio de indios del reparto de encomiendas de Yaracuy, en 1552.

Detengámonos en segundo lugar en el *Proceso político* seguido en 1801-1802 a Francisco Isnardi, un piemontés establecido en Güiria que luego fue secretario del primer Congreso de Venezuela. Las autoridades españolas lo acusaban de estar en relaciones con Inglaterra, potencia enemiga, y «conmover los ánimos de los habitantes» a favor de la Independencia de América. El 20 de agosto de 1801 designaron depositario de sus bienes a don Francisco Cipriani, y en el registro figura en primer lugar: «La casa de bahareque cubierta de corota».

Joaquín Gabaldón Márquez, que prologa el *Proceso político*, dice: «Esta *corota*... debe ser alguna manera de palma, u otro vegetal de cobija, que usan en Oriente para el techado de casas». Es posible que haya un error de transcripción por *carata*, que es efectivamente una palma muy usada en Guayana para techar. De todos modos, *corota* designa en Bolivia, según el *Vocabulario* de Ciro Bayo, una planta, la cresta de gallo, y hasta una frutilla muy sabrosa. Es sin duda la misma especie que en la provincia argentina de Salta se llama *corota de gallo*, una solanácea. En una gran región, muy coherente, de Bolivia y la Argentina (provincias de Santiago del Estero, La Rioja, Catamarca, Tucumán y Salta) las *corotas* es término grosero para designar los testículos: ya en 1616 aparecía *korota* con ese valor en quechua (citado por Corominas)

y aun antes, en 1612, en aimara (en el *Vocabulario*, del P. Ludovico Bertonio). ¿Cuál de las dos acepciones, la vegetal o la animal, es la originaria? Entre los dos campos hay constante traslación metafórica (por ejemplo: *turna*, *criadilla*, *tapara*, *ahuacate*, *porongo*, *papaya*, etc., en diversas partes de América). En este caso nos parece que la acepción vegetal es la originaria: también *tapara*, usado como recipiente, igual que *coroto*, presenta entre nosotros una traslación análoga. De todos modos, nuestro coroto —hemos visto algo análogo en la difusión de *hayaca*— testimonia un amplio movimiento lingüístico a través del complejo mundo del Amazonas.

¿Estará además relacionado nuestro *coroto* con el *chorote*, que entre los cuicas de Trujillo, según Julio C. Salas, designaba una vasija? También *chorote* es una voz indígena de bastante extensión americana. En los Andes, además de ser una vasija de barro, designa la chocolatera (de ahí *cacao chorote*, o simplemente *chorote*, el que se prepara en ese recipiente). Tiene también una serie de usos figurados: «Lo que le queda a usted es un chorote», dice un dentista a la persona que tiene una muela completamente picada por el centro (Picón Febres); *chorote* es también la habitación en muy malas condiciones o la casa pequeña, ruinoso y desaseada (Aníbal Lisandro Alvarado), y en Lara lo registra Silva Uzcátegui con el valor de trasto viejo. Isidoro Laverde Amaya, que pasó por Cúcuta a principios de 1886 en viaje de Bogotá a Caracas, explicaba *coroto* como equivalente de *chorote*, aunque luego lo salvó en la Fe de erratas: «*Coroto*, cualquier cosa». Pero es curioso que en Costa Rica una voz muy parecida, *choroco*, signifique trasto o trebejo, como nuestro *coroto*. No es descartable, pues, el posible parentesco de las dos voces indígenas.

A pesar de su brillante fortuna, *coroto* no ha olvidado del todo su modesta alcurnia: la *albahaca de coroto* es la que se cultiva en coroto de tapara. *Corotear* es en los Llanos cazar al tigre a reclamo bufando en media tapara apoyada en el suelo («Mataron un tigre coroteado»). Un objeto *encorotado* es el ahuecado, cóncavo, y esta acepción la recogía ya Miguel Carmona

en *El Monitor Industrial*, de Caracas, el 12 de marzo de 1859. En Portuguesa se dice que una persona está *entaparada* o *encorotada* cuando está encerrada en sí misma («No me gustan las personas encorotadas»), y aun se aplica a las intenciones ocultas: «¡Quién sabe lo que tiene encorotado!», «¡Carga su coroto por dentro!». Y cuando alguien se desenmascara, se dice: «Soltó el coroto». *Descorotar* —ya lo registraba Lisandro Alvarado— es destapar o quitar el extremo redondeado de un objeto: «A picotazos quedó el pollo con la cabeza descorotada», «Los monos descorotan el coco-de-mono para comérselo». «Hay que descorotar los huevos y vaciar la clara». Se ve que todos esos usos se remontan a *coroto* en su valor de recipiente de totuma, que se conserva en todos los Llanos, con sus usos variados («No tomen agua en mi *coroto*», «En la horqueta de tres picos se ponen tres corotos»), y se canta todavía como aguinaldo de Nochebuena:

Nosotros somos cinco,
seis con el coroto,
y si no me lo llena,
por Dios que lo boto.

Es bondad llenarlo, y se agradece. Y el colmo de la maldad parece ser: «Beberle la mazamorra a un sute y quebrarle el coroto en la cabeza».

ÑAPA¹⁹

He aquí una curiosa palabra, que en dos formas, *yapa* y *ñapa*, se encuentra en casi toda América. El punto de expansión ha sido el Perú incaico: en quechua, *yapa* es aumento o añadidura; *yapay* es dar la *yapa*; *yápac*, el que la da, que puede ser generoso o avaro, y *yapachicuc*, el que la reclama, por lo común majadero y exigente. Desde el Perú, *yapa* se extendió hacia el sur (Bolivia, Chile, Paraguay, Argentina, Uruguay) y hacia el norte (Ecuador). Pero al penetrar en Colombia se hizo *ñapa*. Del mismo modo entre nosotros *yema* se hizo *ñema*, y alternan *yopo* y *ñopo*, una especie de rapé indígena, o *ruyir* y *ruñir*, «roer». El congoleño *yam* se hizo *ñame* al pasar al castellano (ya en Cristóbal Colón), aunque todavía Fray Jacinto de Carvajal, en 1647, encontraba *yames* entre nuestros indios del Orinoco (*Relación*, 15ª jornada).

Esa *ñapa*, que por otro lado se ha señalado también en partes del Uruguay y la Argentina (Catamarca, etc.), se extendió por toda Venezuela y Colombia, y parcialmente por las Antillas, América Central y Méjico. En sus andanzas llegó hasta el Mississippi, y en la Luisiana la adoptó el conquistador francés y luego el colonizador norteamericano, y así pasó en 1883 a la prosa de Mark Twain (*lagniappe*) y a diccionarios europeos. Y entonces alguien creyó que el proceso era inverso, que la palabra había venido de Europa a América, lo cual parece el orden natural.

Su uso entre nosotros está asociado a las viejas pulperías: «Deme un real de mantequilla y mi ñapa de queso», «Medio quilo de azúcar y ese almidoncito de ñapa». En el occidente (Táchira, Lara, etc.) se ha formado el verbo *ñapear*: «El arroz está ñapeado,

19 Publicado en *El Nacional*, Caracas, 16 de julio de 1952.

le faltan cuatro onzas», «Ahí venden más barato, pero ñapeado». En tiempos de Núñez de Cáceres el muchacho reclamaba en el mostrador: «Mi ñapa de cambure». En *El Monitor Industrial*, de Caracas, del 30 de junio de 1859, Miguel Carmona lo consideraba incorrecto y quería que se dijera *gaje*, *regalito*, *premio* o *percance*. Más que los puristas, tienden hoy a desterrarlo los modernos supermercados y la invasión de las formas nuevas del comercio.

Pero le queda un amplio campo en la expresión figurada: «Le dio su buen bollo y le acuñó unos planazos de ñapa», «Se salvó de ñapa» (por un tris), «Ni de ñapa acepto yo eso», «Ahora pa más ñapa se le reventó un caucho al carro». Una persona pequeña es *una ñapa* (o *una ñapita*) *de gente*, o *una ñapa de queso*. Escribe Job Pim:

Es tan chiquito Facundo,
que su señora lo tapa,
y dicen que vino al mundo
de ñapa.

Olivares Figueroa trae la siguiene copla de juego:

Llorón, llorón,
mándame una locha'e viento
y la ñapa'e ventarrón.

¿Por qué se generaliza hasta ese punto una voz indígena? Sin duda porque designa una institución viva del mundo americano. Lo europeo es la *propina* española, o el *pourboire* francés. Aun la *adehala* y el *alboroque*, de origen árabe, tienen otro carácter. Desde luego, parece mucho más amplia que la vieja *añadidura* («lo que se da más del justo y cabal peso»), que se encuentra en el *Quijote* («un palomino de añadidura los domingos»). La *ñapa* es americana, y en cada región tenía un nombre distinto: en algunas partes de Centroamérica queda todavía el *lipegüe* o *alipego*, aunque ha sido frecuente la sustitución por formas hispánicas (*pilón*, *vendaje*,

ganancia, feria, etc.). Era una institución de origen probablemente mágico: el que recibe un dinero devuelve algo, en especie, con carácter propiciatorio; la *ñapa* sería así una especie de *contra* por el feo pecado de cobrar. Y, efectivamente, se dice *contra* en lugar de *ñapa* en algunas partes de Cuba, Puerto Rico y Méjico (al menos en Tabasco). He aquí cómo una modalidad del espíritu indígena sobrevive, con profundo arraigo, en la vida americana general.

América es un continente lleno de misterio. Varias tribus de los Estados Unidos y Canadá (los tlingit, kwakiutl, etc.) conservan todavía hoy una institución de tipo ejemplar: el *potlach*. Un jefe de clan hace fiestas y regalos a otro jefe. El agasajado debe desquitarse con otras fiestas y regalos, pero de más valor. La gloria, entre estos indios, consiste, no en ganar, como en nuestro perdido mundo occidental, sino en regalar, en regalar hasta arruinarse.

La *ñapa* y el *potlach* nos parecen instituciones hermanas, hijas de un mismo espíritu. Testimonian el poco prestigio americano de la venta y el enorme prestigio del regalo.

¿MÁS NADA O NADA MÁS?²⁰

Decía un amigo español, como quien comete una infidelidad a su lengua materna:

—Me estoy venezolanizando: ya digo *más nada*.

Efectivamente, *más nada* es general en toda Venezuela. Hasta se encuentra en un purista como Julio Calcaño: «*Patojo* es afín de *patuleco*, y es el que tiene los pies hacia dentro, como el pato, y más nada». Y en una prosista como Teresa de la Parra, que juega con los más sutiles matices de la lengua. María Eugenia, de regreso de Europa después de doce años de ausencia, ve desde cubierta las luces de Macuto:

Evocaba la fisonomía fina y alargada de tío Pancho. Recordaba cómo antes de marcharse me había cogido en sus brazos. Recordaba cómo luego me había besado muchas veces, y cómo, por fin, sin decir más nada, había vuelto a ponerme en el suelo.

Es uso viejo, y lo encontramos en Francisco de Miranda. Está haciendo la campaña de Melilla, y anota en su *Diario*, el 2 de febrero de 1775 (*Archivo*, I, p. 95):

Han llegado cuatro embarcaciones de la costa de España cargadas de comestibles y materiales para la fortificación sin más nada notable.

20 Publicado en el «Papel Literario» de *El Nacional*, Caracas, 23 de julio de 1953.

También es general *más nadie, más ninguno, más nunca*. En un cuento de Urbaneja Achelpohl, Rosa, desengañada de su primer amor, dice: «Yo no quiero querer a *más nadie*. Lo que deseo es acabar con esta angustia que me queda». Y en una de sus novelas, *En este país...!*, que es casi una buena novela, Paulo Guarimba, en vías de convertirse de peón de hacienda en general, gracias a los avatares de la guerra civil, pregunta a Eustaquio por sus antiguos amos, sobre todo por la amita enferma:

—¿Y qué decían?

—Que en lo que mejoren se iban para Caracas y no volvían más nunquita.

En algunas partes del interior, en Trujillo por ejemplo, es frecuente el saludo: «¿Qué hay?». Y se contesta: «Más nadita». El *más nunca* se encuentra también en *Las lanzas coloradas* de Uslar Pietri. Y el *más nada* y el *más nunca* en la prosa nerviosa y a veces fulgurante de Simón Bolívar. Por ejemplo, en carta dirigida desde Oruro el 25 de septiembre de 1825 al general Salom, que había intercedido repetidamente a favor del general Valero, culpable de insubordinación:

Es tal la influencia que usted tiene sobre mi corazón, que al fin he cedido contra toda mi conciencia y la inflexibilidad de mis principios; pero no se empeñe usted más nunca en cosas semejantes, ni aun por generosidad.

La verdad es que el *más nada* se da en casi toda América, aunque con arraigo muy variado. En la Argentina es frecuente en algunas provincias del interior (Mendoza, San Luis, etc.), y aparece no sólo en el diálogo de Benito Lynch o de Florencio Sánchez, sino aun en *Don Segundo Sombra*, la gran novela gauchesca. Después de arrear reses por la pampa, días y días, con tormentas, frío y lluvias, sin poder dormir, Demetrio, el más grande y fuerte de los

troperos, al espantársele el caballo junto a la tranquera de llegada, cae tendido al suelo, sin sentido. Y dice el narrador (cap. XXIV):

Ahí quedó, sin darse cuenta siquiera que el sueño lo había agarrado a traición en el suelo, donde tal vez, a pesar del golpe, sintió que aflojar el cuerpo y no querer más nada es algo maravilloso.

Charles Kany lo ha documentado además en el Uruguay, Paraguay, Colombia, Panamá, Costa Rica, Cuba, Puerto Rico, Santo Domingo y Méjico. Pero quizá en la región del Caribe sea donde ha alcanzado más extensión geográfica y social.

¿Habrá que considerarlo entonces un uso americano, y tendrá razón el amigo español que cree abdicar de su personalidad nacional al usarlo? ¡Oh, nada de eso! En España se conoce también, en Galicia, en León, en partes de Aragón (al menos en el campo de Jaca) y en Canarias. Además, tiene cierta tradición literaria. El extremeño Bartolomé de Torres Naharro, un brillante precursor de Lope de Vega, lo usa a principios del siglo XVI. Primero, en su *Comedia Calamita*. Fileo ha estado espiando los amores del hijo de su amo:

Torna después su camino
sin más nada,
para narrar la embajada
allá en casa a su señor.

Y luego, en la *Comedia Aquilana*, Faceto, criado de un príncipe extranjero, recibe del rey Bermudo, como presente, la capa, cuando esperaba mil doblas, y dice:

—Con ésta voy glorioso sin que más nada me den; con loco y menesteroso siempre el hombre compra bien.

Y el Maestro Correas, salmantino, registra hacia 1630, en su *Vocabulario de frases y refranes*: «Más nada; más nomada entre dos platos. Niega».

Es, pues, uso español, sobre todo del occidente de la Península, y como tal ha pasado a América («quien lo hereda no lo hurta»). Pero, de todos modos, ¿por qué la lengua general ha fijado *nada más*, *nunca más*, etc., y en cambio se prefiere decididamente *más nada*, *más nunca* en Venezuela y otras regiones hispánicas?

Mientras el castellano ha fijado *nada más*, otras lenguas románticas han preferido el orden inverso: el gallego-portugués, el italiano y el francés («je ne veux *plus rien*», «je ne connais *plus personne*», «je n'irais *plus jamais*»). El venezolano no está, pues, en mala compañía. En casos análogos es también el orden habitual del castellano: «No quiero *más libros*», «No diga *más mentiras*», etc., con el complemento después del más. Una serie de frases negativas se cierran con la negación: «No le daré nada», «No te quiero nada», «No me importa nada», «No sirve para nada», «No iré nunca», etc. Si le preguntan a uno: —«¿Qué más?», «¿Quiere más?», contestará acaso: —«Más nada». *Nada más* y *nunca más* son construcciones en que se destaca el *más*. *Más nada* y *más nunca* destacan el *nada* y el *nunca*. Es decir, concentran todo el énfasis expresivo en la negación.

Una prueba de que estamos ante un cambio producido por un afán estilístico está en el hecho de que cuando el *nada más* no tiene valor negativo adverbial, sino conjuntivo, se mantiene el orden habitual del castellano: «Lo hizo nada más que por verme brava», «No hizo na más que sentarse y ahí mismo volvió a salir», «Esto es na más que por probar», «No me dio nada más que un pedacito», «Se la pasa nada más que leyendo todo el día». En cambio, en los usos negativos el orden es siempre inverso: «No me digas más nada...».

Afirmar o negar son actitudes extremas en que el hombre pone a veces en juego su vida entera. Se ha dicho de alguien —para encomiar, no su hombría, sino su habilidad— que conocía todas las palabras del idioma, salvo dos, que no figuraban en su léxico:

sí y *no*. Es muy conocida la historieta del diplomático y la dama. (¿Qué diferencia hay entre un diplomático y una dama? Que el diplomático cuando dice *sí* quiere decir *tal vez*; cuando dice *tal vez*, quiere decir *no*; y cuando dice *no*, deja de ser un diplomático. Y la dama, cuando dice *no* quiere decir *tal vez*; cuando dice *tal vez* quiere decir *sí*; y cuando dice *sí*, deja de ser una dama.) El hombre no ha de ser ni diplomático ni dama.

La acepción o el rechazo están siempre llenos de contenido expresivo. Hay una multitud de formas para la afirmación o la negación, algunas de creación hispanoamericana. Para la aceptación alborozada, el venezolano tiene una fórmula: «Muerto, ¿quieres misa? (en años pasados se usó mucho, humorísticamente, ¡*ipanola!*). La negación es sin duda mucho más rica en matices. La Argentina ha acuñado —hasta para la exportación— su ¡*qué esperanza!* Pero hay una forma venezolana de negación que no hemos oído en otras partes y que nos parece llena de contenido humano: «No iré ni yendo», «No me llevarán ni llevándome», etc. Es la afirmación de la voluntad desafiando a la realidad misma. La preferencia venezolana por *más nada*, *más nadie*, *más nunca* es sin duda del mismo orden: afán de negación rotunda.

¿SUDAMERICANO O SURAMERICANO? ²¹

Los modernos puntos cardinales (*norte, sur, este, oeste*) proceden del inglés del siglo XV, y han venido a sustituir, en la terminología marítima primero, y en el habla corriente después, a los nombres tradicionales, de origen latino: *oriente, poniente, septentrión y mediodía*. Como pasaron a través del habla de los marinos, y a veces por intermedio del francés, sufrieron algunas modificaciones. De ahí cierta inconsecuencia: *norte* (de *north*), pero *nordeste*; *sur* (del antiguo *suth*), pero *sudeste*. Desde la época de los grandes descubrimientos tenemos Mar del Sur, Cruz del Sur, etc. Pero en las formas compuestas se mantuvo la *d*: *sudeste, sudoeste, sudsudeste, sudsudoeste*, etc., y modernamente, *sudamericano y sudafricano*. Y ahora entran en juego fuerzas nuevas.

En el siglo XIX, por influencia francesa, apoyada sin duda por los usos de *sudeste*, etc., se empezó a usar América del Sud. En 1813 la Sociedad Patriótica de Buenos Aires presentó un proyecto de Constitución para las «Provincias Unidas del Río de la Plata en América del Sud». Y el himno nacional argentino, que es de ese mismo año, anuncia:

Ya su trono dignísimo abrieron
las Provincias Unidas del Sud,
y los libres del mundo responden:
¡Al gran pueblo argentino salud!

21 Publicado en el «Papel Literario» de *El Nacional*, Caracas, 21 de septiembre de 1955.

Con eso se restablecía la regularidad a favor de la *d.* Antes del himno, la primera canción patriótica de Buenos Aires decía:

Sudamericanos,
mirad ya lucir
de la dulce patria
la aurora feliz.

La misma tendencia se ha producido en Méjico. Morelos, en 1810 (lo hemos visto en sus *Autógrafos*), participa que ha sido comisionado por Hidalgo para sublevar «las tierras calientes del Sud».

Pero al mismo tiempo el otro foco de la emancipación hispanoamericana, Venezuela, se pronunciaba a favor de la *r.* Encontramos *sud* («de la parte del Sud») en la *Gaceta de Caracas*, del 20 de enero de 1814, pero es casi excepcional. Lo general es el *Sur*, *América del Sur*, *americanos del Sur*, *el Sur de América*. Con todo, lo más frecuente era todavía *América Meridional*.

Ya en los primeros años de la emancipación surgen *Sur América* y *sur americano*, junto a *Norte América* y *norte americano* (se escribía separados y sin guión). Aparecen primero en traducciones del inglés, y son el calco, con su construcción inglesa, de *North America*, *North American*, *South America*, *South American*. La prosa oficial de la época acuña el Norte América y el Sur América. El 10 de junio de 1816 escribe Simón Bolívar: «El continente sur americano». En el *Correo del Orinoco*, del 8 de agosto de 1818, publicado en Angostura, leemos *Sur-América*; y en el del 15 de agosto, *Sur-América* y *Sur-Americanos*. En el del 11 de diciembre de 1819, al reproducir una memoria biográfica de la Nueva Granada, dice: «La justicia del Sur América es tan clara como la luz; pero sus enemigos cierran los ojos para no percibirla». En 1828 escribe Simón Rodríguez sus *Sociedades americanas*, y usa sistemáticamente *Sur-América* y *suramericanos*:

Los Angloamericanos tienen a sus esclavos a distancia; los Suramericanos se rozan con ellos, y con Ellas... se casan.

El 10 de marzo de 1854 dirige el Presidente José Gregorio Monagas un mensaje a la Cámara de Representantes y le dice:

Venezuela, que se gloria de haber sido la primera en Suramérica que reconociese el gran principio de la Soberanía popular, no debe aparecer más a los ojos del mundo entero con la horrible mancha de la esclavitud.

En 1878 Antonio Leocadio Guzmán, el discutido patriarca del liberalismo, recopila sus artículos políticos, y les pone por título: *Datos históricos sur americanos*. Es curioso, sin embargo, que Guzmán Blanco fuera más purista que su padre, pues en la polémica de 1883 con José María Rojas le enrostraba a éste haber escrito «Repúblicas *suramericanas*» en lugar de «Repúblicas *de la América del Sur*». A pesar de eso, González Guinán, en su *Historia contemporánea de Venezuela*, de 1909, escribe *Suramérica* y *suramericano*. Y es la forma que prefiere Mariano Picón Salas y la más frecuente en todo el país.

Así, pues, hoy alternan *sudamericano* (también *Sudamérica*), que es lo académico y lo preferido desde la Argentina hasta el Perú, y *suramericano*, de Venezuela, Colombia, etc., que es lo más analógico (en 1961 la Academia Colombiana pidió su legitimación). Hay que tener en cuenta que todos los derivados hispanoamericanos de *sur* conservan la *r*: *surazo*, la fuerte brisa del sur, en el Lago de Maracaibo; *surero*, el viento frío del sur, en Bolivia (también *surazo*); *sureño*, el habitante del sur, en Santo Domingo, Chile, el Perú y la Argentina (también *gaucho surero*); *suriano*, en Méjico (*suranos* llamaba Bolívar en el Perú a los soldados del sur, para distinguirlos de sus venezolanos y colombianos) y *surestada* (o *suestada*), el viento tempestuoso del sureste en la Argentina y el Uruguay.

Ya *sureste* y *suroeste*, y hasta *sursudoeste*, penetraron en el *Diccionario* de la Academia, en 1936. ¿No sucederá lo mismo con *suramericano*? José Ortega y Gasset usó alguna vez *Suramérica* y *suramericano* (*Obras*, IV, pp. 371, 372). Salvador de Madariaga,

que había escrito *sudamericano* en su *Cuadro histórico de las Indias*, pidió que en la reimpresión corrigieran *suramericano*. Y eso que la editorial, que es de Buenos Aires, se llama la Sudamericana. En la actual reacción a favor de *suramericano* hay algo de antigalicismo y de antianglicismo. Se tiende a restablecer la regularidad a favor de la *r*, que, como es una innovación hispánica (en su origen era un «disparate», como la *l* del portugués *Sul*), parece más castiza.

Nota

1 En efecto, *suramericano* ha sido incorporado en la edición de 1984 del *Diccionario* de la Academia (N. del E.)

LA DORMILONA²²

La dormilona no es sólo, entre nosotros, la mujer aficionada a dormir con exceso, sino, además, el camisón de dormir de las señoras, las cuales no siempre son muy dormilonas. Es uso exclusivo de Venezuela, y nuestras viajeras que llegan a Madrid o a Buenos Aires se sorprenden de que allá les haga gracia el nombre. La verdad es que *camisa de dormir* o *camisón*, como se llama en otras partes, evoca costumbres viejas y rústicas y no la moderna prenda vaporosa de colores fantásticos: «En la tienda vi una dormilona azul preciosa», «Me parecen más cómodas las dormilonas que las pijamas». En realidad hay dos clases de señoras: las que usan pijama y las que usan dormilona. Marilyn Monroe pertenecía a una tercera clase: sólo usaba —decía— «Chanel».

El nombre de *dormilona* lo hemos encontrado por primera vez en un anuncio de *El Pregonero*, de Caracas, el 19 de marzo del año 1900. Corrales y Cía., de Pajaritos a La Palma, ofrecía a su público femenino: «Dormilonas a seis, siete y ocho reales una». ¡Tiempos aquellos!

El nombre es una creación venezolana. Y como auténtica creación, responde a un proceso muy frecuente en la lengua general: *tocador*, *poltrona*, *cómoda*, *peinador*, *velador*, *mecedor* o *mecedora*, *aparador*, *cenador*, *comedor*, *corredor*, etc., designan no sólo personas, sino, además, objetos, muebles, partes de la casa. Nuestro castellano de Venezuela tiene una serie de nombres del mismo tipo:

Comelón es entre nosotros el comilón, el que suele comer con exceso, y también el babero o servilleta de los niños: «Si no

22 Publicado en el «Papel Literario» de *El Nacional*, Caracas, 28 de marzo de 1957.

te pones el comelón te vas a chorrear todo el vestido», «En la Casa del Vestido venden unos comelones muy graciosos, con muñecos bordados»;

Haragán, no es sólo el *flojo*, el poco aficionado al trabajo, sino también un utensilio doméstico (un mango de madera como el de la escoba, que lleva en el extremo una tira de goma dura para arrastrar el agua del piso; también se emplea para manejar el *coleto*): «Tráeme el haragán para secar el piso»;

Peinadora no es sólo la servicial muchacha del salón de belleza, sino también el tocador: «No me gusta la peinadora en este sitio» (en España es frecuente llamarla, no sin razón, *coqueta*);

Mandador no es sólo el que tiene don de mando o afición a mandar, aun sin don, sino también el látigo, provisto de su correspondiente mango, que puede hacer de garrote: «Hizo restallar el mandador y el caballo salió al trote», «El caporal, con el mandador de gruesos nudos bajo el brazo, se paseaba entre los peones de la hacienda», «Los niños se habían amansado ante la constante amenaza del mandador»;

Llorona es la mujer de llanto fácil (tenemos también una *Llorona* fantasmal, que se aparece, quejumbrosa, de noche), pero nuestro Arancel de importación del 27 de diciembre de 1858 trae «Chales o lloronas de seda, gasa, crespó, etc.», y «lloronas o paños de criadas»;

Colgador puede ser el que cuelga algo, pero también la percha; lo usó Gonzalo Picón Febres («junto a la cama estaba el colgador cargado de ropa de casimir»), y sobre su legitimidad libró, en 1901, una enconada polémica con Julio Calcaño, que lo consideraba disparatado y defendía colgadero.

Por el mismo procedimiento formativo, *dormilona* ya tenía dos valores consagrados por la Academia: arete o pendiente (con un brillante o una perla) y butaca para dormir la siesta. En Méjico designa además un cojincillo cilíndrico que se coloca en

el respaldo de los sillones para reclinar en él la cabeza (además, en el judeoespañol de Sofía *durmidor* era el sofá o el diván). ¿No es igualmente legítima la acepción venezolana? De modo análogo se llama en francés *liseuse*, o sea, «lectora», una prenda femenina que también se llamó *matinée* (se usaba para leer en la cama) y entre nosotros *mañanita*.

No parece que *camisa de dormir* o *camisón* sean mejores que *dormilona*. El *camisón* era tradicionalmente en Venezuela el vestido de la mujer, y hace un siglo Miguel Carmona quería sustituirlo por traje, pues *camisón* —decía él— «es la camisa grande de los peones». En ¡*Ya vienen los andinos!*, Fernando Márquez Cairós evoca una fiesta familiar en Sabana Grande, a fines del siglo pasado:

Llegó por fin la tarde de fiesta. Los cuatro corredores estaban repletos de gente. Hombres de punta en blanco, viejas envueltas en camisones almidonados y muchachas vestidas con sencillez y recato.

Las prendas femeninas están en continua renovación, y aún más sus nombres. En lugar de *pantaletas* se está usando, púdicamente, el anglicismo *bloomers*. De otros tiempos todavía se conserva el *fondo*, que hoy se diferencia del *medio fondo* (aquí no se conocen las *enaguas*). Algo se usa aún la *cota*. Pero la *cotilla*, el *fustán* o *fustazón*, el *túnico*, el *refajo*, el *polisón*, la *crinolina*, que hicieron las delicias de nuestras abuelas, y de nuestros abuelos, ¿qué se fizieron? En cambio, la *dormilona* tiene un suave encanto moderno.

LECHOSO Y LECHERO ²³

¿No es curioso que dos derivados de la misma *leche* puedan tener significaciones enteramente dispares? *Lechoso* es el afortunado en los negocios, en el juego, en el amor, el *sortario*; y *lechero* es el avaro, el *pichirre*. «¡Qué lechero!», es una ofensa.

Antes de entrar en explicaciones debo pedir perdón a los lectores, y sobre todo a las lectoras. Muchas de las voces que vamos a ver son vulgares, y su interpretación, en última instancia, es de orden freudiano.

Empecemos con el *lechoso*, que es muy fácil de explicar. En la Argentina se llama *lechudo* (también en Panamá, Méjico y el castellano de Tejas), y el personaje representativo de la buena suerte —popularizado por una tira cómica— es Tarrino, cuyo nombre alude precisamente al *tarro* de leche. Más general en América, con ese mismo valor, es *lechero*, que se usa en Cuba, Santo Domingo, Méjico, Costa Rica, Panamá, Perú, Bolivia y Chile. *Lechoso*, *lechudo* y *lechero* son derivados legítimos de *leche*, que en el habla vulgar de toda América y gran parte de España equivale a suerte: «¡Qué leche tiene fulano!», «¡Tiene una leche envidiable!». También en Navarra, *lechero* es el afortunado, y allí se suele decir del ganador, jugando con la expresión: «Tiene más leche que las cabras de Venancio» (o «que los chotos de Atondo»), «Tiene más leche que la perra del Moczazos, que daba a mamar a diez perricos, y aún se le salía la leche a chorrotones». Entre nosotros se usa además el derivado *lechazo* para el golpe de suerte: «¡El examen de Matemáticas fue un lechazo!».

23 Publicado en el «Papel Literario» de *El Nacional*, Caracas, 14 de marzo de 1957.

Ese uso grosero de *leche* se da sobre todo entre jugadores. Y entre ellos es más frecuente aún *tener mala leche*, que es tener mala intención, mala índole o mala suerte, tres cosas que muchas veces van unidas: «¡Perdimos el partido por la mala leche!». De ahí nuestro *deslechado*: «¡Es que es muy deslechado!», «¡Qué deslechado estoy esta noche!».

Pero entre nosotros *lechero* no alude nunca a la buena suerte. En «Tirabeque y Pelegrín», unos diálogos humorísticos que han tenido un par de etapas en nuestro periodismo desde 1901, dice uno de los personajes, (*El Sol*, 31 de diciembre de 1923): «Es que usted es un lechero de primera categoría, compinche... Le da dolor aflojar las puyas». También son generales los derivados *lechería* y *lecherear*. En *Fidelia*, de Gonzalo Picón-Febres: «No ponen luminaria por no gastar un centavo en la triste vela de sebo. ¡Misericordia con la lechería!». Y en Urbaneja Achelpohl (*En este país...!*), un conspirador está seduciendo a otro, al que entrega quinientos pesos: «Esa gente sabe hacer la guerra; no lecherea centavos. En política, quien no da está perdido... La bolsa y la mano abierta franquean todas las puertas».

¿Cómo se explica que, frente a la mayor parte de América, nuestro *lechero* no designe al que tiene suerte, personaje siempre simpático, sino al agarrado o avaro, que es siempre odioso? Es habitual entre nosotros atribuir el origen a los lecheros *isleños*, y en efecto es frecuente oír: «Es más lechero que un canario». Ya José Martí recogió esa mala fama en 1881, pues dice en los *Apuntes* de su viaje a Caracas (*Obras completas*, II, pp. 592-593): «En Venezuela hay *isleños*, nativos de las Islas Canarias, hombres rutinarios, de poco alcance mental, de mano pesada, preocupados y mezquinos. Crían vacas y cabras y venden su leche. Cultivan el maíz». Hay ahí una injusticia. Creo que hay que absolver de culpa y cargo a los simpáticos y activos *isleños*, tan importantes en la formación del país. Además, ese *lechero* no es exclusivo de Venezuela. Se ha señalado en Colombia, Puerto Rico, Méjico (Veracruz, etc.). Y también en Andalucía. Sin duda ha sido más general, pues en poesía gauchesca se encuentra *lecherear* con el valor de mezquinear

(en *Aniceto el Gallo*, de Ascasubi). La Academia Española se dejó engañar por las noticias parciales e incorporó a su *Diccionario, lechero* con el valor de logrero o cicatero (evidentemente lo tomó de Rufino José Cuervo), como si fuese uso de la lengua general.

Creo que para explicar nuestro *lechero* hay que partir del otro, que es todavía el más general y que es el primitivo, como derivado legítimo de *leche* con el valor de suerte. El *lechero* ha sido en su origen el afortunado, sobre todo el afortunado en los negocios o en el juego, el que ha hecho dinero. En los últimos tiempos se está poniendo de moda el millonario generoso, que crea fundaciones benéficas o regala dinero a instituciones humanitarias o científicas. Hasta existe el millonario despilfarrador o *botarate*. Pero parece que lo normal hasta ahora era que el rico fuera acaparador, usurero, ahorrativo y avaro. Por lo demás, aunque no lo sea, el rico siempre parece avaro a los infinitos merodeadores de su fortuna, entre ellos sus parientes y presuntos herederos. Y aunque nadie se la quiera quitar, él estará casi siempre a la defensiva ante asaltos y sablazos, reales o imaginarios.

Del valor de afortunado o rico se ha pasado en muchas partes al de logrero. En Puerto Rico, Malaret explica: «*Lechero*. Persona que siempre procura sacar ventaja, sin peligro alguno». Hace un siglo, Pichardo registraba *lechero* en Cuba como vulgar e indecente, y decía: «La persona estítica y logrera, que siempre procura sacar ventaja sin peligro alguno, aprovechando las ocasiones y abusando de las circunstancias». Es evidente que de ahí se ha pasado a la significación de tacaño. Y *logrero* mismo, que designa al que procura lucrar con todo, y a veces al usurero y especulador, ¿no designa también entre nosotros al avaro?

El uso bogotano nos parece una confirmación. En el siglo pasado registraba Cuervo *lechero* con el valor de logrero o cicatero, pero hoy se llama *lechero* al dadivoso (*dar la leche* es ser ingenuamente dadivoso). En cambio, *ser leche* es ser tacaño: «Ese viejo es muy leche». También en Andalucía, Guatemala y Cuba se han señalado las dos acepciones opuestas de *lechero*, la primitiva

y la derivada. De la necesidad de diferenciar ha surgido sin duda nuestro *lechoso*.

Hay otro caso hasta cierto punto análogo. *Agalludo* es el que tiene *buenas agallas*, el codicioso o rapaz. En gran parte del país (los Llanos, Guayana, los Andes), y creo que en todas las Antillas, designa al tacaño o avaro: «¡No seas tan agalludo, chico!». La fortuna y la codicia se asocian a cada paso con la sordidez.

La historia de *lechero*, *logrero* o *agalludo* revela el poco prestigio hispánico de la riqueza. La fortuna sólo es perdonable cuando es dadivosa o *liberal*: ser *liberal* ha sido para el español virtud suprema, y sin duda por eso extendió la significación de la palabra al campo de las ideas políticas, de España y del mundo. En cambio, la fortuna se considera despreciable cuando es mezquina. De ahí una rica terminología ofensiva: *avaro*, *agarrado*, *tacaño*, *mezquino*, *ruin*, *roñoso*, *cicatero*, *cutre*, *sórdido*, *estreñido*, *estíptico*, *miserable*. A veces se acompañan con unos toques de la palma de la mano en el codo («Es duro del codo», se dice), o se muestra el puño cerrado. Por si fuera poco, nosotros lo podemos llamar además *agalludo*, *pichirre* (o *pichicato*) y *lechero*, con perdón de las buenas vacas lecheras, siempre tan generosas.

¿DE PIE O DE PIES? ²⁴

Desde la prosa pedestre de los letreros de autobuses hasta la más exigente de una legión de escritores venezolanos encontramos *de pies*. Por ejemplo, en Pocaterra («tomamos el café de pies»), en Samuel Darío Maldonado («se puso de pies»), en Ramón Díaz Sánchez, en Antonio Arráiz, en Mario Briceño Iragorry («ambos están de pies»), en Antonia Palacios, etc. También en poesía, por ejemplo en la de Jacinto Fombona Pachano («hombre habitado, encendido, / de pies, / con sus huéspedes en vela»). Era el uso general en todo el siglo XIX, y se puede documentar con cien textos. José Tadeo Monagas se dirigía a la juventud en su Alocución del 20 de mayo de 1868: «¿Se pondrá de pies el anciano, y vosotros os quedaréis indiferentes?». Y aún más: Julio Calcaño dedicó varias páginas al intento de demostrar que era la única forma correcta, y que *de pie* era un vulgarismo que a veces usaron los autores, por distracción, por descuido o por influencia francesa. Y hasta alguien llegó a sostener que debía ser *de pies* porque efectivamente se apoya uno en los dos pies.

Pero no sólo en Venezuela. En la Madre Patria, Julio Cejador, cuya inmensa fama de filólogo se asienta en una obra muy voluminosa, defiende *en pie* o *en pies*, y rechaza *de pie*, «como hoy malamente se dice». Y la *Enciclopedia Espasa*, presunto sùmmum de sapiencia, dice:

De pie. Véase *de pies* o *en pie*, que es como debe decirse, aunque la Academia en el artículo de diga «almorzó de pie», a buen

24 Publicado en «La vida de las palabras», en *Periscopio*, Caracas, n.º 6, 1952.

seguro por error de caja, ya que en el artículo *pie* no pone *de pie*, sino *de pies*, modo adverbial equivalente a *en pie*.

De pies tiene efectivamente venerable tradición: se encuentra en el *Quijote*, en Torres Naharro, en Lope, en Luis de Granada, en Pedro de Quirós, en el *Lazarillo de Tormes*, en el *Guzmán de Alfarache*, en el Maestro Correas, en Luis de Belmonte Bermúdez, en Antonio de Cáceres, etc. ¿Habrá entonces que decir así necesariamente?

Sin embargo, la lengua moderna prefiere *de pie*, que se ha documentado en Moratín, Juan Nicasio Gallego, Hartzenbusch, Valera, Pedro Antonio de Alarcón, Bretón de los Herreros, Emilio Castelar, Andrés Bello, Rufino José Cuervo, etc. La Academia da hoy como perfectamente equivalente *de pie*, *de pies* y *en pie*, y mantiene el *almorzó de pie*, que de ninguna manera es errata de imprenta. Pero la lengua hablada y escrita de España y América nos parece que se ha decidido por *de pie*, y sólo en Venezuela, en Colombia y en las Provincias Vascongadas (no es imposible que también exista en otras partes) encontramos hoy que sobrevive *de pies*. ¿Habrá que considerarlo entonces una incorrección?

Ni una cosa ni la otra. Venezuela conserva, como en muchos otros casos, la forma tradicional y clásica. Una nueva prueba, en este aspecto, de su espíritu conservador. En cambio, la lengua general ha sido innovadora: hoy se dice *de pie* sin duda por analogía con *a pie*, *en pie*. Inversamente, por esa misma analogía, *en pie*, que es el uso más antiguo (se encuentra ya en el *Cid*), se hizo a veces *en pies* (en Berceo y el *Lazarillo*, por ejemplo, y entre nosotros en Eloy G. González, *Dentro de la Cosiata*). Los modos y locuciones adverbiales adoptan muchas veces la *s* del plural, o la pierden, y también truecan frecuentemente las desinencias del masculino y del femenino, siguiendo fuerzas puramente analógicas: se ha dicho *a pies juntillos* y hoy se dice *a pie juntillas*; *a ojos vistos* (todavía se conversa en Bogotá) y hoy *a ojos vistas*; *a campo travieso* (como *a campo raso*, *a campo abierto*) y hoy *a campo traviesa*, en los tres casos con concordancia aparentemente vizcaína. En rigor, en

el modo adverbial los elementos están íntimamente unidos, fuera de toda concordancia.

De modo análogo, la lengua general tiene *de seguida* o *en seguida* (esta última tiende a imponerse). Pero Venezuela ha hecho analógicamente *de seguidas*, que usan hasta escritores eminentes: *de seguidas*, *en seguidas*, *a seguida* en *La historia de la revolución federal*, de Lisandro Alvarado; *de seguidas*, *en seguida*, *de seguida* a cada paso en la *Historia* de González Guinán. La expresión *en cierne* (es lo académico) la hemos visto muchas veces con *-s*: *en ciernes* en Venezuela, la Argentina, Perú y también en España, y *de balde* se ha hecho *de baldes* en el judeoespañol de Bucarest (*en baldes* en el de Bulgaria). La analogía verbal (con expresiones hechas, como *a hurtadillas*, *a horcajadillas*, *a tontas y a locas*, *a ciegas*, etc.) es más poderosa que la lógica, o tiene su lógica propia, que a veces la lógica no entiende.

Así, pues, no es incorrecto *de pies*. Pero es mucho más general *de pie* (aun en la lengua hablada de Venezuela), y quizá esta forma sea hoy más recomendable si tiene algún valor normativo el afán de unidad hispánica. En el terreno gramatical, cuando coexisten dos formas se tiende hoy a considerar una de ellas como incorrecta: *haiga* era en la época clásica tan legítimo como *haya* (se apoyaba además en la analogía con *caiga* y *traiga*), y hoy es evidente vulgarismo. En la lucha por la existencia triunfa siempre una de las dos, y no siempre la más legítima.

PAPELÓN²⁵

Una de las palabras más típicas de Venezuela es *papelón*, nombre de la meladura de caña de azúcar cuajada en forma cónica. Aunque la Academia la registra como voz de América meridional, creemos que no se conoce fuera de Venezuela. Y ni siquiera es de todo el país, sino fundamentalmente de la región central y oriental, con tendencia creciente a penetrar en otras regiones y a desplazar a la *panela* cuadrilonga. Por el occidente domina casi todo el territorio de Lara; y hacia el sur, casi todo el Guárico (en Cazorla se sigue haciendo la *panela*); en los llanos de Barinas se empieza a llamar *papelón* a la *panela*.

En realidad hay dos Venezuelas: la de la *panela* y la del *papelón*. Y aun en la del *papelón*, alterna con éste otro nombre, hasta ahora enigmático: el de *rule*, usado en gran parte de la región central («Deme mi ñapa de *rule*»). Dentro de la variedad, hay en término unificador, que los abarca a todos, y que incluye también el azúcar, y es el de dulce: «¿No le ha puesto dulce al café?». En los demás países de América se han generalizado otros nombres: *piloncillo*, *chancaca*, *chincate* o *chincaste*, *cogucho*, *raspadura*, *panocha*, etc., aunque quizá *panela* sea el de mayor extensión. La variedad de nombres responde a una variedad en la forma y en la calidad. Y aun el mismo *papelón* venezolano tiene clases y hasta castas: el blanco de Guatire, el dorado de caña buena, el oscuro o negro de cachaza o de caña mala.

El nombre de *papelón* está documentado desde el siglo XVII. En un documento de 1682 o 1683, publicado en las *Encomiendas* del Archivo Nacional, por Vicente Dávila (II, p. 411), el capitán

25 Publicado en el «Papel Literario» de *El Nacional*, Caracas, 6 de mayo de 1954.

don Bartolomé de Torrealba y Serruz, de la Ciudad del Tocuyo, al exponer sus méritos y servicios, y los de sus antepasados y allegados, para obtener una encomienda de indios, dice que su suegro, el sargento mayor Luis de Silva y Peña,

en el año pasado de setenta y ocho, habiéndose apoderado el francés [Grammont] de la ciudad de Trujillo..., saliendo de socorro para su desaloxo más de quinientos hombres... dio para su avío cuatrocientos pesos en harinas y papelones de azúcar...

Luego, el 20 de enero de 1689 el Cabildo de la misma ciudad dispuso: «Dos libras de papelón bueno y purificado, un real» (*Gaceta Profesional*, I, p. 169). Ya entonces alternaban *papelón* y *dulce*: «Se ha de servir vuestra señoría de hacer la repartición de carne, maíz, harina y dulce» (I. pp. 66, 168). El Acta del Cabildo de San Felipe del 4 de enero de 1741 dice (León Trujillo, *Motín y sublevación de San Felipe*): «no se entretiene en otra cosa más que en hacer registrar carguitas de papelones, carne y otras inmundicias». Se manifiesta ahí el viejo desprecio hispánico por las actividades mercantiles. Un testigo habla de «carne, dulce y otras inmundicias», con esa misma equivalencia entre *papelón* y *dulce* que se mantiene hasta hoy.

Lisandro Alvarado ha recogido otros testimonios. El de Caulín, de 1759, Caulín habla de las sabanas de la Nueva Andalucía (Cumaná, Nueva Barcelona, Guayana y vertientes del Orinoco), «de frescos y crecidos pastos, hermosas vegas y dilatados valles en que los habitantes cultivan y logran crecidos frutos de azúcar, miel, papelones, maíz, cazabe y arroz, frijoles y otros, que con abundancia producen para beneficio de los hombres». Poco después, el gobernador Joseph Diguja, describe Santo Tomé en 1762:

Tenía la ciudad cosa de 28 a 30 conucos de frutas, legumbres, caña, etc., y se usaba la caña para fabricar aguardiente y un

azúcar de mala calidad llamado *papelón*, el único que se usa en las misiones.

En 1810 la Junta Suprema de Caracas dispuso que se cobrara «el papelón a ocho pesos carga», según la *Gaceta de Caracas*, del 27 de julio de 1810. La misma *Gaceta*, el 18 de octubre de 1815, anunciaba que de una hacienda del valle de Aragua se había escapado un negro, y puntualizaba sus habilidades: «Es buen destilador de aguardiente; sabe hacer azúcar y papelones y es aficionado a tocar el tres o la bandola». El *Correo del Orinoco* (número 25) reproduce una carta del 12 de mayo de 1819, enviada desde Achaguas por el realista José Caparrós:

El ejército ha descansado de sus fatigas, y se va reponiendo con los recursos que ofrecen los conucos y trapiches de estas inmediaciones. Maíz, plátanos, yuca, ñame, papelón, miel, vacas y caballos. Con esto nadie se muere de hambre ni está a pie.

En 1832, Juan de Dios Picón, gobernador de la provincia de Mérida, que incluía entonces el Táchira, en la *Descripción* de su tierra, habla del papelón de Ejido y el de Lobatera, que eran artículos de exportación local, y elogia sobre todo el último, el de mejor calidad de la provincia. En Mérida el habla culta llama sistemáticamente *papelón* a la *panela*, y cuenta Tulio Febres Cordero (*Archivo*, II, p. 319) que en la hacienda San José, entre Mérida y Ejido, oyó cantar en 1891 la siguiente copla:

Cuatro cosas hay en Mérida
que causan admiración:
las flores y las muchachas,
el agua y el papelón.

Cazabe con papelón ha sido frecuentemente plato único en las campañas de la Independencia, en los lavaderos de oro y en los

cauchales. O papelón y queso, combinación que recibía el nombre popular de *San Simón y Judas* (quizá esté relacionado con el queso de San Simón, un queso gallego de forma cónica y corteza dorada): antes era frecuente pedir «la ñapa de San Simón y Judas». O papelón, cazabe y queso, lo cual se designa con el nombre indígena de *naíboa*.

La verdad es que el papelón (o la panela occidental) no es sólo el azúcar de los pobres (desde luego, más nutritivo que el refinado y blanquísimo). Se encuentra en todo hogar venezolano, pues entra en las comidas (endulza hasta las caraotas), en infinitos dulces y en bebidas: el sabroso *alfonduque* (en algunas partes del interior *alfonduque*) o *mono*, las *panelas* de formas y sabores variados (que no hay que confundir con la *panela* cuadrilonga), las *conservas* de naranja, de cidra o de coco (ya Oviedo y Baños, en el siglo XVIII, aludía reiteradamente a las «exquisitas y regaladas conservas»), las *melcochas*, las *huecas*, los *alfeñiques*, y sobre todo el *guarapo*, que corresponde al *aguamiel* o *agua de panela* de los Andes, sólo que el aguamiel es hervida (como el guarapo caraqueño) y el agua de panela, cruda, como nuestra agua de papelón.

El guarapo es una de las grandes instituciones venezolanas. Teresa de la Parra, que ha dado una hermosa y animada imagen del viejo trapiche, cuenta que entraban los hijos de los peones a pedir: «De parte de mamá, que si me hacen el favor de unas migajitas de raspaduras o un pedacito de papelón roto para el guarapo de esta noche». El guarapo se usa para hacer café, o como refresco. Y desde luego, como alimento infantil. Un guarapo refinado y aromático es el de tamarindo. Y refrescante y sabroso, el de piña; se deja fermentar el guarapo con *concha* de piña. El guarapo se emplea bastante en medicina casera. Y aun el papelón quemado puesto en agua de saúco y sabiamente combinado con aguardiente.

No es raro que el papelón se transforme en plato único, de lo cual se queja la siguiente copla, oída en Nirgua por Humberto Rivas Mijares:

Papelón en la mañana,
papelón al mediodía,
papelón a todas horas,
a todas horas del día.

(La copla original está dedicada al galerón, y termina: «... como si fuera comía».) Es natural así que aparezca en una serie de expresiones figuradas. Se dice que alguien «ya no para papelón» o que «no para ni papelón», cuando le faltan bríos para hacer algo, cuando es un incapaz. Y aun que «Fulanita ya no para papelón» cuando ha llegado a la edad dramática de la retirada. *Parar papelón* era —según Gonzalo Picón Febres— ser hábil en política, tener éxito en la sociedad, en la revolución o en la guerra (*parar plata* o *parar la moneda* es ganarla; *no parar nada* es no conseguir nada). En *La rebelión*, de Rómulo Gallegos, el Maneto le dice a Juan Lorenzo, que está a punto de irsele a las manos:

Yo no comprendo, valecito, cómo un muchacho tan completo
y tan macho como tú se pué encurruñá con esos patiquines que no
paran ni papelón.

Y el *Cancionero* de Montesinos recoge la siguiente copla:

Zamuro come bailando,
y de costao, tiburón;
aquel que no come avispas
nunca para papelón.

Además, *estar como papelón en petaca* equivale a estar como sardina en lata. En la guerra del 14 —según Job Pim— *los papelones* eran los proyectiles del 42 que tiraban los alemanes y que produjeron gran impresión en aquellos tiempos. Con valor figurado aparece también en el corrido del Mocho Hernández:

Crespo salió a perseguirlo
con muchísima ambición.
Pensando que era melado,
se le volvió papelón.

Se encuentra además en la adivinanza, no muy ingeniosa, del *bombillo*, que recoge Olivares Figueroa: «Redondín, redondón, blanco como el papelón». Y es también nombre de un baile antiguo, que se conoce al menos en Lara y Barlovento. Era habitual en las fiestas de la Cruz de Mayo, al son del tambor, a medianoche, y se acompañaba intermitentemente con la siguiente copla que ha oído la profesora Aura Gómez:

El que baila el papelón
no le ve la cara a Dios;
una vieja lo bailó,
y el diablo se la llevó.

O bien con esta otra:

Papelón en medio,
papelón a real.
Todos los pulperos
se quieren casar.

En Guayana es canto y baile —lo recoge Luis Arturo Domínguez, en *El Nacional* de el 27 de enero de 1967— que remeda, con las contorsiones y el estribillo, el trabajo de los esclavos en el trapiche:

Suda el negro en el trapiche
haciendo al amo su ron,
escupiendo en el guarapo
la saliva del rencor.

Y yo tengo un hermanito
que se llama papelón.
Que se me quema, que se me quema,
que se me quema el papelón.

Si alguien pregunta, en Maracaibo, por ejemplo:

«—¿Cuándo me pagará Fulano lo que me debe?», es posible que le contesten: «—El año de los papelones». Que equivale al *año verde, el día del juicio o cuando la rana críe pelo*.

Y hasta se llama *papelón*, en las *pesas* y mercados de Caracas, un trozo de carne más o menos rectangular, grueso, especial para asado: «Véndame un quilo de papelón; o si no, de muchacho». En cambio, nada tiene que ver con nuestra palabra el *papelonearse* o *empapelonarse*, turbarse, azorarse, amilanarse. Viene de otro *papelón*, de *hacer un mal papel* o *un papelón*: este último uso, general en la Argentina y erróneamente explicado como brasileñismo, se da en gran parte de América y ha existido sin duda en Venezuela. Pero ¿de dónde viene nuestro *papelón*?

El nombre se debe a la forma, y está indudablemente relacionado con *cucurucho*. Dice José D. Medrano, en sus *Apuntaciones*, de 1883, sobre el lenguaje maracaibero: «Por acá llamamos *cucurucho* al papelón de figura cónica que suele fabricarse en Coro y en la isla de Margarita». Ese nombre de *cucurucho* es sin duda más viejo que el de *papelón*: ha sido también general en Cuba, la tierra de los azúcares (en algunas partes de Méjico, *cucurucho*), y aun hoy designa en Lara la parte alta o el extremo del papelón. El papelón se hace efectivamente en hormas —de madera o de barro cocido— que tienen forma de *cucurucho*. Y *cucurucho* y *papelón* han sido sinónimos.

Veamos la trayectoria de la palabra. *Papelón* era papel grueso o cartón. Don Quijote, que ha hecho de cartones una media celada, al llegar a la venta que toma por castillo se encuentra con dos mozas de partido y se dirige a ellas «alzándose la visera de papelón».

Góngora, en un romance burlesco, canta los desdichados amores del pastor Galayo por la linda Teresona. El pastor, para consolarse de los desdenes de su dama, sacaba de rato en rato un cordón de sus cabellos:

Y en un papelón de estraza,
habiéndole antes besado,
lo envuelve, y saca del seno
de su pastora un retrato.

Covarrubias explicaba la palabra en 1611: «*Papelón*, papel doblado y pegado con engrudo, que por otro nombre llaman *cartón*». Y antes, al explicar la palabra *coroza*, dice que era un equivalente de *capirote* o *cucurucho*, o sea, «el papelón con que los confiteros, boticarios, especieros y otros drogueros envuelven sus mercancías».

Aún más, *papelón* como equivalente de *cucurucho* se ha documentado en la *República literaria*, de Saavedra Fajardo, de la primera mitad del siglo XVII. El autor, conducido en sueños por Varrón, llega a una ciudad maravillosa. Después de atravesar las puertas, guardadas por dos gramáticos vestidos a la antigua, se encuentra ante un soberbio edificio, que era la aduana, donde sudadas y anhelantes acémilas conducían los pesados libros de todas las naciones. Censores ancianos sometían esos libros a examen, y sólo dejaban pasar los buenos. Pero el papel de los otros, para que no todo se perdiese, lo destinaban a ministerios y usos caseros de la República, como burla del vano apetito de gloria de los autores. Uno de los censores recibía los libros de poesía:

Y con mucha risa aplicaba los libros de materias amorosas para hacer cartones a las damas y capillos a las ruelas, devanadores, papelones de grajea y anís, y también para envolver las ciruelas de Génova.

En 1645, publica Rojas Zorrilla su comedia *Lo que quería ver el Marqués de Villena*: el Dr. Bermúdez, que hace oposiciones en la Universidad de Salamanca, reparte entre los estudiantes «treinta papelones de a libra». Esos *papelones*, llenos de confitura, eran sin duda cucuruchos. El 3 de enero de 1824 le escribe el peruano Hipólito Unanue al Libertador (O’Leary, X, p. 310):

Va el bastón que me dio el general Heres para Vuestra Excelencia... Va igualmente el botiquín que remite S.E. el Presidente de la República, bien surtido, un papelón de buena quina y un bote de tamarindos...

Todavía hoy *cucurucho* y *papelón* son sinónimos en algunas partes de España. Por lo menos en Andalucía. En San Lúcar, por ejemplo (Huelva), según informes de la señora Carmen Díaz, se puede comprar «un papelón de pescado frito». Rodríguez Marín, que es andaluz, escribía en 1914 (*Burla burlando*, p. 144): «Por lo que hace a amuletos mágicos, sólo hallé, en un arrumbado papelón de cosillas sueltas, una amatista con el esqueleto humano... y una antigua calavera de coral». También *papeleta* es, o ha sido, según el *Diccionario* académico, un cucurucho de papel. Y en catalán *papelina* (o *paperina*), que en castellano (ya lo registraba así Covarrubias) es un vaso de pie estrecho y boca ancha.

Así como *cucurucho* pasó a ser nombre, en Costa Rica, Nicaragua, Santo Domingo, y también en Venezuela, de cerros o cumbres (los clásicos *panes de azúcar*), hay entre nosotros, cerca y lejos de Caracas, una serie de cerros con el nombre de Papelón (ya en 1770 había en los Llanos, entre las misiones capuchinas, un pueblo llamado Papelón, seguramente por un cerro próximo). Y una vez generalizada la voz, se explica fácilmente la difusión de *los papeloncitos*: de guanábana, de durazno, de fresa, de piña, de vainilla, etc., con sus colores variados. Los más populares han sido los de *purga’e gota*, pequeños, amarillentos, que se vendían en las pulperías del interior y de Caracas. Hubo una época en que salían los vendedores con sus azafates por las calles, pregonando

la mercancía: «Papeloncitos de purga'e gota», «Papeloncitos de Guatire», etc. Se hacían efectivamente en cucuruchos, que les servían de molde; cuando el molde era semicircular se llamaban *cachos*, nombre popular de los cuernos en Venezuela y gran parte de América. Papeloncitos y cachos hicieron las delicias de grandes y chicos. Y con el papelón y la panela evocan un importante aspecto de la vida venezolana, desde luego un aspecto muy dulce.

PANELA²⁶

Hay dos Venezuelas: la del *papelón* y la de la *panela*, según que usen la meladura de caña de azúcar cuajada en forma cónica o cuadrilonga. Hoy las dos se entrecruzan, y el *papelón*, con el poder expansivo de Caracas, va invadiendo las tierras tradicionales de su rival: en Barinas, por ejemplo, empiezan a llamar *papelón* a la panela rectangular. Pero de todos modos *papelón* sólo vive en una parte del país, mientras que *panela* tiene amplia vida internacional. Es la forma general de Colombia (hubo un personaje histórico —me dice Nicolás del Castillo— a quien llamaban *el Napoleón de panela*), y en *María*, de Jorge Isaacs, cuenta el protagonista:

Agotamos el tinto, despreciamos el pan, y los higos y ciruelas
les gustaron más a mis compañeros que a mí. No faltó la panela
chancaca, dulce compañera del viajero, del cazador y del pobre.

Y se canta además la siguiente copla: que recoge Malaret:

Molé, trapiche, molé,
molé la caña en tu muela;
de la caña sale miel,
y de la miel, la panela.

Por el sur penetra en el Ecuador y llega hasta Piura (Perú). Por el norte se extiende hacia Costa Rica, Nicaragua, El Salvador, Honduras, Guatemala. En Guatemala puede tener diversas formas, aunque la más común parece ser la de *marqueta*,

26 Publicado en el «Papel Literario de *El Nacional*, Caracas, 13 de mayo de 1954.

pirámide truncada de base rectangular. Se ha registrado también en el sureste de Méjico (Tabasco, Yucatán, Puebla, etc.), y José Martí, en un artículo de 1882, recogido por Pedro Grases en la *Sección Constante*, habla de los indios «viriles y hermosos» de las montañas de Oajaca, «que se alimentan únicamente de polvo de maíz mezclado con panela». Pero esa *panela* es por lo común «el piloncillo grande y cónico», es decir, lo que nosotros llamamos *papelón*. ¿Será eso un disparate? ¿No es imprescindible que la panela sea cuadrada o cuadrilonga?

Parece que no. Ya en la región central y oriental y en los llanos de Venezuela hay otras panelas, no siempre rectangulares. Sí lo es la *panelita de San Joaquín*, el popular bizcochito que se vende por calles y caminos (San Joaquín, en la carretera de Maracay a Valencia, es la patria de origen). Pero la sabrosa *panela* del Guárico, de Cumaná, de Anzoátegui, se prepara con el melado antes de llegar a punto de papelón, se le agrega a veces queso, o granos de anís o de jengibre, y se cuaja en forma triangular.

En cambio, en occidente, y también en Caracas, no se concibe la panela sino cuadrada o cuadrilonga. Y la palabra se extiende a otros objetos: una panela de jabón, de chocolate, etc., o un ladrillo de tierra cocida (de 8 x 12 cm habitualmente), que en Lara, según Silva Uzcátegui, se usa para pavimentar, y en Mérida, según Picón Febres, para rematar los sardineles por encima. Y Lisandro Alvarado registra además *panelones*, ladrillos de unos 40 centímetros, enteramente cuadrados.

Ya en la capitulación de Fernández de Serpa para la Nueva Andalucía, en 1568, se preveían «linderos para molinos e ingenios de azúcar». Sin embargo, el testimonio más viejo que tenemos de *panela* es de Bolívar, al escribir desde Colombia a un colombiano. El 5 de enero de 1829 enviaba desde Neiva sus órdenes al coronel Tomás C. Mosquera, que había libertado a Popayán, y le daba instrucciones para el envío de mil hombres en tres columnas:

Al amanecer marchar dos o tres horas, y por la tarde otras tantas; que les lleven limones a las pascanas, para que beban

agua de limones con panela o miel, todo para evitar el mal clima y el calor excesivo del día y del país.

Luego, Miguel Carmona, en *El Monitor Industrial*, de Caracas, el 12 de octubre de 1859, registra *panela* como equivalente de pan hecho de arroz, dulce y otras cosas (se acerca más bien a lo que en otras tierras se llama *panetela*), y también ladrillo de forma cuadrada y de tamaño variable, para la edificación. Después se encuentra en todos los autores occidentales, o que reflejan la vida occidental. Pero es curioso el uso de Gonzalo Picón Febres, en *Fidelia*: «las panelas de papelón y azúcar». Y termina en el *Libro raro*: «Agua de panela es agua endulzada con papelón». Como merideño culto, se ve que consideraba término genérico el nombre de *papelón*.

En realidad, el agua de panela es panela disuelta en agua; y fría y con limón, es muy refrescante, como ya observaba Bolívar. En cambio, el aguamiel andina se hace hirviendo panela en agua (corresponde al *guarapo* de papelón de las otras regiones), y se bebe caliente, tibia o fría, y es la bebida de los pobres (*aguamiel negra*); pero se le puede agregar leche, y es la sabrosa *aguamiel con leche*. Y así como el papelón prolifera en alfondoques, melcochas, etc., hay en occidente *panelas de anís* (se venden por las calles con coquitos, conservas, etc.), *batidos de melcocha* (a veces se parecen a los alfondoques) y *paraos* (especie de alfondoques envueltos en cucuruchos de hojas de caña). De la miel, la melcocha, el alfondoque o un dulce de almíbar que se pasa de punto o se endurece, se dice que se *apaneló*, se *apapelonó* o se *azucará* (según las regiones). La panela se empaca, para los mercados del interior, en enormes *adorotes* (o *aborotes*, o *borotes*), que son pacas de caña (en Mérida se hacen con el tallo seco del plátano), y constituyen los llamados *tercios*. Hay —como en todo— los pesimistas de la panela, que le atribuyen todas las erupciones de la piel, a las que llaman *pajitas de la panela*: «A Fulano como que se le alborotaron las pajitas de la panela» (se dice que es *humurienta*, que remueve los *humores*). En el Táchira, para ahuyentar a las brujas, que suelen

posarse de noche en los techos o pasar volando montadas en una escoba, se les grita: «¡Vuelve mañana, por sal y panela!». Y en previsión, se ponen en la puerta unas tijeras en cruz, para que la bruja gire alrededor sin poder entrar.

¿De dónde viene la palabra? El primer testimonio español lo ha encontrado Eduardo Ibarra y Rodríguez en la *Ordenanza de confiteros de Granada*, del 17 de mayo de 1530, la cual ordena:

en ningunas conservas ni confituras, ni para englutir, ni cubrir, no gasten azúcar de formas por purgar, ni panela, aunque sea de las Islas.

Es evidente que *panela* era una especie de azúcar sin refinar de las Islas, es decir, de las Islas Canarias, que ya a principios del XVI abastecían de azúcar a la Península. Antes el centro abastecedor había sido la isla de Madeira, con la que había comerciado Colón, en 1478, para llevar azúcar a Portugal. Entonces era casi artículo de lujo. Ya en 1493 introdujo la caña en la Española, desde Canarias. En carta del 30 de enero de 1494 pronosticaba a los Reyes el gran porvenir de los cañaverales. El primer ingenio surgió en 1503, con «maestros» traídos desde Canarias (los de Canarias procedían a su vez de Madeira). En 1515 Fernández de Oviedo llevó al Rey Fernando una muestra del azúcar que se empezaba a hacer en la isla (*Sumario*, cap. XXIX). Una Real Cédula del 16 de agosto de 1519 instaba al Gobernador de la Gran Canaria para que procurara enviar a la Isla Española maestros de ingenios de azúcar. Pedro Mártir, en carta del 22 de febrero de 1525, anunciaba la llegada a España de tres embarcaciones de la Española cargadas de panes de azúcar y pieles de buey. Más tarde, Fernández de Oviedo, en su *Historia* (libro IV, cap. VIII), describía veinte ingenios de azúcar y cuatro trapiches de caballos, y decía que en ninguna parte del mundo había nada parecido. El fin del ciclo del oro —se ha dicho— fue el comienzo del ciclo del azúcar. El nombre de *panela* posiblemente pasó de Madeira a Canarias, y de aquí a las Antillas. En las citadas *Ordenanzas de Granada* (Cuervo utiliza la edición

de 1672) se halla tasada la arroba «del azúcar panela» en cuatro maravedís.

Ya en noviembre de 1640 se encuentra en francés, en unas tarifas reales (citado por Littré): «Panelles de chypre ou sucre rouge en poudre, le cent pesant de 10 livres». Esas *panelas de Chipre* quizá fueran de otras islas (en los productos comerciales se juega siempre con la procedencia, para aumentarles prestigio). Porque *panelle* o *pannelle* está además documentado en el francés del siglo XIX como nombre de un tipo de azúcar procedente de las Antillas.

¿Y de dónde viene esa *panela* de Canarias, que es la misma de Hispanoamérica y de Francia? Creemos que del portugués *panela*. Ya Cuervo ha señalado en portugués «*assucar panella; mais baixo que o reespuma*». *Panela* es voz portuguesa que tiene muchísima vida, y significa originalmente olla o paila, vasija de barro o de metal que sirve para cocinar los alimentos (está emparentado en su origen con el inglés *pan*, cazuela, perol, y con el alemán *Pfanne*, caldera, sartén, y también ladrillo). Ya un personaje de *El amor médico*, de Tirso de Molina, relataba sus peripecias en Portugal: «No hay manera de entender: la olla llaman *panela*». El castellano no tenía esa voz, y el uso actual de *panela* como un tipo de cesta en Galicia es el femenino de *panel*, de origen provenzal, que también en Alava y Andalucía designa un tipo de cesta (la *panela* del escudo, en cambio, es de origen francés).

Hay que partir, pues, del portugués. Del nombre del recipiente se pasó al contenido, proceso universal de evolución semántica. De modo análogo, *paella*, nombre valenciano de una sartén o cazuela, designa actualmente uno de los platos más perfectos de la cocina española. Probablemente el nombre de *panela*, como equivalente de olla o de paila, se extendió primero a uno de los dulces preparados o condensados en ese recipiente (se ha aplicado a las conservas de frutas). Antonio de Alcedo, en su *Vocabulario* de 1789, registra *panela*: «Nombre que dan en el pueblo de Mogotes y otros de la provincia de Tunja, en el Nuevo Reino de Granada, a las conservas o dulces de frutas que hacen

allí muy exquisitos y tienen grande estimación en todo el reino». En Santo Domingo, la primera tierra americana de la caña y del trapiche, *panela* es todavía hoy, según me informa el señor Howed, un dulce de leche, una *raspadura* o *rapadura* fina que tiene forma de pailita. Y en Cataluña, según me dice Pedro Grases, se llama *panellets* (es decir, *paneletas*) unos pastelitos dulces muy populares, por lo común de forma cónica; en Mallorca se hacen de mazapán o de harina azucarada. Nos parece indudable que de ahí (todavía hoy *panela* y *dulce* son sinónimos en gran parte de Venezuela) *panela* pasó a designar, ya en el siglo XVI, un tipo de azúcar, o un tipo de panes de azúcar.

De todos modos, en su origen el nombre es independiente de la palabra *pan*, aunque después se asoció con los panes cuadrilongos o rectangulares. Y a una asociación de este tipo se debe también sin duda que la *panela* o el *papelón* se llame en gran parte de Méjico, *panocha*, nombre que llega hasta Filipinas. Pero el nombre de *panela* es, etimológicamente al menos, independiente de la forma. Y puede aplicarse, sin escrúpulos de conciencia, a los piloncillos cónicos de Méjico o a nuestras *panelas* triangulares de oriente, Guayana y los Llanos.

CON O SIN... ²⁷

Consideraría un mal terrible el que por una consideración de sintaxis se enfriara un poco el ardimiento que aún me queda, afortunadamente, cuando escribo. No cambiaría una prosa llena de barbarismos e impropiedades en que alentara la vida, por otra sin vida, en que la pureza y la propiedad fueran intachables.

Azorín, El artista y el estilo

La Academia ha tachado de solecismo el uso siguiente: «Se vende un reloj con o sin cadena». Hay que decir: «con cadena o sin ella»... Una legión de gramáticos, respondiendo disciplinadamente a la consigna académica, han escrito contra ese giro. Y, sin embargo...

Y, sin embargo, ese *con* o *sin* es muy frecuente en España y América. Y se encuentra a cada paso entre nosotros. Una muchacha le dice a otra: «Me voy a casá con o sin consentimiento de mis padres». Un dueño de hato le pidió una vez a Doña Bárbara —la de Rómulo Gallegos— que le prestara «una cuartilla de morocotas». Ella le preguntó:

—¿Cómo las quiere, ño, con o sin copete?

¡Ah, pero si se encuentra hasta en la misma *Gramática* de Andrés Bello! Al referirse a usos como *la España, la Francia*, etc., tan generales en todo el siglo XIX y tan combatidos, trataba de justificarlos a veces (párrafo 869), y decía: «pueden usarse con o sin artículo». Un poco antes había escrito: «En general, los nombres propios de naciones o países de alguna extensión pueden

27 Publicado en el «Papel Literario» de *El Nacional*, Caracas, 5 de septiembre de 1955.

usarse con o sin él». Es evidente que le pareció pesado repetir la misma fórmula y trató de aligerarlos: *con o sin...*

Giros como éste se encuentran a cada paso en textos legales y en buenos autores. Mateo Guerra Marcano, ministro de Interior y Justicia del general Monagas, se dirige el 1º de julio de 1868 a los presidentes de los estados «con la convicción —dice— de que los Gobiernos se inventaron por y para sociedad»... Caracciolo Parra Pérez en *La Monarquía en la Gran Colombia*, escribe (p. XII): «los agentes extranjeros se lanzaron en la lucha misma tomando partido por o contra el propio Libertador». Y el mismo Bolívar, el 29 de enero de 1822, al pedirle a Santander que redactara unos pliegos con falsas noticias de Europa para hacerlos caer en manos del enemigo y desconcertarlo, le da instrucciones: «Debe exagerar las fuertes conmociones causadas en Madrid por los partidos por y contra el tratado de Córdoba».

¿Y en España? En el siglo XVI escribía Luis Zapata: «Perdimos tantos navíos, tantos caballos muertos y cautivos sobre y en la conquista de Inglaterra». En una de las obras póstumas de Ortega y Gasset, *El hombre y la gente* (Madrid, 1957), anotamos los siguientes usos:

No se olvide que lo que llamo hombre no es sino *cada cual*, y, por tanto, que estamos hablando del mundo de y para cada cual (p. 102);

* * *

Las fiestas son una de las grandes cosas que hay en el mundo y con que y en que uno se encuentra (p. 107);

* * *

Sabemos que la piedra no se entera de nuestra acción sobre ella y que su comportamiento mientras la golpeamos se reduce a quebrarse, fraccionarse, porque ello es su mecánica e inexorable

condición. A nuestra acción sobre ella no corresponde por su parte ninguna acción sobre o hacia nosotros (p. 112);

* * *

El ser humano, a fuer de libre, lo es ante y frente a su destino (p. 163);

* * *

La mayor parte de las ideas con que y desde las que vivimos no las hemos pensado nunca nosotros por cuenta propia, ni siquiera las hemos repensado... Las ideas son ideas de o sobre algo (p. 304).

También en Américo Castro. Tomo al azar tres pasajes de *La realidad histórica de España* (ed. de 1962):

Durante casi trescientos años han permanecido sepultados en indiferencia los mejores cuadros de El Greco, concebidos en y a causa de España... (p. 17);

* * *

todos los pueblos hispano-portugueses existen en y según esa estructura... (p. 59, n.);

* * *

...cómo se conduce la gente en y desde la intimidad de su morada de vida... (p. 205).

Juan Ramón Jiménez escribió igualmente, como título «Contra y por Rubén Darío». Todos esos giros son, sin duda, más violentos que el tan combatido *con o sin*, que encontramos, por lo

demás, en notables escritores y académicos. Ortega, por ejemplo, dice de la *Teoría del lenguaje*, de Bühler: «No es una “filosofía del lenguaje” como tantas que ahora pululan y aparecen con o sin ese peraltado título». Y es, además, general en casi todas las lenguas («avec ou sans bruit», «avec ou sans chandelles», en Balzac; «con o senza permesso», en italiano; «with or without my hat», en inglés; «mit oder ohne Geld», en alemán). Hay en ellos un afán de concisión, de elipsis. La pesadez es el enemigo mortal de la expresión. Frente a la rigidez gramatical, la expresión busca siempre el camino más directo, el más rápido. Digámoslo con aforismo de Azorín: «El mayor enemigo del estilo es la lentitud. Nuestra mayor amiga es la elipsis. El estilo es el movimiento. El movimiento es la vida».

¿DIÁBETES O DIABETES?²⁸

¿Por qué en Venezuela *Diabetes* se ha convertido en esdrújulo? El nombre de la enfermedad es llano en griego, en latín y en todo el mundo hispánico. Sólo Venezuela se ha apartado de la norma. ¿A qué se debe esta singularidad?

La explicación nos parece sencilla. Influencia de otros esdrújulos que empiezan en *diá-*: *diálogo*, *diámetro*, y sobre todo algunos de la terminología médica, como *diástole*, *diálisis*, *diátesis*, etc. De manera análoga, una palabra tan llana como *diatriba* se ha convertido en gran parte de Colombia en *diátriba*, que era por lo demás la acentuación latina (la llana se debe en este caso al francés). En voces cultas hay cierta propensión esteticista al esdrújulismo.

¿Podrá admitirse la pronunciación esdrújula de *diabetes* ya que es general en el país, aun entre médicos y profesores? Me parece que no. Un objeto familiar podrá llamarse *franela*, aunque en la lengua general se llame *camiseta*, y en Venezuela puede uno *amarrarse las trenzas* cuando en otras partes se *atan los cordones* de los zapatos. La lengua familiar tiene sus fueros, y en general hay que acatarlos. Pero una voz técnica está sujeta a la terminología internacional. Cuando un médico venezolano pronuncie *diábetes* en un congreso o en un ambiente extranjero, lo mirarán sin duda con asombro, y hasta quizá recoja alguna sonrisa burlona. ¿Puede ser bueno en la terminología médica casera lo que se considera malo en todos los otros países?

Conviene reaccionar, pues, contra la pronunciación esdrújula. Pero los alumnos nos dicen:

28 Publicado en *El Nacional*, Caracas, 7 de mayo de 1953.

—No me atrevo a pronunciar *diabetes*, porque se burlarán de mí.

Hay que atreverse, sin embargo. Y será más fácil si los médicos empiezan a usarlo bien y los periódicos se acostumbran a escribirlo correctamente. Nada más justo que el respeto por el uso de mayor prestigio culto y de mayor difusión internacional.

Cuentan los alumnos de castellano del Instituto Pedagógico que un día el profesor Rosenblat pasaba lista. Al mencionar el nombre de un alumno, otro contestó:

—No ha venido, porque tiene *diábetes*.

El profesor levantó la cabeza y dijo:

—Esa enfermedad es grave, pero nunca esdrújula.

E se non è vero è ben trovato.

EL NOMBRE DE VENEZUELA²⁹

El origen del nombre de Venezuela parecía cosa resuelta, conocimiento escolar inconvencible. Pero en el último tiempo, en reiteradas ocasiones, se ha agitado la opinión con la hipótesis del origen indígena, y las aguas se han enturbiado. Como la confusión ha llegado hasta a las mentes más claras, nos decidimos a retomar el tema.

Estamos en época de indigenismo renaciente. La última generación ha descubierto y puesto en evidencia la importante contribución indígena a la vida general de América. El replantear hoy la etimología del nombre del país y asociarlo con las viejas lenguas indígenas de Venezuela es una manifestación más de ese indigenismo, loable en la intención, pero no siempre acertado. También lo es la tentativa —igualmente infructuosa— de buscar un supuesto origen autóctono al nombre de América. En lo cual hay además un afán moderno de encontrar verdades nuevas. La investigación ha destruido muchas leyendas históricas. ¿No hay el peligro de que pueda destruir también algunas verdades?

El Compendio de Vásquez de Espinosa

Como nada es nuevo bajo el sol, aun la atribución de un origen indígena a *Venezuela* tiene lejanos antecedentes. El primero que lo sustentó fue el fraile carmelita Antonio Vásquez de Espinosa, en su *Compendio y descripción de las Indias Occidentales*, escrito hacia 1628, pero inédito hasta 1948. Dice así:

29 Publicado en Caracas por la Universidad Central de Venezuela, Facultad de Humanidades y Educación, Instituto de Filología Andrés Bello, 1956.

Venezuela en la lengua natural de aquella provincia quiere decir Agua grande, por la gran laguna de Maracaibo que tiene en su distrito, como quien dize la Provincia de la Grande Laguna.

Pero, ¿cuál es «la lengua natural» de esta provincia? Hay que suponer que alude a la de los guajiros y no al centenar de lenguas restantes que había entonces en nuestro territorio. Pues bien, en guajiro, agua es *wiñ* (río es *schí*; mar, *pará*) y grande *muré'u* o *mió'u*. En las lenguas caribes, agua es tuna o kuna; en una serie de lenguas arahuacas, *hía* o *hiya*; en guaraúno, *jo*; etc. Los viejos zaparas y toas del Lago parece que eran arahuacos. Venezuela no ha tenido una lengua *natural* de la provincia. En ninguna de las lenguas del país puede descomponerse *Venezuela*, que sepamos, en algo parecido a Agua Grande.

La afirmación de Fray Antonio Vásquez de Espinosa es, pues, gratuita. El buen carmelita era un poco fantástico y creía en una fabulosa grandeza indígena. En la Española había, cuando la descubrió Colón —dice—, 1.800.000 indios, sin contar mujeres, niños y viejos, lo cual presupone una población total de más de seis millones, el doble de la que calculaba el Padre Las Casas (no creemos que se le puedan asignar más de 100.000). Nuestros caribes, en guerra con los arahuacos, eran —dice— más de 400.000, y reunieron 120 piraguas. Nuestra provincia de Trujillo tenía para él más de cien mil indios tributarios cuando la conquistaron (o sea, por lo menos, medio millón de habitantes), y otros tantos Barquisimeto. Es evidente que se dejaba llevar por cualquier afirmación, por hiperbólica o fantástica que fuera.

Los zoelas de Fray Froilán de Rionegro

Aún menos seria es la etimología de Fray Froilán de Rionegro. Pero con ella salimos del campo indigenista para caer en el hispanizador. La desarrolló en 1926 en una obra que tiene un título pintoresco: *Actuaciones y documentos del Gobierno central de la unidad de la raza en el descubrimiento, exploración, población,*

pacificación y civilización de las antiguas provincias españolas, hoy República de Venezuela. El libro está constituido por unas conversaciones entre dos personajes: Teófilo y Felipe. Y dice uno de ellos:

Quién sabe si el descubridor conoció alguna cosa de los antiguos zoelas, y al encontrarse por allí con algún indio, exclamó y dijo: ¡Bene-zoela!, ¡se parece a un zoela...! Sabido es que los zoelas, al igual que los indios, no tenían pelo de barba, según lo podemos colegir de las antiquísimas monedas zoélicas y sus afines.

Si esa hipótesis no hubiera encontrado acogida en libros y periódicos, habría sido cruel ensañamiento detenernos en ella. Aun admitiendo el latín macarrónico del presunto conquistador, ¿quiénes eran los zoelas? Entre los pueblos de la España antigua, antes de la conquista romana, figuraban efectivamente unos así llamados. Plinio los incluye entre los astures o entre los galaicos. Los arqueólogos e historiadores los conocen por algunas inscripciones romanas y por escasas noticias de la primera época de la conquista de la Península Ibérica. ¿Sabría algo de ellos el conquistador español? No parece verosímil, y menos que los recordarse en esas circunstancias, ni tampoco que fueran barbilampiños. Para admitirlo, Fray Froilán se basa en unas supuestas monedas zoélicas en que aparecen cabezas desnudas, sin barba. Y esas monedas de los antiquísimos zoelas, ¡asombrémonos!, se habían encontrado en nuestra Guayana y las conservaba un venezolano de Santiago de León de Caracas. Parece broma de 28 de diciembre. Pero Fray Froilán la envuelve en una apariencia erudita, y asocia el antiguo Caronium, una ciudad, con el moderno Caroní; los astures, con Atures; el Parga de Galicia con el Paragua guayanés; los Amacos y Arevacos de España, con los arahuacos y arbacos de Venezuela; Coquibacoa y Cumanacoa con *Guipúzcoa*, Janquicoa, etc., y los maragatos de la Península con nuestros meregotos y cumanaotos. Su etimología de Venezuela es, pues, una parte pequeñísima de una vasta «concepción».

Esa concepción respondía a su idea del «gobierno central de la unidad de la raza» y jugaba además con una forma algo desacreditada de comparatismo: explicar una palabra por simple parecido con otra, danzando por encima de continentes y de épocas. En esa materia de los parecidos —a veces antojadizos o casuales—, la imaginación («la loca de la casa») desempeñaba un papel enorme. La lingüística moderna trabaja de otro modo.

Zulia y Venezuela

Vamos a extremar la hipótesis indigenista. Si en guajiro «agua» es *wiñ*, y la zona de Maracaibo y todo su estado se llama *Zulia*, ¿no se podrá explicar Venezuela como una combinación de *wiñ Zulia*? Esa hipótesis la hemos oído más o menos en los siguientes términos: es posible que el descubridor oyese un nombre indígena de la región, y lo interpretase a su modo como *Venezuela*. Examinemos esa posibilidad.

Si el nombre de *Zulia* fuese guajiro, podría tal vez defenderse. Pero es extraño a la región. Suena por primera vez en oídos españoles con motivo de la expedición de Alonso Pérez de Tolosa, hermano del licenciado Juan Pérez de Tolosa, gobernador de la provincia de Venezuela de 1546 a 1549. Alonso Pérez de Tolosa sale del Tocuyo en 1547 con cien hombres (entre ellos Diego de Losada y Pedro de Limpias), sigue por los llanos hasta el Apure, remonta el río Uribante en busca de las sierras nevadas, llega a Táriba, que era una aldea indígena, y luego a los valles de Cúcuta. Debido a la resistencia de los naturales, marcha hasta un río que llama de las Batatas, por haber hallado algunas en sus márgenes, que es —dice Fray Pedro de Aguado, hacia 1580— «el que los de Pamplona oy dizen el rrio de Çulia» (con la ç antigua que luego se convirtió en Z). A principios de 1550 regresó al Tocuyo, después de dos años y medio de duras andanzas por cordilleras y llanos.

El nombre de *Zulia* se aplicó en distintas épocas a un río de extensión variable, y a veces de curso inseguro, que se llamó también Pamplona, Cúcuta, Nuestra Señora de la Candelaria,

San Faustino, etc. Cuando escribía el Padre Aguado, el nombre estaba aún limitado a la región de Pamplona. Pero en la época del Padre Simón se había extendido y abarcaba también el actual Catatumbo, pues dice, en sus *Noticias históricas* de 1627, al describir «la laguna» de Maracaibo:

...hácese de muchos ríos caudalosos que entran en ella; los principales son el río de Pamplona, que corre de la banda del Sur; dícese comúnmente Zulia porque nace junto a un pueblo de indios, media legua arriba de la ciudad de Pamplona, dicho Zulia...

Ese nombre ha llegado, por los azares de la historia, a sustituir al de estado de Maracaibo. Pero era desconocido en la costa antes de 1550 y procede de la región de Pamplona, en el Nuevo Reino de Granada, donde designaba un pueblo de indios. Hay que descartar, pues, esa combinación de *wiñ Zulia*, que quizá estuvo en la mente de algún informante del Padre Vázquez de Espinosa.

Y aún quisiéramos considerar otra posibilidad. En guajiro existe la partícula *sulia* o *suria* (con un sonido intermedio entre *r* y *l*), usada sobre todo en frases comparativas: *mió'ú tayá súlia*, yo soy más grande que ella. *Sulia* equivale a «que ella» (*núria*, que él; *púria*, que tú; *taúria*, que yo). ¿No hay posibilidad de combinar *wiñ*, agua, con esta partícula *sulia*? Sólo hemos obtenido frases como la siguiente: *mió'u wiñ tama'na súlia*, yo tengo más agua que ella. Por más contorsiones a que sometiéramos la lengua guajira, no vemos la posibilidad de que surgiera en ella una combinación *wiñ sulia* que evocara al oído europeo algo como *Venezuela*. Esa combinación no tiene ningún sentido en lengua guajira.

Hay que partir de la base de que el país no tenía un nombre antes de la llegada de los españoles, pues no había alcanzado unidad de ningún orden. La entidad que hoy llamamos Venezuela es un producto histórico de la Colonización y de la Independencia.

Para ver cómo ha surgido el nombre y cómo se ha impuesto hay que seguir, pues, el curso de la historia.

El tercer viaje de Colón

El 31 de julio de 1498, Cristóbal Colón, en su tercer viaje avistó la isla que llamó de la Trinidad. Navegó a lo largo de la costa meridional, y al día siguiente, 1º de agosto, vio desde lejos la punta Bombeador, en nuestras tierras del Delta, su primera visión del continente: la llamó Isla Santa. Atravesó la Boca de la Sierpe, y el 2 de agosto penetró en el que llamó Golfo de la Ballena. El día 3 vio, a través del Golfo, el dentado cerro Mejillones del promontorio peninsular. Creyó que era otra isla, y la llamó isla de Gracia (luego, en su carta a los Reyes, habla de Tierra de Gracia): «hallé temperancia suavísima, y las tierras y árboles muy verdes y tan hermosos como en abril en las huertas de Valencia, y la gente de allí de muy linda estatura». El 4 de agosto fondeó en la península de Paria, en la Bahía Celeste. El día 5 desembarcó en la ensenada Yacua (así cree Morison, en su hermoso libro *El Almirante de la Mar Océano*), el primer desembarco europeo en el continente americano. Navegó por la costa del Golfo y se detuvo en la entrada de un río, y cuenta: «vino mucha gente y me dixeron cómo llamaban a esta tierra Paria». Más tarde, cuando ya estaba muy lejos y había atravesado la Boca de Drago y bordeado la isla que llamó de Margarita, sospechó que había estado en Tierra Firme y que había descubierto «otro mundo» o «nuevo cielo e mundo». En este mundo, situado en los confines de oriente, debía estar, según sus observaciones geográficas y astronómicas y el testimonio de las Escrituras y de los Santos Padres, el Paraíso de Adán y Eva.

De ese viaje, y de los siguientes, surgió el nombre, lleno de esperanzas, de Tierra Firme, que la acompañó en los comienzos del siglo XVI. El de Tierra de Gracia se esfumó pronto, y sólo quedó como recuerdo histórico: todavía el Padre Las Casas, en su *Historia*, lo consideraba más digno que el de América como

denominación de todo el continente. El de Paria tuvo al principio brillante fortuna, sobre todo en la cartografía: la provincia Pariata abarcaba, en el planisferio de Pesaro, de 1502, casi todo el Brasil; Parias designaba gran parte de la misteriosa tierra incógnita en el mapa de Waldseemüller, de 1508; Jerónimo Dortal fue, en 1535, gobernador de la provincia de Paria. Pero la gobernación se desvaneció después en la Nueva Andalucía, que representa otra etapa colonizadora. El nombre ha quedado limitado hoy al golfo y a la península, asiento fugaz del Paraíso Terrenal.

Alonso de Hojeda, Juan de la Cosa y Américo Vespucio

El viaje de Alonso de Hojeda, en 1499, representa el descubrimiento de toda nuestra costa, desde Guayana hasta la Guajira. De ese viaje, en el que Alonso de Hojeda se asoció con las figuras insignes de Juan de la Cosa y Américo Vespucio (Amerigo Vespucci), tenemos noticias abundantes. Veremos cómo de él surge el nombre de Venezuela. Y lo veremos a la vez con los testimonios coincidentes de los tres protagonistas.

En primer lugar, el de Américo Vespucio. De regreso de su expedición, escribe el 18 de julio de 1500 a Lorenzo de Pier Francesco de Médicis. Le cuenta su llegada a una isla donde encontró siete mujeres mucho más altas que él. Cuando él y sus compañeros querían robarse a dos de ellas, jóvenes, para llevarlas —dice— de regalo al Rey, aparecieron treinta y seis hombres, aún más desmesurados. Y como los descubridores eran sólo once, no dejaron de sentir cierta inquietud. Pero los indios les permitieron regresar tranquilamente a sus naves. Esa isla se llamó, durante mucho tiempo, isla de los Gigantes, y es el actual Curazao. Y ahora viene lo que nos interesa:

Desde esta isla fuimos a otra isla, distante de ella diez leguas, y encontramos una grandísima población, que tenía sus casas levantadas sobre el mar como Venecia, con mucho

artificio, y maravillados de tal cosa acordamos ir a verlas, y en cuanto llegamos a sus casas quisieron defenderse para que no entráramos en ellas. Probaron cómo cortan las espadas, y tuvieron por bien dejarnos entrar, y encontramos que tenían sus casas llenas de copos de algodón finísimo; y además, las vigas de sus casas eran de palo de brasil, y tomamos mucho algodón y brasil y volvimos a nuestros navíos... Finalmente navegamos otras 300 leguas por la costa encontrando continuamente gentes bravas...

Hay que suponer que esa isla, a unas diez leguas de Curazao, era, ya que navegaban hacia occidente contorneando la costa continental, la península de Paraguaná, o sea, la entrada del golfo de Maracaibo. Diversos autores han sostenido que era Aruba (la *isla del brasil* de Juan de la Cosa). Pero Américo Vespucio, interesado en descubrir el camino para las tierras asiáticas, es verosímil que se detuviera en el extremo meridional de la isla de Curazao, y no en la isleta de Aruba. A diez leguas de ese extremo se encuentra Paraguaná, y no Aruba. Después de la población que le recordó a Venecia hizo un recorrido de 300 leguas por la costa («navegamos más adelante a lo largo de la costa», agrega en la carta del 4 de septiembre de 1504); si hubiera hecho escala en Aruba habría tenido que tropezar posteriormente con otra *isla*, que no habría podido pasarle inadvertida. Quizá induzca a error el término de *isla*, que el descubridor, desde Colón, aplicaba a cada paso a la tierra firme. También se ha supuesto que la isla de los Gigantes no era Curazao, sino Aruba, lo cual es aún menos verosímil y va contra la tradición cartográfica. Todos los testimonios de aquel viaje nos llevan a la convicción de que el poblado indígena que le recordó a Venecia estaba en la entrada del golfo de Maracaibo, llamado por eso golfo de Venecia o de Venezuela. En sus riberas se levantan todavía hoy los palafitos de San Rafael o El Moján.

Hay otro testimonio de Américo Vespucio. En su famosa carta a Pier Soderini, gonfalonero de Florencia, del 4 de septiembre de 1504, relata sus cuatro viajes. Nos interesa ahora el

primero, que muchos han considerado pura invención. Dice que salieron de Cádiz con cuatro naves el 10 de mayo de 1497 y que el viaje duró dieciocho meses. Al cabo de treinta y siete días, después de haber recorrido cerca de mil leguas al occidente de las Canarias y dentro de la zona tórrida, llegaron a una tierra que juzgaron ser tierra firme. Recorrieron las costas y se pusieron en contacto con los indios, que hablaban lenguas diversas. Siguieron navegando muchos días, y después de una serie de escalas llegaron a un puerto donde pasaron grandísimo peligro:

Bajamos a tierra en un puerto en el que encontramos una población levantada sobre el agua como Venecia: eran unas 44 casas grandes en forma de cabañas levantadas sobre palos muy gruesos, y tenían las puertas o entradas de las casas a manera de puentes levadizos; de una casa se podía pasar a todas, gracias a los puentes levadizos que echaban de casa a casa; y en cuanto las gentes de ellas nos vieron, mostraron tener miedo de nosotros e inmediatamente alzaron los puentes; y mientras estábamos viendo esta maravilla, vimos venir por el mar unas 22 canoas, que son sus embarcaciones, hechas de un solo tronco de árbol, las cuales se dirigieron hacia nuestros bateles como si se maravillasen de nuestras figuras y vestidos, y permanecieron alejados de nosotros; y estando así les hicimos señas de que se acercasen dándoles seguridad con toda clase de señales amistosas; y en vista de que no venían, nos dirigimos hacia ellos, y no nos esperaron, sino que se fueron a tierra y por señas nos dijeron que esperásemos y que en seguida volverían; y se fueron detrás de un cerro, y no tardaron mucho en volver y trajeron consigo 16 muchachas de las suyas y entraron con ellas en sus canoas y vinieron a los bateles; en cada batel pusieron 4, lo que nos maravilló tanto como puede pensar vuestra merced, y ellos se pusieron con sus canoas debajo de nuestros bateles y hablando con nosotros, de modo que lo juzgamos signo de amistad; y estando en esto, vimos venir mucha gente por el mar, y encontramos que venían de las casas; y mientras

venían acercándose a nosotros sin despertar sospecha alguna, aparecieron de pronto en las puertas de las casas unas viejas que daban fuertes gritos y se tiraban de los cabellos con muestras de tristeza; lo que nos hizo sospechar, y cada uno de nosotros recurrió a sus armas; y súbitamente las muchachas que teníamos en los bateles se echaron al mar y los de las canoas se alejaron de nosotros y comenzaron a arrojarnos flechas con sus arcos; y los que venían a nado cada uno traía una lanza debajo del agua lo más disimulado que podía; de modo que conocida la traición, empezamos no sólo a defendernos, sino a atacarlos duramente y hundimos con nuestros bateles muchas de sus almadías o canoas, que así las llaman; hicimos estragos en ellos, y todos se echaron a nado dejando desamparadas sus canoas; con mucho daño para ellos, se fueron nadando a tierra; murieron unos 15 o 20 de ellos y muchos quedaron heridos; y de los nuestros fueron heridos 5 y todos se salvaron gracias a Dios; cogimos dos de las muchachas y dos hombres y fuimos a sus casas y entramos en ellas, y en total sólo encontramos a dos viejas y un enfermo; les quitamos muchas cosas, pero de poco valor; y no quisimos quemarles las casas porque nos pareció cargo de conciencia; y volvimos a nuestros bateles con 5 prisioneros y fuimos a las naves y pusimos a cada uno de los presos un par de grillos al pie, con excepción de las muchachas; y por la noche se escaparon las dos muchachas y uno de los hombres del modo más sutil del mundo; y al día siguiente acordamos salir de este puerto y seguir más adelante; fuimos continuamente a lo largo de la costa y vimos otra gente, que podía estar de la otra ochenta lenguas; y la encontramos muy distinta en lengua y costumbres.

No parece que ese episodio tenga nada que ver con nuestra historia de Venezuela, y sólo lo damos porque de nuevo una población indígena se asocia con el recuerdo de Venecia. Los estudios modernos sobre los viajes de Américo Vespucio —el de Levillier, por ejemplo— sostienen que ese viaje es auténtico y que representa el descubrimiento de América Central y el Golfo de

México, y que el puerto de Lariab, que menciona después y que algunos han confundido con Paria, estaba al parecer en Tabasco. De todos modos, Américo Vespucio menciona en dos ocasiones una población indígena que le recuerda a Venecia. Y nada tiene de extraño que los palafitos de los indios le evocaran a un navegante italiano su hermosa ciudad del Adriático, cuando Colón a cada paso recuerda la tierra de Castilla, las huertas de Valencia, las verduras de Andalucía, la vega de Granada, la campiña de Córdoba, la bahía de Cádiz o el río de Sevilla. Es indudable que de las dos alusiones de Américo Vespucio la primera se refiere a una población indígena de la costa de Maracaibo.

Esa alusión coincide con algo mucho más importante: el mapa de Juan de la Cosa, hecho después de ese viaje, en 1500, y presentado a Su Majestad. La copia conservada de ese mapa tiene indudables retoques hechos en los años siguientes (por ejemplo, la inclusión de Urabá), pero es de todos modos anterior a 1504. Sobre la costa del golfo de Maracaibo aparece escrito claramente, como nombre de una población, *Veneçuela*. Es el primer testimonio de nuestro nombre y constituye sin duda una consagración.

Juan de la Cosa había participado en el viaje del Descubrimiento como maestre de la nave capitana, y en el segundo viaje de Colón. Su mapa es el primer planisferio en que entra la costa de América del Sur. Y en aquella época tuvo una importancia considerable, pues cada expedición, para orientarse en este inmenso laberinto del mundo desconocido en busca de oro y perlas, trataba de seguir las huellas de las anteriores. Parece probable que Juan de la Cosa haya puesto ese nombre en conexión con las observaciones de Américo Vespucio, o a raíz de conversaciones con su compañero de expedición. Pero ha sido, sin duda, su mapa lo que ha dado al nombre permanencia y vuelo. ¿No ha sido también un nombre puesto, casi al azar, en un mapa —el de Waldseemüller, en 1507—, el que se iba a consagrar y fijar para todo nuestro continente?

Y nos queda como confirmación el tercer testimonio, igualmente importante: el de Alonso de Hojeda, jefe de la

expedición. El 8 de febrero de 1513, el Fiscal de Su Majestad, con motivo de los debatidos pleitos de Diego Colón, heredero del Almirante, llama a declarar a Alonso de Hojeda en Santo Domingo. El cual dice:

...este testigo... vino a descubrir el primero después quel Almyrante, e descubrió al mediodía la tierra firme, e corrió por ella casi doszientas leguas hasta Paria, e salió por la Boca del Drago, e ally conoció quel Almyrante avía estado en la Ysla de la Trenidad, junto a la boca del Drago, e de ally corrió e descubrió la costa de la tierra firme hasta el golfo de las perlas e bajó la ysla Margarita y la anduvo por tierra a pie, porque conoció quel Almyrante no sabía della nada más de avella visto yendo su camino, e de ay fue descubriendo toda aquella costa de la tierra firme desde los Frayles hasta en par de las yslas de los Gigantes o el Golfo de Venecia, que es en la tierra firme, y la provincia de Ququyvacoa, y en toda esta tierra firme doszientas leguas antes de Paria, y dende Paria hasta las Perlas, e dende las Perlas hasta Ququyvacoa, que este testigo descubrió, nunca nadie lo avía descubierto ny tocado en ello, asy el Almyrante como otra persona, y que este viaje que este dicho testigo hizo, truxo consigo a Juan de la Cosa, piloto, Emérigo Vespuche e otros pilotos.

Ese nombre de golfo de Venecia que surge en ese viaje es una confirmación del de Venezuela dado a una pequeña población indígena en la costa de ese golfo. Vemos así cómo nace, lleno de porvenir, este nombre de Venezuela.

¿Es despectivo el nombre?

Es general entre nosotros la creencia de que el nombre de Venezuela es despectivo y que la comparación entre una pobre aldea indígena y la floreciente ciudad de Venecia no podía ser más que una burla. Piensas sin duda en derivados como *mujerzuela*,

autorzuelo, escritorzuelo. Todo diminutivo puede llegar a ser despectivo. También lo son *autorcito, escritorcito, mediquito*. O *poetilla* o *poética*. Piénsese en la ambivalencia de una designación como *señorito*. Por su carácter afectivo, el diminutivo se presta a cada paso para valores encomiásticos o despectivos.

En realidad, el sufijo *-uelo, -uela* no es originalmente despectivo en castellano, ni en latín, de donde viene. Tenemos, por tradición latina, *abuelo, pañuelo, hijuelo*. Y de formación castellana, sin el menor matiz desvalorativo, *abejuela, corderuelo, hojuela, plazuela, rapazuelo, chicuelo, Sanchuelo, aldehuela, iglesuela, portezuela, castañuela, estanzuela, hoyuelo* (u *hoyuela*) y muchísimos más. Desde la más remota Edad Media, ese sufijo aparece además en una serie de nombres de lugar (*Orihuela, Azuela, Boñuelos, Hornachuelos*, etc), de los cuales nos interesa destacar los siguientes: *Ormazuela* (sobre *Hormaza*), *Cerezuela* (sobre *cereza*), *Pozuelo* o *Pozuelos* (sobre *pozo*), *Palazuelo* o *Palazuelos* (sobre *palacio*), *Valenzuela* (sobre *Valencia*) y *Palenzuela* (sobre *Palencia*). En el Nuevo Mundo, Colón, para dar nombre a la isla de Haití, que había llamado primero la *Isabela*, recurre — cuenta Pedro Mártir, en su *Década* III, libro VII, cap. II— a un diminutivo de este tipo, pero en latín: *Hispaniola*, o sea *Hispania* pequeña. Es la que se llamó la *Española*. *Venezuela*, formado sobre *Venecia* (mejor dicho, *Veneçuela* sobre *Veneçia*, con la cedilla antigua que sonaba como la *ts* y reproducía la *z* del italiano *Venezia*), es exactamente de la misma clase y representa una nostalgia de la Europa lejana. De ningún modo es un despectivo. Es más bien designación afectuosa.

Venezuela, nombre de origen extranjero

¿Era insólito usar un nombre de origen extranjero? Se ha alegado que el español, en la conquista y colonización del Nuevo Mundo, no adoptó más que nombres españoles e indígenas. Contra una afirmación tan absolutista hablan los hechos mismos. Alonso de Hojeda, como hemos visto, testimonia ante los oficiales reales que

había llegado al golfo de Venecia. No había ninguna prohibición de usar nombres extranjeros. Colón, en 1502, al descubrir en la costa de Panamá un puerto grande, profundo, seguro y abrigado, ¿no le dio el nombre, que puede ser portugués o italiano, pero no español, de Portobelo? En sus riberas se levantó una ciudad, que con sus ferias, en la época de los galeones, fue —según Alcedo— «una de las más populosas del mundo». Las Casas lo llama Puertobelo, Bel Puerto y aun Puerto Bello. Cuenta Pedro Mártir (*Década* IV, libro I, cap. I) que los españoles que desembarcaron en Yucatán, en 1517, «se dirigieron a un pueblo sito en la playa y tan grande, que los nuestros le llamaron Cairo, por El Cairo, capital de Egipto». Lo confirma Bernal Díaz del Castillo, al relatar la llegada a la costa de Yucatán de la expedición de Francisco Hernández de Córdoba (cap. II): «desde los navíos vimos un gran pueblo que, al parecer, estaría de la costa dos leguas, y viendo que era gran poblazón y no habíamos visto en la isla de Cuba ni en la Española pueblo tan grande, le pusimos por nombre el Gran Cairo».

Constantino Baile, en *Los cabildos seculares*, dice que «por el portillo de las cortesánias» entraron algunos nombres extranjeros. Entre ellos, Bruselas, fundada por Francisco Hernández de Córdoba en 1524, en Centroamérica, en el golfo de Nicoya, como homenaje al Príncipe Don Felipe, Rey de Inglaterra y señor de Flandes. O Londres, fundada en 1558 en la región de los diaguitas, del antiguo Tucumán, por el capitán Juan Pérez de Zurita, que dio además a la provincia el nombre de Nueva Inglaterra. Era un homenaje a María Tudor, la esposa de Felipe II. La población, destruida y reedificada varias veces, con emplazamientos diversos y designaciones variables, se conserva hasta hoy, aunque no ha logrado, a pesar de su nombre, brillante fortuna. También nosotros hemos tenido una Sabana de Londres, en la que se fundó el Real San Felipe, según consta en encomiendas de 1625.

Sin esa motivación cortesana, el capitán Jorge Robledo fundó en 1540, en la gobernación de Popayán, la ciudad de Cartago, a la que llamó así —dice Cieza de León, *La crónica del Perú*, cap. 25— «porque todos los más de los pobladores y conquistadores que con Robledo se hallaron habíamos salido de Cartagena». El nombre se extendió a la región, y decía Fernández de Oviedo (*Historia*, 2ª

parte, libro XI, cap. 1): «Cartago es una provincia así llamada, a disparate, por los primeros cristianos que allí andovieron...». Al año siguiente el mismo Robledo fundó otra población, a la que dio el nombre de Antiochia (hoy Santa Fe de Antioquia), de clara reminiscencia clásica. Cuenta Cieza (*Guerra de Quito*, cap. 99): «Acuérdome al tiempo de la fundación que me dijo Robledo que le quería poner por nombre Antioch[i]a, y yo le respondí: —No le faltarán guerras, como a la de Siria». Dio el mismo nombre a la provincia, y él se llamaba Mariscal de Antioquia. También como reminiscencia clásica surgió en Costa Rica una población llamada Esparta, incendiada por los piratas a fines del siglo XVII, y que lleva desde entonces vida bien lánguida.

Además, el origen extranjero del nombre de Venezuela no sorprendió a ninguno de los cronistas del siglo XVI, que admitieron, a pie juntillas y con absoluta unanimidad, que era un diminutivo de Venecia, y eso que estaban vinculados personalmente a la empresa colonizadora, y alguno de ellos al Consejo de Indias y a la Corona, ¿y puede sorprender a un observador actual?

Venezuela en la Nueva España

También se ha alegado que en diversas partes de América encontró el europeo poblaciones palafíticas, levantadas sobre el agua, y que era extraño que sólo en el golfo de Maracaibo se le ocurriese usar el nombre de Venezuela. Ha habido por lo menos otra población con ese mismo nombre. Y la menciona nada menos que Bernal Díaz del Castillo, en su *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España*. El pasaje aparece tachado en el manuscrito original, pero no por eso pierde su valor. La hueste de Cortés que avanzaba hacia la ciudad de México se encuentra, en el valle, ciudades y villas pobladas en los lagos. Y cuenta Bernal Díaz: «Nos quedamos admirados y decíamos que parecían a las cosas de encantamiento que cuentan en el libro de Amadís, por las grandes torres y cúes y edificios que tenían dentro del agua». Antes de

tomar el camino de Estapalapa (Iztapalapan), la última etapa que les conducía a la deslumbrante Tenochtitlán, durmieron en un pueblo que estaba poblado en la laguna, y agrega (cap. LXXXVII):

Me parece que se dice Mezquique, que después se puso Venezuela, y tenía tantas torres y grandes cúes que blanqueaban, y el cacique dél y principales nos hicieron mucha honra.

También menciona esa población Hernán Cortés en sus *Cartas de relación*, pero no da el nombre:

Una ciudad, la más hermosa, aunque pequeña, que hasta entonces habíamos visto, así de muy bien obradas casas y torres como de la buena orden que en el fundamento della había, por ser armada toda sobre agua. Y en esta ciudad, que será fasta de dos mil vecinos, nos recibieron muy bien y nos dieron muy bien de comer.

Los historiadores de la conquista no creen que fuera Mezquique (Mizquic), sino la vecina Cuitláhuac (hoy Tláhuac), situada en el istmo o calzada que separa el lago de Xochimilco del de Chalco. Dice Herrera. en su *Década* II, libro VII, capítulo IV, al describir la marcha de Cortés sobre México:

Fueron a Quitlauaca, al cual llamaron Veneçuela, lugar de dos mil vecinos, todo en agua, fresco y de gran pesquería; entraron en él por una calçada de más de veinte pies de ancho que duró más de media legua, con buenas casas, con torres, y el señor del pueblo salió a recibir a Cortés, proveyó el ejército, y a su ruego se quedó allí aquella noche.

Lo mismo repite luego Antonio de Solís, en su *Historia* (capítulo IX): «Había en la mitad del camino, sobre la misma calzada, otro lugar de hasta dos mil casas que se llamaba Quitlavaca, y por estar fundado en el agua le llamaron Venezuela».

Pero más importante es el testimonio de Fray Toribio de Benavente, un testigo de la primera hora, que llegó a México en 1524 y comenzó en 1536 su *Historia de los indios de la Nueva España*. Dice Fray Toribio (Tratado II, cap. I):

Entre los pueblos ya dichos de la laguna dulce, el que más diligencia puso para llevar frailes a los que enseñasen y en ayuntar más gente, y en destruir los templos del demonio, fue Cuitlahuac, que es un pueblo fresco y todo cercado de agua, y de mucha gente; y tenían muchos templos del demonio, y todo él fundado sobre agua; por lo cual los españoles la primera vez que en él entraron la llamaron Venezuela.

Tenemos, además, una importante confirmación cartográfica. Juan Bautista Ramusio publicó en 1556, en su «Colección de viajes», la *Relazione d'un gentiluomo di Ferdinando Cortes*, el llamado «Conquistador Anónimo». Esa relación va acompañada de un plano de la ciudad de México y su comarca que se cree inspirado en el que envió Hernán Cortés a Carlos V en 1520 (publicado en la edición de las *Cartas*, Nuremberg, 1524), aunque la orientación y la representación del Lago y de sus poblaciones es caprichosa y errónea. En él aparece Venezuela (en italiano, *Venezuola*) como nombre de una población levantada sobre el Lago de México.

También la ciudad de México, levantada sobre el agua, le evocó al conquistador la imagen de Venecia. El licenciado Lucas Vázquez de Ayllón, de la Audiencia de Santo Domingo, escribe a su Majestad el 30 de agosto de 1520 sobre sus gestiones de paz entre Pánfilo de Narváez y Hernán Cortés. Cuando llegó al puerto de San Juan de Ulúa —dice—, se acercó a su barco un español de los que iban con Cortés, y después de obtener seguridades, entró en él y dio su mensaje (*Colección de documentos inéditos*, XIII, p. 339):

Díxome cómo Hernando Cortés estaba con la gente la tierra adentro sesenta leguas de allí en una población que se llama

Temistitlán, e los españoles le habían puesto Venecia la Rica, que es fundada en una laguna o mar muerta de grandeza de veinte leguas, e que la dicha población tiene... calles e plazas fundadas en el agua, a la cual poblazón entran desde la tierra por tres calzadas de mucha grandeza, e que aparte de las dichas tres calzadas ay puentes lebadizos... y que en la dicha laguna ay muy grandes poblazones de casas de madera cubiertas de paja, todas fundadas sobre el agua, de las cuales se sirven, con la dicha poblazón principal, con canoas que andan por la dicha laguna.

Es decir, a la ciudad de México la llamaron los españoles, al llegar a ella en 1519, Venecia la Rica. No era necesaria la presencia de un italiano como Américo Vesputio para que los españoles del siglo xvi, al ver en el Nuevo Mundo una población construida sobre el agua, la asociaran con la gran ciudad del Adriático. La noticia del licenciado Vázquez de Ayllón la confirma Pedro Mártir, en carta del 7 de marzo de 1521, desde Valladolid, a los marqueses de Vélez y de Mondéjar, discípulos suyos, al hablar de la conquista de México y de su gran laguna (*Fuentes históricas*, I, p. 66):

En medio de ella está fundada una ciudad, que en su nombre se llama Tenustitlán, alias México, que los nuestros, poniéndole nombre nuevo, han llamado Venecia la Rica.

La asociación entre la ciudad de México y Venecia era frecuente. Fray Bernardino de Sahagún, en el prólogo de su *Historia*, dice que México «es otra Venecia», y los mexicanos «en saber y en policía son otros venecianos». Aparece también en la *Epístola* de Juan de la Cueva al licenciado Sánchez de Obregón, y llega hasta *El licenciado Vidriera*, de Cervantes:

Fue a Venecia, ciudad que, a no haber nacido Colón en el mundo, no tuviera en él semejante; merced al cielo y al gran Hernando Cortés, que conquistó la gran México para que la gran Venecia tuviese en alguna manera quien se le opusiese.

Estas dos famosas ciudades se parecen en las calles, que son todas de agua: la de Europa, admiración del mundo antiguo, la de América, espanto del mundo nuevo...

Ese nombre de Venecia la Rica y el nombre de Venezuela terminaron por extinguirse en la Nueva España y hoy son sólo recuerdo histórico. ¿Por qué se extinguieron? También se perdió la Venezuela del golfo de Maracaibo, hasta el punto de que no ha sido posible ni identificarla. Si ese nombre alcanzó entre nosotros proyecciones nuevas, ello se debe a los azares de la historia, unos azares que trataremos de explicar. La historia levanta y deshace sus tinglados, y va trazando, a través de sucesivos diseños y ensayos, sus figuras definitivas.

El testimonio del bachiller Fernández de Enciso

El bachiller Martín Fernández de Enciso fue amigo de Juan de la Cosa y de Alonso de Hojeda. En 1509, estando en Santo Domingo, participó con un navío en la expedición de Alonso de Hojeda al Darién, en la que debía morir trágicamente Juan de la Cosa. En 1519, mientras soñaba con nuevas empresas ultramarinas, publicó en Sevilla una *Suma de Geografía*, que es fruto de sus observaciones de muchos años. Su descripción del golfo de Maracaibo tiene para nosotros un valor inestimable:

Desde el cabo de Sant Román al cabo de Coquibacoa ay tres isleos en triángulo; entre estos dos cabos se haze un golfo de mar en figura quadrada; y al cabo de Coquibacoa entra desde este golfo otro golfo pequeño en la tierra quatro leguas; y al cabo dél, acerca de la tierra, está una peña grande que es llana encima della, y encima della está un lugar de casas de indios que se llama Veneciuela; está en diez grados. Entre este golfo de Veneciuela y el cabo de Coquibacoa haze una buelta el agua dentro de la tierra a la parte del Oeste; y en esta buelta está Coquibacoa.

Aquí se ha hallado peso y toque para el oro en el lugar, que es grande, y dicen los indios que traen el oro de fasta a veinte y cinco leguas de dentro de la tierra; y que cuando van allá por ello llevan el peso y el toque para conocer lo que traen. En todas las Indias del Poniente no se ha hallado peso sino aquí. El lugar de Coquibacoa es grande y bueno, de buena gente pacífica. En Veneciuela es la gente bien dispuesta, y ay más gentiles mugeres que no en otras partes de las de aquella tierra; ay perlas buenas y crecidas, aunque no ay tantas como en la Margarita. Aquí usan los indios lanzas de a veinte y cinco palmos, y tiraderas como dardos. Desde el cabo Coquibacoa fasta el cabo de la Vela ay quarenta leguas.

Esa grafía *Veneciuela* ha producido alguna desazón. El Hermano Nectario María, en su *Descubrimiento del Lago de Maracaibo*, de 1949, aduce ese texto para poner en duda la idea tradicional:

¿Este nombre de Venezuela sería puesto por Hojeda y Juan de la Cosa a la población indígena como diminutivo de Venecia, u oirían los españoles este nombre de boca de los aborígenes como designación de aquella población situada en el agua sobre una peña plana?

No hay más remedio que explicar las cosas.

¿De dónde sale esa forma *Veneciuela*, con la *i* al parecer anómala? Esa *i* sale precisamente de Venecia. En un documento español de 1235 (citado por don Ramón Menéndez Pidal en su *Cid*, I, p. 216), encontramos, como nombre de lugar, *Palaciuelos*. Es un diminutivo de *palacios*. La lengua moderna ha impuesto en ese caso *Palazuelos*, del mismo modo que *Venezuela*. Así, pues, la grafía de Fernández de Enciso, en vez de suscitar dudas, las desvanece; es una prueba más de que *Venezuela* es un diminutivo de *Venecia*.

En alguna edición posterior de la *Suma* de Fernández de Enciso, aparece la forma *Venecivela*. Es una simple variante

ortográfica. En la escritura de aquella época, y aun de todo el siglo XVII, la *v* equivalía a la *u* (por eso todavía la llaman *uve* en España). Se escribía por un lado *vn*, *cavs*, *nvnc*, etc, y por el otro, *uiuir* (vivir), *auia* (había), etc. Las grafías se confundían, pero la pronunciación jamás. En los *Comentarios reales*, del Inca Garcilaso, encontramos casos como *vuas*, que se leía sin dificultad *uvas*. Así, pues, la grafía *Venecivela* equivale exactamente a *Veneciuela*.

Quizá engañe a alguien la expresión «lugar de casas de indios que se llama Veneciuela». *Que se llama* significa *que es llamada*. Es evidente que así la llamaban los compañeros de expedición de Fernández de Enciso, que eran, entre otros, Alonso de Hojeda y Juan de la Cosa. Del mismo modo, cuando Giovanni Botero, en *Le relazioni universali* de 1591 (se ha aducido inconsultamente este texto en traducción castellana), habla de «un golfetto che si dice lago di Maracaio, con la terra de Venezzuola, fabricata sopra un sasso piano in mezzo al acqua» (un pequeño golfo que se llama lago de Maracaibo, con la tierra de Venezuela, levantada en un peñasco llano en medio del agua), no introduce ninguna innovación, no hace más que repetir la afirmación de López de Velasco: «Llamóse esta provincia Venezuela por la similitud que tiene con Venecia una población que está en medio del lago de Maracaibo, puesta sobre el agua, encima de una peña llana». Más importancia tiene la afirmación del Padre Las Casas, que tuvo en sus manos toda la documentación del Descubrimiento. Dice en su *Historia de las Indias* (cap. CLXVI): «Extendió su viaje Hojeda hasta la provincia y golfo de Coquibacoa, en lengua de indios; agora se llama en nuestro lenguaje Venezuela».

La aldea era indudablemente indígena, pero ningún autor dice que lo fuera también el nombre. Las noticias de Fernández de Enciso constituyen una corroboración, sin lugar a dudas, de la relación con *Venecia*.

Desvanecimiento del nombre

Hasta aquí Venezuela es nombre de una pequeña población indígena del golfo de Maracaibo, y por extensión también del golfo mismo: Golfo de Venezuela, o de Venecia. Pero de pronto pareció que el nombre se iba a desvanecer totalmente. Alonso de Hojeda, su descubridor, vuelve para conquistar y poblar la tierra, y el título que le conceden los Reyes Católicos, por cédulas del 8 y 10 de junio de 1501, es de gobernador de la *isla* de Coquibacoa: «Nuestra merced e voluntad es que Alonso de Hojeda sea gobernador desta isla e su tierra e jurisdicción». Su jurisdicción no llegaba ni siquiera a la llamada tierra de Curiana, pero abarcaba la región del lago de Maracaibo, es decir, la zona de la aldea indígena de Venezuela.

El mismo título le ratifica la Real Cédula del 21 de septiembre de 1504: «Seáis gobernador de la dicha tierra e costa de Cuquibacoa e Urabá, desde el cabo que se dixe del Isleo fasta do dizen los Coxos». Y la del 10 de marzo de 1505: «La tierra firme de Cuquibacoa que descubristes...». Esa región, hasta el golfo de Urabá, cobró transitoriamente, con Hojeda y Enciso, en 1509, el nombre de Nueva Andalucía, que todavía figura en cédulas reales de 1513 y luego trasmigra hacia nuestra costa oriental.

En 1520 —utilizamos la rica documentación del Archivo de Indias y de la Colección Muñoz que se encuentra copiada en nuestra Academia de la Historia— el licenciado Rodríguez de Figueroa, oidor de la Audiencia de Santo Domingo, menciona las islas y provincias de la costa (Paria, Coquibacoa, etc.), pero no aparece en su informe el nombre de Venezuela. Tampoco en las capitulaciones de 1520 con Fray Bartolomé de las Casas para el descubrimiento y población de Tierra Firme, «desde la provincia de Paria hasta la de Santa María» (en la documentación aparece, en cambio, la provincia de Maracapana, la de Cariaco, la de Chichiribiche, etc.). Ni en la de Diego Caballero, el 4 de agosto de 1525, para que fuese a la contratación y rescate de oro a «las provincias y tierras desde el cabo de Sant Román hasta el cabo de la Vela». Ni en la documentación de la primera empresa colonizadora de esta tierra (la colonización de la región oriental es anterior, pero

sigue otros rumbos), la de Juan de Ampíes, que condujo a la fundación de Santa Ana de Coro, el 23 de noviembre de 1527. La Cédula Real de su Majestad, el 17 de noviembre de 1526, le concede a Ampíes las islas de Curazao, Aruba y Bonaire, «que están en la comarca de la Tierra Firme llamada Castilla del Oro, en el paraje de Coquibacoa...». El nombre de Tierra Firme lo había sustituido el rey Fernando, en 1513, por el más estimulante de Castilla del Oro, que se hizo pronto famoso con la desdichada gobernación de Pedrarias Dávila.

El nombre de Venezuela parece esfumarse también de los mapas. El año 1529 termina el cartógrafo portugués Diego Ribero su famosa *Carta universal*. Aparecen en ella Coquibacoa y cabo de la Vela, pero no Venezuela. Nuestra tierra todavía figura englobada en Castilla del Oro. Y el texto que acompaña a ese nombre (en el ejemplar de Weimar, y no en el del Vaticano) dice: «Aquí tienen los alemanes su gobernación, desde Cabo la Vela hasta Cumaná». ¿Cómo resurge entonces el nombre de Venezuela?

Los alemanes y la Gobernación de Venezuela

El paso decisivo lo constituye la capitulación del emperador Carlos V, el 27 de marzo de 1528, con los representantes de los Welser, o los Belzares, para la conquista y población de esta tierra. El Emperador había nombrado gobernador de Santa Marta a García de Lerma, y los agentes de los Welser, que se habían comprometido a colaborar con él, solicitaban la gobernación vecina:

...me hezistes relación que en la misma costa está otra tierra, que es del cabo de la Vela y golfo de Veneçuela y el cabo de Sant Román y otras tierras hasta el cabo de Marcapana, que están en la misma conquista, en que se incluyen muchas tierras e provincias, la cual tierra con la de Santa Marta vosotros os ofrecéis a pacificar e poblar... e me suplicastes e pedistes por merced vos hiziese merced de la conquista e población de las dichas tierras...

El Emperador les da licencia para descubrir, conquistar y poblar las tierras y provincias que hay desde el cabo de la Vela (límite de la gobernación de Santa Marta) hasta Maracapana, «este-oeste nortesur, de la una mar a la otra». Y al confirmar el 22 de abril de 1528 el asiento concertado entre los alemanes y García de Lerma, habla de «las dichas tierras de Vençuela e sus provincias». Queda entonces constituida la Gobernación de Venezuela: «Gobernación e conquista de Vençuela» dice la real Cédula del 20 de noviembre de 1530. Micer Ambrosio Alfinger llegó a Coro el 24 de febrero de 1529 como primer «Gobernador de Venezuela». Su gobernación, «de la una mar a la otra», podía llegar hasta el Estrecho de Magallanes.

Es muy probable que el nombre de Venezuela, por su asociación con el emporio comercial y marítimo de Venecia, tentase más que un nombre indígena o uno puramente hispánico a los banqueros y conquistadores alemanes. Es posible que ese nombre se hubiese conservado, después de Juan de la Cosa, en el «padrón real» (la carta oficial para uso de los pilotos), que durante algunos años estuvo a cargo de Américo Vespucio, y luego de su sobrino Juan Vespucio. Aunque el nombre no aparece en una serie de mapas de la época (1502-1530), lo encontramos por lo menos en dos: uno de Salvador de Pilestrina, de hacia 1515, conservado en la Biblioteca de la Ciudad de Le Havre (*uenezuela* junto a *Corro*) y otro de Visconte Maggiolo, de 1527, que se encuentra en la Biblioteca Ambrosiana de Milán (leemos *Veneciella*). Los dos los ha reproducido Roberto Almagiá en *Gli Italiani, primi esploratori dell'America* (tavola XXXI y tavola LVI). Y aun es muy posible que el «Golfo de Vericida», que aparece en el mapa de Ruysch, de 1508, represente una copia disparatada de «Golfo de Vençuela». Por su ubicación corresponde al golfo de Maracaibo del diseño de Juan de la Cosa. Además, *Vericida* (asesino de la verdad) no parece justificable y no figura en ningún otro texto. Darle la significación adjetiva de «engañoso» choca con la preposición (*de Vericida*). En materia de disparates de copia, todo es posible: en un documento del Archivo del Vaticano correspondiente a 1531 aparece la grafía *Vanezuda* en lugar de *Venezuela* (*Documentos de la Academia de la Historia*, vol. XXXIX, fol. 1 r.). Hay, pues, motivos para pensar que el nombre de

Venezuela resurge de pronto en 1528 por haberse conservado en los textos cartográficos.

Cabe otra posibilidad: que se haya conservado gracias a la *Suma de Geografía*, del bachiller Martín Fernández de Enciso. El 21 de agosto de 1528 dice el Rey a los representantes de los Welser:

Sabed que antes que con vosotros se tomase el dicho asiento y capitulación se había platicado de lo tomar con el bachiller Martín Fernández de Enciso y con Rodrigo de Rebolledo, su hijo... la dicha capitulación no hubo efecto y la gobernación de las dichas tierras se había dado y encomendado a vosotros, los dichos alemanes...

Hubo, efectivamente, una capitulación del Rey con el bachiller Fernández de Enciso y su hijo Rodrigo de Rebolledo, del 17 de marzo de 1527, para conquistar y poblar en Tierra Firme. De todos modos, son los alemanes los que recogen y fijan el nombre de Venezuela. Tiene así cierto sentido la afirmación de Juan de Castellanos:

Y Venezuela de Venecia viene,
que tal nombre le dio por escelencia
el Alemán, diciendo le conviene
al grande lago desta pertenencia
llamado Maracaibo...

La consagración eclesiástica

Ese nombre de Venezuela de las cédulas del Emperador Carlos V tuvo en seguida consagración papal. Una bula de Clemente VII, del 21 de junio de 1531, en vista de que

entre otras provincias de las partes de Tierra Firme del Mar Océano nuevamente descubiertas y ganadas por nuestro muy amado hijo Carlos, Emperador de los Romanos..., hay una

llamada Venezuela («sit una Venezuela nuncupata»), cuyos naturales y moradores, careciendo de la divina luz, viven sin ninguna instrucción de la Fe Católica,

crea en ella el Obispado de Coro:

Nos... señalamos con título de Ciudad el pueblo llamado Coro, que está en la dicha Provincia de Venezuela..., e instituímos en ella una Iglesia Catedral, en la cual esté un Obispo llamado de Coro.

El primer Obispo, don Rodrigo de Bastidas, dictó el 4 de junio de 1532, en Medina del Campo, las reglas para el establecimiento y gobierno de la nueva iglesia. El nombre de su diócesis era todavía inseguro:

Provincia de Venezuela en Tierra Firme, llamada por otro nombre Castilla del Oro, que vulgarmente se llama de Coro.

La gobernación de Tierra Firme o Castilla del Oro quedó limitada en seguida al Darién. La «provincia de Coro», que empezó a sonar en las cartas de Juan de Ampíes, en 1527, quedó relegada a la comarca de la ciudad. El mismo Juan de Ampíes, el 7 de septiembre de 1528, enterado ya de la capitulación con los alemanes, escribe a Su Majestad sobre «los indios del golfo de Venezuela», y se considera poblador y gobernador «de dicho golfo e provincia». Aun el Obispado de Coro se llamará a cada paso Obispado de Venezuela (ya en una cédula real del 27 de octubre de 1535), y Fray Pedro de Águeda firmará, en 1561, como Obispo venezolano: «Petrus de Águeda, Episcopus Venezuelanus».

Hasta la misma ciudad de Coro, núcleo inicial de la gobernación, estuvo a punto de cambiar de nombre: «La ciudad de Coro, que comúnmente llaman Veneçuela», dice López de Velasco hacia 1571, y repite Antonio de Herrera, en su *Descripción de las Indias Occidentales*, de 1599: «La ciudad de Coro, que los

indios dicen Coriana, que comúnmente llaman ahora Venezuela» (todavía en el mapa de N. Sansón d'Abbeville, París, 1656, figura el «Golfo de Vençuela o de Coro» y la ciudad de «Coro o Venezuela»). Es la actuación de los gobernadores alemanes, con sus dieciocho años de dramáticas correrías por llanos y montañas tras el fantasma del Dorado, la que fija el nombre. Ya caídos los alemanes, llega, en 1546, el licenciado Juan Pérez de Tolosa, como gobernador de Venezuela. La gobernación abarcaba también las pesquerías de perlas y las minas de oro y plata, reales o supuestas, de la Península de la Guajira: «Gobernación de Venezuela y Cabo de la Vela».

«*Venezuela*» o «*Benenzuela*»

En 1581 Su Majestad da licencia para que Fray Pedro de Aguado publique su *Descubrimiento, pacificación y población del Nuevo Reino de Granada de las Indias*. La segunda parte, dedicada a nuestra tierra, tiene como subtítulo:

En el cual se trata el descubrimiento y fundación de la gouernación y provincia de Uenençuela, con el descubrimiento de la isla Trenidad y fundazió de la ciudad de Cartagena y su gouernación, en Tierra Firme; con el alçamiento y tiranía de Lope de Aguirre, traydor, hasta que fue muerto en la gouernación de Uenençuela por los del Campo del Rey...

En el texto alternan a cada paso *Venençuela* y *Benençuela* (también en la primera parte, libro IV, cap. I). Casi no existe la forma sin *n*. ¿Cómo se explican esas grafías en el primer historiador de nuestra tierra? La alternancia entre *v* y *b* no constituye problema: era frecuente en cualquier nombre castellano en todo el siglo XVI, en España y América. En documentos españoles de 1520, por ejemplo, encontramos a cada paso *Balladolid*, y desde entonces se mantiene la vacilación entre *Valbuena* y *Balbuena*. En las Actas del Cabildo de Caracas encontramos, desde 1573 hasta

1600, no sólo grafías como *balor, bálidas, botos, balle, bino*, etc., sino también nombres como *Bázquez, Vaena, Varquisimeto, Nueva Balencia, Volívar*. Y quienes escribían esas actas no eran personas incultas, sino notarios de Su Majestad. En ellas encontramos también la alternancia en el nombre de la gobernación. Por una parte, *Beneçuela, Veneçuela, Venezuela*. Y por otra, *Benençuela, Benenzuela, Venençuela, Venezuela* y hasta *Venensuela* o *Venenssuela*. Hemos contado en ese primer volumen de las Actas 95 casos con *n* frente a 90 sin *n*.

Las variantes ortográficas son muy fáciles de explicar. La *ç* representaba la pronunciación original, y se fue haciendo cada vez más rara, sustituida por *z*, hasta que desaparece del castellano después de la regulación académica de 1726. La confusión entre *c-z* y *ss-s*, como manifestación del seseo hispanoamericano, era ya general a mediados del siglo XVI. ¿Pero la *n* parásita o epentética?

Esa *n* parásita se debe, sin duda, a repercusión o resonancia de la nasal anterior. Del mismo modo se explica la de *mancha* o de *manzana* (del latín *macula* y *mattiana*) o la de *mensaje* (del francés *message*). O la del antiguo y clásico *muncho* (de *mucho*), que se conserva todavía en algunas regiones. El antiguo *intricado* (así todavía en el *Quijote*) se hizo *intrincado*. De modo análogo, un apellido tradicional español como *Mendoça* (hoy *Mendoza*) se ha hecho en portugués *Mendonça*. Aun sin esa repercusión de la nasal, el antiguo *ficar* (del latín vulgar *figicare*) se hizo *hincar*, y el latín *alauda* dio *alondra*. En nuestros textos del XVII y del XVIII es frecuente *plántano* por *plátano* (quizá influencia de *planta*). En la *n* de *Venezuela* puede haber influido, además, la asociación con otros nombres más familiares al español: *Valencia, Palencia, Plasencia, Valenzuela*. Los nombres de la tierra no gozan de fuero especial y tienen el mismo tratamiento que el resto del vocabulario, sometido a una serie de cambios fonéticos, ortográficos y morfológicos. No es extraño encontrar *Venezuela*, nombre todavía relativamente nuevo, cuando era frecuente *Venencia*. Por ejemplo, en un documento del 4 de enero de 1526 (el Asiento que hizo su Majestad con la gente de la Armada de Sebastián Caboto,

en José Toribio Medina, *El veneciano Sebastián Caboto*, I, p. 431): «Niculao de Venencia, vecino de Venencia» (más frecuente es *Venecia* en el mismo documento). El Padre Aguado derivaba su *Venezuela* precisamente de *Venencia* (I, cap. III), «poblada en los lagos y lagunas del Adriático». Y agregaba:

Y pareciéndoles, como he dicho, a los españoles que por habitar estos indios deste lago en el agua, de la forma que e contado, eran en alguna manera semejantes a los moradores de Venençia, pusieron por nombre a la provincia Venençuela, y desta suerte se escureció dende en adelante de tener la provincia nombre de Coro y quedarse con él solamente la ciudad, y así hasta este nuestro tiempo comúnmente aquella governación se ha llamado y llama la provincia y governación de Venençuela.

Esa grafía con *n* se prolonga hasta la primera mitad del siglo XVII, en que se va haciendo menos frecuente. La hemos documentado por lo menos desde 1562 (*Documentos de la Academia de la Historia*, volumen XVII, fol. 95 v.) hasta 1617 (Actas del Cabildo de Caracas). En 1618 aún aparece en el Mapa de América del Sur de Pedro de Quirós. A fines del XVI era tan insistente, que hasta aparecía en la transcripción de cédulas reales que originalmente no la llevaban. Aún subsistía en el siglo XIX. Un «Banco jocoso o arancel de multas para los que usen términos rústicos en su profesión», publicado en Caracas en 1854, traía la siguiente décima:

El que diga pitrimeta
y profiera sin rectato
naidie, estógamo y treato
ha de dar una peseta;
toda persona discreta
debe pagar doble tela
si dice *cuidiao, prazuela.*
predicaor, cumpuniendo.

*trempano, nenguno, uliendo,
pretecolo y Venenzuela.*

No debía ser raro. Una carta humorística que remeda el habla de un negro, dirigida a «Miamo Antonio Locario» (es decir, Antonio Leocadio Guzmán), publicada en *El Pica-y-Juye*, de Caracas, el 25 de abril de 1858, usa *Benensuela*. Y en 1859, Palmarote, el popular personaje de *Un llanero en la Capital*, de Daniel Mendoza, llamaba a su país *Berenzuela* (*Verenzuela* es apellido nada raro entre nosotros): «La capital de Berenzuela...». En Bogotá, todavía en 1907, Rufino José Cuervo, en la quinta edición de sus *Apuntaciones críticas*, recogía *Venezuela* junto a *jeringonza*, que también se da entre nosotros y en otras regiones hispánicas. Y aún recientemente, hace unos pocos años, Robert Wallace Thompson, en el castellano hablado en la isla de Trinidad: «Mi taita era venezolano».

La grafía *Venezuela* era un hecho de lengua. También lo era la forma *Venezuola*, que aparece en mapas y documentos italianos, y *Vençuela* en textos franceses. En cambio, cuando el Obispo de Coro, el 20 de octubre de 1550, escribe *Venecia* en lugar de *Venezuela* («Coro, de la provincia de Venecia»), o cuando un documento del 9 de octubre de 1561 habla del gobernador «desta provincia de Valençuela» o cuando el deán de la catedral de Coro firma, el 4 de febrero de 1591, como «Deán de Valenzuela», estamos en el fructífero terreno de los *lapsus calami*. *Valenzuela*, o Valencia pequeña, fue *lapsus* relativamente frecuente, y hasta aparece sistemáticamente, bajo la forma latinizada *Valentiola*, en la *Historia de Benzoni*, de 1581 («Velzaris mercatoribus Germanis Valentiolam Indiae provinciam Caesar oppignerat»). Del mismo modo hay que interpretar algunas grafías que aparecen en mapas del siglo XVI (ya hemos visto el caso de *Vericida*) y a las que se ha asignado a veces una importancia que no tienen: *Buenezola* en el Mapa de Tierra Firme, de Alonso de Santa Cruz, de 1536 (parece una halagüeña asociación con *bueno*); *Venazola* en el Globo de Eufrosino della Volpaja, de 1542; *Benezul* en un mapa de Ortelius de 1570, y en una copia del mismo de 1587 (ese mapa

trae igualmente Amazonas, S. Catelina, C. diz puntas, Terra del Fuego, C. Primiero, Galópegos); *Benenzul* en un mapa de Juan Martínez, de 1582, que parece copiado del de Ortelius (trae también Amazonas, Galópegos, Orelana); *Golfo de Venicuela* en la Carta general de América Meridional, de Juan Martínez, de 1587, y *Golfo de Vuenecuela* en la *Carta de las costas*, de Juan de Oliva, de 1596. Es evidente que nuestro nombre no era todavía familiar en el mundo cartográfico de Europa.

Los mapas viejos, que circulaban en múltiples copias hechas a mano, contienen una serie de nombres erróneos que se deben simplemente a lectura precipitada o defectuosa de malos copistas. No hay nombre que no haya sufrido destrozos más o menos crueles. Nuestro golfo de Paria figura en muchos mapas (desde el de 1511 que acompaña a las *Décadas* de Pedro Mártir) como golfo de París (trae también *equibacoa* por *Coquibacoa*), y aun se lee *Paira* en el Mapamundi de Pietro Coppo, de hacia 1520. Esas grafías deben considerarse como simples erratas, y no se les puede atribuir mayor significación. El nombre de Venezuela está ya atestiguado para esa época en miles de documentos.

¿«Venezuela» o «Caracas»?

La Gobernación de Venezuela no abarcaba todo el territorio de la actual República. Paralelamente a ella se constituyeron, en el proceso de colonización de tres siglos, varias entidades de extensión variable. Por el oriente, las gobernaciones de Guayana, de Cumaná, de Trinidad y Margarita (a veces las abarcó, en todo o en parte, la denominación de Nueva Andalucía). Por el occidente, la región del Lago, que había sido el núcleo inicial de la gobernación de Venezuela, integró después el Corregimiento o Provincia de Mérida y se convirtió en Provincia de Maracaibo (con inclusión de los actuales estados andinos, y alguna vez también el Apure). Dependían, en lo político, militar y jurídico, a intervalos, del Nuevo Reino de Granada o de la Audiencia de Santo Domingo.

En los siglos XVI y XVII se usa indistintamente Gobernación de Venezuela o Provincia de Venezuela: en 1569 Diego de Losada, capitán general de la provincia de Caracas, solicita en vano la gobernación, con motivo de la muerte de «vuestro gobernador de la provincia de Vençuela». Y a veces «Provincia y Gobernación de Venezuela»: ya el 27 de marzo de 1535, en *el Libro de acuerdos de los oficiales de la Real Hacienda* de la ciudad de Coro; el 2 de enero de 1579 don Juan Pimentel escribe como gobernador y capitán general «desde provincia e gobernación de Venezuela». La conjunción *y* (frecuentemente *e* en la grafía antigua) equivalía en la lengua de la época a la conjunción *o*. Hay centenares de casos análogos en todo el período clásico, sobre todo en los títulos de las obras teatrales: *El Burlador de Sevilla* y *Convidado de piedra*. Así, «Provincia e Gobernación de Venezuela» significaba «Provincia o Gobernación de Venezuela». Más adelante, en 1688, el Obispo don Diego de Baños y Sotomayor se llamará «Obispo del Obispado de Venezuela y Caracas». Es decir, de Venezuela o Caracas.

El nombre de Provincia de Caracas, que en los comienzos designaba sólo una parte de la gobernación (junto a provincia de Coro, provincia del Tocuyo, provincia de Nirgua, etc.), se extiende poco a poco a toda ella. La pequeña aldea indígena de los Caracas, en cuya proximidad estableció Francisco Fajardo, en 1559, el hato y ranchería de San Francisco, y Diego de Losada, el 25 de julio de 1567, la villa de Santiago de León, se convirtió, en 1576, con el gobernador Pimentel, en capital de la gobernación. En 1636, cuando se trasladaron a ella definitivamente las autoridades episcopales (ya desde fines del XVI algunos obispos fijaban su residencia en Caracas), adquirió, además, el carácter de capital eclesiástica. Una Real Cédula del 21 de junio de 1703 dice: «El Gobernador y Capitán General de la provincia de Caracas...». En 1723 escribe Oviedo y Baños su *Historia de la conquista y población de la provincia de Caracas*, y comienza del modo siguiente:

Entre las provincias que componen el dilatado imperio de la América tiene lugar, por una de las mejores, la que desde los principios de su descubrimiento, con alusión muy propia, se llamó Venezuela, aunque después, tomando el nombre de su metrópoli, es comúnmente llamada Provincia de Caracas.

El nombre de «Provincia de Caracas» junto al de «Provincia de Benezuela» aparece en la Real Cédula del 25 de septiembre de 1728 que concede a Guipúzcoa privilegios comerciales. A raíz de esa Cédula se constituye la «Real Compañía Guipuzcoana de Navegación a Caracas», que podía comerciar también con los puertos de Cumaná, la Trinidad de la Guayana y la Margarita. En 1742 la Compañía obtuvo el monopolio comercial de la Provincia de Caracas, y en 1752 el de Maracaibo. El gobernador y capitán general de la provincia de Venezuela o de Caracas tenía, además, cierta preeminencia sobre los gobernadores vecinos, y funciones de vigilancia comercial sobre sus fronteras. Una Real Cédula del 8 de diciembre de 1776 crea en Caracas una Intendencia para todas estas provincias:

Con el importante fin de poner en sus debidos valores mis Reales Rentas de las Provincias de Venezuela, Cumaná, Guayana y Maracaibo, y las de las islas de Trinidad y Margarita, y fomentar sus poblaciones, agricultura y comercio, he tenido a bien resolver la erección de una Intendencia de Ejército y Real Hacienda en las insinuadas Provincias e islas.

Es la primera unidad venezolana: la de la Real Hacienda. Y precede en un año a la unidad política y militar. La marcha de la historia está produciendo un lento proceso de aglutinación o de integración. Caracas, con su creciente importancia y vitalidad, es el eje de ese proceso. ¿Iba a transmitir su nombre al país, como ha sucedido en el caso de la ciudad de México o la de Guatemala?

La Capitanía General de Venezuela

El lento proceso de estructuración territorial y de autonomía jurídica, económica y política se produjo frente a la Audiencia de Santo Domingo y el Nuevo Reino de Granada, las dos entidades de que dependieron alternativamente estas provincias. La «Provincia de Beneçuela» obtuvo la Real Cédula del 8 de diciembre de 1580 para que, en caso de que vacara la gobernación, gobernasen en cada ciudad y villa los alcaldes ordinarios. Y como la Audiencia de Santo Domingo nombró de nuevo gobernador interino, una Real Cédula del 18 de septiembre de 1676 estableció que los Alcaldes de Caracas asumiesen en esos casos la gobernación. El proceso de integración se cumplió en varias etapas.

El 29 de abril de 1717 se crea el Virreinato de la Nueva Granada, con jurisdicción sobre las provincias de Caracas, Maracaibo y Guayana. Pero en 1723 se extingue el Virreinato y se restablece el orden anterior. De nuevo, el 20 de agosto de 1739 se reconstituye ese Virreinato, y caen bajo su gobierno las provincias de Caracas, Maracaibo, Guayana, Río Orinoco y las islas de Trinidad y Margarita. Ante las instancias del Gobernador y Capitán General de Caracas, una nueva cédula, del 12 de febrero de 1742, resuelve «relevar y eximir al Gobierno y Capitanía General de la Provincia de Venezuela de toda dependencia de ese Virreinato». Sus gobernadores reasumían sus funciones de gobierno, guerra y hacienda y nombraban sus funcionarios, sin necesidad de confirmación de la Audiencia de Santo Domingo. Y, además debían «celar sobre el cumplimiento de la obligación de las de Maracaibo, Cumaná, la Margarita, la Trinidad y la Guayana en lo respectivo al ilícito comercio». Dentro de ese proceso de paulatina hegemonía de Caracas, ya hemos visto la creación, en 1776, de la Real Intendencia.

Pronto se produce un hecho de carácter más decisivo y fundamental. El 8 de septiembre de 1777 una Real Cédula de Carlos III crea la Capitanía General de Venezuela.

He tenido a bien resolver la absoluta separación de las mencionadas provincias de Cumaná, Guayana y Maracaibo, e islas de Trinidad y Margarita, del Virreinato y Capitanía General del Nuevo Reino de Granada, y agregarlas en lo gubernativo y militar a la Capitanía General de Venezuela, del mismo modo que lo están, por lo respectivo al manejo de mi Real Hacienda, a la nueva Intendencia erigida en dicha Provincia y Ciudad de Caracas, su capital. Asimismo he resuelto separar en lo jurídico, de la Audiencia de Santa Fe, y agregar a la primitiva de Santo Domingo, las dos expresadas Provincias de Maracaibo y Guayana, como lo está la de Cumaná y las islas de Margarita y Trinidad, para que hallándose estos territorios bajo una misma Audiencia, un Capitán General y un Intendente inmediatos, sean mejor regidos y gobernados con mayor utilidad de mi Real Servicio.

Todavía se van a cumplir, en las postrimerías del período colonial, varias etapas. Una Real Cédula del 31 de julio de 1786 instituye la Audiencia de Caracas para evitar que los asuntos venezolanos recurriesen en apelación a Santo Domingo (el 26 de febrero de 1787 se constituyó, bajo la presidencia del gobernador y capitán general). El 3 de junio de 1793 se instituyó el Consulado de Comercio en Caracas, para los pleitos mercantiles de toda la Capitanía General. Y en 1804 se estableció el Arzobispado de Caracas, dándole como sufragáneos los Obispos de Guayana y Mérida, que dependían del de Santo Domingo y del de Santa Fe, respectivamente. Estaba así creada la base territorial, política, militar, económica, jurídica y eclesiástica de la Venezuela de hoy, a la que sólo le falta la isla de Trinidad, ocupada por los ingleses en 1797. La Capitanía General se va a constituir pronto en República de Venezuela.

Del 19 de abril al 5 de julio

El 19 de abril de 1810 cesan las autoridades de la Capitanía General y se constituye la «Junta Suprema conservadora de los

derechos de Fernando VII». Como emanación del Cabildo, era sólo Junta de Caracas. Pero el día 20 dirigió una proclama «a los habitantes de las provincias de Venezuela». De hecho asumió la representación de todo el país, y se llamó «Suprema Junta conservadora de los derechos de Fernando VII en Venezuela» (27 de abril). Y aun, en las representaciones ante las potencias extranjeras, «Junta Suprema de Venezuela». Así, el nombre de Venezuela suena ya en 1810 como una entidad política nueva en las notas de los plenipotenciarios venezolanos y en la respuesta del propio Ministro de Su Majestad Británica.

En octubre y noviembre se efectúan las elecciones, y acuden al Congreso los diputados de las provincias de Caracas, Barinas, Cumaná, Barcelona, Mérida, Trujillo y Margarita (Coro, Maracaibo y Guayana seguían bajo la dominación española). Esos diputados constituyen el «Congreso General de Venezuela», y el 5 de julio de 1811 proclaman la Independencia. El Acta comienza así: «Nosotros, los Representantes de las Provincias Unidas de Caracas, Cumaná, Barinas, Margarita, Barcelona, Mérida y Trujillo, que forman la Confederación Americana de Venezuela en el continente meridional...». Y después de desarrollar los fundamentos de su determinación, declaran:

Nosotros los Representantes de las Provincias Unidas de Venezuela, poniendo por testigo al Ser Supremo de la justicia de nuestro proceder y de la rectitud de nuestras intenciones, implorando sus divinos y celestiales Auxilios y ratificándolo, en el momento en que nacemos a la dignidad que su Providencia nos restituye, el deseo de vivir y morir libres, creyendo y defendiendo la Santa Católica y Apostólica Religión de Jesu-Cristo, como el primero de nuestros deberes; Nosotros, pues, a nombre, y con la voluntad y autoridad que tenemos del virtuoso pueblo de Venezuela, declaramos solemnemente al mundo que sus Provincias Unidas son y deben ser, de hoy más, de hecho y de derecho, Estados Libres, Soberanos e independientes y que están absueltos de toda sumisión y dependencia de la Corona de España

o de los que se dicen o dixeren sus Apoderados o representantes, y que como tal Estado libre e independiente tiene un pleno poder para darse la forma de gobierno que sea conforme a la voluntad general de sus pueblos, declarar la guerra, hacer la paz, formar alianzas, arreglar tratados de comercio, límites y navegación y hacer executar todos los demás actos que hacen y executan las Naciones libres e independientes.

El Congreso aprueba el 21 de diciembre del mismo año la primera Constitución Venezolana: «Constitución Federal para los Estados de Venezuela, hecha por los representantes de Margarita, de Cumaná, de Barinas, de Barcelona, de Mérida, de Trujillo y de Caracas, reunidos en Congreso General» (las provincias de Coro, Maracaibo y Guayana podían incorporarse a la Confederación cuando estuvieran «libres de la opresión que sufren»). Junto a Estados Unidos de Venezuela o Provincias Unidas de Venezuela, o Confederación de Venezuela, ya la Constitución usa simplemente el nombre de Venezuela: «los naturales del territorio de Venezuela», «los habitantes de Venezuela», «las relaciones que en consecuencia del nuevo orden político deben establecerse entre Venezuela y la Silla Apostólica».

Miranda y el nombre de Colombia

Con la Constitución de 1811 queda consagrado el nombre de Venezuela, que figurará en los discursos y proclamas de la Revolución. La Constitución de Angostura, del 15 de agosto de 1819, lo mantiene: «Nos el Pueblo de Venezuela», «la República de Venezuela», «el Congreso Nacional de Venezuela».

Pero el Congreso de Angostura inicia en seguida un nuevo curso. El 17 de diciembre de 1819, después de la victoria de Boyacá, aprueba una Ley Fundamental que establece que la antigua Capitanía General de Venezuela y el Nuevo Reino de Granada se fundirán en un solo Estado, con el nombre de República de

Colombia. Esta república estaría constituida por tres grandes departamentos, con los nombres de Venezuela, Cundinamarca y Quito. Una asamblea de las autoridades de Bogotá ratificó la Ley Fundamental. El Congreso de Cúcuta, convocado para 1821, debía echar los cimientos del nuevo Estado.

Ese nombre de República de Colombia representa por una parte un afán de unidad hispanoamericana y por el otro un deseo de vindicación histórica: frente al nombre de América, que se consideraba una injusticia, el de Colombia, como justiciero homenaje al descubridor. Sus antecedentes más lejanos están en el Padre Las Casas: en su *Historia de las Indias*, indignado de que Américo Vespucio hubiese robado a Colón —así dice— la gloria de dar nombre a la tierra firme, consideraba que ésta debía llamarse Columba o Tierra Santa o Tierra de Gracia, que el mismo Colón le había puesto («le pertenecía más a él que se llamara la dicha firme Columba, de Colón o Columbo que la descubrió, o la Tierra Santa o de Gracia, que él mismo por nombre le puso»). Pero el impulso de vindicación histórica cobra caracteres enteramente nuevos en el pensamiento político de Miranda.

Colombia no era para Miranda el nombre de todo el continente, sino de la gran unidad hispanoamericana. Lo empleaba así en lugar de «América española», «continente hispanoamericano» o «colonias españolas». Es probable que lo acuñara en 1784, su época de Nueva York, cuando —según confiesa— concibió el proyecto de Independencia de Hispanoamérica. El primer testimonio que hemos encontrado es de 1792, en una carta suya en inglés enviada desde París al secretario Hamilton, en que alude precisamente a esa época:

han madurado las cosas para la ejecución de los grandes y benéficos proyectos que contemplábamos cuando, en nuestra conversación de Nueva York, el amor de nuestra tierra exaltaba nuestros espíritus con aquellas ideas por el bien de la infortunada Colombia» («for the sake of unfortunate Columbia»).

Columbia, consagrado en el uso inglés, está formado sobre *Columbus*, el nombre latino. *Colombia*, que ya tenía alguna tradición en la toponimia hispanoamericana (*río Colombia* llamado un español, en 1775, a un río que descubrió en la actual Columbia Británica), está formado sobre *Colombo*, el nombre italiano. ¿Y *Colombeia*? Es el nombre que puso Miranda —probablemente en 1805, cuando organizó sus papeles, antes de partir de Europa— a los 63 volúmenes de su *Archivo*. Con su terminación griega, *Colombeia* (hay que leer *Colómbeia*) significaba sin duda para él: «Papeles y cosas relativas a Colombia». No lo hemos encontrado en sus textos, y al parecer sólo lo usó como título de su imponente *Archivo*. Ha inducido a error a autores eminentes, que han creído que era el nombre que él proponía para nuestra América.

En 1801 Miranda prepara en Londres una expedición al continente. Y redacta una Proclamación: «A los pueblos del continente hispano-americano». Pero en seguida tacha y corrige: «A los pueblos del Continente Colombiano (alias *hispano-americano*)». El artículo 1º dice:

Los Cabildos y Ayuntamientos de las Villas y Ciudades que componen las colonias del Continente Colombiano enviarán sin dilación sus diputados al cuartel general del ejército.

Desde entonces *colombiano* y *Colombia* aparecen con frecuencia en sus cartas y en las de sus amigos, en castellano, en francés, en inglés, sobre todo durante los preparativos de su expedición libertadora: «los bravos hijos de Colombia», «comandante en jefe de Colombia», «el ejército de Colombia», «nuestra querida Colombia» (en 1803). Al desembarcar en Coro dirige, el 2 de agosto de 1806, una proclama desde su Cuartel General:

Don Francisco de Miranda, Comandante General del Ejército Colombiano, a los Pueblos habitantes del Continente Américo-Colombiano.

Después del fracaso de esa expedición, elabora en Londres, en 1808, un Proyecto Constitucional. Habla en él de «ciudadanos americanos», «comicios americanos», «Imperio americano». Pero el Cuerpo Legislativo, constituido por representantes (o *amautas*) de las diferentes Asambleas Provinciales, se llamará, dice: «Concilio Colombiano, y será el único cuerpo que dicte leyes para toda la Federación Americana». La Capital Federal, que debía establecerse preferentemente en el istmo de Panamá, llevaría «el nombre augusto de Colombo, a quien se debe el descubrimiento de esta bella parte de la tierra».

Del 1º de abril al 15 de mayo de 1810, Miranda publica en Londres cinco números de un periódico titulado *El Colombiano*, para llevar las noticias importantes del momento a «los habitantes del Continente Colombiano».

Colombianos empieza a sonar en lugar de *españoles americanos* desde Buenos Aires hasta Caracas. A Caracas lo trae, ya en 1810, el mismo Miranda. Bajo su influencia, el doctor José Cortés de Madariaga, el antiguo canónigo de la Catedral, sale en diciembre de 1810 para Bogotá a acordar, con la Junta Suprema del Nuevo Reino de Granada —dice el enviado—, «los tratados de amistad, alianza y unión federativa entre las provincias de la Confederación Venezolana y el estado de Cundinamarca». Miranda mismo escribe, el 22 de enero de 1812, al Presidente de la Junta Suprema del Nuevo Reino acerca de

la reunión política entre el Reino de Santa Fe de Bogotá y la provincia de Venezuela, a fin de que formando juntos un solo cuerpo social, gozásemos ahora de mayor seguridad y respeto, y en lo venidero de gloria y permanente felicidad.

La nueva terminología pasa en seguida a los textos legales. Ya el 7 de enero de 1812 el Congreso de Venezuela dicta un Reglamento para la elección de un Poder Ejecutivo de tres miembros, y dispone (artículo 3): «deberán tener los electos las cualidades de treinta años de edad, ser nacidos en el Continente Colombiano (antes América Española)»...

En 1812, dentro de nuestra incipiente organización federal, se aprueba el «Código Constitucional del Pueblo Soberano de Barcelona Colombiana».

Bolívar y la República de Colombia

Corresponderá a Bolívar dar vida a los ideales *colombianos* de Miranda. Al iniciar, el 1° de marzo de 1813, lo que se ha llamado «la Campaña Admirable», se dirige a sus soldados (*Obras*, III, p. 552):

Vosotros, fieles republicanos, marcharéis a redimir la cuna de la independencia colombiana, como las cruzadas libertaron a Jerusalén cuna del cristianismo.

Caracas era «la cuna de la independencia colombiana». Luego, el 21 de junio, se dirige a los meridianos («A los valerosos Meridianos»): «Sí. Americanos, los odiosos y crueles españoles han introducido la desolación y la muerte en medio de los inocentes y pacíficos pueblos del hemisferio colombiano» (*Obras*, III, p. 554). Entre los pueblos del «hemisferio colombiano» mencionaba a Quito, La Paz, México, Caracas, Popayán. Y en su famosa proclama de guerra a muerte, desde Trujillo, el 15 de junio de 1813 (III, p. 556): «Que desaparezcan para siempre del suelo colombiano los monstruos que lo infestan». El «suelo colombiano» era Colombia (es decir Hispanoamérica). Así, al dirigirse el 22 de junio, desde Trujillo, a los soldados del Ejército Libertador de Venezuela (III, p. 558):

¿Habrá un solo hombre en Colombia tan indigno de este nombre que no corra con valor a engrosar nuestras filas?

O a los españoles y canarios, desde San Carlos, el 28 de julio (III, p. 560):

Todos los españoles y canarios que se han presentado a nuestro ejército han sido conservados en sus destinos y son tratados

como americanos, asegurándonos que son dignos de este título, y se portan con el valor y lealtad que caracterizan a los hijos de Colombia.

Ya en Caracas, en un artículo del 9 de junio de 1814, destacaba la gran unidad hispanoamericana (III, p. 831): «México, el Perú, Chile, Buenos Aires, la Nueva Granada y Venezuela forman hoy, por la identidad de sus principios y sentimientos, una liga formidable, incapaz de ser destruida por más que lo intenten sus enemigos». Y agregaba a continuación:

Debe ser un gran consuelo para nosotros saber que cualquier ultraje que se haga a una pequeña porción del suelo colombiano será vengada por infinidad de pueblos hermanos esparcidos sobre el nuevo hemisferio.

Sus aspiraciones de gran unidad hispanoamericana las limitó después. En su famosa *Carta de Jamaica*, del 6 de septiembre de 1815, lanza la idea de unir la Nueva Granada con Venezuela en una república centralista cuya capital fuera Maracaibo o una ciudad con el nombre de *Las Casas*, fundada en los confines de ambos países. Y decía:

Esta nación se llamaría Colombia, como un tributo de justicia y gratitud al creador de nuestro hemisferio.

En 1819 la creación de la República de Colombia es la suprema aspiración de Bolívar. La Ley Fundamental del Congreso de Angostura se aplica en seguida, aun antes de aprobarse la nueva Constitución. El Congreso designa a Bolívar Presidente de la República de Colombia. El 25 de noviembre de 1820 se firma el armisticio entre los emisarios de Bolívar y los de Morillo, y el texto dice: «Deseando los gobiernos de Colombia y de España transigir las discordias que existen entre ambos pueblos...». Y el artículo

1º establece: «Tanto el ejército de Colombia como el español suspenden sus hostilidades».

Venezuela dentro de la República de Colombia

El Congreso de Cúcuta, que debía llevar a la realidad la creación de la República de Colombia y organizar el nuevo Estado, ratificó la Ley Fundamental el 18 de julio de 1821. La nueva Constitución, sancionada el 30 de agosto, estructuró la República de Colombia, pero multiplicó los Departamentos: «El Congreso dividirá el territorio de la República en seis o más departamentos para su más fácil y cómoda administración» (artículo 150). Cada Departamento debía estar regido por un Intendente, nombrado por el Presidente de la República, «de quien será el agente natural e inmediato» (artículo 151). Y dividido a su vez en Provincias regidas por un gobernador, elegido también por el Presidente de la República (art. 152). La Constitución de Cúcuta arrojaba por la borda hasta la última ilusión de federalismo. Venezuela quedaba sumergida dentro de la gran unidad colombiana.

Pero aún más. El Congreso, al llevar a la práctica el artículo 150 de la Constitución, estableció, por ley del 2 de octubre de 1821, siete Departamentos; 1º, Orinoco, con las provincias de Guayana, Cumaná, Barcelona y Margarita; 2º, Venezuela, con las de Caracas y Barinas; 3º, Zulia, con las de Coro, Trujillo, Mérida y Maracaibo; 4º, Boyacá; 5º, Cundinamarca; 6º, Cauca; 7º, Magdalena. El nombre de Venezuela estuvo en ese momento a punto de naufragar, pues el proyecto original daba a su Departamento el nombre de Apure. Bolívar, en carta a Soublotte, el 5 de octubre, expresaba sus quejas contra el Congreso:

He instado por que el departamento de Venezuela quede como estaba, conservándole su nombre, que también se lo habían quitado y que es lo único que nos ha quedado después de tantas pérdidas.

Según la ley del 2 de octubre, Venezuela quedaba, además, fraccionada. La nueva organización desintegraba su territorio. Era retroceder a 1776.

Hubo un momento en que el mismo Congreso se asustó de su obra. El 6 de octubre, después de resolver que la capital de la República se trasladaría a Bogotá, decide que «se nombre para Venezuela un jefe que, reuniendo la administración de los ramos de Hacienda y Guerra, atienda a su defensa y responda a su seguridad». A ese Jefe quedaban supeditados, de hecho, los intendentes y gobernadores de los tres departamentos.

Pero pronto el Congreso de Colombia extremó aún más el fraccionamiento. La Ley del 25 de junio de 1824 elevó a doce los departamentos de la República. Se incorporaban a ella el departamento del Istmo y los de Ecuador, Azuay y Guayaquil, y el territorio venezolano quedaba dividido en cuatro: Orinoco (capital Cumaná), Venezuela (capital Caracas), Apure (capital Barinas) y Zulia (capital Maracaibo). El Nuevo Departamento de Apure se constituía a expensas del de Venezuela. Posteriormente, el 18 de abril de 1826, el Departamento de Apure recibió el nombre de Orinoco (con las provincias de Guayana, Barinas y Apure) y se creó el Departamento de Maturín, con las provincias de Cumaná, Barcelona y Margarita. ¿Hasta dónde se iba a llegar?

La «Cosiata» y la Constitución de 1830

Caracas había aceptado la Constitución de 1821 con reservas. En 1826, mientras Bolívar estaba reorganizando el Perú, se produjo el conflicto entre el centralismo bogotano, representado por Francisco de Paula Santander, en ejercicio de la Presidencia, y el general Páez, comandante general del departamento de Venezuela. La crisis de 1826 (la *cosa* aquella, o la *Cosiata*) condujo a la disolución de la gran República de Colombia. El 24 de septiembre de 1830 Páez promulgó la nueva Constitución, que consagra, hasta hoy, la independencia de Venezuela y la unidad nacional. «Constitución del Estado de Venezuela, formada por

los diputados de las provincias de Cumaná, Barcelona, Margarita, Caracas, Carabobo, Coro, Maracaibo, Mérida, Barinas, Apure y Guayana». Esta Constitución, que habla de «la Nación Venezolana» y «los Venezolanos», declara (artículo 5):

El territorio de Venezuela comprende todo lo que antes de la transformación política de 1810 se denominaba Capitanía General de Venezuela.

Aunque hoy todo venezolano suspira por el alto ideal grancolombiano de Bolívar, la verdad es que la unión era irrealizable: Ecuador, Colombia y Venezuela han marchado por rumbos distintos y han afirmado y desarrollado desde entonces su fisonomía independiente.

Los Estados Unidos de Venezuela

Desde 1830 Venezuela es ininterrumpidamente el nombre del país. No hay ninguna innovación en la Constitución de 1857 (de Monagas) ni en la de 1858 (de Julián Castro): Venezuela, o República de Venezuela. La Constitución Federal de 1864 introduce un cambio: «Constitución de los Estados Unidos de Venezuela». Y el artículo 1º dice:

Las provincias de Apure, Aragua, Barcelona, Barinas, Barquisimeto, Carabobo, Caracas, Cojedes, Coro, Cumaná, Guárico, Guayana, Maracaibo, Maturín, Mérida, Margarita, Portuguesa, Táchira, Trujillo y Yaracuy se declaran Estados independientes y se unen para formar una nación libre y soberana, con el nombre de Estados Unidos de Venezuela.

El federalismo no parece que se haya aplicado nunca, pero el nombre de Estados Unidos de Venezuela se mantuvo inalterable en las quince constituciones que siguieron a aquella¹. La del 15 de abril de 1953 renunció a tan venerable tradición nominal. La

«Asamblea Constituyente de los Estados Unidos de Venezuela» declaró (artículo 1°):

La Nación Venezolana es la asociación de los venezolanos en un pacto de organización política con el nombre de República de Venezuela...

Y la última, de 1961, aprobada por el «Congreso de la República de Venezuela», proclama en su artículo 2°: «La República de Venezuela es un estado federal, en los términos consagrados por esta Constitución».

Conclusión

Hemos visto cómo, en agosto de 1499, una insignificante aldea indígena del golfo de Maracaibo evoca a los descubridores, entre los cuales se encontraba un florentino tan eminente como Américo Vespucio, la imagen de la ciudad de Venecia. Desde el primer momento, como en el Adriático, el nombre asignado a la población se identificó con el del golfo mismo: Golfo de Venezuela. Ese nombre, al incorporarse a los mapas de la época desde el primer planisferio que, en el año de 1500, da el contorno de la nueva tierra firme, sedujo sin duda la imaginación de los europeos. Sobre todo la de los alemanes, que durante dieciocho años intentaron, expedición tras expedición, asir el fantasma fugitivo del Dorado. A ellos les tocó constituir, en 1528, la gobernación de «las tierras de Venezuela» y sellar dramáticamente nuestra primera etapa histórica. Con ellos el nombre de la aldea y del golfo se transformó en denominación de una gran unidad territorial y política.

La historia del nombre de Venezuela es desde entonces la de la tierra que lo lleva, y de sus habitantes, que fueron adquiriendo, a través de un largo y movido proceso histórico, el nombre de venezolanos. En sus comienzos era un nombre más dentro de los millares de nombres nuevos que las circunstancias del

descubrimiento hicieron brotar sobre las tierras y las aguas del Nuevo Mundo. ¿Por qué se mantuvo y no naufragó? Lo que hoy se llama Venezuela pudo llamarse, con igual o mayor derecho, Coquibacoa, Curiana, Coro, Paria, Guayana, Caracas, etc. El mismo nombre de Venezuela estuvo, al menos en dos ocasiones, a punto de zozobrar. ¿A qué se debe su excepcional fortuna?

El nombre de una colectividad no nace de una imposición personal o arbitraria. Para que subsista, necesita el consenso de generaciones. A una persona se le asigna un nombre, al nacer o al bautizarla, y lo normal es que le acompañe a través de toda su existencia, oscura o gloriosa. En cambio, los nombres de la tierra son un producto de la historia, a la vez una elaboración y una expresión de su destino. ¿Cómo se entretejieron destino y nombre de Venezuela?

El mantenimiento de nuestro nombre se debe, en primer lugar, a que la integración del país se produjo bajo la creciente hegemonía de la gobernación de Venezuela, que tenía a Caracas por capital. Y en segundo lugar, a una larga y lenta labor de selección a través de la cual unos nombres se desvanecieron y otros triunfaron. Las vacilaciones, ¿no respondían a un oscuro y oculto sentido estético? A través de los siglos la colectividad se sintió poco a poco identificada con su nombre, encarnada en él. De todos los nombres posibles, y a través de vicisitudes, vacilaciones y azares, triunfó el más hermoso, hasta hacerse consubstancial con el país y sus hombres. ¡Venezuela!

Nota

1 Las de 1874, 1881, 1891, 1893, 1901, 1904, 1909, 1914, 1922, 1925, 1928, 1929, 1931, 1936 y 1947.

¡A JURO!

Una de las expresiones más típicas de Venezuela es *a juro*. Una madre ordena a su niña: «Vas a comer esto a juro» (es decir, quieras o no, a la fuerza). Un enamorado impetuoso dice: «¡Me va a querer a juro!». Y ella se queja: «¡Quiere que lo ame a juro!». Le proponen a uno la candidatura a Rector de la Universidad, y contesta: «Eso es más pesado que matrimonio a juro». José Fabbiani Ruiz, en un artículo de 1953 sobre la literatura venezolana, decía:

Puede que lo venezolano consista en la utilización de elementos extraídos de nuestra realidad ambiental. No obstante, si aplicamos este principio *a juro*, contemplemos a la postre una literatura monótona, pobre, y es ello o que no le conviene a ningún país.

Pero el gran campo de la expresión, fuera del habla popular, es el periodismo. Un periódico de Caracas escribía en 1948:

Un diputado propuso recientemente se diera a la prensa carácter de cuarto poder... Cualquiera diría que nosotros los periodistas estamos buscando a juro se nos tenga por tal cuarto poder.

Hay varias poblaciones y barrios del interior que se llaman A Juro, porque surgieron en zonas prohibidas, «a lo macho» —como se dice—, por lo común en la vecindad de campos petroleros. Un barrio en las afueras de Caracas (más allá de Artigas, por el camino del Atlántico) se llamaba Barrio a Juro, porque se levantó, hacia 1945, con tablas y latas, desafiando la

prohibición. Y *a juro* lo derribaron después para dar paso a los nuevos bloques del Banco Obrero. Todavía hoy en Valencia hay un Barrio a Juro, habitado —según una información periodística de septiembre de 1958— por 9.000 personas, en 1.500 viviendas improvisadas e insalubres. Y otro muy cerca de Caracas, en Petare, sobre el que trae informaciones alarmantes *El Nacional* del 29 de abril de 1967.

Nuestros puristas condenan la expresión y sostienen que lo correcto y castizo es *de juro*. Uno de ellos, enmendando la plana al prójimo, recomienda que se diga: «No quiero ir contigo de juro a la playa» (es decir, obligado, forzado, contra mi voluntad). No creo que jamás se haya hablado así en castellano.

Nuestro *a juro* se conoce también en Bogotá (lo registran Roberto Restrepo y Luis Alberto Acuña): «El muchacho tiene que estudiar a juro» (= por las malas, sin remedio). Más extensión tiene *de juro*. El *Diccionario* de la Academia lo explica: «Ciertamente, por fuerza, sin remedio». *Por fuerza* no quiere decir *por la fuerza*: alude a lo que es forzado desde el punto de vista lógico. La expresión, que es de origen jurídico (*de juro* equivalía a *de derecho*), nunca tuvo nada que ver con la fuerza externa. Juan del Encina, el gran lírico y dramático español, la empleaba en su *Égloga de Plácida y Victoriana*, publicada en 1514. Plácida canta «¿Qué cosa es amor?»:

Es amor, donde se esfuerza
su afición no resistida,
una poderosa fuerza
del forzado consentida;
batalla nunca vencida,
guerra sin ningún seguro,
al cuerpo mal de por vida
y al alma pena de juro.

Ya había salido de la esfera jurídica. En una carta del 20 de enero de 1821, Moratín remeda el habla rústica:

...al probe se le ha de socorrer de juro, y para eso el rico es rico; y si el rico no da al probe, el demonio se lleva al rico.

También en el siglo pasado lo usaba Fernán Caballero en *El quinto* (citado por Carlos Martínez Vigil):

Desde que las Indias son Indias, ¿no han ido y venido de allí los españoles como yo voy al cortijo? Pero de juro que se va a ahogar Benito.

Y Luis de Eguílaz (citado en el *Diccionario* de Pagés):

...si en el perentorio término de veinte y cuatro horas no pones lañas al portillo que has abierto en la honra de esa pulcela..., te será cercenada, como es de juro, la cabeza y clavada en una escarpia para escarmiento de charranes y libertinos.

Todavía lo empleaba Juan Valera, en 1880, en su hermosa versión de *Dafnis y Cloe*. Los dos adolescentes pensaban:

Padecen los amantes y padecemos nosotros; no cuidan de sí mismos, como nosotros nos descuidamos; no logran dormir, y nosotros tampoco dormimos; se diría que arden, e idéntico fuego nos abrasa; desean verse, y para vernos ansiamos que llegue el día. Esto, de juro, es amor. Nos amábamos sin saberlo.

Ya se ve que equivale a seguramente, indudablemente. Y es el valor que conserva en el habla rural de gran parte de América: «De juro no has comido», por ejemplo, en el gauchesco de la Argentina y del Uruguay (también *dejuramente*, que se da además en Puerto Rico). Se ha registrado además en Chile y el Perú (Juan de Arona lo consideraba expresión ordinaria y grosera, «usada por los negros y nadie más»). En Cuba es *de juro a Dios*: «De juro a Dios que era Mongo Paneque. Se lo decía el corazón». En

todas esas regiones conserva estrictamente el valor que tenía en la lengua clásica.

No parece que ningún castellano lo emplee hoy. Si lo usaban todavía Fernán Caballero, Luis de Eguílaz y Juan Valera es porque se conserva vivo en Andalucía. Gran parte de América y Andalucía siguen, con su *de juro*, fieles al uso clásico.

Pero el *a juro* venezolano y colombiano presenta, además del cambio de preposición, un importante cambio en el significado. No es difícil explicarlo. En los adverbios y modos adverbiales alternan a cada paso lo seguro («A Seguro lo llevan preso», «A Segura lo llevaron preso»), con lo dudoso y lo probable. *Sin duda* expresa precisamente lo que ofrece dudas: «Vendrá sin duda mañana». *Seguramente*, lo poco seguro: «Seguramente me prestará dinero». *Forzosamente*, lo que no es enteramente forzoso: «Forzosamente me reclamará el pago».

En cambio, el *de juro* clásico, que indicaba seguridad o forzosidad lógica, adquirió entre nosotros cierto aire de prepotencia, como si hubiera pasado por las manos de los jefes civiles. Algo análogo ocurrió en Guatemala, donde se usa *de juro amén* para lo que debe suceder necesariamente, de grado o por fuerza: «Para ir sin dificultad al Salvador de juro amén debes obtener pasaporte en el Ministerio de Relaciones Exteriores».

Nuestro *a juro* es, pues, conservación de un uso castellano, pero con dos innovaciones; una en el sentido y otra en la forma. Al perder el significado de probabilidad (*de juro = de seguro*), se convirtió en locución adverbial de modo, y el modo se expresa preferentemente con la preposición *a*: *a la fuerza*, *a porfía*, *a gusto*, *a ciegas*, *a escondidas*, *a sabiendas*, *a pie juntillas*. Y he aquí cómo un arcaísmo, es decir, una reliquia de lenguaje, que parecía haberse salvado del aluvión disgregador de los siglos, lleva oculto, en su forma y en su significación, el tan temido espíritu innovador.

¿YERNA?³⁰

Aun entre personas cultas es frecuente la yerna, que ha pasado a la prosa, casi siempre precipitada, de los periódicos, y hasta se encuentra en uno tan cuidado como *El Nacional*: «La yerna pide nulidad de las gestiones realizadas por los apoderados». Humorísticamente la pone Antonio Arráiz, en su *Tío Tigre y Tío Conejo*, en boca de la elocuente Tetracanta:

—No sé si recuerdas que tu familia y la nuestra están emparentadas. El cuñado de un primo de la sobrina de tu tatarabuelo Martínez estuvo a punto de casarse con la yerna de un tío del hermano de nuestra tarabuela la Araña Galeoda.

Entre nosotros, *la yerna* es vieja, y se encuentra nada menos que en el Mariscal Sucre. El 5 de abril de 1830 escribe a su «Mariana querida», desde Cúcuta, y le dice: «Al Marqués de San José y su señora y yerna, mil cariños».

Fuera de Venezuela sólo se usa, que sepamos, en Puerto Rico, Santo Domingo y la costa atlántica de Colombia. Algo también en Chile, donde se ha documentado en un anuncio periodístico de 1894.

El español diferencia regularmente el femenino mediante la terminación *-a*, sobre todo en los términos de parentesco: *hermano-hermana*, *cuñado-cuñada*, *primo-prima*, etc. Pero lo tradicional en latín e indoeuropeo era más bien emplear palabras distintas. De este tipo sólo nos quedan unas cuantas parejas:

Padre-madre (con sus compuestos y derivados *padraastro-madrastra*, *padrino-madrina*, *compadre-comadre*, y las formas

30 Publicado en el «Papel Literario» de *El Nacional*, Caracas, 15 de julio de 1957.

infantiles *papá-mamá*, que en el habla rústica son *tata-mama* o *taita-mama*);
hombre-mujer (o *marido-mujer*, *marido-señora*, *marido-esposa*);
macho-hembra (*varón-hembra*, *varón-mujer*);
caballero-dama;
toro (o *buey*)-*vaca*;
caballo-yegua (en realidad esta diferenciación es desarrollo románico, pues el latín tenía *equus-equa*);
macho cabrío-cabra (antes se usaba *cabrón*, que se volvió mala palabra);
carnero-oveja (además *morueco*, el carnero padre).

Son en total nueve parejas, incluyendo *verno-nuera*. Este sistema, hoy anómalo en castellano, tiende a disgregarse. Ya en la época clásica se había formado *cabro*, que también existía en portugués. Lo usaba, por ejemplo, Lope de Vega (en *Nadie se conoce*, del año 1635):

— Andan con otros las cabras
en presencia de los cabros.

Y con juego de palabras, Quevedo (en cambio, un ejemplo aducido en Berceo se debe a mala lectura). Pompa, en sus *Medicamentos indígenas*, registraba la *vejiga de cabro*, empleada en polvo contra ciertos trastornos. Se conserva también en Méjico (García Icazbalceta lo documentaba en 1795), toda América Central, Puerto Rico, Colombia, Ecuador, Bolivia, interior de la Argentina (se encuentra en los *Recuerdos de Provincia*, de Sarmiento) y en Chile, donde se aplica sobre todo al muchacho (en este uso ha pasado a Arequipa y a la región andina de la Argentina). En España hay *cabros* en Galicia, Navarra (la Ribera) y Cuenca. Es muy probable que a su arraigo haya contribuido *cabrito*, que se remonta hasta el latín y sugiere efectivamente un positivo *cabro*. El nombre se ha convertido a veces en tabú por asociarse con escabrosas valoraciones sociales y con creencias diabólicas, y eso

explica que alguna vez se haya recurrido a voces menos habituales (*bode, buco, igüedo, hirco, barbón*, etc., sin contar las regionales). En Venezuela y gran parte de América se prefiere *chivo-chiva*, que es otra manera de resolver el problema.

Más uso que *cabro* tiene entre nosotros *ovejo*, en toda la región occidental (Lara, Yaracuy, Zulia, los Andes, y también Colombia, Puerto Rico y Santo Domingo): «Compramos un ovejo para la fiesta», «No me pongas ovejo por la noche, es carne muy pesada», «Esa muchacha es fea, tiene cara de ovejo». Se usa también con el valor de sufrido o manso, que registraba Lisandro Alvarado («El padre Esteller era un ovejo»), que ya criticaba Miguel Carmona hace un siglo y se encuentra también en los cuentos antioqueños de Tomás Carrasquilla. Lo usa el tachirense Rafael M. Rosales al describir las fiestas de su tierra, y Andrés Eloy Blanco, en un poema de 1928, «La loca Luz Caraballo», que es de ambiente andino («de Chachopo a Apartaderos»):

Cinco años que no te escribe,
diez años que no lo ves,
y entre golpes y trapiés
persiguiendo tus ovejos,
se te van poniendo viejos
los deditos de tus pies.

Además, en el Táchira a uno *le pega el ovejo*, cuando le pasa un chasco o un accidente desagradable: «¡Coma avispa, mi vale, que si no, le va a pegar el ovejo!».

Aún más. El castellano medieval hizo *varona* (se encuentra hasta en traducciones de la *Biblia*), que todavía puede aplicarse a la mujer varonil. De *comadrona* la lengua general sacó el masculino analógico *comadrón*. Un caso muy especial es *concupino*, que se usa entre nosotros y también en Colombia, Guatemala y Santo Domingo. ¿Podrá considerarse incorrecto? El latín tenía *concupinus*, usado por Catón, Tácito y Tertuliano, y en la jurisprudencia francesa ha existido el *concupin*.

Además, en el habla familiar es hoy frecuente decir de una mujer enfurecida: «Se puso como una tora» (ya el latín rústico tenía *taura*). Humorísticamente, cualquier derivado de este tipo es legítimo. Ya Lope de Vega, en *La vengadora de las mujeres*, usa *damo* («Y yo estoy por impedir, como damo, el matrimonio del Duque», dice Julio, enamorado, por arte de hechicería, del Duque Alejandro), forma que también se encuentra en Vélez de Guevara (*a lo damo*, a lo señor, en *Los novios de Hornachuelos*). En Buenos Aires hemos oído: «Los damos descansan y las damas reman» (en Honduras *damo*, ya muy seriamente, es el querido o el amante). Unamuno se burló de los *poetisos*. En Santo Domingo se puede abordar a una señora diciendo: «¡Mire, caballera, no se juegue conmigo!». Pocaterra, en sus *Memorias...*, habla de *las caballerasas* que realzan con sus encantos y habilidades las reuniones de Lujuriópolis y Rumbolandia (era Cumaná, en 1909). Y sin humorismo hubo en el Perú, en los tiempos de San Martín, *las caballerasas* de la Orden del Sol, y una de ellas fue Manuelita Sáenz antes de conocer a Simón Bolívar.

Ya se ve que la creación de *yerna* no es algo insólito ni arbitrario. Es una regularización. Más extraño parece el *parejo* («No me gusta bailar con malos parejos», dice una bachillera), bastante usado entre nosotros y también, según Malaret, en América Central y las Antillas. ¿Habría que admitir entonces la *yerna* y considerarlo como un hecho consumado de la lengua? Me interesa aclararlo, porque hay quienes creen que yo lo autorizo todo, simplemente porque trato de explicarlo todo.

He defendido siempre las expresiones del habla familiar, porque el habla de la casa, de la mujer y el marido, de los padres y los hijos, de los novios y parientes, tiene fueros propios, y la expresión debe ser, no aséptica y fría, sino calurosa, afectiva, espontánea. *Yerna* ha nacido sin duda en el habla familiar, y pertenece a ella, pero su uso rebasa las simples relaciones de familia. Es voz que llega a la literatura y a las leyes. Y la lengua culta responde a normas de orden superior.

La primera de esas normas es la de unidad. *Yerna* tiene sólo uso regional, y en casi todo el mundo hispánico se siente como extraño, como disparatado. Las fórmulas de parentesco, que son signos de una organización familiar y social, no son como los gemelos de la camisa, que pueden llamarse de modo distinto de país en país. Por eso no me gusta la *yerna* y prefiero sin vacilar la *nuera*.

En veinte siglos de nuestra historia lingüística, *nuera* ha vivido asociado con *suegra*: en latín era *nurus*, luego *nura*, y se ha hecho *nuera* precisamente por el vocalismo de *suegra*. Cuando una suegra decía *mi yerno* y *mi nuera*, sentía sin duda una diferencia radical entre los dos. Si hoy se dice en Venezuela *mi yerno* y *mi yerna*, es posible que tienda a igualarlos psicológicamente. Al asociarse con *yerno*, se desvanece la asociación con *suegra*. Más que una incorrección, es posible que haya ahí un cambio de perspectiva.

LA JALADERA DE MECATE³¹

Jalar Mecate ha sido uno de los verbos más conjugados en el último tiempo. El país ha presenciado un desenfadado derroche de *jaladera de mecate*, por lo común bien remunerada: «Está jalando mecate para que le den una embajada», «Se acomodó en el gobierno porque le gusta jalar mecate», «El discurso fue una jaladera de mecate repugnante».

El héroe del arte —los ha habido insignes— se llamaba *jalamecate*, *jalador* o *mecatero*, sin mencionar un par de nombres groserísimos, ganados merecidamente: «¡Me indigna ese jalamecate!», «Es un jalador profesional!», «¡No sea mecatero!». También se puede decir: «Es amigo de la granja», «Es aficionado a la granja». *La granja* es la *gran jaladera*.

A veces se usaba simplemente *jalar* o *mecatear*: «Pedro se la pasa jalando al Ministro», «¡Déjese de mecatear de modo tan indecente!». La acción de *mecatear* tuvo también su nombre: «Fulanito pegó su mecatazo». De una *jaladera* superlativa ha dicho alguien: «Eso no es jalar, eso es un templón» (es decir, un tirón violento).

Esos usos son ya viejos. El 17 de enero de 1853 se empieza a publicar en Caracas un periódico humorístico contra el régimen de Monagas: *El Bachaquero*. El periódico lleva como lema, bajo el título, la siguiente octava:

—¿Qué tanto busca don Perejil
en casa de Su Excelencia,
que siempre anda en diligencia
y entra y sale veces mil?

31 Publicado en *El Nacional*, Caracas, 16 de febrero de 1958.

¿Es empleado?... —Disparate.
De un destino está a la caza,
ay entre tanto... se la pasa
jalandito su mecate.

El 19 de febrero el periódico publica unos versos contra *El Revenque*, que era oficialista, y vuelve a jugar con la expresión:

El nombre de este papel,
¿qué quiere decir, lector?
El mecate duro y fuerte
que tira el adulator;
la bajeza que distingue
a un círculo vil, traidor,
que la patria convirtiera
en teatro de deshonor.

En 1856 Luis Delgado Correa publicó en *El Mosaico* un embrión dramático titulado: «El mundo al revés». Uno de los personajes decía: «Mecateaba Jeremías aplaudiendo el Zebedeo». Y el autor explicaba: «*Mecatear*, úsase vulgarmente en el sentido de adular con bajeza». El 3 de abril de 1879 nuestro costumbrista Francisco de Sales Pérez estrenaba en Caracas su comedia *Jugar con dos barajas* o *Los traficantes políticos*. En ella dice Julio, uno de los personajes:

—Ya comenzó el mecateo. En cuanto hacen a uno ministro, le baja del cielo el talento y la ilustración.

En 1894 Tulio Febres Cordero defendía el *jalar* venezolano (frente al *halar* académico) y registraba *jalar mecate* por lisonjear al poderoso. Para explicar *exista* expresión tenemos que detenernos en el *jalar* y en el *mecate*.

Jalar es el viejo *halar* castellano, con la *h* aspirada del siglo XVI, que se conserva en el habla popular de Venezuela en un

centenar de voces (*jallar, jacha, jondo, juir* o *juvir, jedentina*, etc.) y aun en algunos casos en el habla culta (*el jabillo*, la gallina *jabada*, el cambur *jecho*, etc.). Era voz marítima que significaba tirar de los cabos o amarras. De la terminología marina pasó al habla general, en gran parte de España y América (Canarias, Andalucía, Santander, Méjico, Las Antillas, América Central, Colombia, Ecuador, Perú y Chile). Llegó también a New México, California y Texas, viejos territorios mejicanos, y se incorporó al francés de Luisiana. Entre nosotros tomó casi todos los usos de *tirar* (aun los groseros): «No me jales el pelo», «Me estás jalando el vestido», «¡Cómo nos jalaba las orejas la señorita Adela!», «Jaló al toro por la cola y lo tumbó», «Jalaron el potro para el botalón», «¡Jalen p'afuera!» (orden de sacar la red de pescar), «¡Echa eso y jala la cuerda!», «De la pata me jaló y rastrando me llevó» (en un galerón andino), «Cada quien jala la brasa para su sardina». Una señora muy circunspecta le dice al Bachiller Munguía (*La Esfera*, 26 de octubre de 1928): «La cuerda se jala para todos o para ninguno; sería una injusticia el que los venezolanos tuvieran derecho a ser polígamos y las mujeres no lo tuviéramos a ser poliándricas». Unamuno, en un artículo de 1900, lo decía así: «Si se tira de la cuerda, que se tire para todos».

Pero tiene, además, otros usos más avanzados. El de empujar o arrastrar: «No me jale, que ya voy». O el de empuñar un instrumento de trabajo o un arma: «Estuvo jalando machete todo el día» (desbrozando el campo), «Los peones jalaron escardilla en el plantío» (trabajando con ella), «Pedro está jalando en su conuco» (escardillando), «El soldado jaló por la bayoneta» (equivale a *peló por*), «Jaló por su espada él, y yo jalé por la mía» (en un romance). También los siguientes: «Jaló del gatillo de la carabina y le atravesó el pecho», «Jale para su casa» (diríjase a ella), «Jale p' delante» (avance, siga), «José Luis le jala a la botella», «Antes le jalaba al trago» (era aficionado a él), «Fulano está jalado» (borracho), «¡Qué edificio tan bien jalado!» (alto, bien hecho), «Esos versos están bien jalados» (bien hechos, de un tirón), «Eso no me jala» (no me atrae, no me sucede). *Yo no le*

jalo al calentao, dicen en el Táchira cuando a uno no le gusta una cosa (el *calentao* es una especie de mistela con que se celebra el nacimiento de un niño):

—¿Por qué no vamos a dar un paseo?

—No, yo no le jalo al calentao.

Jalar de gaza era apretar, constreñir, hostigar, en la época de Peonía, y *dejar jalando el fuelle* era engañar, en la de Núñez de Cáceres. De tanto *jalar* salió el *jalón*: «de un jalon se arrancó el vendaje», «No se escaparon las orejas de un jalón de su mamá», «Hay un buen jalón de aquí a Barquisimeto», «Eso lo hago yo en tres jalones» (es decir, en un santiamén). En uno de sus poemas («Pecador de mí») decía Job Pim: «¿Cuándo veré el jalón definitivo / de este seco vivir de árbol sin jugo?».

A veces se combinan *jalar* y *tirar*: «Vivo a tira y jala» (muy medido), «Están a tira y jala» (como perro y gato), «Siempre están a tira y más jala y nunca tienen un maíz que asar» (es decir, están en la *carraplana*).

Y ahora *el mecate*, el cordel o cuerda gruesa (*soga* es entre nosotros por lo común la de cuero). Viene del azteca *mécatl*, y desde el siglo XVI (está documentado ya en 1597) se expandió por toda la zona del Caribe, y a través del Pacífico llegó hasta Filipinas. Entre nosotros no lo encontramos, sin embargo, antes del siglo XIX; como fibra y como cuerda (más gruesa que la *cabuya*) hecha con esa fibra. Me dicen que hoy no es voz de los marinos venezolanos, pero sin duda lo fue, y subsiste en la navegación fluvial y entre pescadores. Con *mecates* se amarran las lanchas, las hamacas o chinchorros y las bestias. Con *mecates* se amarraba a los presos y reclutas forzados: «Si me vuelve a jurungar, le pego un mecate y lo mando amarrado a Palenque», dice el jefe civil en *Casas muertas*, de Miguel Otero Silva. En *Tierra nuestra*, de Samuel Darío Maldonado, un campesino se queja ante el jefe civil: «El señor Esquivel es un maula, muy mala paga: cada vez que le cobro me amenaza con ponerme un chaleco de mecate

y mandarme pa Ciudad Bolívar». Con mecate hizo reclutar el general Páez a los vecinos de Caracas, en 1826, para incorporarlos a la milicia. Y es conocida la vieja anécdota: «Ahí le mando los voluntarios; devuélvame los mecates». *Perder el chivo y el mecate* es perderlo todo, fracasar por completo, y la expresión reposa sin duda en algún cuento popular.

Pero ¿cómo se explica nuestro *jalar mecate* como equivalente de *pasar el rabo*, que es la adulación canina en espera del mendrugo? Hay una versión insistente que hace remontar el uso a la época de Bolívar. Los subalternos del Libertador, en actitud un poco lacayuna, trataban de hacerse simpáticos *jalandomecate*, o sea, meciendo el chinchorro o la hamaca en que descansaba. De ahí —me dicen— pasó la expresión al valor figurado. Pero no hemos oído nunca en los Llanos que la acción de mecer el chinchorro se llame *jalar mecate* («Échame una mecedita», se dice) y nos parece que Bolívar no tiene ninguna responsabilidad en la *jaladera de mecate*.

Hay que partir del uso recto. *Jalar mecate* es tirar de una cuerda, cosa que hace uno para atraer una embarcación o algún objeto. En los Llanos *jalan del mecate* al sacar el balde del pozo de agua. Los muchachos *jalan del mecate* o *jalan mecate* en el conocido juego de la cuerda (el llamado *nudo de guerra*), en que apuesta un bando de cada lado a ver cuál arrastra al otro. Se *jala mecate* al enlazar un toro o un potro, mientras se lo aguanta (en algunas partes *se jala sogá*). Finalmente, *se jala mecate* al hacer sonar una campana. Y a veces se dice del adulador, con un ademán imitativo: «Está tocando campana».

De los usos rectos de *jalar* se pasó a los figurados. De modo análogo, en Costa Rica, *jalar a una persona* es atraérsela. También en el Perú: «Lo está jalando para su partido», «Está tratando de jalárselo». En Méjico *no jalarse con una persona* es no llevarse bien con ella, y *jalarle* a una cosa es ser aficionado a ella. En algunas partes de Centroamérica (Honduras, Costa Rica), *jalar* es hacer el amor. ¿No está dentro del mismo juego mental el *jalar* nuestro,

o *jalar mecate*, que es atraerse a una persona con el *mecate* de los halagos y lisonjas?

Una confirmación la tenemos en los usos de *El Bachaquero*: «El mecate duro y fuerte que tira el adúlador». El 30 de marzo de 1853 el mismo periódico publicaba unos versos «A Bradamanti Herreroso». Y le decía: «¿No temes, miserable, en tu demencia / que el mecate que piensas se reviente?». Ya se ve que la idea era *tirar* un mecate (la adulación) para atraerse al adúlador.

También el *tirar* castellano puede aproximarse bastante: «La patria tira siempre», «A Pedro le tira la música» («Le jalaba el sacerdocio», dicen en Santander). Y el habla familiar española llama *tirar de la chaqueta*, o *tirar de la levita*, a nuestro *jalar mecate*: «Se dedica a tirar de la chaqueta de modo indecente». En 1912 Gonzalo Picón-Febres, en sus tierras merideñas, registraba *tirar del mecate* por lisonjear con exceso. Ya antes, en 1893, lo había usado en *Fidelia*: «A pesar de que tenía fama de hombre rico, y que por tal razón no faltaba entre la gente de su laya quien le tirara del mecate, era humilde en grado sumo».

Así, pues, nuestra *jaladera de mecate* (también se llama, con juego de palabras, *jalea* o *jalea de mango*) se inscribe dentro del inmenso repertorio hispánico con que se zahiere la adulación servil: *dar coba*, *dar jabón*, *hacer la pelotilla*, *echar incienso*, *hacer la barba*, *ser un lavacaras*, *un quitamonas*, *un quitapelillos*, *un alzapuelles*, *un tiralevitas*, *un tirachaquetas*, etc., sin mencionar algunas que se dicen pero no se pueden escribir. Combaten o ridiculizan —al parecer en vano— el defecto más arraigado del hombre: la vanidad. *El jalar mecate* es la original aportación venezolana.

Gran parte de la historia de Venezuela se explica como un desbordado derroche de hombría. Con sus más y sus menos, lo que se ha llamado el *machismo* representa una tradición auténtica. Frente a ella floreció, como prolongación del pícaro y del *vagamundo*, la baja *adulancia*. El *adulante* no era precisamente un modelo de hombría. Entraba más bien dentro de los estados intermedios que estudió alguna vez el doctor Gregorio Maraón.

TRATADO GENERAL DE LA RASCA ³²

La *rasca* tiene profundo arraigo en todo el país: «Carga una rasca de película», «¡Ah, buena rasca vamos a coger si nos sacamos el 5 y 6!», «Tiene una rasca del otro mundo», o «una rasca de siete pisos», o «una rasca de bandera», o «una rasca de tuerca y tornillo». Es un derivado postverbal de *rascarse*, verbo muy reflexivo: «Mi marido está muy fundamentoso. No se rasca más que los sábados y días de fiesta», «Es muy flojo para beber, se rascó con media botella», «Está más rascao que una cuba». Le preguntan a uno su estado civil, y contesta: «Rascao». Y, efectivamente, puede ser hoy más duradero que el matrimonio o la soltería: «Está rascao un día sí y otro también», «Está más rascao que el aguardiente», «Empata la rasca del lunes con la del sábado». El *rascao* suele ser muy simpático, pero lo temible es la *rascazón* colectiva y una cuerda de *rascaítos*. Existe una masonería de los *rascados*: entre ellos se protegen tiernamente, por encima de ideologías y partidos («los mochos se juntan para rascarse»). Pero también hay los *capilleros* o *encapillados*, unos egoístas que beben *capilleramente*, a solas, en el cuarto o en la cama («Lo sorprendimos encapillado», «Ese tercio es capillero»). Hay *rascaos* de ocasión solemne y *rascosos*, los consuetudinarios, los virtuosos de la rasca. Y cuando quisieron introducir entre nosotros los *alcoholímetros* para aplicarlos a los conductores de automóviles, alguien propuso que se llamarán *rascómetros*, término de abolengo más nacional. El principio del buen bebedor (los bebedores son hombres de principios) es: «Bebamos rápido, antes de que nos rasquemos».

¡Oh, nuestra *rasca* no es de ayer! Aunque el Consejero Lisboa, a mediados del siglo pasado, afirmaba que en Caracas no

32 Publicado en el «Papel Literario» de *El Nacional*, Caracas, 2 de mayo de 1957.

era frecuente encontrar un borracho por la calle («a no ser en días de fiesta religiosa o nacional, o con ocasión del maldito juego de toros»), y que en sociedad la afición al alcohol estaba muy mal vista, parece que la *rasca* se apoya, en una vieja y bien cimentada tradición. *La Abeja*, de Mérida, el 25 de diciembre de 1858, en unos versos humorísticos, hablaba de la *rasca* y los *rascados*. Miguel Carmona, en 1859, daba *rascarse* (la consideraba voz corrompida) como equivalente de ponerse medio ebrio, de achisparse. Desde entonces la *rasca*, que estaba a mitad de camino, ascendió de nivel y se fue a los extremos. Hoy tiene tendencias totalitarias.

Pero no nos envanezcamos. Tanta *rasca* no es privativa de Venezuela. Como todas nuestras buenas tradiciones, es común a gran parte de Hispanoamérica. Nuestra vecina Colombia comparte los honores. Y también las Antillas (al menos Puerto Rico). Y casi toda Centroamérica (Panamá, El Salvador, Costa Rica, Nicaragua). Y Chile, Bolivia y el interior de la Argentina (se encuentra en coplas de la Rioja, Tucumán y Cuyo) Y se usó seguramente en el Perú, pues escribe Abelardo M. Gamarra, un costumbrista del siglo XIX: «Se come, se bebe, se jaranea duro; la niña Machuca, rascadita, canta la guatana; danzan hasta que se las pelan los compadres, y al día siguiente comienza la relación de las calamidades domésticas». Tenemos noticias de que se conoce también en Canarias, en Galicia y en Asturias (Camilo José Cela dice que *rasca* y *rascarse* se oyen también en España), pero es muy probable que allá lo hayan llevado los indios, que siempre regresan con algo a la Península.

¿Y cómo se explica? ¿Qué relación hay entre la inocente afición a rascarse la piel y la aún más inocente de emborracharse? La relación parece enigmática. Pero no lo es si partimos de un equivalente de *rascarse* que tiene más extensión hispánica y que es sin duda el uso primitivo: *picarse*. En España se dice a veces del que está achispado, sin llegar a la borrachera: «Está algo picado». También en Méjico, Puerto Rico, Nicaragua. Según Santamaría, que da el uso mejicano, *picado* es el *calamocano*, el que está algo *chispo*: «Dícese del que está en el primer grado de excitación por

efecto del alcohol». Lo mismo en Puerto Rico o Nicaragua. En el Perú, *picado* es intermedio entre *sarazón* y *mamado*. En Guatemala se dice que uno *se pica*, cuando, después de una abstinencia prolongada, empieza a jugar o a beber: «Con un trago que tome, ya se pica» (*se le abre la tripa cañera*). En gran parte de América Central, en el Ecuador, Chile, Argentina y Uruguay, *picarse* es emborracharse, y *estar picado* es estar borracho. En Chile registran *picarse* como equivalente de *rascarse*, *mamarse*, *curarse*, *apuntarse*, *tiznarse* o *alegrarse*.

Ese *picarse* no es difícil de explicar. Se dice, en la lengua general, que alguien está *picado* cuando está algo enfadado, sin llegar a estar realmente bravo. El mar está *picado* cuando presenta un oleaje precursor de tempestad. Una fruta está *picada* cuando empieza a dañarse, sin llegar a estar podrida. Y el vino está *picado* cuando comienza a avinagrarse. Es decir, *picado* indica un estado intermedio, muy apropiado para designar la alegría que precede a la borrachera completa, la cual no siempre es alegre.

El paso de *picarse* a *rascarse* es muy fácil de explicar, por sustitución: ¿no son concomitantes? En nuestra habla popular, *piquiña* es un equivalente de *rasquiña*: «Tengo una piquiña en la espalda» (la *piquiña* es, además, la sarna en Cazorla) o «Tengo una rasquiña en la espalda». *Picazón* y *rascazón* son sinónimos de *comezón*. En Colombia se llega a más: «Me rasca todo el cuerpo». (De modo análogo, entre nosotros es frecuente ¡*Páguese!* por ¡*Cóbrese!*)

Así, pues, hay que admitir que lo tradicional era *picarse*, con el valor de ponerse alegre. Ese *picarse* se sustituyó por *rascarse*, que ya hemos visto que hace un siglo tenía entre nosotros esa significación (todavía Job Pim, erudito en la materia, consideraba que la *rasca* era inferior en calidad a la *tranca*). En Venezuela se perdió ese uso de *picarse*, pero subsiste en gran parte del dominio hispánico. El léxico de la borrachera está en continua reelaboración. Es la materia que ofrece mayor riqueza expresiva. En un libro francés, *L'argot du milieu*, de Lacassagne y Devaux, figuran unas sesenta expresiones del francés popular para significar borracho. El inglés

y el alemán no andan lejos de esas cifras. El castellano no puede irle a la zaga a nadie. Casares registra sólo veinte en su *Diccionario ideológico*, pero se limita a las expresiones académicas y no incluye las groseras (los diccionarios suelen ser muy pudibundos), ni las regionales, que son muchas. Werner Beinhauer, en *El español coloquial*, trae veintidós. Un argentino, Raúl R. Madueño, publicó en 1953 un *Léxico de la borrachera*, que luego ha ampliado (*Más voces. Ampliación y corrección*). Luis Flórez ha recogido una serie de Antioquia (Colombia). En Venezuela tenemos toda la gradación.

En primer lugar, se puede decir de alguien que está *alegre* o *alegrón*, *achispado*, o *chispo*, *alumbrado* («Está más alumbrado que un cocuyo»), *encendido*, *encandilado*, *sabrosito* o *sabrosón*, *atarantado*, *emparrandado*, *tragueado*, *templado* («Viene templado del botiquín»), *a media máquina*, *medio pelado*, *entre gallos y medianoche*, *más de allá que de acá*, *medio cachicorneto*, *zarataco* (o *medio zarataco*), *zorocho* (o *medio zorocho* o *zorochón*), *a medio palo*, *a medio jebe*, *a medio ganchete*, *entre palos* («Venía entre palos», «Estaba metido entre palitos»), *entre Guarenas y Guatire*, *canchancho* (o *medio cancháncharo*). O se puede decir que *tiene tragos encima* o que *tiene su tufito*, o que está *como perolito de reverbero* (o *jediondo a perolito de reverbero*). Es el estado intermedio, incompleto o imperfecto.

Y ahora para el estado más avanzado, incluyendo, claro está, las voces de la lengua general: *borracho* (o *emborrachado*, *borrachín*, *borrachito*), *ebrio*, *beodo*, *bebido*, *embriagado*, *alcoholizado*, *tomado*, *ajumado* o *jumo*, *aguardientoso* («Es un aguardientoso», «Está aguardientoso»), *michoso* (en los Andes), *mareado*, *atulampado* o *atilampado* o *entilampado*, *trancado* (o *tranquilo* o *tranquilino*), *jalado*, *paloteado* (o *palitroqueado* o *trancado de palos*), *turulato* (en una comedia de 1912), *tuturuto*, *turiego*, *trompa*, *trompeado*, *pelado* («Está más pelao que una yuca»), *guarapeado*, *pinto* (o *pintón* o *pintoneado*), *caneco*, *grogui* o *drogui* («Está medio drogui», «Me quedé drogui»), *ataparado*, *trancómetro* o *tranca eterna*, *dentro del litro* o *dentro de la botella* («Está dentro del litro»), *metido*, o *metido en la botella* («Estuvo metido en la botella»), *hecho papelillo* (en

Job Pim: «*hecho papelillo*, como suele decirse»), *en copas* («Está en copas», «Tiene unas copas»), *cañista* o *cañita* o *cañero* («Un cañita se metió a la iglesia»), *pelajayaca* (en Apure), *tragueado*, *chungo*, *meneado* («Está meneado»), *peo* («Está peado» o «Está peísimo», expresiones muy groseras), *chaborro* o *de mandoca* o *de mandoquita* (en Maracaibo; también *está hecho leña*, *está hecho golilla*, *está hecho molleja*, *está de mollejón*), *pisco* (en los Andes), *prendido*, *quemado* («Está más quemao que cohete»), *cipoteado* o *jebeado* (en Lara), *giro*, *jumo* o *ajumao* en Boconó (Trujillo), *taranto*, *mocho*, *rascado*. O se dice de alguien que *tiene violín* o *anda con nísperos*. O bien que es una *pipa*, *que no puede con su alma*, *que se le pasó la mano*, *que no bebe en manare*, *que no está para firmar*, *que se está cayendo*, *que trabaja el vidrio* o *le da al vidrio* («Se la ha pasado trabajando en vidrio»), *que no ve el sol*, *que le gusta el frasco*, *que tiene una cañamentazón horrible*, *que le gusta el miche* o *tiene una michera*, *que viene atajando pollos*, *que tiene más palos que una caja de fósforos*, *que no da pa el timón* (en Margarita), o, irónicamente, *que no se ha echado ni un palito*: «Este nunca en la vida se ha echado un palito». O *que es un trapiche* o *un trapichito* (*Trapichito* es apodo cariñoso de algunas personas en Caracas), y, consiguientemente, se puede decir que *muele estupendamente*: «Ese muele la caña en bruto» («¡Ese sí muele!»)¹.

Para la rasca misma tenemos, además, *borrachera* («Regresó a su casa con una borrachera negra»), *tranca* («Tiene una tranca de las que llaman *llorona*»), *pela* o *pelada*, *juma*, *pea* (es groserísimo), *paliza*, *zumba*, *mona*, *marimonda* (por sustitución de *mona*), *amanecida* («Cargaba una amanecida»), *turca* («Se amarró una turca»), *papalina* («Agarró la primera papalina»), *pinta* o *pintonera*, *mocha* («¡Tronco'e mocha carga ese tipo!») o *bicha* («¡Ah, buena bicha carga!»). Y para *rascarse*, total o parcialmente, *emborracharse*, *achispase*, *alegrarse*, *pegarse* (o *amarrarse*) *una mona*, *amarrarse una perra*, *trancarse*, *tomar*, *traguearse*, *palotearse*, *empinar el codo*, *echarse los palos*, *alcoholizarse*, *amarrársela*, *guarapear*, *atilamparse*, etc. *El Nuevo Tiempo*, de Caracas, el 5 de febrero de 1909, registraba algunas de ellas, y, además, *quemarse*,

ensabanarse, chisparse, alumbrarse, amarrar la perra. Habría que agregar las expresiones del *ratón* (*estar enratonado, estar ladrando, sacar el ratón, matar la rata, desenratonarse*) y de otras consecuencias (*cantar macuare, matar la marrana, echar o botar el maíz, echar el carato, botar el pertrecho, etc.*). O *andar haciendo esos* («En vez de *eses* hacia etcéteras, y describiendo una doble *u* brillantísima, le pegó la cabeza al altar mayor», en *El novio borracho*, de Job Pim). O las de la afición alcohólica («Le jala a la botella», «Antes le jalaba al trago», «Le gusta arrear la caña», «¿Usted no raja caña?», «Raja la caña en bruto», «Es amigo de la cañandongá» o «de la vieja y noble»). Además, un sabio refrán: «El borracho se cae pal lao de la botella». Y más de veinte equivalentes del *palo* o trago. De todos modos, nos quedamos cortos, y cualquier buen aficionado a la *rasca* puede ampliar la lista. La mayoría de esos términos se conocen en toda Venezuela y se extienden por otros países; algunos tienen sólo carácter regional.

Si la riqueza verbal es una de las grandes virtudes de una lengua o de una colectividad, nosotros no quedamos malparados. Incompleta como está, ofrecemos esa lista para la meditación, no sólo de nuestros psicólogos y sociólogos, sino de las infinitas personas que todos los días se van a las greñas sobre si el español tiene o no tantas palabras como el inglés.

Nota

¹ Muchas de esas expresiones, y algunas otras, registraba Tulio Febres Cordero en *El Lápiz*, de Mérida, el 11 de septiembre de 1890: *achispado, aguardientoso, alcoholizado, alegre, alegrón, alumbrado, aporreado, atarantado, atilampado, bebido, beodo, borracho, cargado, chispeado, chispo, chungo, chupado, descompuesto, ebrio, emborrachado, embriagado, emparrandado, empiscado, encandilado, enfiestado, ensabanado, entitiritado, golpeado, iluminado, impersonal, imposible, inspirado, jalado, jecho, jumo, lingüeteado, loteado, moneado, mono, paloteado, pelado, perdido, pinto, pintón, pisco, quemado, rascado, rascómetro, templado, tomado, toteado, tragueado, trancado, tranquilo, trastornado, trinqueado, tranquiliforti, tristón, tuno, turbio, turco, tureco o tureque, tuturuto*. Se ve que une indiferenciadamente al *alegre* con el enteramente *pelado*. Agrega, además, las expresiones: *a medio palo, alto de punto, atajando pollos, de medio día para la tarde, de tapia a tapia, echado a perder, en mal estado, haciendo eses, hecho tiestos, ido la cabeza, regado en la silla, viendo taritas*. José Martí, que estuvo en Caracas en 1881, registró dos expresiones que parecen hoy totalmente muertas: *pegarse una peruana, emborracharse* («¿Qué peruana lleva ese tercio encima!»), y *ponerse chepita, alegrarse, romper los frenos, estar en disposición de hacer locuras, regocijarse con bullicio*.

EL RATÓN³³

Después de la *rasca* viene el *ratón*: «Anoche celebró el cumpleaños y ahora está con el ratón», «Amaneció con un ratón de ocho cilindros que le brincaba en las entrañas», «Prefiero el whisky, porque no da ratón», «Estuve de farra ayer y hoy tengo un ratón que vuelo», «Tiene un ratón que no lo brinca un venado», «Tú lo que tienes es un ratón de brinquito», «Ya esto no es un ratón, sino una rata espantosa», «Fulanito es un domador de ratones; los envenena con leche». Pero el virtuoso de la bebida es enemigo mortal de la leche y prefiere *sacarse el ratón* o *desenratonarse* o *matar la rata*, no con cafenol, ni con alka-seltzer, ni con sal de frutas, ni con un baño frío, ni con miel de abejas, que parece remedio infalible, sino con un par de copas (de cerveza o de ginebra, que parecen *desratizantes*), por aquello de que un clavo saca otro clavo, o un *palo* saca otro *palo*. Lo cual está de acuerdo con la gran medicina homeopática: «*Similia similibus curantur*».

Más grave parece el llamado *ratón moral*. El alumno novel que se ha copiado en los exámenes o el adolescente que ha andado en malos pasos suelen amanecer con *ratón moral*. Es un doble signo de juventud. Hay quienes se lo curan con la reincidencia, que endurece sin duda la epidermis.

Ese *ratón* —el nombre es exclusividad venezolana— se llama en España *resaca*; en Méjico, *cruda*; en América Central, desde Panamá hasta Guatemala, *goma*; en Colombia, *guayabo*; en el Ecuador, *chuchaqui*; en Bolivia, *chaqui* (del quechua *ch'akiy*, sequedad, sed); en el Perú, *perseguidora*; en Chile, *mona viva* (en inglés *hang over*). Sin embargo, no en todas partes tiene nombre

33 Publicado en el «Papel Literario» de *El Nacional*, Caracas, 22 de junio de 1957.

propio (no conocemos ninguno de la Argentina ni de Cuba). ¿Y por qué *ratón*?

Tener un ratón es lo mismo que estar *enratonado*: «El lunes siempre llega al trabajo enratonado». Y se puede estar *enratonado* no sólo por el alcohol. También el tabaco da *ratón*: «Tengo un ratón de cigarrillo espantoso», «El cigarrillo da más ratón que el licor». Y aun puede uno *estar enratonado* por otros excesos, o por una mala noche: «Anoche tuve que ir a un velorio y hoy estoy toda enratonada». En 1935, Víctor Manuel Ovalles, muy aficionado al léxico criollo, lo usaba aun de otro modo: «Corrían los hermosos tiempos del mochismo, en que muchísimos hombres y el mujerío parecía que habían comido pasta de fósforo y andaban enratonados». ¿*Enratonados* por haber comido pasta de fósforo? Este *enratonado* indica evidentemente un estado de excitación o intoxicación muy distinto del *enratonamiento* alcohólico, que Job Pim describía así: «Violenta jaqueca, constantes náuseas, aliento ofensivo, angustia nerviosa y sed devoradora». En una ocasión le dedicó un poema, realmente dramático: «La muerte chiquita».

En 1962 se contaba el siguiente chiste cruel. Una persona había bebido demasiado y estaba con dolor de cabeza. La mujer, para que se durmiera, le dio una tableta de Thalidomida. Al día siguiente se levantó con un *ratón* sin patas.

El *ratón* nos parece relativamente reciente. En *Queso frito*, una comedia caraqueña de 1912, del doctor Manuel Antonio Diez, dice uno de los personajes: «Cada cual a dormir la mona, y al despertar, las limonadas para refrescar el ratón». Más viejo es *estar enratonado*. Debe de ser expresión del siglo XIX, aunque el primer testimonio lo hemos encontrado en los diálogos de Tirabeque y Pelegrín, en *La Linterna Mágica*, del 22 de febrero de 1901: «¿Estabas enratonado?». Después, en *El Nuevo Tiempo*, de Caracas, el 5 de febrero de 1909 (*enratonarse* y *sacarse el ratón*, como términos de «argot» venezolano). Luego, en nuestra revista *Sagitario*, de 1911, en la que el doctor Diez publicaba unos sabios preceptos de higiene en unos versos inspiradísimos, como se ve:

El que bebe demasiado,
amanece enratonado.

Hay que explicar este *enratonado*. Fuera de Venezuela lo hemos encontrado en el norte de España. García Lomas, en *El Lenguaje popular de las montañas de Santander*, registra *enratonarse*: está *enratonado* el afónico. Un santanderino de Reinosa nos da datos más concretos. Se dice del que está ronco o afónico como consecuencia de una borrachera:

—¿Qué te pasa que estás enratonado? ¿Cogiste anoche una melopea?

—No, chico, es que estoy resfriado.

Cuando la ronquera no tiene ese origen, nunca se dice que uno está *enratonado*. La expresión es allí frecuentísima, y le había llamado la atención que no la usaran en Logroño o en Burgos. Otra persona nos informa que en Santander dicen de una mujer que está *enratonada* cuando está encinta: con ello se alude a las náuseas, a que le provoca vomitar.

Mi amigo Manuel de Val me proporciona noticias complementarias de algunas partes de Asturias. En Llanes, cerca de la frontera santanderina, usan *enratonáu* con el mismo valor que en Venezuela. Una señora ya anciana le decía a su sobrino, al verlo por la mañana: «Tú estás enratonáu». El mismo uso lo encuentra también en Avilés, y seguramente ha sido más general.

Tenemos, pues, motivos para pensar que el *enratonado* ha venido del norte de España, traído por asturianos y santanderinos, que también han impuesto entre nosotros el *maluco*. En todo el norte de España, y también en Aragón, es habitual decir que un gato está *enratonado* cuando ha pasado la noche cazando ratones y se ha indigestado. De malestar gatuno, el *enratonamiento* se ha extendido al hombre para designar el estado subsiguiente a los excesos nocturnos, sobre todo a los alcohólicos. En Santander, si alguien amanece ronco el lunes (se supone que ha estado en plan

de juerga, bebiendo y cantando), es frecuente que le digan: «Tú has comido ratones ayer».

También en algunas partes de Venezuela se dice todavía hoy que un gato está *enratonado* cuando se ha pasado la noche cazando ratones. José Antonio de Armas Chitty lo recuerda del Guárico: «Déjelo al gato; está enratonado». En la época de Julio Calcaño debía de ser más frecuente que hoy, pues él lo criticaba: para el hartazgo ratonil de los gatos no quería que se dijera *enratonarse* (no figuraba aún en el *Diccionario* de la Academia), sino *ratonarse*. Pero casi todas las personas a quienes consultamos hoy se echan a reír, porque ya no conocen más que el *enratonamiento* alcohólico, que no parece muy adecuado para el gato.

Así, pues, el *enratonamiento* del gato y su extensión al hombre han venido del norte de España (Asturias y Santander). Entre nosotros la aplicación al hombre ha tomado una amplitud que no tenía en la patria de origen, donde parece que se está olvidando. Una amplitud tal que, de *estar enratonado*, ha salido posteriormente el *ratón* (*tener un ratón*), lo cual ha dado al uso su carácter gráfico y su extraordinaria vitalidad.

Mientras nosotros tenemos nuestro *ratón*, los alemanes tienen su *Kater*, es decir, su gato, o bien su *Katzenjammer* que en su sentido primitivo designaba el alboroto de los gatos en celo por los tejados. Y —curiosa coincidencia— también pueden padecer su *moralischer Katzenjammer*, que es exactamente nuestro *ratón moral*. El hombre juega en todas partes con las mismas imágenes. Se ve, pues, porque nuestro *ratón* tiene noble abolengo gatuno.

¿EL RADIO O LA RADIO?³⁴

España y la Argentina dicen sistemáticamente *la radio*: «Escuchemos la radio», «Voy a comprar una radio». Venezuela, Colombia, Ecuador, Perú, las Antillas, <http://www.tererevip.com/wp/wp-content/uploads/2007/09/colombia.jpg> América Central y Méjico dicen, en cambio, *el radio*. Entre nosotros (y también en Colombia y otras partes) la gente culta hace una distinción, defendida por los gramáticos locales y adoptada por la Academia: *la radio* es la estación emisora («la radio del Estado» o «la Radiodifusora nacional») y *el radio*, el aparato radio-receptor («Tengo un radio muy bueno»). ¿A qué se deben esas discrepancias?

El nombre original, y de él hay que partir necesariamente, es *radiotelefonía*. De *la radiotelefonía* se hizo *la radio*, como de *la motocicleta* y *la fotografía* surgieron *la moto* y *la foto*; y del *cinematógrafo*, *el cinema* o *el cine*. Así, *la radio*, de *la radiotelefonía*, contrasta con *el radio* o *un radio*, de *el radiotelegrama*. La forma abreviada mantiene en principio el género original.

Pero ¿cuántos saben hoy que *radio* es reducción de *radiotelefonía*? Al perderse el sentimiento del origen, la palabra queda a merced de las fuerzas analógicas. La terminación *-o* tiende a llevarla hacia el masculino, que se da esporádicamente en casi todas partes (por ejemplo, en el interior de la Argentina y a veces en la capital, y también en Galicia), y en que ha llegado a imponerse en toda nuestra área del Caribe. Juan Ramón Jiménez, escribiendo en Cuba («Ciego entre ciegos», en *Revista Cubana*, 1937, X, p. 36), decía: «El o la radio, como queráis, me reconcilia con el auditorio...». Luego parece que se dio por vencido, y en su prosa encontramos *el radio*, en un artículo publicado

34 Publicado en el «Papel Literario» de *El Nacional*, Caracas, 24 de abril de 1958.

en Costa Rica en 1941 y en general en sus artículos americanos (los incluidos, por ejemplo, en *La corriente infinita*).

Y entonces, ¿cómo se explica la distinción venezolana entre *la radio* (la estación) y *el radio* (el aparato)? Los gramáticos han querido justificarla, y han sostenido que *la radio* representa a *la radiodifusora* o *la radioemisora*, y *el radio*, a *el aparato radiorreceptor*. Si *el radio* viniera de *el aparato radiorreceptor*, tendrían razón. Pero no es ése el caso: siempre se ha dicho *un aparato de radio*. La forma reducida ha venido ya hecha del francés o del inglés. En nuestra área del Caribe lo más probable es que proceda directamente del inglés (*the radio*), y por eso se haya adaptado automáticamente el género a la *-o* final.

En cambio, los nombres de las estaciones de radio, por su carácter oficial, han conservado el femenino etimológico (como en francés), porque los nombres, sobre todo si tienen la consagración de la letra escrita, son por lo regular más fijos, están menos expuestos a los vaivenes del cambio. Fuera de la circunstancia de dar el nombre oficial de la estación («la Radio Nacional», etc.), el pueblo venezolano, y casi toda la gente culta, usa sistemáticamente el masculino: «Pon el radio más pasito», «Vamos a oír el radio», «Lo ha dicho el radio». Joaquín Gabaldón Márquez publicó en 1927 un poema titulado: «El Poema de las torres del radio». Job Pim, se lamentaba de que la gente no fuera al estadio a ver los partidos de béisbol: «La afición se conforma con el radio».

Hay un caso enteramente análogo que conviene analizar. ¿Debe decirse *el dínamo*, *la dínamo*, *el dinamo*, *la dinamo*? De los cuatro modos puede oírse. A fines del siglo pasado, los físicos europeos inventaron la máquina dinamoeléctrica, para transformar la energía mecánica en electricidad. En francés se llamó *la machine dynamoélectrique*, y abreviadamente, *la dynamo*. De ahí pasó la palabra al castellano, y la Academia (ya en la 13ª ed., de 1899) la aceptó en la forma *la dínamo* con acentuación esdrújula, como si viniera directamente del griego *δύναμις* (*dynamis*). La *dínamo* se encuentra efectivamente en una serie de escritores españoles (entre ellos, Ramón Gómez de la Serna). Sin embargo, Julio Casares, secretario de la Academia Española, decía en 1951.

Es posible que hablando ex cátedra haya algún profesor que explique a sus alumnos cómo funciona una *dinamo*; pero los que construyen y manipulan esa máquina, desde el ingeniero hasta el aprendiz, más los incontables usuarios y servidores de vehículos automóviles, electricistas, etcétera, todos dicen sin excepción *una dinamo*.

Y, efectivamente, la Academia acepta en su última edición *una dinamo* o *una dinamo*. Pero el uso de Julio Casares no es tan universal como él creía. En la literatura técnica de España y América se encuentra frecuentemente *el dinamo* (es el uso casi exclusivo en la Argentina), y la *Enciclopedia Espasa*, que usa *la dinamo*, *las dinamos* en la descripción electrotécnica, dice en la parte lexicográfica: «Suele por abuso hacerse femenina esta voz, considerándola como una especie de máquina» (rechaza también *la dinamo* como galicismo). Es decir, consideraba que lo correcto era el masculino. En Cuba, Esteban Rodríguez Herrera dice que ingenieros, mecánicos, electricistas y estudiantes de Física no dicen sino *el dinamo*. Es el uso también de Venezuela, Colombia, Guatemala, Honduras, Santo Domingo y Méjico. Alfonso Reyes confesaba que no se podía acostumbrar a decir *la dinamo* (según la norma académica) porque desde niño oía y decía *el dinamo*. Lo testimonia también, en Méjico, Alfonso Junco: «Siempre hemos dicho, llanamente, *los dinamos*, *el dinamo*...». Igualmente en Galdós (*el dinamo*), en *Torquemada en el Purgatorio* (lo documenta Manuel Seco). Es la generalización del masculino, indudablemente por la terminación -o de la palabra.

Las vicisitudes de *la dinamo* nos llevan a las de *magneto*, tomado directamente del francés (*la magnéto*), en el cual es abreviatura de *la machine magnéto-electrique*. Siempre hemos oído *el magneto*, *un magneto*, que parece hoy el uso en todas partes.

Y también a las de *linotipo* (de la *máquina linotipo*). En la Argentina, Perú, etc., es general *la linotipo*; en Venezuela, Cuba, etc., por influencia de la terminación, *el linotipo*, como *el teletipo*. La Academia adoptó *la linotipia*, y es el uso de España.

Hay otro caso venezolano muy parecido. De la *poliomielitis* surgió abreviadamente *la polio*. Pero en la prensa de Caracas hemos visto muchas veces *el polio*. Es posible que el masculino haya surgido en las precipitadas traducciones del cable (*the polio* se dice en los Estados Unidos); el traductor, que no tiene presente la forma plena, se deja arrastrar por la terminación.

¿Y no se explica del mismo modo *el cromo*, *un cromo* (el grabado en colores), triunfante en la lengua general? Es una reducción de la *cromolitografía* (ya en la Academia en 1884). El masculino es sin duda un trasplante mecánico del francés, en el que se impuso rápidamente, a pesar de que lo regular —defendido por los gramáticos— era el femenino. Todavía André Gide —el profesor Catrysse me proporciona gentilmente el pasaje— usaba el femenino (*la chromo*) en 1910, en su *Journal*.

Muy buenos amigos míos me presentan a veces los cambios de género de las palabras como aberraciones que yo debiera analizar a la manera de los psicoanalistas. La Real Academia Española dice efectivamente: «Género es el accidente gramatical que sirve para indicar el sexo de las personas y de los animales y el que se atribuye a las cosas, o bien para indicar que no se les atribuye ninguno»¹. ¿Atribuimos sexo a las cosas? ¿Significa entonces que el español concede a *la radio* un sexo femenino, y nosotros, por una especie de operación de las que empiezan a ser frecuentes ahora, le hemos cambiado el sexo? He ahí que la Real Academia parece terriblemente contaminada de freudismo. Pero no. *La radio* se convierte en *el radio* como *la dinamo* se hace *el dinamo* por influencia de la terminación. El género gramatical es fundamentalmente un comportamiento de formas. De formas gramaticales, claro está.

Nota

1 Ésta fue la definición de género dada por la *Gramática de la Real Academia Española* hasta la aparición del *Esbozo de una Nueva Gramática de la Lengua Española* en 1973. (N. del E.)

LA GANDOLA³⁵

Todos los días leemos en el periódico, a grandes titulares: «Una gandola cargada de cabillas se incendió en la carretera de La Guaira» (*cabilla* es la varilla de hierro, de cualquier diámetro, usada en la construcción), «Triturado por una gandola pereció ayer en Bella Vista un joven de dieciocho años que acababa de venir de Italia», «Herido de gravedad un portugués al volcar su gandola», «Asustada por una gandola, una joven rodó por un barranco y murió por fractura del cráneo». Como se ve, la gandola es un verdadero enemigo público.

Antonio Arráiz, en una de sus crónicas neoyorquinas («El camión desenfrenado», en *El Nacional*, 25 de diciembre de 1955), va a relatar un emocionante episodio:

Mac Faum... es dueño de un camión. Pero lo que conviene advertir es que no se trata de un camión corriente, de peso y porte normales, sino de uno de esos inmensos, desmesurados camiones de tres pares de ruedas y cinco toneladas de peso, tan grandes que, cuando pasan interminablemente por la calle, la gente se queda en las aceras esperando que transcurra aquella especie de era geológica a ver qué queda después de ella en la convulsionada esfera terrestre. En Venezuela los llamamos *gandolas*; tal vez, me imagino yo, corruptela de la vieja palabra castellana *góngola*, que además de la embarcación veneciana significa un carruaje donde pueden viajar muchas personas. Lo cierto es que la gandola de Mac Faum está arreglada como para transportar caballos.

35 Publicado en el «Papel Literario» de *El Nacional*, Caracas, 26 de septiembre de 1957.

Ese nombre de *gandola* es tan popular que se ha extendido a circunstancias diversas. Pasa por la calle una mujer opulenta, y dice un espectador, con complejo de inferioridad: «¡Yo no me embarco en esa *gandola*!». Se oye con frecuencia: «Esa mujer es una *gandola*», «Tiene cara'e *gandola*». Y cuando alguien gana un premio gordo, no falta quien comente: «Le tocó su *gandola*».

En rigor, la *gandola* no es cualquier camión grande. Es el camión de remolque, constituido por dos partes: la delantera o tractor, que entre nosotros se llama *chuto* (o *chucuto*), con su cabina, motor y un trozo de chasis corto para acoplar la parte trasera; el remolque, que es propiamente la *gandola*. La ventaja de este tipo de camiones es que el remolque (a veces se llama *batea*) se puede dejar en un sitio para la carga, descarga o estacionamiento, mientras que con el *chuto* se pueden manejar otros remolques.

El nombre de *gandola* no se conoce fuera de Venezuela. ¿Vendrá de *góndola*, como supone Antonio Arráiz y como es creencia general? La *góndola* originaria es la veneciana, que se conoce bastante por los relatos de los viajeros y por las canciones. El nombre de *góndola* es popular entre nosotros, e *ir en góndola* es deslizarse suave y venturosamente: «Si nombran a Fulano de Ministro, yo voy a ir en *góndola*», «Está usted en su *góndola*» (muy bien), «Anda en la *góndola*» (con suerte). El nombre de *góndola* se extendió en castellano a ciertas formas, menos poéticas que las venecianas, de transporte colectivo. En España puede designar un carruaje en que viajan juntas muchas personas. En Chile era el coche abierto que se usaba en verano en los tranvías, y hoy cierto tipo de autobús colectivo. En Colombia es el *ómnibus*.

Si *góndola* es nombre tan significativo entre nosotros, ¿cómo se iba a transformar en *gandola*? Un paso directo, «por corrupción», nos parece absolutamente imposible en castellano. No sería del todo imposible, en cambio, por deformación humorística. En Colombia se usa, ya desde la época de Cuervo, *escandola* por *escándalo* («Dieron anoche tal *escandola*, que tuvo que intervenir la policía»). No es raro entre nosotros *tombóla* por *tómbola* (más frecuente es la tendencia al esdrújulismo,

que de *consola* hizo *cónsola*). Y aun hay ciertas formas verbales análogas, también de origen humorístico: llevándola, mirándola. Pero no parece que *gandola* tenga origen humorístico. Nuestra opinión es que no viene del castellano *góndola*, sino de la *gondola* norteamericana, a través de la pronunciación norteamericana. Pero ¿qué es la *gondola* en los Estados Unidos?

Se llama *gondola* en los Estados Unidos, además de la veneciana y de la barquilla de una nave aérea (globo o zepelín), una pesada gabarra o lanchón de fondo plano que en la guerra de la Emancipación se transformó frecuentemente en cañonera (quizá debía su nombre a la cabina de mando); también un coche grande con fondo en forma de bote, y finalmente —y es lo que más nos interesa—, un vagón ferroviario largo y abierto, sin techo, que se usa para el transporte de materiales (*gondola car* o *gondola*).

Para explicar nuestra *gandola* tenemos que partir de esa última acepción de la *gondola* norteamericana: vagón plano o plataforma de transporte ferroviario. Esa denominación pasó a nuestros viejos ferrocarriles, y todavía se conoce con el nombre de *góndola* el vagón de baranda baja, o simplemente una plataforma, que se usa para transportar ladrillos, cemento y otros materiales. Ese nombre se impuso, sin duda, por vía visual, por la lengua escrita.

Nuestra *gandola* surgió en otras circunstancias. Según las noticias que nos dan, el nombre se empezó a usar en la región oriental, en Puerto La Cruz, en conexión con nuestra naciente industria petrolera. Las primeras *gandolas* eran improvisadas y rudimentarias: un tubo largo, de cuatro a cinco pulgadas de grueso, fijado a dos ruedas (por lo común las ruedas de un camión inutilizado) y que se podía unir al eje trasero de un camión. Se usaba para llevar cabillas o tubos de oleoductos y perforaciones. Era imitación de un tipo de transporte que ya existía industrialmente en los Estados Unidos. Cuando la Compañía Anónima de Automóviles introdujo los primeros *Fruehauf Trailers*, hacia 1940, se les dio popularmente el nombre de *gandolas*, impuesto ya en nuestra zona oriental. El nombre había surgido indudablemente

entre los técnicos norteamericanos de la industria petrolera, que asimilaron ese tipo de transporte a la plataforma del transporte ferroviario, que ellos llamaban *gondola*. Los venezolanos que oyeron ese nombre pronunciado a la norteamericana, no pudieron asociar de ningún modo con la *góndola* y lo convirtieron en *gandola*, adaptándola al tipo morfológico de otros nombres: *banderola*, *pistola*, *cacerola* (en Guayana dicen *castrola*), *perinola*, *victrola*, *electrola*, *motorola*, *sinfonola*, *rocola*. Las madres o niñeras, en actitud de juego, dicen a los niños pequeños: «¡Mira el pajarito sin cola!». Y cuando él levanta la cabeza, le pasan rápidamente el canto de la mano debajo de la barbilla o le hacen cosquillas en el cuello y le dicen burlonamente: «¡Mamola!» (es *hacer a uno la mamola*). Con la misma terminación se recuerda todavía un juego exclusivo de hombres, es decir, grosero. Uno dice: «Ahí falta la escarpandola». Y como la palabra es pura construcción, el otro cae en la trampa y pregunta: «¿Qué es la escarpandola?». Entonces le contestan una procacidad que termina en *-ola*.

Ninguna palabra se transforma más que los cultismos o los extranjerismos cuando se incorporan al habla popular. Y así, a través de las metamorfosis de la industria norteamericana primero, y de nuestra industria petrolera después, la grácil y ligera *góndola* se trasmutó en la pesada y temible *gandola*.

EL PAPAGAYO ³⁶

¿No es anacrónico hablar de *papagayos* cuando el hombre ya está enviando al espacio lunas artificiales? Pero esperemos que pasen estas lluvias y vengan marzo y abril, secos y ventosos, y veremos de nuevo a nuestros muchachos, con renovado entusiasmo, *volar papagayo*. Es casi un rito anual. Pero ¿por qué *papagayo* cuando lo castellano es *cometa*?

Papagayo es general en Caracas, todo el Centro y los Llanos. En el Táchira se llama *cometa* (*elevantar cometa*), pero en San Cristóbal se distingue entre la *cometa*, de tres *veradas* (varillas de caña brava), y el *papagayo*, de dos, en forma de cruz (la distinción varía según las regiones). En cambio, en Trujillo no vuelan *cometa* ni *papagayo* sino *volantín* (el *volantín* era una especie de cordel, pero se ha asociado con *volatín* y *volar*). Este nombre, que tiene bastante extensión americana (Andrés Bello, en su poema «La cometa», de 1833, puso en el título, entre paréntesis, *volantín*, común en Chile), es también corriente en el Zulia y Falcón, y ha pasado a usos figurados: «Aquí me enredó el volantín» (se me embrolló el asunto, me he metido en un lío). Nuestra región oriental tiene también nombres propios. El término genérico es *volador*, por lo común hexagonal, de amplia cola, y se distingue de la *cometa*, romboidal, y del *zamuro*, triangular, sin cola.

Y aun hay otros nombres. En Maracaibo, *petaca*; en partes de Trujillo (Boconó, Valera, etc.), *zamura*. Sin contar realmente la profusa designación de las variedades: *barrilete*, hexagonal, alargado, en forma de barril; *estrella*, en forma estrellada; *zamura*, romboidal (en el Guárico); *palometa*, con débil armadura y flecos

36 Publicado en el «Papel Literario» de *El Nacional*, Caracas, 31 de octubre de 1957.

al viento; *vandorga*, con dos varillas en forma de Cruz de San Andrés, etc.

Con la fuerza expansiva de la Capital, el nombre de *papagayo* se está extendiendo por todo el país. Don Santiago Key Ayala le dedicó un sabio librito (*El juego del papagayo*), en el que el aficionado puede aprender la ardua artesanía de su elaboración, la variada fantasía de las formas («El Hombre», «el Barco», «el Zeppelin», etc.), la colocación de los *frenillos*, las virtudes de la cola o *rabo* y las mil artes para echarlo al aire y hacerle describir piruetas fantásticas en su atrevido vuelo. Y no nos detenemos en los papagayos con *bramadera* o *cigarrón*, en la fina técnica para mandarles telegramas y en las terribles guerras a muerte, con criminales hojillas.

Cuenta también don Santiago que cuando una dama sale a la calle acompañada por una criada joven y atractiva, nunca faltará un grosero que diga:

—Me gusta más el rabo que el papagayo.

Nosotros lo hemos oído, un poco a la inversa, dirigido a una madre que era más bonita, cosa nada rara, que la hija a la que acompañaba. Por otra parte, ante un hombre de maneras afectadas o afeminadas suele decirse:

—¡Mira, esta niña, que así empezó Papagayo!

Con lo cual se alude a un personaje llamado *Papagayo*, famoso en la Caracas de Gómez —hacia 1930—, que vivía o actuaba en el callejón de las Chayotas, vieja calle prostibularia que se llamaba humorísticamente «rue de la Chayotte». No sabemos de dónde le venía el apodo.

Ese nombre de *papagayo* es viejo entre nosotros. El primer testimonio que encontramos es de Francisco de Miranda, el 7 de mayo de 1788. En su viaje por Holanda, al pasar por la ciudad de Zaandam, anota:

Muchas gentes y muchachos, que vuelan papagallos, se ven sobre la Diga...

La *Diga* (del francés la *digue*) es la calzada que bordea el dique de contención de las aguas, convertida en paseo en todas las ciudades del Mar del Norte. Su grafía *papagallo* es todavía hoy bastante frecuente entre nosotros, por una falsa asociación con *gallo* (ha triunfado por lo demás en italiano, como nombre del loro). El 3 de febrero de 1800 el Cabildo de Caracas pidió al Gobernador y Capitán General que prohibiera por bando «el mal introducido juego y entretenimiento ocioso de los papagallos que acostumbra la puerilidad». Y que se castigara al contraventor con seis disciplinazos si era blanco y doce zurriagazos si era negro (se aumentaba al doble en caso de reincidencia). Alegaba el Cabildo que causaban daños en los tejados, espantaban las bestias, con los peligros consiguientes para los jinetes, «y por la puntilla que les ponen regularmente en la cola, con que pueden herir a cualesquiera persona». Una orden de la Prefectura de Policía de Caracas, del 11 de enero de 1865 (*El Federalista*, 12 de enero), prohibía «el juego de papagallos con navajas».

Ya el 14 de octubre de 1859, Miguel Carmona, uno de nuestros primeros puristas, consideraba *papagayo* como palabra corrompida, y recomendaba en su lugar *cometa*, *pájaro* y *pandorga*. A pesar de opinión tan tajante, el *papagayo* ha continuado su vuelo triunfal, y cuando le llega su época domina en los cielos venezolanos.

Y no sólo venezolanos. En Yucatán y Tabasco llaman *papagayo* un *cometón* o *papalote* con larga cola de trapo. En Cuba decía Pichardo, en el siglo pasado, que los papalotes pequeños, con tiras largas de trapo, se llamaban en la parte oriental *cometas* o *volantines*; en la central, *chichiguas* o *birijitas*; en la occidental, *papagayos*. Todavía registraba el nombre Constantino Suárez, en 1921.

Fuera de nuestra área del Caribe se conoce el *papagayo* en algunas partes de la Argentina (Segovia lo registraba en 1912); el nombre general es *barrilete*, pero en Córdoba, por ejemplo, llaman

papagayo una cometa romboidal y pequeña. Y en Canarias, al menos en Tenerife, según me informa Aquiles Díaz, se llama *papagayo* una cometa en forma de cruz.

Ese nombre es de origen portugués. El *papagaio* es general en Portugal y en el Brasil. Desde Portugal llegó a Canarias, y desde el Brasil penetró por las regiones fronterizas de la Argentina. Y evidentemente han sido los portugueses los que lo trajeron a Venezuela y a las zonas vecinas del Caribe ya en el siglo XVII o XVIII, quizá con el tráfico negrero.

Sin duda el siglo XVII representa la época de difusión de la cometa por Europa, desde China y el lejano Oriente, donde tiene tradición milenaria. Miguel Acosta Saignes cita un testimonio de su existencia en la América inglesa ya en 1634. La noticia española más antigua que tenemos es la del *Diccionario de Autoridades*, de 1729:

Cometa. Lllaman también [así] a una figura que imita la del cometa, hecha de papel engrudado, con sus alambres y un cordel de muchas brazas de largo; la cual cuando hay viento la arrojan por diversión desde una parte alta, y impelida del viento, dándole cuerda, se remonta de manera que parece ave que vuela; y de noche la suelen poner unos farolillos con luz, con que burlan a los ignorantes y muchachos creyendo que es otra cosa.

Parece que era relativamente nuevo en la vida española. Como no había tradición, cada región adoptó un nombre distinto. Ya el diccionario académico de 1780 anotaba una serie: *milocho* (en Aragón), *birlocha*, *bicha*, *pandero*, *pandorga*, *papacote*, *pájara*, *pájaro vitando* (¿será errata por *pájaro bitango*?). Puede agregarse hoy *sierpe* en Asturias, *cachirulo* en Valencia, *águila* en Canarias (La Palma), *abilucho* en Murcia, *grúa* o *estel* en Cataluña, *capuchina* en otras partes. No es, pues, extraña la multiplicación de nombres americanos, que responde en parte a la multiplicidad de formas.

El nombre castellano de *cometa* se debe evidentemente a la cola. Más sugestiva es la analogía con los pájaros o con el mundo

animal. Así surgió el francés *cerf volant* o el italiano *cervo volante*. También el italiano *aquilone*, de *aquila*, el águila. O el alemán *Drachen*, el dragón (toda la tradición china lo asocia con el dragón, que frecuentemente se dibuja en la cola). O el inglés *kite*, que en su origen era una especie de halcón. El mejicano *papalote*, extendido por las Antillas y Guatemala (hasta nuestro estado Falcón y parte de Centroamérica llegó como *papelote*, aparente aumentativo de *papel*), procede del azteca *papálotl*, que es la mariposa. El *papagayo* venezolano, prolongación del *papagaio* portugués, evoca un pájaro de brillantes y vistosos colores, que es la versión oriental y europea de nuestra espléndida guacamaya americana.

«ME NEGREARON»³⁷

Sorprendemos el siguiente diálogo femenino:

—¿No vas esta noche al baile del Salón Elíptico?

—No, chica, me negrearon.

Observo a la que contesta, y no me parece que tenga, a simple vista, nada de negra. Quería significar que no la habían invitado, que la habían dejado de lado. También se oye humorísticamente, con alusión a las *caraoatas* negras, por lo demás tan sabrosas:

—Me caraotearon.

Con mayor o menor extensión, tiene, además, a veces el valor de engañar, hacer pasar a uno por tonto: «Me negrearon; me dieron un fuerte chimbo» (= *fuerte liso*), «Es tan tonto, que se deja negrear hasta por un sute» (en este caso, un niño), «A mí no me vengan a negrear con eso».

Ese *negrear* no tiene nada que ver con el *negrear* castellano («Mostrar una cosa la negrura que en sí tiene. Tirar a negro»). Es habitual que la gente lo asocie entre nosotros con la discriminación racial: tratarlo a uno como si fuese negro. Y, sin embargo, nada tiene que ver, al menos en su origen, con ese delicado problema. La expresión viene de los centros sociales, de los clubs y de las logias masónicas, donde es habitual votar en secreto con bolas blancas (por la afirmativa) y negras (por el rechazo). Se echa bola negra para impedir el ingreso de un socio que se considera

37 Publicado en el «Papel Literario» de *El Nacional*, Caracas, 14 de noviembre de 1957.

indeseable: «Me echaron bola negra», «Me negrearon en el Club Venezuela».

Esa *bola negra* de las votaciones secretas tiene larga historia, y se remonta a la Edad Media. En las comunidades religiosas y cabildos se votaban los negocios secretos depositando en una urna habas blancas o negras (el equivalente de nuestras *caraotas*), o bien habas peladas o sin pelar. En el siglo XVI se empezó a usar en España, en lugar de las habas, pelotillas blancas y negras con el nombre de *balotas*, voz de origen italiano (ya la consigna Covarrubias en 1611). De las instituciones religiosas, la *balota* pasó a las asociaciones profanas. En Inglaterra se transformó en el sistema de aceptación o rechazo de miembros nuevos de un club: en el siglo XVIII, to *blackball* era rechazar a una persona de una asociación, y *the blackball*, el rechazo mismo.

El club inglés tiene proyección en toda la vida social de Occidente. Y así surge en Francia el verbo *blackboul* (*blackboul* *un candidat*), combinación híbrida del inglés *black* y el francés *boul* (en Balzac, *blackboller*). El sistema de votación por bolas blancas y negras (todavía se llama *balotaje* en algunas partes de América, sin duda por influencia del francés) se hizo también habitual en los casinos españoles, y a la *bola negra* le correspondía la misión de defender celosamente, contra contaminaciones extrañas, la jerarquía social. Nuestra *bola negra* puede haber venido de España, pero a juzgar por su extensión es más probable que sea signo de la influencia norteamericana.

De esa *bola negra* ha salido en gran parte de América (Colombia, Panamá, Perú, Chile, partes de Méjico, el castellano de Tejas y también entre nosotros) el verbo *bolear*, que ya en el siglo pasado registraba Cuervo, y que, según las regiones, es rechazar, despedir a alguien de un empleo, aplazar en el examen. Entre nosotros es un equivalente de *negrear*: «Me bolearon» o «Me bolearon de la fiesta de las Rodríguez». Es decir: *me echaron bola negra*. Méjico tiene un equivalente más expresivo: el tremendo *ningunear*.

Frente a ese viejo *bolear*, en que lo evocativo es la *bola* de las votaciones (¿no tendrá además alguna relación íntima con las bolas criollas y el *bochar*?), se formó luego nuestro *negrear*, en que lo evocativo es el color *negro* de la bola adversa. Sin duda hay en este *negrear* un juego humorístico. Y por eso también se oye:

—¿No te invitaron a la fiesta de Fulano?

—No, tú sabes que yo soy negro en esa casa.

Job Pim, en su *Enciclopedia Espesa*, registraba otro uso venezolano de *negrear*: «Rebuscar en la genealogía de alguien que presume de blanco hasta encontrarle el negro. Es término ya en desuso». Por menos prejuicio racial que haya en Venezuela, y realmente no conocemos país donde haya menos, siempre ha habido aficionados a hurgar o *jorungar* en las genealogías ajenas, sin ver la viga en la propia.

De todos modos, aunque el *negrear* no es expresión de una actitud racial, siempre alude al tratamiento injusto que se ha dispensado tradicionalmente a los negros. En esta materia no hay país que no tenga en su pasado graves culpas. Pero mientras Hispanoamérica y el Brasil han resuelto sobre bases humanas el problema de la convivencia, ha tocado todavía a nuestra época presenciar el triste episodio de Little Rock, que representa no sólo un atentado odioso contra seis niñas y tres niños, sino contra el espíritu mismo de fraternidad.

CURRUÑA

El *curruña* es el compinche, el amigo inseparable: «Pídeselo a Ramón, que es curruña del Ministro», «José es muy curruña de mi hermano; son compañeros desde chicos», «¡Allá viene mi curruña, muchachos!», «Fulano anda siempre con su curruña», «Se encontró con unos curruñas y se fueron al botiquín». Puede usarse también como tratamiento: «Mi querido curruña», «¡Curruña, ven para acá!», «¡Qué va, curruña!». Y hasta puede designar la amistad inseparable o el compadrazgo: «No me gusta la curruña de Enrique con Alejo porque siempre están bailando como un trompito en la uña».

El término de *curruña*, típico de Venezuela, encontró su consagración en unos famosos diálogos jocosos de Tirabeque y Pelegrín, que se empezaron a publicar el 10 de enero de 1901 en *La Linterna Mágica*, un periódico humorístico de Caracas que dirigía Maximiliano Lares. (Tirabeque ya era personaje popular en 1865, a juzgar por *El Pregonero*, del 7 de agosto de ese año.) Los dos personajes, que aparecían estilizados como dos muñequitos cómicos, comentaban los hechos de actualidad. Se trataban entre ellos de *compañero*, *compinche*, *hermano*, *amigo*. Pero ya el 2 de abril de 1901 leemos:

—¿Cuál es el plato del día, curruña Pelegrín?

—El plato del día, amigo Tirabeque, lo constituye hoy por hoy cierta atmósfera de clemencia que flota sobre todos los círculos políticos.

El tratamiento se hace luego más frecuente. Pero la serie se interrumpe con el periódico el 24 de abril de 1903, y luego se

reanuda transitoriamente (se reenciende *La Linterna Mágica*) en abril de 1909 (también el Marqués de Rojas incluyó unos diálogos de Tirabeque y Pelegrín en su *Tiempo perdido*, de 1905). Tirabeque y Pelegrín tuvieron una nueva época en *El Sol*, desde el 3 de abril de 1922 hasta el 31 de diciembre de 1932, y el tratamiento de *curruña* era también frecuente: «¡Sálveme, curruña!», «¡Ah, mi curruña!», «¡Gua, curruña!».

Pero antes de esa segunda época *curruña* tuvo próspera vida en *El Grito del Pueblo*, que había sucedido a *La Linterna Mágica*. El 10 de agosto de 1905 el periódico inicia, también con la ilustración de dos muñequitos parlanchines, una sección de diálogos «entre compadres». Desde el 26 de octubre, la sección, agrandada, encabezando la página a dos columnas, se titula: «Entre curruñas». Al principio los personajes se llamaban Pepito y Tiburcio, pero desde el 4 de noviembre de 1905 aparecen con los nombres de Loreto y Monagas. Los diálogos de Loreto y Monagas se prolongaron hasta el 31 de diciembre de 1909, y el tratamiento de *curruña* era en ellos habitual, aunque no exclusivo: «No, curruña», «Dime, curruña», «Es cierto, amigo curruña». Y en una ocasión el público los ovaciona: «¡Vivan los curruñas!».

Las dos series, la de Tirabeque y Pelegrín y la de Loreto y Monagas, dedicadas durante años a comentar cotidianamente los hechos de la actualidad política y social, tuvieron gran importancia en la difusión y fijación del léxico popular de Caracas. Ellas popularizaron el tratamiento de *curruña*, pero no lo crearon. ¿Qué origen tiene?

Hacerse *curruña* de alguien es *encurruñarse*. En «La rebelión», de Rómulo Gallegos, dice el Maneto, a punto de irse a las manos con Juan Lorenzo:

—Yo no comprendo, valecito, cómo un muchacho tan completo y tan macho como tú se pué encurruñá con esos patiquines que no paran ni papelón.

Junto a *encurruñarse* se usa igualmente *curruñar* o *acurruñar*: «Juan está curruñado con Fulano» o «Está acurruñado». Ese *encurruñarse*, *acurruñarse* o *curruñarse* parece hoy derivado de *curruña*. Pero hay unos usos de *encurruñarse* o *acurruñarse* que rebasan los de *curruña* y que son evidentemente anteriores a éste. Por ejemplo, *encurruñar* los dedos (de las manos o de los pies), que es encogerlos o apretarlos: «Con el frío se encurruñan los dedos». Se cuenta la siguiente anécdota de Job Pim. En trance de beberse una cerveza, le cayó dentro del vaso una mosca. Entonces la apostrofó: «¡Encurruña las patas, que vas de viaje!».

Este *encurruñar* es una variante de *engurruñar*, que tiene vida hispánica general (*engurruñar los dedos*)¹ y se usa entre nosotros sobre todo en la forma *engarruñar*: «El pobre se quedó engarruñado del pasmo que le dio». También se conoce con el mismo valor *encurrujarse* (por *encarrujarse*), que equivale a veces a *encurrucarse* o *acurrucarse*: *se encurrujan* las personas, las cuerdas, las telas (ya lo criticaba Miguel Carmona en 1859).

Tenemos entonces una serie de verbos de uso popular para indicar el apretamiento o estrujamiento: *apurruñar*, *amurruñar*, *engarruñar* o *engurruñar*. Del apretamiento material —eso está claro en el caso de *apurruñar*— se pasa al cariñoso. Nuestro *encurruñar* o *acurruñar* nos parece enteramente de este tipo. Y sin duda ha influido en su formación no sólo *engurruñar*, sino también *acuñarse*, que también tiene entre nosotros el valor de apretujarse. Lo usa, por ejemplo, Job Pim en su *Sal de Pim*: «En el circo se acuña para admirar al ídolo la gente». Y en otra ocasión: «¡Y hay quien se acuñe en un cine, donde es capaz de sudar un termómetro!». Parece de la misma familia *acucharse*, *apretarse*, *estrecharse*, en Apure: «Aquí cabemos todos, pero muy acuchados».

Así, pues, *encurruñar* o *acurruñar* es un equivalente tradicional de *acuñar*: *se acurruñan* los amigos o compinches, como se *apurruñan* hombre y mujer o se *apurruña* a una criatura. Así como de *apurruñar* ha salido el *apurruño* («Amor con hambre no dura. Con apurruños y versitos no se paga el arriendo»), dice una especie de Mrs. Warren, en *Los tratos de la noche*, de Mariano

Picón Salas), nos parece que de *encurruñarse* ha salido la *curruña*, para el compadrazgo o apegamiento amistoso, y de ahí el *curruña*, el *compinche*.

En la fijación de *curruña* ha influido quizá el tratamiento de *cuña* como equivalente de *cuñao*. En gran parte del país (Margarita, Zulia, Llanos, etc.), y también en la Argentina, es frecuente tratar de *cuñao* a un amigo. Así como *hermano*, *camarada* o *compañero* se reducen a *mano*, *cámara* o *ñero* al dirigirse al prójimo, *cuñao* se ha convertido en *cuña*, en juego además con la acepción popular de esta palabra («Fulano tiene buenas cuñas»). Y así es frecuente: «¿Qué hubo, cuña?», «Mire, cuña, levántese cincuenta bolívares y vámonos a rajar aguardiente esta noche», «El cuña me llevó en el carro». Pocaterra lo registraba en *El doctor Bebé*: «Las hermanas de Josefina llamaban familiarmente a Bebé *cuña*. Era un apodo de lo más comprometedor». Y aquí una coincidencia curiosa. En documentos de 1495 citados por Antonio Ballesteros, en su *Colón*, aparece un *concuño*, o *concuñado*, de Cristóbal Colón.

Así, pues, de *encurruñarse* se ha formado *curruña*, con el apoyo de *cuña* (*cuñao*). De ese modo está emparentado con *apurrñar*, *amurrñar*, *amurrungar*, *apurrungar*, *amuñungar*, *amuññar*, etc., en la expresión del estrechamiento cariñoso. ¿No ha influido también *uña*? Los *curruñas* son efectivamente *uña* y *carne*.

Llama la atención cierta coincidencia entre nuestro *curruña* y el *curruñatá*, un pajarito venezolano de vistosos colores, vivo alegre, buen cantador, que en premio a sus *méritos* se suele encerrar en una jaula. Se llama también, y es nombre más viejo, *curuñatá*: «la presuntuosa algarabía del *curuñatá*», en Bolet Peraza; «Al *curuñatá* del Guarataro» se titula un poema de homenaje burlesco a Delpino y Lamas, dicho en la velada del 13 de marzo de 1885. O bien *curiñatá* o *curiñatal*. Es evidente que en *curruñatá* hay más bien influencia de *curruña*.

El *curruña* ha tenido su época. Pero sin duda está en baja en el último tiempo ante la competencia, casi ruinosa, de una expresión más reciente: *la llave*, del lenguaje hípico. Los que

antes andaban *encurruñados* prefieren hoy andar enllavados. Han cambiado los tiempos.

Nota

¹ Una serie de variantes, como *engurruñir*, *engurrullar*, *enguruchar*, *aguruñar*, *aguruyar*, etc., con una gran cantidad de derivados, ha reunido García de Diego en sus *Etimologías españolas* (Madrid, 1964). Cree que están emparentadas con *arrugar*. *Engurruñir* usó Unamuno en su *Vida de Don Quijote y Sancho*.

ÍNDICE

Palabras preliminares.....	7
Defensa del habla venezolana.....	13
¡Pele el ojo!.....	21
Mamadera de gallo.....	27
Estoy en la carraplana	33
Tratado de la limpieza	37
Una institución de nuestra vida económica: el san	45
Loco de bola.....	51
Manguareo.....	57
¿Querramos o queramos?.....	61
¿La manito o la manita?	65
«¡No seas gafo!»	69
¿El sartén o la sartén?	73
Pava y mabita	75
¿Los analfabetas o los analfabetos?	85
¿Los Machado o los Machados?.....	89
¿Platito o platico?	97
¿Diceselo o díselo?.....	103
Coroto	107
Ñapa.....	117
¿Más nada o nada más?.....	121
¿Sudamericano o suramericano?	127
La dormilona	131
Lechoso y lechero	135
¿De pie o de pies?.....	139
Papelón	143
Panela	153

Con o sin.....	159
¿Diábetes o diabetes?	163
El nombre de Venezuela.....	165
¡A juro!	213
¿Yerna?.....	217
La jaladera de mecate.....	223
Tratado general de la rasca	229
El ratón	237
¿El radio o la radio?.....	241
La gandola	245
El papagayo	249
«Me negrearon».....	255
Curruña.....	259

EDICIÓN DIGITAL
Diciembre de 2017

Caracas - Venezuela

Ángel Rosenblat nació en Polonia. En 1946 llegó a Venezuela contratado por el Instituto Pedagógico de Caracas para dictar la cátedra de Castellano y Latín. En 1950 se nacionalizó venezolano y en 1956 publicó la primera parte de su estudio *Buenas y malas palabras*, que con el tiempo se convirtió en un clásico de la filología venezolana. El profesor Rosenblat, atraído por la riqueza del lenguaje venezolano, se dedicó pacientemente a registrar el origen de las voces y frases más pintorescas que escuchó por estas tierras. Con una prosa amena y asequible, alejada de cualquier academicismo, se revelan los orígenes de algunas de nuestras expresiones más populares como coroto, ñapa, manguareo, papagayo o gandola, entre otras. Una obra imprescindible para conocer más profundamente el habla del venezolano.